

Ya desde mi viaje anterior en marzo pasado de ese mismo 1978 las expresiones idiolécticas chilenas me habían calado, igual que me habían calado las de los otros países visitados, y me calarían en el futuro próximo las de los otros muchos por visitar pertenecientes a la hermandad iberoamericana. La palabra “pico” en Chile, ni mencionarla, porque tal es la acepción que recibe la parte más inequívoca del aparato generador del hombre. Y a un español le es sencillamente penitencial abstenerse de emplear dicho término: además de las realidades orográficas, para las que con algún trabajo se pueden encontrar sustitutivos fáciles... como cumbres, cimas, montañas, etc, los demás usos en el sentido de magnitudes sobradas o cuantificaciones por exceso, que tan donosamente el castellano sanciona con un... “y pico”, eso es más espontáneo aún si cabe, y por lo tanto más cuesta arriba su renuncia. Pero dicho lo cual, me cumple precisar que mi mayor incumbencia se hallaba con los idiolectos chilenos que pudieran enriquecerme; con los giros y expresiones particulares que conformaran la variedad de la invitación a que uno se considere cómodo y relajado en la situación inmediata después de las presentaciones, y como el equivalente a nuestro “síntese Vd., por favor” o “haga Vd. el favor de sentarse”, en Chile es indefectiblemente “asiento, asiento” que pronunciado por don Eduardo Martín senior desplazaba una saludable y campechana solvencia. Y ya sobre todo en boca de Lucía había escuchado la palabra “dije” como adjetivo: simpático, amable, etc. Una persona muy *dije*, alguien muy *dije*, era lo contrario a prepotente. *Gallo* era el término coloquial para hombre, varón, en sentido normalmente sano y directo; mientras que *caballero* se dirigía a la misma realidad con un toque untuoso de protocolo o reticencia cortés. Con todo, aquella cena en la que “no había tirado pelota” a Lucía, por estar yo engolosinado con la contemplación

parsimoniosa de su bellísima hermana mayor Teresa, aquella cena echó el cierre de mis menesteres en Chile por aquella vez, y me preparé para el regreso a España. Y la mejor combinación de vuelta era vía Colombia, Santa Fe, por donde, además, yo había hecho intención de pasarme con el fin de conectar con una familia alcalaína, dueños de un hotel; y ya, en plan más aleatorio, y si la ocasión lo permitía, contactar con alguna de mis referencias literarias. Mi capítulo chileno quedaba bien atado: Eduardo regresaría a España unos días más tarde. Lucía y yo habíamos hilvanado planes de que ella me devolviese la visita, de momento, yendo a estar conmigo en Granada si ello se realizaba en época lectiva; y si no, en Alcalá de Henares.

Así quedamos y así llegó el día en que, ya de retirada hacia casa, puse rumbo a Santa Fe de Bogotá donde pensaba hacer una escala, y aunque improvisada, todo lo conveniente y dilatada que demandara mi espíritu. En las aproximadamente cinco horas de vuelo desde Santiago hasta el aeropuerto Eldorado tuve tiempo de repasar mentalmente muchas cuestiones. Exceptuando la invasión pacífica de conocimiento que a partir de marzo de ese mismo año 1978 había comenzado yo a instrumentar respecto de las ya reseñadas Argentina, Chile, Bolivia y Perú, además de mi escala de una noche en Maiquetía (Caracas, Venezuela)..., Colombia me había sido tan desconocida como cualquiera de las demás repúblicas hispanoamericanas. Sin embargo, y por esas cosas de la comunicación del espíritu a lo largo y lo ancho de rutas ubicuas, el caso es que con Colombia había celebrado yo intercambios de poesía y amistad. Los contactos se habían instrumentado, ¡cómo no!, desde la realidad de nuestras revistas complutenses *Llanura* y *Aldonza*, y habían conectado nada menos que con el gran poeta Helcías Martán Góngora. Ocioso ahora e inútil tratar de

organizar detalles. Para nuestro propósito es más que suficiente reseñar aquí que yo comencé a recibir una revistilla, *Esparavel*, dirigida por Martán Góngora; que este poeta y yo permutamos una serie de publicaciones, y que como colofón de compendio tan sólo diré que en el suplemento literario de *La República* de Bogotá, de 3 de mayo de 1970, pgs. 8-9, bajo el epígrafe de “Poetas románticos ingleses”; y en el número 36 de *Esparavel*, correspondiente a agosto también de 1970, Martán Góngora escribe extensos comentarios laudatorios sobre mis facetas de poeta original, traductor y prosista. Lo fabuloso de este colombiano es que en sus reseñas de mis escritos destaca y resalta fragmentos de mi librito de viajes *En marcha*, y estrofas de mi *Vocación y destino* que ensanchan significativamente las porciones de mi obra que puedan considerarse auténticamente tales; que reciben el asentimiento del lector, por lo menos de uno. Martán Góngora, altísimo poeta colombiano, miembro de la Academia de la Lengua de su país, autor de poemas inspirados, de innumerables versos, como

Las algas marineras y los peces  
testigos son de que escribí en la arena  
tu bienamado nombre muchas veces..

“Declaración de amor”. Citado en  
*Esparavel*, junio 1972. Año VI, no. 54

Si el sueño te dictara aquella estrofa  
en que cada palabra respondía  
al mandato interior del mar profundo.

Si alguien grabara en el silencio aquellas

voces que el agua traducir solía  
en música, sin manos y sin labios...

Si en el mural del aire aprisionara  
la imagen de la luz, la sombra virgen,  
y el color erigiera su escultura...

Si la piedra cediera a mi conjuro,  
en olvido total de las imágenes,  
tu nombre solamente escribiría.

De “Acuario de febrero”, *Diario del crepúsculo*, Bogotá 1971, pg. 5

Pues bien, este hombre, este ingente poeta, por intuición empática, solvencia espiritual o lo que fuere, es el caso que me dedicó, como digo, extensos comentarios a mis escritos, rescatando como predilectos una variedad de fragmentos:

“Genio y palabra del traductor, del poeta original y del prosista: Tomás Ramos Orea, hombre de amor y sed, caminante sin miedo al cansancio, a quien imagino en una pausa, en su villa hispánica, como un filatélico que, a trueque de estampillas, coleccionase nombres femeninos y paisajes en el mapa de su alma, en tanto que musita:

No, no hay necesidad ya de la noche  
para saber que está tu Rosa de los Vientos  
apuntando al abismo. ¡Oh, fuego fatuo,  
envidiable tifón que envuelves todo,

la luz, la muerte, todo  
desde que te posaste en mis ojeras de hombre!”

¿Podía decir con propiedad que Colombia me era desconocida? Por otra parte, una familia amiga de Alcalá de Henares se había establecido en Bogotá hacía años. Se trataba de los Buendía, vecinados también en la calle de Santiago de mi pueblo. La madre, Sarita, había regentado el estanco que ocupaba el rincón de la calle de Cervantes, pegando ya casi con la Mayor. Sarita y sus hijos se habían trasladado a Colombia hacía muchos años, cuando yo todavía era un chaval de pantalón corto; todo lo más, bombacho. Recuerdo vagamente que en todo aquel tiempo, acaso una sola vez, regresaran a España, quizá para liquidar del todo el patrimonio que tuvieran o cuestiones de parecida naturaleza; y quiero creer que necesariamente a través de la buena de Sarita, en alguna ocasión en que se pasara por mi casa para saludar a mis padres, y después de llevar algunos años en Colombia..., quiero creer que fue a través de sus testimonios como yo escuché los típicos relatos de bandolerismo y peligrosidad que casi siempre acompañaban a las experiencias de este país. Yo me engolfaba en la escucha de tales peripecias que no hacían sino dar pábulo e incentivar mis deseos más o menos futuros de conocer por mí mismo, “to see for myself” la adecuación con la realidad de tales pormenores. Si, como digo, la familia Buendía se había marchado de España a principio de los cincuenta y habían regresado a intermitencias de diez en diez años, probablemente la referencia que cito aquí sobre las historias de peligrosidad y bandidaje se produjeran a inicios de los sesenta; y es también probable que la dirección del hotel en Bogotá que había construido José Luis, y que regentaba, llegase a mi poder por medio de algún último viaje de éste ya en la

década de los setenta. Fuere como fuere, el caso es que yo iba pertrechado de las señas del Hotel Las Terrazas, de puño y letra de José Luis.

En las horas de vuelo me dio tiempo a pensar también en los especímenes iberoamericanos que había conocido, sobre todo, en mis dos años en la Universidad del Estado de Michigan, 1961-1963, en East Lansing. No se me ocultaba que la característica más asombrosa y al mismo tiempo más preponderante de los USA era y sigue siendo la de servir de apisonadora igualitaria de ciertas realidades. Lo que un colombiano tuviera de privativo respecto de un boliviano, o chileno, o peruano, o venezolano... y así hasta recorrer el elenco de la totalidad de los países hispanoamericanos, al llegar a los USA desaparecía para quedar aniquilado dentro del sistema de vida impuesto por “the American way of life” para todo el mundo por igual, sobre todo para aquellos provenientes de territorios menos prósperos, más necesitados del gran hermano del Norte. No obstante, yo bien recuerdo que la particularidad colombiana que más destacaban los nacionales de los otros países más o menos vecinos -- destaco el testimonio de un venezolano, y el de un guatemalteco, todos ellos estudiantes de MSU; y hasta el del Full Professor don Carlos Terán, peruano, también en MSU -- la característica que con más propiedad parecían endosar a los colombianos era su capacidad de reciclar trastos viejos, de arreglar mecanismos y chismes que estuviesen desechados ocupando lugar en un cementerio de coches, si se tratase de coches, o en un vertedero de chatarra. Se me decía que en Colombia hay más talleres de chapa y pintura que en ninguna otra parte del mundo; lo cual, cuando está impulsado por una voluntad de valoración imparcial, puede y debe entenderse como elogio. Pero cuando la intención apunta hacia otro cuadrante, lo

que el interlocutor desapasionado y objetivo entiende es que los colombianos son en su mayoría un colectivo de traperos, chatarreros y chalanes, o por decirlo en fino, ingenieros del alambre arregla-todo. De dichos días de Michigan State University recuerdo a aquel colombiano de carita redonda, rechonchito, que calzaba invariablemente botines y vestía de pajarita, aunque el sombreado del cuello de sus camisas delatase su falta de preocupación por ciertos aspectos de la urbanidad. Había obtenido su M. Sc. en Matemáticas y el hombre se sentía como capitán general, pues como él decía, lo había logrado en competición con los gringos, y no le faltaba razón en ello. De vez en cuando celebraba un “party” en su casa: abigarrado todo, amontonado todo, aunque él, invariablemente, por mucho calor y mucho apelmazamiento ambiental en que se desarrollasen las cosas, mantenía su pajarita y sus botines negros. Usaba un Chevrolet del año de maricastaña, que se caía a pedazos, y el ladino, muy seriecito y muy sentencioso me aseguraba que puesto que yo no tenía coche allí [no quise ni siquiera alquilarlo; y muchísimo menos comprar uno], me decía que “aquel carrito”, el suyo, me vendría a mí muy bien. El pillín quería cambiar de coche, comprarse algo decente, y al comprobar que probablemente por su cacharro no le darían nada en la modalidad del “trade in”, pensó en mí como posible cliente. Y estoy seguro de que me lo decía con buena fe, aunque la verdad es que pinchó en hueso. No me acuerdo de su nombre, pero si me lo encontrara tal y como era entonces, aun a 38 años de transcurso, lo reconocería entre un millón. Y bueno, tal era más o menos el acervo previo de vivencias y de productos del espíritu de que yo disponía sobre Colombia, que ya por entonces era el tercer país por número de habitantes de toda la comunidad hispánica, por detrás de Méjico y de España tan sólo...

Pero ya no tuve tiempo de más especulaciones porque estábamos descendiendo hacia Eldorado, aeropuerto hacia el que se dirige el avión después de sobrevolar los bloques andinos correspondientes para tomar tierra sobre la tabla lisa del tar-mac a medio camino, en lo que altitud se refiere, entre las cimas circundantes y el nivel del mar. Cojo un taxi y... para el hotel Las Terrazas, en la calle 54. De momento, y como primera impresión, Bogotá se me apareció como recubierta de una tenue calígene, un palio o vaho de neblina cuya realidad encajaba muy ajustadamente con las previsiones que mi conciencia se había trazado sobre Colombia. Se trataba del efecto producido por los escapes de los coches, junto con toda clase de vertidos de humos y restos gaseosos por cualesquiera que fuesen los conductos, en un día de calor y coincidiendo todo ello, como me apuntó el taxista, con una huelga en la recogida de basura. Bogotá presentaba el típico abigarramiento de una ciudad ya entonces de más de tres millones de habitantes y en la que, según me pareció, cada cual vivía como podía y hacía lo que le daba la real gana: yo llegué a pensar que hasta los gritos de las gentes, los ademanes, los gestos se corporeizaban, adquirían textura material y coadyuvaban a esa densidad del aire en la que Bogotá yacía. Llegué a Las Terrazas, después de hacerme una idea tanto por lo que iba viendo como por las explicaciones del taxista, de que en Bogotá el espacio estaba dividido y organizado en calles, carreras, avenidas, diagonales y transversales, sin contar plazas, parques y jardines que también contribuyen a la gran variedad terminológica en lo relativo a la identificación de los lugares de que se trate.



José Luis Buendía se encontraba en su feudo. Ya digo que nuestra última coincidencia en Alcalá de Henares podía muy bien datar de ocho o diez años atrás. Le encontré bien, con su perfil como de ave de presa, pero de sonrisa tímida, ladeada, algo desconfiada, tal vez distante. Nuestro saludo, dadas las circunstancias, creo que superó la prueba con notable. Le participé mis planes que no eran otros sino los de haber aprovechado la partición de mi regreso a España en las dos mitades del esquema de mi billete, y de ahí servirme de la escala, siempre susceptible de ampliación, para dedicarle a Bogotá los dos días y medio estipulados. Me dio una buena habitación, a precio competitivo, me consta, y además conservo desde entonces una nueva tarjeta comercial del establecimiento. En el reverso de la cartulina se especifica el precio de la habitación “con cocineta”, palabra que en plan espontáneo le hace a uno sonreír por las peculiaridades, entre traviesas y candorosas, del idiolecto hispánico. Quedamos en que ese primer día de mi llegada me llevarían José Luis y otro amigo suyo a dar una vuelta panorámica, en coche, por Bogotá; luego iríamos a saludar a Sarita, y después... ya veríamos. Tomé posesión de mi cuarto, me bañé, bajé a comer, y me tumbé la siesta. A eso de la caída del sol se pasaron José Luis y León a recogerme en un coche Ford ensamblado en Colombia. Tengo un completo blanco de nombres y de magnitudes. Recuerdo únicamente con cierta precisión que me llevaron a la cima de un cerro, acaso el Monserrate, desde donde se obtenía una panorámica impresionante de Bogotá. Todas estas ciudades parecen haber nacido de los pequeños grumos convivenciales que los conquistadores iban estableciendo en los sitios estratégicos, a lo largo de sus incansables búsquedas -- por lo que se refiere a Colombia -- de El Dorado, con toda la propiedad del término.

Por imponente e inhóspito que pudiera parecer su primitivo asentamiento, con el correr de las épocas llegaron a transformarse en megápolis más y más desparramadas, más y más acaparadoras de entidad. En lo atinente al problema de la basura aquello se presentaba de magnitudes colosales; los montones se sucedían como montañas artificiales por todas partes. Ante cosas así a uno le venían a la mente, como comparsa de abundamiento, las cuestiones sobre la seguridad ciudadana, los incontables casos de bandolerismo, secuestro y violencia en medio de la ciudad y en mitad del día. Yo le oí una vez a mi padre referir que alguien, en virtud de experiencias negativas emparentadas con cuestiones como las que acabo de mencionar, había llamado a Colombia el “culo del mundo”. Si uno se hubiese dejado llevar por una ráfaga de negativismo pesimista, lo que estaba viendo bien daba pie para arribar a semejante conclusión.

Fuimos a ver a Sarita, la cual conservaba atisbos de buena memoria. Hablamos de cosas de Alcalá de Henares; de que mi padre había muerto en 1967, y de que mi madre aún vivía; hablamos del estanco, tan recoleto y tan maniobrero, que a la salida de los Buendía había sido adquirido [no sé si en régimen de propiedad o de traspaso] por Paulina Jabardo, la tía de mis amigas de colegio, y hermana del ciclista, vecino mío en el Paseo de la Estación. Así acabó aquella velada con los Buendía. Les dije a José Luis y a León que me dejaran por el centro, y que ya volvería yo al hotel cuando me conviniera.

Ni idea de la calle. Era una zona populosa. Solo e independiente de compañías, se me fue despertando la curiosidad de conocer allí, en su salsa, a alguna mujer, chica... Eché a andar, mirando, dejándome ver, sintiéndome yo a mí mismo. Vi a dos chavalas jóvenes, atractivas, que pasaban a lo que pudiéramos

entender por una cafetería, y decidí probar suerte. Me introduje, asimismo, en el local, me detuve al lado de la mesa donde se encontraban, puse mi gesto más amable y conciliador y conseguí esa instancia de adherencia mínima como para darme un respiro y considerarme preparado para seguir avanzando. No tendrían más de 18 ó 19 años cada una. Parecían de clase media acomodada, correctamente vestidas, tan sólo como para dejar que sus atributos fueran perceptibles sin ningún tipo de procacidad. Por un momento pensé que mi dialéctica se iba enseñoreando de la situación; quiero decir..., que las cosas que yo expresaba y defendía con tan mesurada vehemencia se irían a materializar, a concretizar en actos, que no era otro tema sino el encantamiento de conseguir que las dos chavalas se viniesen conmigo a follar, a cambio de lo que ellas quisiesen; de la contraprestación que ellas creyesen oportuna en aquel allí y entonces, afectado a mi persona. Las chicas me escuchaban embelesadas, en un como éxtasis de halago y de inédito pasmo. Pero en un momento dado, sin más pre-aviso ni advertencia que un fruncir de gesto, como de horrorosa admonición, como si de estar hablando con el mismísimo Lucifer se tratara..., una de las dos, o ambas, pugnando por explicarse, quitándose la palabra, me exteriorizaron su pánico por haberme dejado hablar y por haber estado a punto de claudicar ante mis razones tan luminosas y perentorias como pecaminosas. Me dijeron que nosotros, los europeos, en estas cuestiones de relaciones humanas estábamos mucho más avanzados que ellos, los suramericanos... Se levantaron las dos al unísono, me dedicaron un saludo de despedida y se marcharon. Yo di unas cuantas vueltas más, cogí un taxi y me volví al hotel de retirada.

Al día siguiente, un poco en plan testimonial, un poco porque vieran los empleados de Las Terrazas que don José Luis

tenía amigos españoles ilustrados que le venían a ver a Colombia; un poco también porque me tentaba, me intrigaba el honesto y esperable deseo personal de contactar con quienes había mantenido correspondencia durante años, un poco por todo y por nada, el caso es que hice unas intentonas de comunicarme por teléfono con Helcías Martán Góngora, bien a través de *Esparavel* o de algún nexo intermedio que se brindara. Mis intentos fueron infructuosos. No creo que ya por entonces existiese la revista, que en los números últimos que a mí me habían llegado ofrecía por toda dirección un apartado aéreo de Palmira [muy cerca de Cali, y en la provincia de Valle]. Recuerdo que la recepcionista del hotel me miró como a alguien muy importante cuando cité de memoria que el brillante poeta Helcías Martán Góngora había escrito en *La República* de Bogotá, unos años atrás, una reseña sobre cosas mías.

Decidí salir a la ciudad y como siempre me agenciaron un taxi. Probablemente tirásemos por la Avda. Boyacá, para echar por la calle 26 hacia un poco más arriba. Aquel taxista aparece en mis notas por algunos detalles significativos. El primero, por su función de informador sobre sitios de... recreo. Nada más subirnos al vehículo le dije que me diera una vuelta por la ciudad; que se tomara todo el tiempo que quisiera y que pensara en algún buen lugar donde pudiera yo encontrarme con niñas de confianza. Aquella faceta no significaba nada anormal, quiero decir, como para haber merecido un lugar en los anaqueles de mi memoria. Pero lo que más estupefacto me dejó es que conforme conducíamos, y al haber yo terminado de hacer un apunte en un papel y querer desprenderme de él, busqué en el salpicadero del coche algún cenicero, cestito o recipiente del tipo o clase que fuere y que se hiciese cargo de un desperdicio como una bolita

de papel arrugado. Recuerdo que me preguntó el taxista que... qué quería. Se lo dije, y el hombre va, y en plan conciliador y sonriente me pide el papelito. No bien se lo pongo en la mano, va el tío, baja el cristal de la ventanilla y lo arroja a la calle, quedándose sin inmutar, como si tal cosa, satisfecho de haberme resuelto el problema que me tenía desazonado y preocupado. Así se las estilaban los colombianos.

Respecto de su capacidad como guía turístico tengo que reconocer que sus prestaciones fueron de calibre más fiable y riguroso. Conforme rodábamos a lo largo de la Avda. Jorge E. Gaitán, recuerdo que paró el coche. Nos bajamos y me dijo que le acompañara. Nos metimos en una calle y llamó a una puerta, sin ningún signo externo que pudiera dar a entender que se tratase de establecimiento especial alguno. Salió un tipo moreno, con patillas, que dulcificó un poco su gesto al saber que yo era español y que había llegado allí con la pretensión de procurarme “juntamiento con hembra placentera”. Se despidió el taxista y yo me quedé, más o menos a expensas de lo que aquel fulano que me había recibido tuviera a bien sugerirme, y de otro más que acudió al oír que se hablaba. Se enteraron de mis propósitos y me pasaron a una sala. Allí, un poco en plan de venderme caros los servicios que afectaban me dijeron que “el traguito”, se tomara o no, como era el caso mío, había que pagarlo. Bien, les dije, veamos la mercancía y ya decidiré. En aquellos minutos volanderos me percaté de que el sitio era como una casa, pensión mejor dicho, normal, como de alquiler de habitaciones en las que las chavalas estaban residiendo. Probablemente se tratara de chicas de provincias, llegadas a la capital en busca de estudios, de oportunidades, y encontraban una manera de costearse así los cualesquiera gastos en los que incurriesen. Era relativamente temprano. No serían más de las doce del día. La casa traslucía

indicios de que parte de los moradores se estaban levantando; otros seguían acostados. Por aquí, una puerta semi-abierta con alguien en bata que se aprestaba a meterse dentro de la habitación, como afectado... casi con toda seguridad, afectada de verse sorprendida por un visitante con aire algo distinto de lo consuetudinario, y tan de mañana. Creo que fue uno de los dos individuos el que me presentó a una chica, un poco en plan de que si me gustaba me quedase con ella, o que fuese ella la que me explicara más cosas, y me acompañara en todo caso en lo que durase mi estancia en aquellas dependencias.

Ocurrió entonces algo de ese tipo de cosas que suelen ocurrir en el pequeño resquicio que dejan otras realidades simultáneas, como deslizándose por puro azar en el sesgo producido por el discurrir de dos o más acontecimientos encontrados, colisionantes o paralelos. Digo que estaba hablando con la chica, la primera a quien me habían presentado, tanto para que nos acompañásemos o para que me sirviera de entretenimiento, en tanto decidiera yo el curso a seguir definitivamente..., cuando una puerta se abre y aparece en una especie de camisa larga una jovencita que me sonrío. Mirarla, calificar internamente su aspecto como de primoroso y tentador... y enamorarme fueron actuaciones simultáneas que tuvieron lugar en la conciencia mía. Se estaba como levantando, quiero decir que no había aún cogido el ritmo de lo que ella considerase como ocupación o menester de un día corriente. Mis ojos ya no vieron más chica que ella, y la tropía de mis deseos tan sólo en ella y por ella conocieron su congruencia. Ya a partir de ese momento todo se desarrolló en una secuencia, aunque esperada, inquietante para mi espíritu. El recepcionista insistió sobre el tema del “traguito”, y yo le dije que no quería nada, pero que no había problemas; que lo pagaría aunque no lo

consumiese. Le pregunté a la niña si quería o necesitaba algo; me dijo que no; sólo que me esperase allí, dentro de la habitación, mientras ella se acababa de arreglar, porque la había encontrado a medio levantarse.

Me quedé solo con ella y la verdad es que no sabía qué hacer. Pasados unos minutos se me acercó y se sentó en el borde de la cama. Llevaba las dos piezas de ropa interior debajo de una camisola sin refinamientos. Ella estaba allí para que yo la tomara, y en su expresión fue cobrando cuerpo el signo de la extrañeza, sobre por qué, acaso, no hubiese instrumentado yo de una vez los procedimientos y los actos que estaban, al menos en teoría, en consonancia con mi encontrarme allí. Comencé a besarla y a dejarme inundar por un vaho cálido de entrega sorprendida de aquella maravillosa criatura. Cuando la despojé de su camisola o batín me pareció percibir una leve prominencia en el abdomen, casi imperceptible. Me dijo que estaba preñada de cuatro meses. “¿Ves?” -- me dijo llevando una de mis manos a su seno izquierdo -- “si me aprietas me sale la leche”. Me dijo que no me preocupara, porque ella, al verme, había sentido algo especial por mí; se había dado cuenta de que era un caballero, y había deseado desde el fondo de su alma que yo pidiese a la gobernanta o al señor que me había recibido, que me ocupase con ella y que me quedase con ella. Terminó de desvestirse y me invitó a que me uniese a ella. Lo hice, pero no por el acto de la cópula; mucho menos por justificar mi presencia allí, mi haber ido a un sitio dispensador de las esperadas prestaciones así, sino por tener la seguridad de estar junto a ella. Con todo el cuidado del mundo entré en ella y me quedé surto, consorciados mis labios con los de ella todo el tiempo, dejándome invadir por la pleamar rotunda de alma que me venía de... [no recuerdo su nombre; ni quiero suplantarle con ningún otro. Será siempre para

mí “La niña de Bogotá”]. Una leve percusión crispada y un empuje anhelante de sus labios, al tiempo de enarcar su abdomen como con voluntad de salir con más vehemencia aún al encuentro de la nupcia, fue lo único que recuerdo. Quedé marcado para siempre por aquel golpe de amor, por aquella bajada a tan místicas Hespérides, a tan total y aniquiladora glorificación. Me dijo: “¿Vas a volver a verme?” La dije que sí, que regresaba a España el día siguiente por la noche, pero que me pasaría a verla con toda seguridad. Se quedó mirándome, con una de sus manos como intentando retenerme, y con la otra pulsándose, como pellizcándose el pelo. Al salir, el hombre que me había recibido en primer lugar se encargó de cobrarme y de entregarme una tarjeta, una “call-card” del establecimiento: Club turístico. English Spoken. Nice girls. Night Club. Calle 25 no. 14-33, además del teléfono y la relación de tarjetas de crédito con las que poder abonar los servicios.

El resto del día lo pasé haciendo turismo por libre, quiero decir sin requerir la mediación de nadie. Eché a andar a lo largo de la Avda. Jorge Gaitán hasta cruzarme con la Carrera 10 o Avda. de Fernando Mazuera y llegarme al Museo del Oro entre las Carreras 5 y 7 y la Avda. Jiménez de Quesada, perpendicular a ambas. Recuerdo, eso sí, que me senté en el brocal o borde de una fuente, acaso, allí en el centro de un parquecito, a la sombra de árboles grandes. En aquel sitio que me sirvió de atalaya recuerdo que estuve un buen rato. Observé que abundaban los vendedores de lotería y de todas esas formas asimiladas de fomento del azar tan típicas de las comunidades en las que no se han asentado aún unas condiciones de vida mediante las cuales el empleo y la actividad industrial se encargaran de tener ocupados responsablemente a sus nacionales. Las calles bullían de gente, la gran mayoría con pinta de meros individuos itinerantes, sin



menester fijo, población marginada. No llegué a entrar en el Museo del Oro, aunque no creo que fuesen inhábiles aquellas horas de ya bien comenzada la tarde. Quería también recordar que desde la calle el observador podía llevarse una idea suficientemente aproximada de lo que allí se exhibía, que no era otra cosa que una asombrosa multitud de piezas de oro. Según parece, el logro más efectista se produce cuando los recintos se hallan llenos de público y la dirección apaga las luces unos instantes dejando que las ingentes cantidades de oro colocado en los vasares, tras los cristales blindados, deslumbren con sus fastuosos reflejos y brillos. Tuve que comer algo en alguna parte porque de lo que estoy seguro es de que no regresé al Hotel hasta por la noche. Hay algo que sí me quedó fijo y ello es que tras andar por calles y más calles, observando tipos, cosas, gentes de todo pelaje y condición..., después de merodear por muchos y variados sitios di con mis pasos junto a un Palacio del Cine donde me metí. Estar menos de tres días en una ciudad y consumir un par de horas en una sala de cine no parece albergar mucho sentido. Sin embargo, se trataba de una película -- imposible recordar cuál exactamente -- que yo había deseado ver, y en las veces en que dicha proyección se hubiera producido en España yo no estaba disponible. Y ahora, aquí en Bogotá, Colombia, el caso es que me encontraba rendido de tanto andar, y se me aparecía la ocasión de verla. Y me metí: descansé y cubrí la pequeña satisfacción de dejar saldada mi pequeña deuda pendiente con la filmografía. A la salida continué mi camino hasta el momento en que consideré que... estaba bien de jornada; cogí un taxi y me dirigí al Hotel. Más tarde me informarían de que el barrio por el que había estado paseando despreocupadamente, llevando encima una prudencial pero holgada cantidad de dinero, ese barrio, digo, estaba reputado

como uno de los más acusadamente peligrosos y recomendados de evitar por todos los medios. Bueno, me dije, otro ejemplo más de fuerza de la inocencia y de garantía de la espontaneidad. Estoy seguro de que, de haberme introducido yo en semejantes andurriales con la conciencia viva y militante del peligro virtual que sobre mí se cernía, digo que estoy seguro de que todo ello se me hubiera traslucido en algún gesto, ademán o respingo menos natural de lo acostumbrado y que sin duda alguna hubiese atraído sospechas y la atención de algún posible delincuente hacia mi persona. Di el día por liquidado y me volví al Hotel, como digo.

La jornada siguiente era mi última en Colombia. Me marchaba ya casi de noche; así que contaba con seis o siete horas hábiles antes de dirigirme al aeropuerto. Supongo que me levantaría sin prisas y que desayunaría tarde, con el fin de hacer una comida posterior ya bien entrado el postmeridiano. Estaba claro que mi única incumbencia era la de ir a encontrarme con mi “niña de Bogotá” y que todo lo demás había pasado a un nivel prescindible. Ni siquiera hice intención de proponerme un curso de acción, un esbozo de programa distinto del alimentado por, y referido a, la visita de mi amiga. Me encaminé en taxi a la casa de encuentros, que ya parecía haberse identificado destacadamente en el espíritu mío como una suerte de castillo donde una caterva conchabada de malandrines mantenían contra su voluntad a mi preciosa princesa. Llegué allí con el corazón encharcado en una brumazón de dulcedumbres y de presagios. Me recibió una persona distinta de los del día anterior y se sorprendió de que mis explicaciones correspondieran a las de alguien que ya conoce el camino y los entresijos del asunto. No, no recuerdo el nombre de aquel amor mío colombiano, ni me atrevo ni quiero asignarle ningún otro, de tan inimitablemente único, de tan irrenunciablemente verdadero como lo percibo. Me

estaba esperando, esta vez vestida del todo, con su habitación perfectamente aseada. “¿Por qué no me llevas contigo?” -- me dijo. No era, no, momento ni espacio ni existía señal alguna que me invitara, ni siquiera que me permitiese reconocer como mínimamente oportuno el momento para hablar de la alteridad; para referirme al espejismo perturbador que nos hace suponernos dueños de la proyección de nuestros actos; de la parábola de nuestras decisiones. ¿La niña ésta y yo, solos dentro de un mundo inventado; dentro de un hábitat inédito; pobladores de un espacio aún sin señalar, y señores el uno y el otro, cada cual, de sus propios actos? ¿Ella y yo, responsables únicos ante nosotros mismos; con los topes máximos para el efecto de todas nuestras realizaciones dentro de nosotros mismos? ¿Nosotros dos, y aun contando con el proyecto de persona que ya larvaba en su templado seno? Sí, siempre; sin ninguna duda, me la hubiera traído conmigo; la hubiera arrebatado de entre las manos y las artes de aquellos mercaderes, con los cuales hubiese yo sostenido, sin más contenciosidad, un negocio de transacción de intereses, por medio del correspondiente justiprecio y a satisfacción de todos nosotros. “¿Por qué no me llevas contigo?” -- y mi respuesta, si es que la hubo, tuvo necesariamente que escorar, o bien del lado del silencio; o bien de la retórica evasiva. Nos miramos, nos estuvimos y nos contuvimos por segunda vez. Penetrándola de frente, casi levitante, sin apenas oprimirla el vientre, la observaba sus ojos cerrados como en oración, sí; cada gesto y cada modificación de la piel de su rostro. Como digo, una plegaria. Ya casi no nos dijimos nada. Prescindimos de la despedida. La dejé \$ USA 50.- como regalo personal para ella, y al ver que comenzaba a llorar, la besé en la frente, en el pelo y en los ojos, y me marché...

Una hora más tarde llegué al aeropuerto de Eldorado. Masas y masas de gente por doquier con profusión de bultos, cargadas con todo tipo de fardos, paquetes, bolsas, etc. Cuando accedí al espacio reservado a los viajeros, pasado el control de pasaportes, comencé a percibir que mi desglose se hallaba en camino de ser real. Nos llaman, por fin, a embarcar, y al acercarnos por el pasillo elevado a la puerta de entrada observo que el avión, grande sin duda, presentaba un diseño que aunque familiar lo visualicé yo como obsoleto, algo antiguo, casi olvidado. “¿Qué tipo de aparato es éste?” -- pregunto a la azafata más proxima. “Un Boeing 707” -- me dice. “ ¡ A h ! ” -- contesto yo. Así que se trata de uno de los aviones más representativos y más clásicos de la casa Boeing. Con ellos comencé yo a volar hacia USA y vuelta a partir de 1961. Llevan filas de tres asientos a cada lado y pasillo en el centro. Pocos diseños más conservadores. El vuelo a Madrid se realizaba sin escalas, en unas ocho horas o algo más. La aproximación a mi sitio me resultaba penosa por la cantidad de pasajeros aún sin acomodar que pretendían atestar los “bins” o compartimentos superiores con los equipajes de mano, además de los restantes chismes que se disponían a dejar en el suelo, debajo de los asientos, o pegando a la línea del pasillo. Cuando alcancé la fila y la letra consignadas en mi tarjeta de embarque, como me temía, no quedaba un solo hueco para colocar mi única impedimenta, mi bolso de viaje. Pero lo que era aún peor: los dos asientos restantes de nuestra media fila estaban ocupados por dos mujeres, quiero decir dos jóvenes, que así, como para colaborar en el abigarramiento ambiental, habían cubierto todo el suelo de paquetes, objetos, cajas, etc. de forma que en un principio no me fue posible sostenerme en pie dentro de lo que suponía yo como asignación de espacio, y mucho menos encontrar un claro

mínimo para encajar mi bolso. Comencé a soltar imprecaciones, y las chicas ante el panorama debieron de comprender que me asistía toda la justificación del mundo para mi malhumor, y en un arranque enérgico de decisión valorativa de las circunstancias, me miraron, se miraron entre ellas, y apresuradamente me hicieron un pequeño cobijo bajo el asiento de enfrente de mí para que colocara mis cosas. Me senté, lancé un soplido y así me quedé un rato, sin moverme. El avión terminó de llenarse: íbamos hasta la bandera y en su momento, previo el rodaje de aproximación por los ramales auxiliares, nos colocamos en cabecera de pista, aceleramos, arrancamos... y despegamos. Era ya de noche.

Lo que ocurrió a continuación, quiero decir en las primeras tres o cuatro horas de vuelo es una formidable demostración de ese juego de incrementos casi increíbles que se opera en razón de la progresión geométrica de las cosas. La típica situación de amontonamiento del equipaje y artículos varios por los que nosotros tres nos veíamos en cierto modo determinados, hizo que mi compañera, la única más a mano de las dos, la de mi inmediata izquierda, me pidiera disculpas en plan ya distendido; y que yo, obvio decirlo, las exonerase de cualquier malquerencia mía que ellas hubiesen podido sospechar, ya que, insisto, todos éramos víctimas del ambiente general de hacinamiento dentro de la aeronave; y que puesto que todos estábamos volando juntos y compartíamos el principal interés de llegar lo mejor posible a nuestro sitio de destino, pues que no había más remedio que plegarse a lo que había y tratar de que transcurriesen las horas de vuelo de la forma menos penitencial posible.

Mi amiga, cuyo nombre no apunté y tampoco recuerdo ahora, resultó ser una criatura expresiva y amable. Me dijo que

era de Zurich, y que con su compañera había pasado seis meses nada menos visitando países suramericanos, en especial los afectados a la cuenca inicial del Amazonas; y me parece ahora concretar que Ecuador y Perú habían capitalizado la mayor parte de su tiempo. Sí, ahora lo que recuerdo es que ella y su amiga, que también era de Zurich, trabajaban como secretarias allí y se habían tomado una especie de sabático a base de reunir en un periodo largo un número de vacaciones seguidas y acumuladas pero no disfrutadas. Y ahora que regresaban a casa parecían traerse más de un metro cúbico cada una de cachivaches y recuerdos, como botín consecuente del viaje. Nuestros cuerpos fueron adecuándose al severo habitáculo del asiento en forma de cuatro escaleno, y nuestros espíritus empezaron a desplegar sus resortes con el fin de hacer llevaderas las horas de viaje. Mi compañera desde luego que era una mujer comunicativa. Su amiga, que también tendría unos 25 años o así, pareció desentenderse de todo lo que no fuese acurrucarse entre su respaldo y la ventanilla e intentar dormir. Además, con alguien como mi interlocutora entre medias respecto de mí, quedaba fuera de la zona directa de conversación. Como digo, prácticamente desde el principio se desglosó del asunto que su colega y yo pudiéramos entablar y se concentró intentando arrellanarse en el reducido hábitat de su cuota de avión.

Mi vecina y yo comenzamos a hacer progresos vertiginosos. Hablaba un poquito de español, y junto con mi alemán recién repasado conformábamos la porción recíproca de conocimiento de nuestras lenguas maternas. Pero, como puede esperar el lector, la lengua franca inglesa se hizo cargo de lo que más inequívocamente quisiéramos expresarnos. Mi amiga parecía, de momento, haber declinado toda intención de dormir; y yo, huelga decirlo, en circunstancias así jamás he podido

hacerlo; sólo amodorrarme y abandonarme en el limbo de los oficios del cansancio. Pero entonces, en la situación de la que estoy hablando, aquella mujer, su conversación, su realidad, despleaban una convocatoria suficiente de motivación como para mantenerme despierto y con todas mis antenas apercebidas operativamente. El alumbrado general del avión se apagó, como anunciando retreta. Ahora los chorritos de luz con esquema de sección de cono de los paneles de encima de cada asiento era lo único visible para aquellos que quisieran llevar a cabo algún menester privado.

No puedo recordar en absoluto el orden en que las cosas ocurrieron. Sí estoy absolutamente seguro de que hablamos de su excursión: Por lo que pude inferir, se habían ido a zonas decididamente agrestes, como queriendo compensar con una buena dosis de rusticidad de primera mano la urbanidad enlatada y enervante de su vida en Zurich; cuando mi amiga pronunció en más de una ocasión palabras, términos como “ranchero”, o “paisano” o “estanciero” o más precisamente, quiero recordar, el que mejor se atuviere al idiolecto hispánico del lugar en cuestión..., cuando esto hacía no era difícil auscultar su especie de nostalgia por aquella escapada hacia una expansión anónima de sexo vivencial y desconocido. Hablaríamos, qué duda cabe, de alguna de mis cosas, de mis propensiones. También recuerdo que mi amiga disponía de un alma sensible, dada a engolfamientos poéticos; a sumisiones a acordes de poesía transportados por la magia de alguna cita libresca de las que yo, claro, no carecía.

En un tramo de quietud en que el ambiente parecía adensarse en un decidido silencio, sólo recuerdo que me percibí asiendo la mano de mi compañera. Lo que sigue alcanzó por lo menos en mi conciencia la valoración de un proceso imparable,

sin retorno. Amplié el campo de acción de mi tacto discrecionalmente, y al tiempo que la tropía de mi mano, la derecha ahora, escalaba las gradas hasta su pecho, se volvió ella y dejamos que nuestras bocas se consintiesen y se hollasen a placer. Al cerciorarnos los dos de que el argumento que compartíamos tenía necesariamente que aderezarse con una modificación de la compostura hacia lo que, de manera simple llamaríamos normal o esperable, y sobre todo porque alguien que pasó nos hizo recordar los predios y los límites del pudor y de la índole privada de ciertas exteriorizaciones, por lo que fuere, el caso es que acordamos arroparnos con una manta de las líneas Avianca y disfrutar de una confidencialidad total bajo la tan maniobrera excusa de nuestro cobijo abrigado. Aquella mujer resultó ser una de esas maravillas de discreción y eficacia. Yo me había desabrochado ya los pantalones por entero y expuesto a las incursiones de su mano desde el ombligo hasta los muslos. Como digo, por entero. La felación hubiera resultado ciertamente penosa por la simple razón de la falta de espacio; no había lugar, no, no lo había para que inclinara su torso. La envoltura que nos proporcionaba nuestra manta se traducía en un bulto congruo a la vista, con nuestras cabezas asomando, y cualquier forcejeo o torsión atípica hubiera desvirtuado el conjunto. Recuerdo como si me lo estuviera diciendo ahora mismo, en este momento en que estoy escribiendo... recuerdo que me dijo: “Acaríciame por todas partes: No te dejes nada”. Preciosa frase de rotundidad expresiva, de veracidad manifiesta. Traté de complacerla. La medio desnudé. Se quedó tan sólo con el recubrimiento que le significaba su ropa más exterior: brassière y slip le fueron desglosados en un principio por mis manejos, y en último término por su coadyuvación. Aquella mujer me gustaba; aquélla



era una mujer para contar con ella, y confiar en ella y declinar con ella los tiempos y los modos y los aspectos de la lealtad.

Creo que llegamos al orgasmo simultáneamente, de consuno, más que nada por un acto de fe..., fe en los encuentros administrados por el azar dadivoso; fe en la prevalencia de las palabras bellas, alentadas por el signo más y el fervor estético. No, no dejé un solo centímetro de la piel suya sin acariciar. Y yo, por mi parte, quedé perdido, hecho una sopa, lleno de pringue por... todas partes. Me levanté y me arreglé lo mejor que pude en el W.C. Regresé al asiento y con un gesto tácito nos dimos a entender lo más parecido a un “buenas noches”. Era el momento de quedarse cada uno consigo mismo, hasta dentro de algunas horas. Y así fue. Coincidiendo con la inundante levantada del telón de la noche y comienzo de la preeminencia de lo blanquiazul sobre lo oscuro anterior, también la tripulación encendió, mejor, disparó los haces de luz del interior del avión entero. Por el altavoz del teléfono se nos informó en el tono esperado que se nos serviría el desayuno en breve. Comenzaron los primeros pasajeros a poblar las cabinas de los sanitarios en procura de aseo mañanero. Así lo hicieron mis amigas. Y así lo hice yo, dejando para después del desayuno un enjuague final.

Al reconocernos de nuevo a la luz del día nos dirigimos mi amiga y yo una sonrisa de gratificación cómplice, mientras que la amiga de mi amiga [que por cierto era rubia, muy bonita pero evidentemente mucho más hermética que “mi pareja”], sentada siempre en el lado de la ventanilla, y mirando ora al exterior, ora a nosotros, nos dedicó una instancia de comprensivo escudriñamiento; algo que se me antojó entender como... “¿Qué habrán estado haciendo éstos?” Terminado el desayuno y recogidas las bandejas, todavía disponíamos de unos tres cuartos de hora. En un arranque espontáneo y absolutamente personal mi

amiga comenzó a copiar cosas de un libro: eran poemas en inglés de autores desconocidos para mí, por ejemplo, unos tetrámetros pareados “Music” de Lily Hart Ingram (England) donde se leen conceptos tan directos y tan gayos como

Music hath charms, in varied ways:  
Both Pop and Bach deserve our praise,

y siguen más ripios de la misma autora, bien sean de “Marriage”

On the surface marriage seems  
Just a fantasy, made of dreams;  
But when the truth takes over fast  
It struggles hard to make it last

O de “Love”

Love is a gift, hard to work out:  
The more you analyse it, the less  
You know what it’s about

En otro poema de un supuesto suizo, Michael Zwimpfer, y titulado “A Candle Life”, en clave de ripiosa pero inteligible transcendencia se lee:

Changing itself with its own damaging heat  
Feeding the flame with own burnable meat  
So it has never cried of any pain:  
It just went on carrying the flame

y cosas por el estilo. En la parte inferior del folio de papel cebolla mi amiga me dedica unos dibujitos someros, básicos, de

cinco velas, de mayor a menor, como apoyatura gráfica al contenido del poema. Y lo que es más curioso para mí, al final absoluto del rincón inferior derecho del papel reparo en que me ha escrito un nombre: Erika, en el que la *i* adopta, al menos en intención, la forma repentizada de una bujía o llamita de vela difundiendo los destellos a manera de trazos. ¿Sería éste el nombre de mi amiga? Si lo fuera, me gusta; y si no, ¿qué más da? Y por último me copia en español un ramillete de aforismos o pensamientos [*refrans*, me escribe ella] a cargo de personalidades reputadas. Aquí van algunos:

“Ser bueno es fácil; lo difícil es ser justo”

Victor Hugo

“Las mujeres en extremo bellas sorprenden menos al segundo día”

Stendhal

“En la prosperidad, nuestros amigos nos conocen; en la adversidad nosotros conocemos a nuestros amigos”

Collins

He editorializado, o sea, corregido sobre la marcha algún que otro leve desliz ortográfico, pero tal es, en síntesis, el magnífico regalo que aquella complaciente y espiritual mujer me hizo, con la deportiva alegría de quien entrega algo suyo sin por ello pensar que su patrimonio de alma vaya a quedar disminuido. Conservo y conservaré los cinco folios manuscritos por... ¿Erika? ... como una de las contrapartidas más lúcidas y refrescantes para mi conciencia. Empleó todo el tiempo desde

que las azafatas nos recogieron las bandejitas del desayuno hasta que comenzamos a enfilarnos en la pista de aterrizaje. Ellas hacían una escala en Madrid y yo me quedaba en casa. Nos despedimos en el vestíbulo de tránsito, donde ellas esperaban una conexión. No se me ocurrió pedirles detalles sobre su dirección, su teléfono, bueno, esas cosas esperables. Acaso en aquel momento capté con intuición incontestable que ni mi corazón se hallaba en disposición de abrir un nuevo frente que no podría atender; o tampoco es descartable, acaso, que en una valoración justa de la situación se me presentara como evidente el hecho de que las cosas habían ido hasta donde podían haber ido; y que pretender vulnerar esa cota de improvisada armonía era vulnerar el “dharma”. Cualquiera que fuese el impulso determinante de mi decisión, es el caso que me despedí de... ¿Erika? ... y que ahora atesoro la realidad de su amable cuerpo que se me desdibuja, y la fragantísima presencia de sus textos y el dintorno pormenorizado e indeleble de su alma.

La impronta de la vibración vivencial de Colombia en todos estos años se me ha manifestado de muy diversas maneras, y respecto de algunos casos a través de muy distintos e inesperados cauces. Cada supuesto tendrá su tratamiento, injertado en la masa de argumento que le corresponda de estas Memorias. Una mención guarnicionada con unos cuantos detalles de intención identificativa, sin embargo, los considero oportunos aquí...

Hallándome en Bangkok en julio de 1993 conozco al teniente colombiano Fernando Buitrago, que trabajaba en Campuchea como parte de las fuerzas multinacionales de pacificación de la ONU.

En Granada, y en el mismo hotel Casablanca donde me vengo hospedando desde 1977 coincido con don Antonio Uribe, matemático y especialista en Estadística de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Todo un patricio. Esto debió de ocurrir sobre 1996. Dos años más tarde le volví a saludar en el mismo hotel Casablanca. Reconozco en él una habilidad didáctica envidiable ya que ha sido la persona que más se ha aproximado a la consecución del éxito en lo relativo a explicarme lo que sea una derivada en matemáticas.

En las fiestas navideñas de 1998, y encontrándome yo con una inaplazable necesidad de conseguir un plano, un mapita de la ciudad de Bogotá para uso y aplicación en la redacción y puntualización de varios detalles y referencias de esta viñeta, me pasé por la Embajada de Colombia en Madrid, sita en el número 48 de la calle Martínez Campos. Allí fue todo una fiesta de cordialidad y colaboración. Además de saludar al Primer Secretario, don John Jairo Cárdenas, versado en poesía y crecido en admiración ante la demostración de sabiduría poética que en clave de urgencia le dediqué, tuve el placer y el privilegio de ser presentado a don Miguel Torralvo Steer, Consejero de la Embajada, el cual me regaló el plano “La guía de Bogotá” que, de momento, cubría mis expectativas y me resolvió el problema.

Y ya en un aspecto más diseminadamente vivencial, más a salto de mata, obedeciendo a la incodificable y escurridiza ley de la espontaneidad, debo decir que la imparable proliferación de “puntos de encuentro” a través de los cuales se da una salida inmediata, todo lo provisional que se quiera, pero salida al fin, a los cada vez más numerosos contingentes de iberoamericanos que ven en Europa su “Eldorado”..., digo que siempre alrededor de dicha incumbencia, he podido hablar con bastantes chicas colombianas, conocerlas. Colombia, con sus casi cuarenta y

cinco millones de habitantes resulta ser ahora, hoy, 1999, después de Méjico la segunda comunidad, organizada en país, más numerosa de castellano-hablantes. La pujanza espiritual de esta nación, si bien es cierto que se ha responsabilizado de protagonismos poco edificantes en el ámbito de la droga, en el contexto de la delincuencia, en los avatares del submundo, etc., no es menos cierto que su formidable materia prima humana consiente que de ella se extraigan provechosas y abundantes cosechas.

## **Andrea; chica argentina innominada; Beatriz y Fernanda: Río de Janeiro (Brasil), verano 1979**

Mi segunda visita a Río acaeció en julio de 1979. El destino más alejado y que yo hubiese previsto de momento lo protagonizaba entonces Chile, donde me esperaba Lucía; eso es, Lucía, la hermana de mi buen amigo Eduardo Martín Letelier; mi referencia femenina institucional ante cuya realidad todas mis otras instancias en Suramérica quedaban automáticamente etiquetadas como circunstanciales, como de paso. Pero ahí radicaba buena parte de la clave de encontrarme en Suramérica. El efecto portentosamente revelador, iniciático, que mi primer contacto con Río me había supuesto constituía una llamada imposible de desatender; y además Río era juntamente con Caracas la entrada natural por aire en la América del Sur desde España. No dudo de que en caso de haber existido un vuelo sin escalas, de un tirón quiero decir, desde Madrid a Santiago me hubiera embarcado en las más de catorce horas de su materialización. Pero no era así. Y la realidad geográfica de que mi primer punto de arribada fuera Río, de un lado; y de que entre Río y Santiago se encontrasen varios países que habían despertado mi curiosidad, de otro..., terminaron de acicalar los trazos más ambiciosos de ésta que estaba siendo ya mi tercera visita al continente suramericano. Por lo pronto, y como motivo exclusivo para la presente viñeta, me corresponde concretarme en Río de Janeiro [Como el lector en su momento oportuno sabrá, después de Río, pero antes de Santiago, yo entreteñería mis ocios de varios días en Paraguay y en Uruguay].

Mi llegada a la ciudad carioca no fue esta vez a bordo de Concorde alguno sino en uno cualquiera de los vuelos regulares de Iberia o de Varig, las dos líneas que operaban directamente

sobre el Atlántico sur; si acaso, con escala circunstancial en Canarias para ciertas fechas específicas. De nuevo, siempre una penúltima y sempiterna vez más, comprobé que los países huelen; que el alma de las cosas, los dintornos de las figuras, la geometría del ambiente... huelen. Río me olió a carne templada, a fruta en sazón, a papaya que espera la excavación de la cuchara o del tenedor en su pulpa generosa. Mi anterior visita, tan sólo diez y seis meses atrás, me confería un derecho como de... conocimiento de las realidades; una patente de curso como para pasar juicio razonado sobre las manifestaciones con que tuviera que encontrarme. Sin ir más lejos, llegaba en la mejor estación del año, el invierno de entre los 20 y los 25 grados, lejos del agobio de los sofocos carnavalescos, lejos también de las torrideces húmedas. El turismo estaba en su punto más soportable, apto para temperamentos independientes como a mí me hacía ilusión imaginarme el mío. ¿Había concertado yo desde España la reserva de alojamiento en los Apartamentos del Copacabana Palace? No lo creo. Conservo multitud de facturas y recibos, precisamente conforme a mi voluntad -- algo inconsciente y errática hasta 1980 -- de rescatar la mayor cantidad posible de materiales con el que confeccionar mi cuerpo de Memorias. Con o sin reserva, me presenté allí en la puerta de los Apartamentos que da al número 313 de la calle Nuestra Señora de Copacabana. Había sitio en la parte que mira a la piscina, y más allá, a la línea de playa. Los precios habían pegado una subida espectacular, asidos a la depreciación vertiginosa del entonces *cruzeiro* [más tarde *cruzado*; luego *real*; luego creo que otra vez *cruzeiro*; y por último ni se sabría], pero aún así mis abundantes y rollizos fajos de dólares se hacían cargo de la situación. Mi conciencia asumía aquella visita segunda mía a Río como de afianzamiento y constatación. La



dimensión estrenada hacía menos de año y medio consentía un número indeterminado de recalos, de sucesivos cortejos en los que ejercitar mis resortes de satisfacción de curiosidad de contrastes, de pautas vivenciales.

Otra vez el olor a carne frutal y templada. Me instalaron en un buen apartamento; uno de los que daban a la piscina y más allá a la Avda. Atlántica; y más allá, a la línea de playa. Probablemente lo que entre las primeras cosas hiciese fue pasarme por el Consulado a saludar a Juan Nieto: magnífico personaje, en su puesto, asequible, servicial, operativo, lúcido. Me gestiona el cambio de dinero en la mejor de las condiciones y me reitera su disposición de ayuda en cualquier momento que yo lo necesitara.

Ya he dicho en otro lugar que mi entrar en conocimiento de Suramérica, por la puerta de Río, tuvo lugar después de que yo hubiera cumplido los cuarenta. Hay cosas en las que, por mucha prisa que uno pueda darse respecto de su familiarización, siempre quedará un remanente de débito, de desazón por no haberlas cumplimentado desde un principio con arreglo a ciertas pautas unánimes de afecto y de demanda de vivencialidad. Tal con Río. El estilo de vida, las modulaciones de valores sociales, el juego de relaciones entre personas me habían impactado definitivamente ya en mi viaje anterior de tan sólo, digámoslo de nuevo una penúltima vez más, hacía menos de año y medio. Sin embargo, en mí todavía predominaban módulos de conducta aclimatados durante buena parte de mi vida; formas, maneras en las que, y por lo que se refiere a la interacción de hombre y mujer, primaba la visión de la hembra siempre como objetivo más bien lejano. La fortísima teocracia nacionalcatólica que sólo a principio de la década de los setenta comenzó a aflojar sus resortes de control restrictivos, había calado y estaba ahí. En lo

que a mí atañe es claro que mis formas de vida, mi “manera de ser”, no se veían afectadas en absoluto en lo relativo a mis convicciones. Pero Brasil, Río, es cierto que representaba tal profusión de mostraciones, tal natural abundancia de lo que pudiéramos entender como “excepcionalidades” que por lo menos yo me veía desbordado para atender a tanto reclamo, esforzándome al mismo tiempo porque ello no significara menoscabo en lo que de mágico, iniciático e intransferible pueda alojarse siempre en todas y cada una de las mujeres que en clave dirimente se nos afecten. Yo nunca admití que la profusión de chicas, de situaciones, de supuestos diarios pudiera hacer descartables las amistades anteriores. Y por ello busqué a mis amigas... anteriores; por ello, aun constatando la magnífica, la inagotable cosecha de “garotas”, jugué a lo caballero, a lo don Quijote, y me lancé al entretenimiento de intentar contactar con Sonia Regina y con Ivette.

Comencé por la primera. Para ello contraté los servicios de un taxista al que llamaron desde Recepción, y que resultó ser un portugués... de Portugal, hablador y cantarín como pocos. Contaba yo con una dirección que Sonia me había dejado: Jacarepagua, y un par de datos añadidos. El taxista era un cachondo integral: soltaba el volante para mirarme y dedicarme las escalas vocales de algún que otro fado. Mi faceta de incondicional del país luso me convertía en el mejor de sus interlocutores. Creo que se llamaba Sousa, miren Vds. por dónde, igualito que María Manuela, mi musa -- carne y abrasión espiritual -- de Monte Estoril. Conducía bien pero se despistaba con las direcciones. Jacarepagua, Jacarepagua..., no había duda. Era un barrio conocido, sobre todo porque allí se hallaba enclavado un circuito para carreras automovilísticas. Sí, eso estaba claro. Pero las precisiones que incluía la dirección de

Sonia descartaban muchas posibles localizaciones y apuntaban hacia una, una que... no podía ser. No, no podía ser pero... Seguimos buscando. Sousa preguntó y preguntó. El hombre, la verdad es que se bajó del taxi varias veces y, creíble o no, no había duda. La dirección de Sonia conducía a un lugar..., a un lugar en el que ya nos encontrábamos. ¿Pero qué es esto? -- pregunté a Sousa, al ver cruzar delante de nosotros a un individuo con cara de derelicto, vestido de pijama, ausente...

Se trataba del manicomio de Jacarepagua. No había duda. Aquello era un manicomio en régimen abierto; ahora lo veía más claro, sobre todo al avanzar en coche unos cientos de metros más y tener ocasión de que otros residentes se nos acercaran, con caras... como puede el lector suponer; ninguno en plan agresivo, hay que reconocerlo; pero que no por ello dejaron de trasladar a mi espíritu una dosis alta de intranquilidad. Sousa, ya más seguro de donde estaba, como si el hombre hubiera superado toda sombra de vacilación, pareció interpretar las últimas claves de la dirección de Sonia, y se dirigió hacia una modesta vivienda que se hallaba un poco más adelante. Llamamos. Salió una señora joven de rostro amable, apacible... y ... Se trataba de la madre de Sonia. En estos países la gente, la gran mayoría de ellos por no disponer de vivienda digna se van de un sitio para otro; en régimen de alquiler temporal; o mejor, de precariedad desahuciable. Esta regla general afecta a una inmensa porción de chicas que se hospedan en los núcleos urbanos y que de otra manera tendrían que residir en el campo a muchos kilómetros de los foros de trabajo, o simplemente de los... escenarios donde buscarse la vida. El caso de Sonia no era excepción. Al pedirle yo sus señas, la única, absolutamente única referencia estable... era aquella, la de su madre. Y allí estábamos; allí habíamos ido a parar el bueno de Sousa y yo. La señora, que estaba empleada en

aquel manicomio en calidad de una especie de vigilante, se deshizo en halagos y en expresiones de afecto hacia mi persona por aquella mostración de cortesía, tan sostenida y garantizada en el tiempo, que yo le había dedicado a su hija [Yo, andando los años llegué a entender que aquella buena mujer se estaría preguntando qué habría visto yo, un caballero español, de especial en su hija cuando con mirar a cualquier lado las chavalas estaban allí, se ofrecían a raudales]. Por supuesto, la señora sólo tenía una idea muy vaga del paradero de su hija: que se encontraba en el “downtown” Río; eso sí, se comprometía a que tan pronto como Sonia se comunicara con ella, que solía hacerlo a diario, la informaría de mi visita y de mi alojamiento, etc. En ello quedamos y así nos despedimos.

La búsqueda de Ivette se me presentaba, en teoría, más fácil, pues no sólo disponía yo de una dirección concreta, sino que llevaba yo conmigo, con toda intención, la fotillo como de carnet que ella me había regalado, dedicada cariñosamente en la porción de cartulina del reverso. “Ofereço esta foto con muito amor a voce Tomás Ivete 14/3/78”. Ivette [ella lo escribía con una solo *t*; yo prefería el grafismo a la francesa] me había llenado de encantamiento. ¿Sería por mujeres? -- volvemos a señalar lectores y yo. Pero -- también pensaba yo -- he aquí a una que realmente me gusta; que no tiene que pasar prueba alguna ni comprobación alguna, porque ya ha demostrado que me gusta. Y con tales credenciales justificaba yo el trajín de buscarla; por otra parte, una de las actividades más llamativamente vivas, como así volvía a constatar. En la dirección original Ivette no se encontraba, no. Preguntamos, enseñando la foto: sí, no ... parece. La terrible realidad de estos países con la mitad de la población careciendo de un trabajo estable, más o menos fijo, es, de momento, eso: que no tienen un domicilio medianamente

asentado; alquilan una habitación por pocas semanas, meses todo lo más; luego se van, desaparecen en la formidable marea de engullimiento de los millones de habitantes de Río. No, nadie tenía la menor idea sobre su paradero. Solamente, a modo de recompensa testimonial de empatía, una mujer, ante la foto dijo saber quién era Ivette, y al tiempo que asentía ante las expresiones que yo tuve necesariamente que proferir sobre los felices recuerdos que conservaba de su joven y discreta personalidad, se permitió manifestar su admiración ante la insistencia y persuasiva búsqueda que un señor como yo estaba desplegando respecto de una “garota” carioca. Dimos por concluida la gestión. No era sensato enfrentarse a lo imposible. Lo había intentado. Tenía la conciencia tranquila. No había reparado en gastos; no había economizado energías. Había hecho turismo del tipo que a mí me agrada, desde un taxi; había cantado fados con el amigo Sousa. ¿Qué más podía pedir? Siempre me quedaba la esperanza, esa tropía gratuita y ontológicamente irrenunciable tan propia de la condición humana; me restaba la esperanza, digo, de que a través de Sonia; bueno, ese tipo de especulaciones. Regresé al hotel. Probablemente fuese ya media tarde, y probablemente saliera yo a sentarme y hacer una comida... tardía en la terraza del “Bolero”. En la Recepción de los Apartamentos había saludado a los señores empleados del año anterior: el alto y casi calvo, con cara de intelectual o por lo menos de mayordomo inglés; el más bajo, con facciones de indio, educadísimo, respetuoso y eficiente; y el más joven de todos, Branco, magnífico, servicial e intuitivo. Toda esta dependencia iban vestidos de uniforme simple, consistente en una chaquetilla de color “beige”, como una gabardina corta y ligera. Nada había cambiado en aquella Recepción. Cuando saludé al amigo Ramos, negro, con un aire a

lo Antonio Machín, camarero del “Bolero”; cuando volví a encontrarme con los limpiabotas; con los vendedores de cacahuetes o manises [dejando un par de ellos encima de las mesas, como reclamo, por si el cliente se anima a comprar la bolsa entera]; cuando vi a los niños en la playa haciendo volar cometas; y a los vendedores de lotería merodeando por allí, instrumentando el truco de dejar caer uno de los boletos atezado por la pinza, para llamar la atención del viandante. Cuando después de respirar el olor como de yodo, como de tapizado algo húmedo de mi apartamento..., bajé a la terraza del “Bolero” y percibí convocadas en mí con renovada intensidad las vivencias que me habían advenido el año anterior, concebí a Río como “la ciudad de la continuidad”. Así lo tengo reseñado en una nota de urgencia escrita en una hojita de las que forman el taco de junto al teléfono, con membrete “Copacabana Palace Hotel. Río de Janeiro”. Río o la continuidad. En aquel transcurso de menos de año y medio las cosas parecían haber cambiado poco, a excepción de esas realidades por definición itinerantes, a las que un día encontramos por complicidad con el azar desinteresado; o también como el dinero... Pero lo que se dice el ámbito, el perfil de las vivencias, las anticipaciones del espíritu, el engolfamiento en aquellas revelaciones sobre la espontaneidad de la carne..., aquello no había cambiado, y aquello fue lo que en definitiva me impulsó a consignar, de nuevo, en una segunda hojita de notas del papel timbrado del Hotel, lo de “Río, o el concierto de la continuidad”.

Aquella misma noche se me presentó Sonia acompañada de una bella amiga. Para entonces, y en virtud de la asimilación vertiginosa que los espíritus abiertos hacen de ciertas realidades, yo me había percatado de que Sonia era una de las innumerables criaturas a mi disposición; no era la más bonita porque las había

por... cientos que la superasen; pero con ella quería yo celebrar una ceremonia personal de cortesía. Nos alegramos los dos de volver a encontrarnos. Había llamado a su madre y ésta se había esmerado en encarecerla que era yo el caballero que la buscaba. No hacía falta extralimitarse en elogios. Sonia guardaba un recuerdo muy positivo de mí, como de alguien que no causa problemas, ni molesta, y que además de jugar y de dar juego paga con religiosa generosidad. Me dio sincera alegría coincidir de nuevo con Sonia, después de todo aquel tiempo, y considerando que entre ella y yo se interponían ahora al menos virtualmente, tántas y tántas otras garotas asequibles. Sonia no fue insensible a mi actitud y me dedicó por su parte el “fair play” de llevarme, a sabiendas suyas, a una compañera que me gustaba aún más que ella. Charlamos: Me contó que Ivette se había mudado fuera de Río de Janeiro, con unos parientes; o que acaso, aunque no lo creía, se hubiese trasladado a Europa, ya se sabe, a ver si salía algo. Por aquellos años de finales de los 70 había comenzado tímidamente un flujo de chicas jóvenes brasileiras hacia Europa; hacia los países más pudientes y más en demanda de “material humano” de alterne: Italia, Holanda, y en menor medida Francia, Gran Bretaña y España inauguraron el comienzo de una portentosa era de migraciones de chavalas de buen ver hacia la madre Europa desde toda la suerte de países y paisillos iberoamericanos. [Las fortísimas avalanchas de la segunda mitad de la década de los 90 era algo que entonces, en 1979 tan sólo, parecía difícil de vaticinar y mucho menos de asumir cuantificablemente].

Hicimos un amistoso “menage a trois” más por el lado de la confraternización que por la instrumentalización de lo erótico. Quiero recordar que me dedicaron unos juegos entre ellas, que en nada incrementaron mi natural propensión. También recuerdo

que cuando me enguilé con la amiga de Sonia [cuyo nombre, por cierto, no me di maña para retener; pero sí que era una garota joven, más joven que Sonia y más atractiva], cuando estábamos penetrados, Sonia primero se quedó con su cara cerca de la de nosotros, para que de vez en cuando pudiera yo besarla también a ella; y luego metiéndome desde detrás la mano por debajo, ora me acariciaba lo que buenamente alcanzase; otra me hacía cosquillas suaves en el orificio del ano. Cariñosa y agradable criatura, Sonia me regaló la compañía de aquella nueva amiga suya, en la seguridad de que me resultaría más sugestiva y más deseable que ella misma; lo cual es el mejor detalle de desprendimiento y de altruismo, porque lo normal es que las amigas presenten a los hombres alguien que no pueda hacerles a ellas sombra. Siempre que reparo en este bonito proceder de juego limpio por parte de alguna chica lo considero como un trasunto, a lo humano, de la rumbosidad evangélica aquella en que contrariamente a lo acostumbrado se dejaba el vino mejor para el final de la fiesta, cuando el estado de semi-embriaguez de los degustadores convidados bien habría justificado el haberles servido un brebaje de ínfima calidad. Sonia se portó bien conmigo: No follé con ella sino con su amiga. Con Sonia jugué un rato, los tres juntos todo el tiempo: Se turnaron en el menester de chupármela, mirándome y mirándose la una a la otra, como pujando entre ellas mismas por el grado de excelencia de sus prestaciones. El taladro final lo realicé con la amiga. Las hice un soberano regalo, y creo que más por fortuna que por mis oficios dialécticos, aunque me esmerase sin duda respecto de éstos, ... creo que me di maña en hacerlas ver que el disfrute más inequívoco que le había advenido a mi alma procedía del hecho de haberme encontrado de nuevo con Sonia, después de más de un año, en aquella sociedad que tan provisionalmente fijaba sus



domicilios, y en la que las direcciones de un momento eran pura esfumación unos cuantos días después, acaso. Me despedí de Sonia. No volví a verla nunca jamás.

A todo esto, yo había configurado una estancia en Río de alrededor de una semana, y según se iba produciendo la dinámica de los acontecimientos muy probablemente en aquella ocasión volviera yo a percatarme de que todas las duraciones vacacionales tienden a menguarse, y aunque no conservo registros sobre fechas puedo asegurar que mi estancia en Río en aquella segunda ocasión no pudo pasar en ningún caso de siete jornadas.

Mi segundo día de permanencia se hizo cargo de una visita, por invitación, a la sede central de los joyeros Roditi que junto con Stern disponen de un buen número de establecimientos comerciales en Copacabana. De nuevo, y lo mismo que los de Stern el año anterior, ahora se engañaron los responsables de Roditi al suponerme alguien dispuesto a incurrir en gastos de joyería por el hecho de hospedarme en un sitio tan eminentemente representativo como el Copacabana Palace Hotel. Me había encontrado el tarjetón protocolario en mi habitación, por el que se me instaba a visitar las dependencias de preparación de joyas en los talleres, así como la Central de ventas: “Invitation. Bring this invitation for a personal tour of our workshops and watch our craftsmen polishing rough stones into exquisite jewels. Sip a *cafezinho* with us and receive a natural Brazilian gemstone as a souvenir. Motorista. Favor transportar este (s) passageiro (s) para a Av. Rio Branco 39. A corrida será paga no destino, a crescida de gratificação”. Pues tales eran los términos del “brochure” que, además, incluía una serie informativa sobre direcciones, vocabulario de primera

necesidad, pesos, medidas, etc., sobre todo dirigido al turista de habla inglesa.

Estoy seguro de que tuvo que mediar alguna suerte de insistencia por parte de Roditi puesto que yo, con absoluta certeza de que no iba a comprar nada, y una vez conocida la experiencia del año anterior, quiero recordar que en un principio, así, como de oficio, decliné amablemente la invitación pretextando acaso eso, que no iba a adquirir mercancía alguna y que por tanto no se justificaría el celo y la molestia por parte de la empresa Roditi. Pero más seguro estoy aún de que la oficina vigía que los de Roditi tenían instalada en el Hotel habían cursado la invitación y no consentían una negativa por respuesta, siempre en la esperanza de que tal vez rebobinara mi criterio y me aviniese a comprarles algo. El caso es que a la hora convenida llegó un coche de la empresa, me recogió y me llevó al “downtown” Río, al taller principal de joyería de Roditi en la dirección reseñada. Allí me recibió un vendedor avezado que comenzó por señalarme a unos y otros artesanos, ocupados en pulir las piedras: aquí las amatistas con su morado de belleza de Semana Santa penitencial; las turmolinas, verdosas como un mar claro y poco profundo; el topacio, pariente en colorido a la miel; la aguamarina, de un azul ya limitando con el gris suave. Las piedras correspondientes al mes de julio y en lo que pudiéramos considerar como concierto de anuencia zodiacal, eran: la rubelita, tirando a un tono de vino de Burdeos con colorante de ligero granate; la citrina de Río Grande, de un amarillo en su huida hacia el marrón; y el rubí, del matiz antonomástico de los labios... Yo iba diciendo que sí a todo, porque la verdad es que me parecía todo muy bien. Pero lo que se adueñó de mi conciencia con exclusividad, como para que me desentendiese de una vez por todas de las joyas fue una chica “manager” en

calidad de azafata. Vestía de azul clarito, igual que el personal de vuelo de las líneas Varig, por cierto, y desde el primer momento advertí que mis posibles insinuaciones, por periféricas y metafóricas no menos inequívocas, estaban limitadas por la presencia del empleado jefe, cuya única función era la de hacerme comprar algún trozo de los pedruscos de toda aquella cantera. Andrea era de una perfección pasmosa, al menos en el envoltorio de vestimenta en que en aquella ocasión se mostraba. Un poco así, como para que la inutilidad de mis pretensiones hubiese encontrado una justificación aliviadora, me puse con ese frenesí del aturdido a intentar descubrir cualquier rotura de su armonía, cualquier abandono de la altísima coherencia que se compendia en su cuerpo. El vendedor se apercibió de mi preferencia y -- parece que le estoy viendo -- aventuró unas cuantas tentativas más, ya falto de convicción [me dijo que lo podría pagar con cualquier tarjeta, a plazos, como quisiera...] y acabó por tirar la toalla. Andrea que, como digo, vestía falda, chaquetilla y zapatos azul clarito, y camisa blanca, a mi pregunta y tan sólo, me había dicho que se llamaba Andrea. La morfoternura de las parábolas a las que tendía su carne me recordaba a María Manuela de Sousa, si acaso, más en fino por parte de Andrea. Fue un golpazo lo que aquella mujer me propinó; un tumulto de instancias anhelantes y, al mismo tiempo, tan desvalidas. Le hice ver al vendedor que desde que había llegado Andrea había perdido yo el... ya poco interés que me inspiraban las joyas; y que era Andrea, únicamente Andrea la que me interesaba. Era una forma de declarar brutal y expresivamente a Andrea mi concernimiento y a la vez cumplir con cierto requisito de cortesía profesional al decirlo en presencia del, en cierta medida, responsable de la situación laboral de Andrea. El vendedor-jefe, no sé si por despecho o

porque era la pura verdad, y en todo caso por buscar de enfriarme los ardores de mi entusiasmo tan “at first sight”..., se me queda mirando fijo y sonriente y me dice que Andrea tiene tres hijos. Andrea no dijo nada. Ancló su vista, fija en los ojos míos, como queriendo significar cualquier cosa, todas las cosas. En aquella inspección de urgencia, la última ya, me hundí en la evidencia de que aquella mujer era un portento de criatura: canela clarísima su pigmentación; dientes limpiísimos como marineritos blancos alineados, y una baya rajada por boca. Me hubiera quedado con ella, por el rato que fuera, desprendiéndome del equivalente al precio de la más preciosa de aquellas piedras. Me fui de allí con el mismo dinero en el bolsillo, con el que entrara media hora antes; pero lo que sí percibí que se me había escapado a torrentes era un capítulo larguísimo de anhelos perteneciente al libro de mi vida.

La tarde de aquella jornada supongo que la pasaría, al menos buena parte de ella, quiero decir, sentado en la terraza del “Bolero”. No tengo nada especial redactado al detalle en mis notas de aquel viaje, excepto algunas puntualizaciones muy en clave; muy para ser entendidas y desarrolladas en virtud de una sola palabra, o de una frase corta. Una de las jugarretas con que se encuentra el escritor es precisamente la volatilización de ocurrencias que en un principio le parecen inamovibles, imborrables de la memoria. Pero la voracidad destructora, igualadora mejor dicho, del correr de las cosas sucediéndose lamina a ras de aniquilación aconteceres que en un momento nos parecieron que asomaban su pináculo de especificidad. Recuerdo con claridad terca la sensación de bienestar advenido, como postizo, que me produjo el hecho de que allí en Río, y entonces, en el mes de julio me hallase en plena estación invernal, con una temperatura ideal, entre los 20 y los 25 grados. También

recuerdo de alguna tarde que se tornó cárdena, con lloviznas a rachas fuertes, y durante las cuales el único cambio en el curso de acción consistía en sentarme en la parte alta del “Bolero”, en la terraza elevada y techada, en vez de hacerlo bajo los toldos de la superficie del paseo propiamente dicho. Allí el camarero Ramos, mi amigo del año anterior, me iba sirviendo algún que otro postre de fruta; o alguna que otra cerveza si de lo que se trataba era de hacer una comida en regla. El sistema, además de mantenido, lo habían perfeccionado. Los desayunos eran copiosos y salutíferos. La mesa rodante que el camarero introducía en mi apartamento a la hora señalada rebosaba de zumos de frutas y de bollería selecta, sin hablar de la selección entre té, leche, café, etc. No necesitaba nadie esgrimir dotes de psicólogo, ni de adivino, para comprobar que mi vida allí en Río estaba vencida del lado de la despreocupación y de la flexibilidad; y por ello uno de los camareros ya se había permitido elegirme el jugo/zumo de papaya como el más reconstituyente del consumo de energía generado por los encuentros con las garotas de turno. Luego, a lo largo del día, solía hacer una sola comida más, a eso de las 16:00; y si acaso, en plan de sentada en alguna terraza, otro pequeño postre antes de retirarme. El “Bolero” se fue imponiendo más y más en mi preferencia. Las otras terrazas eran muy parecidas: “Maxim’s”, “Mirage”, etc., con un tipo de prestaciones equiparables. La verdad es que aquella visita mía a Río de 1979 no podía cargar la baza en ninguna manifestación o aspecto concreto: era el preámbulo de lo que a continuación seguiría: Paraguay, Uruguay, Chile, Ecuador, etc. Río había sido mi gran descubrimiento, y sentir que seguiría ahí, a mi disposición para un buen número de años por venir, me liberaba en cierta medida de acometer con codicia apresurada cualquier actividad. Desde la

terrazza del “Bolero” veía a la gente hacer footing/jogging por toda la línea curva de alfanje de Copacabana, entre los hoteles Meridien y Río Palace. Me prometí que en alguna visita posterior y exclusiva a Río me llevaría mis zapatillas deportivas y haría lo mismo que los cariocas: saludar la mañana con unos cuantos kilómetros de ejercicio. Hay mucha gente joven en bañador o en pantalón corto con el torso al descubierto que viene a ser igual. Me había ya dado cuenta de que la playa de Copacabana rebosaba de gente jugando en la arena: Redes de volley-ball por todas partes; bancos y anillas para gimnasia, ejercicios de abdominales y de fuerza, etc., pero que los bañistas que realmente entrasen en el agua eran los menos. La resaca se hacía notoria sobre todo en la parte de playa comprendida entre los hoteles Meridien y Othon, y que tan sólo en el restante tramo de su arco rompían las olas con más docilidad. Desde la terraza del “Bolero” observaba muchas cosas, todo bajo un aspecto de prepotencia placentera. España había encauzado su transición. Nuestra nacionalidad propiciaba ahora una holgura magnánima de crédito. Se podía decir: Soy español, de España, de la Península Ibérica, con la total seguridad de que las palabras se escuchaban y caían en el lugar de las cosas con peso. Brasil era algo distinto de todo lo anteriormente conocido por mí. Me engolfaba en la evidencia de las manifestaciones que justificaban lo que estoy diciendo. Brasil era un gigantesco vástago desglosado de Portugal; era lo que conformaba el *iberismo* de Iberoamérica. A Brasil debíamos la escrupulosa propiedad del término Iberoamérica, a medio y luminoso camino entre la perversidad imbeciloide y de intención sesgada del término espurio “Latinoamérica” y la del si se quiere más bien restrictivo, excluyente, “Hispanoamérica”. Si en las demás

repúblicas de habla española uno se encontraba en “las Españas”, en Brasil yo me encontraba en la segunda Iberia.

Las chicas compartían con uno un rato de lecho por conveniencia, por la contraprestación que debe seguir a todo servicio; y también por el deporte de la curiosidad; por conocer qué podía venir de Europa, ya que el grado de originalidad revolucionaria que se les pudiera desprender del mundo “hispanico” del continente en que se hallaban más bien podía considerarse escaso. Supongo que en aquellas tardes en que el ojo del cielo mostrase su gesto huraño, el elemento merodeador de las terrazas -- vendedores, chicas, limpia-calzado, etc. -- disminuiría consecuentemente. Tengo ciertas notas primorosas incorporadas a mi cuadernillo de urgencia: “Mujer de la serpiente”. Se trataba de una mujer que se dejaba ver por las terrazas, con una serpiente al cuello. Era tal el respeto que me propiciaba dicho animalito, que nunca llegué a preocuparme por el tipo de mercadería que vendiese, si es que vendía alguna; o de evangelio o lema que difundiera. “Trabajadores encima de los camiones”. Ya recuerdo. Se trataba de que vi pasar por entre la línea de playa y el paseo, a lo largo de uno de los carriles de la Avda. Atlántica..., vi pasar a un camión con toda su caja llena de hombres musculosos, forzudos que parecían, en negro y en marrón, estar arrancados de un friso de partenón moderno; probablemente viniesen de la zafra, cual fuerza de trabajo de África que hubiera encontrado asiento definitivo en el Nuevo Mundo. Pasaron aireando gorros y ringleras de dientes en subitáneos lampos de albura. Se les escuchaba contentos, parecían alegres, realizados; acaso se dirigían a una favela, acaso a un alojamiento más urbano. Y yo allí, resguardado por todas las formas y realidades que el progreso ponía a disposición del afortunado. “Bichos raros: tíos con pelo rubio larguísimo, en

bicicleta, contra tráfico”. Nada que aclarar. Lo dicho se explica por sí solo. Brasil abundaba en una amplísima coloración humana, igual que sus canteras: el tipo nórdico para quien todavía resultaba elegante dejarse el pelo largo, amarillo ondeante; en clave más o menos macarra, más o menos hortera, por lo que explicito de su andar en bicicleta en dirección prohibida. Otra modalidad la componen los vendedores de barquillos, que los mantienen calientes mediante un pequeño horno u hogar alimentado por trocitos de leña, y que se halla dentro del tambor cilíndrico.

Las mañanas las solía ocupar en bajarme a la piscina y en pasear por la ‘promenade’ empedrada de la playa y por los alrededores del hotel Palace, sobre todo comprobando precios y constatando la clase predominante de productos en venta, que con mucho eran las piedras: piedras preciosas en su versión de joyería; o piedras más al natural, esa suerte de formaciones extravagantes, caprichosas y siempre llamativas que justificaban que los establecimientos en que se hallaban en venta se identificasen como “Gema”... con prefijo inequívoco, y seguido de algo. Abundaban los tenderetes o puestos de calle con la típica mercadería de las camisas, sandalias, gorros, bermudas, etc. El cambio del dinero no se efectuaba en los Bancos propiamente dichos, sino en casas de cambio; medida que yo siempre interpreté como que los Bancos no podían atender materia tan insegura y tan escurridiza como la sempiternamente semoviente cotización del \$ USA; y que por eso se lo dejaban a ese tipo de establecimientos más maniobreros. La piscina, situada dentro del recinto interior formado por uno de los frentes de los apartamentos y el lateral del Hotel Copacabana Palace, tenía en su parte delantera la barrera de la pérgola del comedor de la terraza, y de esa manera quedaba absolutamente protegida



dentro del claustro de las edificaciones del propio complejo hotelero, sin dejar de ser algo completamente al aire libre. Servicio de hamacas, bar, restaurante, etc., todo lo imaginable [Años más tarde encontraría en Bangkok este tipo de prestaciones llevado a su más alta consecuencia de refinamiento y profesionalidad].

La nota que dejé recogida en la hojita con membrete del Hotel no admite dudas: “Chica argentina: Majestuosa por la playa”. Lo recuerdo como si se tratara de ayer, de ahora mismo. Yo, con toda seguridad, iría de pantalón corto, con sombrero de sol y gafas y estaría viendo cosas; mejor, permitiendo que el tráfago habitual y soberano de la asiduidad carioca me dejara en mi conciencia lo que tuviese a bien quedarse adherido a ella. Había yo salido del recinto de la piscina y me hallaba contemplando las figuras de las hojas de los ‘almendoeiros’, estos árboles tan característicos del trópico, que hacían un ruido como de mazazo leve y chasquido pronunciado al caer; y que ya en el suelo, por su forma verdosa y curva, podían pasar por lagartos grandes y mansurriones. Había yo comenzado a andar hacia la derecha, o sea hacia la calle R.F. Mendes, pero muy lentamente, con esa indolencia del que todo lo tiene hecho y no espera nada especial, ni a favor ni en contra, de lo que ya considera suyo. En un ámbito poblado aquí y allá, antes, ahora y dentro de un rato por criaturas sobresalientes, por féminas bípedas, persuasivamente atractivas, la clave de excepcionalidad advenida para hacer desdeñable siquiera por un momento todo lo demás..., tiene que formar por sí sola una categoría. Pasó con un bañador blanco, de una pieza. Se trataba de una hembra gloriosamente proporcionada, más bien alta, muy esbelta y en la que las cotas de sus perfiles, las aristas de sus límites se compensaban con una proporción congrua de ‘morbidezza’. La

seguí, mudo y electrizado por aquel cuerpo de inacabable e inabarcables magnetismos; mecánicamente, como engolfado en ese dejarme llevar. Podía ser de cualquier parte..., lo más seguro es que fuese, bueno, pues de Brasil. El cromatismo de su textura, el aderezo de la pigmentación de su gesto cabía perfectamente, se podía alojar con toda propiedad en el concierto de etnias de la escala visible de Río de Janeiro. La fui diciendo cosas, en la convicción de que si era brasileña, antes o después contestaría, concertando de esa manera tácita pero elocuente su nivel de expectativas, acaso de exigencias, a mis disponibilidades. Bueno, yo qué sé. Pensaba que nada podía perder; pensaba que la peor de todas las decisiones es no tomar ninguna decisión; pensaba... o no; no pensaba. Seguí diciéndola cosas con el más conciliador de los ademanes, como estrenando asombro, vertiendo perplejidad, conjeturando futuribles, a lo largo de la línea de establecimientos junto al Copacabana Palace Hotel... puesto que ella se iba encaminando hacia la calle Rodolfo Dantas, ... pero sin mirarme, sin contestarme. Tuvo que recibir algún “toque de llamada” desde algún compartimiento oculto de su solidaridad, algo así como condescendiendo a satisfacer tanta curiosidad mía, con tan poco suyo; como si con tan sólo unas migajas que pudiera yo considerar como mi festín, se librara de mi anonadamiento. Al fin, cuando en tono de patológica angustia la pregunté que de dónde era, se dignó mirarme una centella de segundo, un conato de viraje, un esbozo de comunicación dedicada, y me dijo munificente en su opulenta generosidad: “Argentina”. “Oh, argentina”, dije yo. Me quedé clavado y vi cómo se alejaba doblando la esquina. Siempre que pienso en esta mujer innominada por mí, quiero decir de nombre absolutamente desconocido, surge el fragmento “A un ideal” del *Azul...* rubeniano.

Quedan unos cuantos apuntes más en mi pequeño haz de notas. El optimismo que me prestaba la opulencia de mi forma física y mental me tuvo que empujar inexorablemente a suponer que la memoria integraría, completaría toda la pieza verídica de realidades que yo me hacía la ilusión de asegurar con toda la integridad de detalles, mediante el retal de una simple palabra. No sé lo que significa “Carla”, así sin más en mis apuntes; y un poco después, “Call Carla’s no.” Tuvo necesariamente que tratarse de una de las chavalas del año anterior, la que formaba pareja con Jussa. “Las garotas de antaño se han ido”, apunto asimismo junto al nombre de Carla. Probablemente aquéllas fuesen también andanadas de cortesía que yo disparase a las chicas de mis encuentros eróticos del pasado. Probablemente este tipo móvil y volatilizable de garotas, como Ivette, como Carla, como Jussa, se extrañarían de que alguien como yo deseara hacer un seguimiento ulterior de... alguien como ellas entre tantas otras. Probablemente, qué sé yo!

Los restantes dos o tres días más en Río tuvieron que conformarse a este esquema vacacional: asunción de lo que había significado Río desde el momento en que a bordo del Concorde, y con la impagable compañía del multimillonario Sr. Edson Queiroz, había desembarcado el año anterior; y afianzamiento de las realidades adquiridas con vistas a estancias exclusivas allí, en Río, en el futuro. Sigo, para terminar, espigando en las *notas* que dejé escritas en las hojitas de 8 x 10’5 cms. de junto al teléfono: “Locura del último día: 6 chicas”. Veinte años justos después de los hechos, que es cuando estoy redactando esto, prefiero transcribir literalmente la anotación tal y como aparece, mejor que hacer que prevalezca mi incredulidad sobre lo portentoso de mis supuestas prestaciones. Pero si lo

tengo escrito es que así ocurrió. Hay cosas que recuerdo con una nitidez insultante...

Era ya casi de noche con toda seguridad del último día de mi estancia en Río. Había yo bajado a la pérgola o restaurante acristalado entre el paseo de la calle y la piscina, no sé si a cenar; o que simplemente transitaba por allí. Lo reconstruyo con una envidiable clarividencia: dos chicas se me cruzaron, el típico par, la consabida pareja o binomio en donde si la percepción subitánea advirtiese la carencia de algo por parte de alguna, ello quedaba de inmediato compensado y asistido por los atributos de la otra. Aquellos encuentros encerraban una desquiciante carga de belleza, como la explosión de un acertijo en el que todo se tratara de premios. Era cosa de mirarlas, de mirarnos, provocar una ligera detención, consolidar el proyecto comunicativo por medio de la persuasión de una sonrisa..., y la epifanía mostraba sus efectos mágicos acto seguido. Se llamaban Beatriz y Fernanda y eran las dos en extremo preciosas; como digo, compensadas, como combinadas en sus atributos respecto de la consecución de un paradigma de aventura, de carne animada..., última ya en aquella segunda excursión mía a Río. Me subí con ellas a mi apartamento, y por un prurito terco de especificación creo que sólo me dio lugar a follarme a Beatriz, después de jugar con las dos; después de acicalar el castillo de fuegos artificiales de mi retórica y de mi desprendimiento. “Beatriz y Fernanda” justifican una línea, ellas solas, en mis notas. ¿Por qué ellas sí, de manera tan palmariamente monográfica, y otras no? Lo ignoro. Las amé con ahínco como despedida, como traca final, como remate de faena, como el brindis de un “más difícil todavía”. Si otras chicas -- lo tengo asimismo consignado -- elogiaron el estado de mis dientes, Beatriz y Fernanda alzaron a categoría las anteriores anécdotas. Sí, creo que sólo me follé a Beatriz, pero

jugué con las dos; picoteé en las dos; las ahormé tanto con mis caricias como con la presión voluptuosa y encendida de mis palabras. No podía ser casualidad: Sonia e Ivette; Carla y Jussa; Beatriz y Fernanda..., compaginaban el repertorio de esencias y de existencias como para colmar las expectativas de aventura espiritual del más exigente e insaciable de los temperamentos. Seguro que aquel último día había sostenido cuatro batallas previas en el diseño azimutal de mi singladura, seguro. Seguro que mi necesidad de conocer a ninguna mujer nueva era prácticamente nula. Seguro que mis ganas eran más bien escasas. Pero también estoy seguro de que mi curiosidad por lo que se me antojaba idéntico y cambiante..., mi curiosidad no había mellado ninguno de sus filos originales. Y Beatriz y Fernanda se habían cruzado en mi estela, en la ineluctabilidad de mi órbita, y yo no me había podido negar. Las hice un regalo soberano; las dejé embalsamadas en poesía, regadas por mi semen generoso, enaltecidas por la afirmación ejecutiva que hice de sus realidades. Ellas, que no pidieron nada, ¿qué hubieran podido pedir?

Dos días antes había yo reservado billete aéreo para Asunción (Paraguay). El recepcionista Branco, un gran tipo, ya lo dije, joven, sonriente, de una profesionalidad difícilmente superable, me había regalado un primor de arrequive, un engarce de la lengua portuguesa cuando en la conversación que sostuvo con las líneas aéreas de que se tratare, y creo que eran las LAP, las Líneas Aéreas Paraguayas, al colgar con el fin de conceder unos minutos de gestión a la empleada que fuese, y que ésta nos devolviera la llamada con la información definitiva, Branco, como reproche al cúmulo de explicaciones innecesarias que había tenido que dar, me dijo que la señorita en cuestión no

estaba muy *esclarecida*: “Maravillas de la lengua, a cargo de Branco, recepcionista” -- dejé yo anotado.

La mañana que siguió a la noche en que estuve con Beatriz y con Fernanda en mi Apartamento del Copacabana Palace Hotel, volaba yo a Asunción. Me despedía de Río con la ingenua (por sabida) y petulante (por evidente) seguridad de que volvería, sí, ... de que volvería.

**Melania; Mechi: Asunción (Paraguay). Guía de la excursión a Punta del Este: Montevideo (Uruguay), julio 1979. Ana María [Asunción, Paraguay]: Alcalá de Henares, verano 1994.**

Directamente, quiero decir volando desde España y sin ninguna otra estancia intermedia, estoy seguro de que nunca hubiese visitado Paraguay. Pero estar ya en Suramérica, concretamente en Río; tener a Santiago de Chile como el eventual destino más alejado; disponer de todo el tiempo del mundo, y encontrarse en la ruta de mis escalas naturales... Decidí acercarme a aquel dúo de países en “uay”, aunque tan sólo se tratara del paquete turístico alojado en sus respectivas capitales y que a mí pudiera ilustrarme. Ya digo que en aquella ocasión mi último destino de referencia lo constituía Chile, y más concretamente Lucía Martín Letelier. Pero ya habrá podido observar el lector, si su proclividad hacia las cosas curiosas así se lo ha propiciado, que una vez en Chile el ritmo de mi turismo vivencial y de aventura quedaría aminorado, o al menos conformado al paradigma institucional de una sola chica; y que todas las manifestaciones de mi actividad se encauzarían conforme a un esquema familiar, tan rico en garantías de corte tradicional como acaso carente de sorpresas espirituales. Y puesto que Paraguay y Uruguay estaban ahí, naturalmente interpuestos entre mis geografías de despegue y de llegada, ¿por qué desaprovecharlos? En el lenguaje interno que en clave de picardía me dedicaba a mí mismo, estoy seguro de que dicha decisión de corretear un poco por varios países antes de recalar en Chile se conformaría a la fórmula expresiva de “ir desnatao” por lo que se refiere a mis recursos generativos; y por otro lado

Chile podría sentirse receptor y beneficiario del limo que se me adhiriese en mi peregrinaje previo.

Mi conocimiento de Paraguay era muy desproporcionado: directamente, lo que se dice directamente, ni aun en las cuestiones literarias, o histórico-artísticas, podía yo blasonar de un grado que pasara de mínimo. Como para tantas otras realidades, el contacto que durante mis años en USA y Canada sostuve con elementos del estudiantado y del profesorado hispánico, me sirvieron derivadamente para crearme una “base de datos” todo lo elemental que fuere pero siempre susceptible de consentir enriquecimientos ulteriores. No había leído nada de Augusto Roa Bastos, probablemente el patriarca en vivo de las letras paraguayas. Había picoteado en un librito de cuentos recopilado por Hugo Rodríguez Alcalá, para uso de Universidades y centros de habla inglesa..., y no recuerdo más. Paraguay, eso sí, había capitalizado alguna realidad socio-política que gozaba de gran nombradía y que era de conocimiento público a nivel mundial. Por ejemplo, que su régimen de Estado seguía acomodado a la modalidad de dictadura presidencialista, personificada por el Sr. Stroessner; y que, aunque dulcificada por el tono de la época y por las características étnicas del país, la filiación totalitaria a lo nazi de su gobierno [prácticamente inamovible en razón del apoyo del mayoritario partido “Colorado”], se había traducido en que Paraguay sirviera de refugio ideal a eso..., a nazis escapados de Europa tras la caída del Tercer Reich, etc., etc. Estas realidades conformaban una argamasa noticiable tan de consumo popular que hasta un producto para las masas como el cine se había ocupado del tema y hasta se lo había apropiado a efectos de la confección de guiones. Luego ya, por inevitable erudición histórica, proveniente de mis años de colegial, sabía de la así



llamada Guerra de la Triple Alianza, una sanguinaria contienda durante los años 1865-1870 en la que lucharon coaligados, de una parte, Argentina, Uruguay y Brasil, nada menos; todos contra Paraguay al que dejaron diezmado de material humano, sobre todo de varones; y al que arrebataron un buen pedazo de territorio. Más tarde, a lo largo de un buen tramo de los años 30, Paraguay y Bolivia sostendrían la conocida como Guerra del Chaco en la que, según entiendo, no hubo claros vencedores ni vencidos, sino un combate nulo por el que cada país se anexionó la mitad del territorio en litigio.

Bueno, ¿y qué?, podía preguntarme yo y de hecho me lo preguntaba. Paraguay en aquel momento de 1979 seguía disponiendo de más de 400,000.- kms<sup>2</sup> para algo más también de tan sólo tres millones de pobladores. ¡Sería por espacio! Otra cosa es cómo se lo repartieran y ésa no era precisamente mi incumbencia. Junto con Bolivia formaba el único otro país que no disponía de salida al mar, teniendo que servirse de las redes fluviales interiores, tanto para verter al Atlántico por el sur, como para conectarse con la cuenca amazónica por el norte. Asunción, la capital, con unos 500,000 habitantes se asentaba en la parte suroccidental de la nación, junto al río Paraguay que dirimía la frontera también con Argentina. No hay que ser un geo-politólogo de fuste para apreciar que la situación de una capital en cualquiera de los extremos o bordes absolutos del país [y más como en el caso de Asunción, orientada hacia el ámbito más acogedoramente desarrollado y más consustancial con el progreso, como lo era el sur] tiende a dejar desatendidos, y convertidos prácticamente en páramos, los espacios restantes. De Asunción para el norte entendí y entiendo que el mayor conglomerado humano no pasa de los 50,000 habitantes, y acaso sea Concepción la única ciudad en la que concurra dicha

característica. Paraguay -- insisto -- con su capital ubicada junto a una línea absoluta de frontera, recortaba decididamente las posibilidades de hacer turismo radial. Y, en fin, lo que más cercano sentía yo a mi temperamento; el material de sutura que más me relacionaba a mí con Paraguay era... ¡cómo no!, la música, su música de arpa, y las melodías clásicas sobre los pájaros “chogüi” y “campana”, y las historias de amor junto al lago de Ypacaraí.

Así que con estas alforjas de disposición de espíritu me encontré en el aeropuerto Stroessner, único acceso por aire al país. Nada más descender y entrar en las dependencias de los servicios aeroportuarios una profusión formidable de fotografías y murales, planos y cartelones se esfuerzan por informar al viajero de que un nuevo aeropuerto, también con el nombre de Stroessner, se halla en proceso de construcción. En uno de los mostradores de asistencia al turista me hice con varios programas de publicidad nacional; uno de ellos, el así titulado “Paraguay: tierra de paz y de sol”, no deja lugar a dudas: el tono en que está redactado rezuma esa prepotencia paternalista tan típica de las dictaduras ejercidas sobre un colectivo relativamente pequeño de nacionales. Con todo, es una hojita muy completa y muy informativa. Veamos algún ejemplo: “Hoteles. El sistema de alojamiento en el Paraguay se compone de hoteles, moteles, residenciales y pensiones. Los precios del hospedaje varían según la categoría de los establecimientos”. Una manera muy galana de decirlo todo sin decir nada [A continuación tanto el lector como yo entraremos en detalles sobre el tema]. “Panorama general. Al Paraguay se lo llama con toda justicia ‘Oasis de paz en América’. En todo el territorio se disfruta del trabajo fecundo y creador, el progreso y el optimismo. La cordialidad es un patrimonio peculiar que

distingue al hombre paraguayo. La naturaleza ofrece una viva atracción, a través de verdes valles, rumorosos arroyos, serranías, aire puro y sol tropical”. En definitiva, pensé yo, un paraíso para el turista. El cambio de la moneda nacional “guaraní” respecto del dólar USA es estable, y lo mismo puede predicarse, por consiguiente, de los demás valores. Una peseta corresponde a dos guaraníes, lo cual facilita los cálculos de gasto y de proporciones. Me doy cuenta de que los precios son más bien caros. Lo que trascibíamos sobre el alojamiento comienza a manifestarse en el sentido de que los hoteles, además de escasos y caros, estaban todos ocupados; sin plazas; así que hay que acomodarse en casas particulares que se ofrecen oficialmente para el efecto. Hechas las, según mi entender, oportunas averiguaciones, me metí en un taxi y nos dirigimos a las señas de una familia. Aquel primer intento resultó frustrado porque el caballero que me atendió, culto y algo redicho, pretendía cobrarme el doble de lo normal por el hecho de que una habitación dispusiera de dos camas y yo, de momento, ni hubiese querido compartirla con nadie bajo ningún concepto, ni tampoco era aquél el caso, ya que no existía cliente alguno potencial para el disfrute de aquella segunda cama. Así que nos marchamos de allí, a una segunda dirección, la de don Pedro Ortiz Molina, coronel del ejército, retirado, en la calle Hernandarias 1157, ligeramente al NO de Asunción. Allí sí que me quedé. Pactamos el precio de 1,200. guaraníes (no se olvide: 600 pts.) por el alojamiento y el desayuno, precio más bien caro a standards españoles, ya que por aquel entonces yo pagaba unas 400 pts. diarias por mi habitación del hotel Casablanca en Granada [Como veremos enseguida, los opíparos desayunos que la señora de la casa se dispuso a prepararme equilibraban, si acaso, la relación calidad-precio]. Creo que aquella primera jornada no

dio más de sí: Había salido de Río de Janeiro temprano en la tarde; las dos horas y media aproximadas de vuelo y estos pequeños trajines de desembarco, orientación y búsqueda del alojamiento empujaron el día hasta las colgaduras de la oscuridad. En el reverso de la tarjeta del señor coronel Ortiz tengo apuntado textualmente: “Santiago Ramírez: taxista que me trajo del aeropuerto. Me debe unos 200 guaraníes”. Curioso: no tengo idea de qué iba la cosa, ni el menor atisbo de reproducir los hechos. Probablemente se tratara de que no tenía cambio, y yo acaso le pagara con un billete de \$ USA. Tuvo que ser algo así; o que me dejara su dirección con el fin de que yo le contactara para mis desplazamientos por Asunción. Lo que sí recuerdo es que se hizo de noche; que yo estaba cansado, y que me quedé en la casa hablando con la señora.

Me parece que fueron tres las noches que hice en Asunción. Aquella primera mañana al levantarme empecé a tomar nota de pequeños detalles. Por cierto que seguí usando las hojitas para anotaciones de junto al teléfono, con membrete del Copacabana Palace Hotel. Tengo escrito: “Sistema de ducha y de tubo de goma para el agua caliente”. No puedo precisar a qué dirección apunté este comentario, aunque supongo que al de la restricción o salvaguarda ahorrativa de los recursos en las casas particulares. Una vez acicalado pasé a las dependencias más domésticas de la casa, es decir, comedor, etc., con el fin de saludar a quienquiera se hallase allí; y al llegarme hasta la cocina me encontré a la señora, esperándome junto a una mesa que por sus provisiones más parecía un banquete para media docena de comensales. Nos saludamos protocolariamente, y se quedó conmigo todo el tiempo que duró mi desayuno. Hice los honores a los productos más digestivos, como los zumos y los demás líquidos que normalmente se implicaran, como la leche, o el té, o

el café..., junto con alguna pieza de bollería o de pan tostado; y sin embargo desestimé amablemente otro tipo de comestibles, como cierta clase de embutidos, huevos duros, etc., consintiendo tan sólo en probar un poco de queso. Era evidente que la señora se había querido lucir conmigo..., y lo había conseguido. La dije, no obstante, que para los días siguientes que fueren, que... por favor, no se molestase en todo aquel despliegue de cosas -- y aquí venía lo más delicado -- que en su mayoría ni me gustaban ni probablemente las comiera jamás, sobre todo habiendo abundancia de vituallas más apetecibles. Así quedamos a satisfacción de ambos. La señora me presentó a la sirvienta, Beba, la cual se ofreció a lavarme y plancharme cualquier cosa que necesitara. Visto así, las 600.- pts. diarias iban encontrando cada vez mejor ajuste y justificación.

Esa mañana, y siempre según mi costumbre, contraté los servicios de un taxi para que me diera una vuelta panorámica por la capital y, de la manera más afin con las particularidades y propensiones que fueran surgiendo, me sirviera de guía cultural y vivencial. Tengo registrado en mis notas: “Taxista Cano: amigo, Juan Bautista Noguera”. El nombre del taxista no reviste problema. El segundo nombre tuvo que tratarse de alguna relación de la que nos serviríamos, acaso, más tarde para la consecución de entradas a un espectáculo de música y canciones guaraníes. Es muy poco lo que recuerdo, y también escasas las notas recogidas en dos únicas hojitas. El taxista me llevó a una concentración o poblado de indios puros, y a mi pregunta sobre si sus condiciones experimentaban discriminación o detrimento respecto de lo considerado normal para el resto de la población, Cano me dijo que los indios eran “muy letrados”, como significando, bueno, creí entender, algo parecido a lo que se afecta a los gitanos en España, que reclaman especificidad de

costumbres y de origen cuando deciden hacer lo que les da la gana; pero luego reclaman asimismo su puesto y su entidad dentro de la sociedad en la que están inmersos con el fin de recabar de ésta las ventajas y las mejoras que el progreso lleva consigo. Probablemente en el caso que nos ocupa y que reseño se tratara de los indios Maka, cuya población conjuntada se asienta en una zona del este de Asunción, como refleja el plano de uso turístico que estoy manejando. Desde luego que los taxis son más bien caros. La gasolina está a 96. guaraníes el litro (48 pts., recordemos). Los teléfonos sólo tienen cinco cifras, de manera que en el más positivo de los supuestos, al no alcanzar los 100,000.- ello daría menos de un teléfono por cada cinco habitantes: por ejemplo, el “fono” del Sr. coronel Ortiz, mi casero, registraba el número 81987. Lo que se dice del idioma en la hoja de información turística recogida en el aeropuerto es verdad: “Los idiomas nacionales son el español y el guaraní, siendo el español de uso oficial. Todos los paraguayos hablan ambos idiomas salvo muy raras excepciones”. No se aclara el sentido de dichas excepciones, aunque según entendí el dato se refería al hecho de que algunos blancos no hablasen guaraní. En un país como Paraguay los ramalazos de europeísmo puro resaltan aún más. Junto con el tipo de chica que va de lo absoluto indígena a la mezcla normal, se da la rubia de ojos azules, como si se tratara de alguien trasladado ex[ ] profeso de su lugar de origen en Europa; puras arias, bien por el ramal latino o por el más característico germánico. Hay una foto, en uno de los programillas en color, “Paraguay: Rutas turísticas” en la que, descontando el esperable grado de convencionalidad y estereotipo del caso, se refleja muy bien esta faceta sobresaliente de la mujer paraguaya: Aparecen varias chicas, en traje de baño, sobre una plataforma de madera junto al lago Ypacaraí. Lucen

bikinis, de color predominantemente azul, y que confrontados al color café de sus carnes, bien por condición original de su etnia, o bien por mutación devenida por efectos del sol, con un pelo negrísimo, seno más bien breve bajo la pieza superior del bikini, es el caso que conforman un ejemplo válido e imperecedero para la memoria mía de lo que yo entendí ya para siempre como canon de la belleza de la mujer paraguaya: chasis europeo, morenía tropical, gesto amalgamado entre la reflexión hacia lo indígena y la altivez exigente del futuro. Me fijé en que hay muchos chavales que trabajan de limpiabotas, sobre todo en el aeropuerto; y también me fijé en el hecho de que en frutas Paraguay nada en la abundancia. El pomelo está por todas partes, y hasta quiero recordar que por las calles se veían de vez en cuando alguno de ellos rodando o simplemente tirado junto al adoquín de la acera, sin mostrar señales de deterioro. El taxista, pasado un buen rato de recorrido, me llevó a una cafetería del centro de Asunción donde servían unos estupendos zumos de frutas, a un precio razonable. Tenía aquel establecimiento una especie de barra cuadrada con banquetas. Una vez que hice, por así decirlo, este primer consumo turístico, le dije a Cano que me llevara a algún sitio de confianza donde pudiera conocer a... Lo entendió a la perfección, y debió de hacer sus cálculos en el sentido de venderme un producto por bastante más de su valor...

Me dijo que sí, que conocía un buen sitio y que hasta allí podíamos dirigirnos. Muy bien. Llegamos. El taxista se bajó y me dijo que le esperase en el coche; que tenía que asegurarse del todo. Pensé que si se tomaba todo aquel tiempo en..., casi con toda probabilidad, urdir con la gobernanta o persona que fuere la estrategia respecto del cobro de los servicios que se me prestaran, y aprovecharse en la proporción que fuese del precio total que yo acabara pagando..., si ello era inevitablemente

imaginable, no era menos cierto que el hombre me dejó allí, dentro de su taxi, sin la menor suspicacia de que yo le pudiera husmear en ningún sitio. Regresó Cano y me dijo que no había problemas: que me acompañaba a saludar a la señora, y que me esperaba luego allí fuera, todo el tiempo que hiciera falta. Eché cuentas mentales y percibí que despachar a aquel taxista para tener que servirme de otro una hora más tarde no era rentable. Así lo acordamos. La señora de la casa usó conmigo un gran ceremonial. Me dijo que en aquel momento sólo podía presentarme a dos chicas, y que el precio sería 7,000.- guaraníes. Mentalmente lo consideré caro, pero en otro fogonazo de síntesis no dejé de percatarme de que dicha noción de carestía podría quedar matizada por muchas cosas que... se desarrollarían a continuación. Esgrimí mi mejor retórica para desestimar la compañía de una de las chicas y quedarme con la otra. Me pasaron a una habitación grande. Se trataba de una casa ampulosa, con detalles de buen gusto. Era imposible encontrar cualquier signo externo de otra cosa que no fuese una residencia; una casa con detalles señoriales: techos altos, habitaciones espaciosas.

Se llamaba Melania la chica con la que compartí casi una hora de compañía; ella fue mi primera hetaira en Asunción. Era morenita, no muy alta, algo bajita, bailarina de ballet folklórico. La entré fuerte por el lado de la retórica galante, de la poesía, del término castellano especioso, y creo que acerté. Lo pasamos bien. Melania era culta, respondía muy bien a mis suscitaciones espirituales, a mis requerimientos psico-somáticos en clave rumbosa, exótica, de caballero andante capaz de soltar cualquier suma de dinero por una contraprestación emocional. Al despedirme la dueña me dio una tarjeta: Victoria Duarte. Comisionista. 18 c/ Dr. Montero y Río de la Plata (Barrio



Sajonia)... Teléfono... Cano me esperaba, y de manera oficiosa creí descubrir en su rostro la seguridad de que a él le llegarían un puñado de guaraníes por mi expansión espiritual. Tengo una nota: “El pescado, rico”. Tuvo que tratarse de la comida. Casi con toda certeza que invitaría a Cano, y que al pedirle yo que me indicara un sitio donde sirvieran buen pescado, el hombre acertaría y así lo registro. Después de comer sí recuerdo que Cano me acompañó a la Agencia Lion’s Tours, donde a través de un tal Carlitos, un chaval avisado, sagaz y desenvuelto para su edad, que no pasaría de 16 años, conseguí una entrada para un show artístico de música, canto y baile aquella misma noche. Por más vueltas que le doy no derivo ninguna otra relación con el apunte que conservo en la hojita de notas: “Sr. César Adorno, Lion’s Tours. Edif. SEGESA”.

Regresé a mi alojamiento para dar fe de vida, saludar a los señores y echarme la siesta. A la hora que fuese me fui al teatro y resultó todo como me lo había anticipado: una preciosa producción de folklore paraguayo, quizás estereotipado a standards nacionales pero enormemente representativo y panorámicamente válido para mí: las canciones del “Pájaro Chogüí”, del “Pájaro campana”, “Ypacaraí”, etc., aderezadas, adobadas en las especialísimas vibraciones de la música de arpa; del colorido de los atavíos de los indios. Precioso, ambientador, oportuno. Nada podía ilustrarme tanto como aquel espectáculo. Probablemente se tratara del Teatro Municipal, en la calle Chile, entre los vértices de las E. Ayala y Benjamín Constant.

El desayuno de la que sería mi segunda jornada completa en Asunción se atuvo a las instrucciones que yo les había pasado tanto a la señora como a la sirvienta Beba. La señora me acompañó, charlando y hablando de lo que yo había hecho el día anterior. Me reía interiormente y al tiempo deploraba que no le

podiera yo dar la versión escueta y real de lo que constituía la base para mi estado de ánimo, que hubiera venido a ser algo parecido a esto: “Señora, ¿cómo quiere Vd. que me encuentre, bien comido, bien follado, con buena salud, con dinero, y amenizado por un precioso espectáculo de música, de canciones y de folklore paraguayo?” Quiero recordar que fue allí mismo y entonces mismo cuando sopesé fechas y actividades y decidí que me gustaría volar a Montevideo al día siguiente [18 de julio observo por la primera fecha de la factura del hotel de Montevideo] El señor coronel hizo por teléfono unas indagaciones preliminares y consiguió mi reserva en regla, a falta de que yo me pasara para efectuar el endoso y la formalización correspondiente. Otro enorme blanco para aquel día en cuanto a detalles menudos. Prácticamente y en síntesis lo tenía todo hecho. Me quedaba repasar los aspectos buenos ya conocidos e insistir en alguno. Sabía dónde tomar zumos estupendos y comer exquisito pescado.

Decidí probar otra chica. ¿Debía la nueva dirección al taxista Cano también; o se trató de algo que ya por mi cuenta averiguara? Ni idea. No reviste importancia alguna. El caso es que me dirigí a un domicilio donde había varias chavalas. Me quedé con una morena teñida de rubia que dijo llamarse Mechi. Era un primor de desenvoltura y de saber estar. No dejó de echarme piropos. Cuando la dije que yo tenía 43 años, ella, que tenía 19, me dijo que vivía con un japonés de 45 y que encontraba fascinantes a los hombres de esa franja de edades, y que en todo caso doblasen la de ella. Mechi era una consumada cortesana: segura de sí misma, educada, persuasiva y... sin lugar a dudas, bonita, sensual, con un elocuente desenfado y una apasionada parsimonia. Pero lo que mejor recuerdo de ella; lo que justificó la ocupación de varias líneas en mi *vademecum* de

notas de urgencia fue su frondosísima y extensísima pelambreira: era un bosque negrísimo que la acolchaba todo el frente de las ingles. La dije que me fascinaba aquel atributo suyo: ella ni se lo creyó ni se lo dejó de creer; sólo que antes de introducirse se imponía una manipulación dirimente, orientadora en el sentido de dejar expedito el camino, como de desbroce de direcciones. Una vez dentro de ella, la almohadilla triangular concertaba la cópula con restregones de refrendo. ¡Preciosa mujer y precioso encuentro! Fue Mechi de quien tuvo que venir la información que aparece en mis notas: “*Dado rojo*: boite con elección de chica”. No llegué a ir allí ni a ninguna otra parte. Creo que el resto de aquel día lo pasé asistiendo a otro espectáculo musical; recogiendo el billete de las líneas uruguayas Pluna, para retirarme a descansar.

El día de mi partida de Paraguay, y por todas las cosas que inmediatamente pasará el lector a conocer, resultó ser el más largo y el más adensado de acontecimientos; en pocas palabras, el más significativo, el que ha venido conservando su proyección a lo largo de todos estos años. En resumen el asunto es como sigue: El avión de las líneas uruguayas Pluna que debía transportarnos a Montevideo no pudo realizar el vuelo, ya que después de despegar, y a causa de un desperfecto material conocido de antemano, tuvo que regresar al aeropuerto de Asunción. Hasta que se nos proveyó con otro avión ya por la noche, para llevar a cabo dicho vuelo, nos tuvimos que quedar en la ciudad. Por esas cosas inexplicables de la casualidad o mejor dicho, del azar magnánimo, yo acerté a caer bajo la tutela de uno de los pasajeros paraguayos, don Emilio Duarte Pallarés, doctor en Derecho, Gerente de la empresa Atalaya de Inmuebles S.R.L. Loteamientos, y para más señas multimillonario al estilo y manera en que dicha condición concurre en las personas de estos

países de la América hispana en quienes concurre. Con el fin de no perdernos en la secuencia de las cosas es inevitable adelantarnos ligeramente. Al regreso de mi viaje total por América del Sur, una vez que tuve tiempo de conjuntar la redacción de los datos esenciales y comprometidos, yo escribí a las líneas Pluna:

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
FACULTAD DE LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
FILOLOGÍA INGLESA

Alcalá de Henares (Madrid)  
22 de agosto, 1979

Sr. D. Eugenio Sclavos  
Director, Central de Pluna, Líneas Aéreas Uruguayas  
Avda. Agraciada esquina Colonia  
MONTEVIDEO, Uruguay

Referencia: Vuelo 704 de PLUNA,  
Asunción-Montevideo  
17 de julio, 1979

Muy Señor mío:

Ajeno a posiciones subjetivistas, y mucho menos a demagogias de frívolo oportunismo sensacionalista, considero asunto de solidaridad humana, de universal ciudadanía la denuncia de unos hechos que incumben directamente a la compañía uruguaya PLUNA. Hablo como Doctor en Filosofía y Letras, Profesor de Universidad, y también como jurista, de un lado; de otro, como viajero por más de cuarenta países, y específicamente como usuario del transporte aéreo durante

veintiséis años. El crédito que puedan merecer mis palabras lo hago depender de las premisas anteriormente expuestas.

Soy uno de los desafortunados pasajeros del vuelo PLUNA 704 Asunción-Montevideo, día 17 de julio, 1979. Acabo de regresar a España después de un viaje por Suramérica, y por eso le escribo ahora. Paso a referir los hechos.

Efectivamente, el vuelo estaba previsto para las 10:40 am. Sin embargo en el aeropuerto se nos dice que se sigue la política de citar a los pasajeros con media hora extra de anticipación, además de la hora y media preceptiva en vuelos internacionales. De manera que nos encontramos con la primera descortesía de PLUNA al no tener en cuenta el valor del tiempo de los pasajeros puntuales. Con todo, a eso de las 11:15 am. embarcamos. Y ya acomodados en el avión, comenzamos a sufrir una irritante espera que se prolonga inexplicablemente. Más inexplicablemente aún debido a los rumores contradictorios que empiezan a circular entre el pasaje, de supuestas informaciones técnicas oficiosas facilitadas por algún empleado de PLUNA. Pido por favor prensa, y me cercioro de la casi insalvable dificultad de conseguir a bordo un diario bien de Paraguay o de Uruguay.

Pasada la primera hora de espera, se anuncia que se nos va a servir la comida. Al acabar la comida (almuerzo) son ya casi dos horas de espera las que obran, y el estado psíquico del pasaje se va deteriorando inevitablemente por momentos. De pronto, suena el altavoz de cabina de tripulación. Parece que nos habla el capitán. De manera confusa, equívoca y hasta incoherente se nos comunica que la demora está siendo ocasionada por un fallo técnico del avión; que se ha procurado subsanarlo durante el tiempo de la espera, sin conseguirlo; que se ha entrado en contacto con el aeropuerto de Carrasco para recibir

instrucciones; y que las instrucciones recibidas de Carrasco son, en efecto, *que se despegue y que se lleve a cabo el vuelo con especiales precauciones*. En este punto la alarma y la estupefacción crecieron hasta cotas imprevisibles. ¿Cómo entender que una avería técnica del avión pueda subsanarse con las instrucciones venidas de Montevideo? ¿Cómo entender que el capitán de la aeronave (o quien hablara) anuncia al pasaje que *el avión se dispone a despegar a pesar de tener una avería*, avería que, por otra parte, no nos dicen en qué consiste, para, siquiera, poder decidir nosotros? Confieso que tales extremos me han sido inéditos en los 26 años referidos de experiencia de pasajero aéreo.

No obstante, lo más desconcertante de todo, repito, era *no saber a qué atenerse*, carecer de elementos de juicio para tomar una decisión, la que fuere. Por supuesto que después de las palabras dirigidas al pasaje, el grado de alarma y de desconfianza se multiplica. Como cada cual podía, comenzamos a preguntar a las azafatas y a una especie de comisaria de tierra de PLUNA *qué era lo que en realidad ocurría*. Se nos dice que, en efecto, el avión tiene una falla técnica, pero que no debe haber motivo grave de alarma; que se han recibido instrucciones de volar nada más que a una altitud máxima de 2.000 metros, y que vamos a realizar el vuelo sin más demoras.

¿Hay imaginación capaz de hacerse cargo del panorama y calcular el grado de pavor que nos estrujaba? ¿Se pueden concebir maneras más efectivas de aterrorizar a un pasaje que mediante las explicaciones del capitán y las explicaciones de las azafatas? No obstante, *después de más de dos horas de espera dentro del avión*, en un estado de zozobra insólita, y con el alma hecha pedazos (y no sin que antes un pasajero, el Dr. Duarte Pallarés, de Asunción, pidiera bajarse del avión imperiosamente,

como después nos enteramos), en estas circunstancias, digo, se toma la trascendental (y supongo que inolvidable, para la historia del transporte aéreo civil) decisión de despegar. Y despegamos. Aterrados, desquiciados, con el sistema nervioso hecho pedazos. El avión despega, e independientemente de unos ruidos que en tales circunstancias le suenan a uno extraños, no bien hacemos ganar unos metros de altura cuando nos anuncian que regresamos al aeropuerto de Asunción.

Lo primero que yo pensé es que íbamos inminentemente a explotar en el aire y que no nos daría tiempo posible a aterrizar. Confieso tener un corazón en estado normal, pero también confieso que los minutos que transcurrieron hasta aterrizar han sido los más espeluznantes de mi vida, los más apocalípticos, los más inenarrables. Una vez en el suelo, nos pareció a muchos que habíamos nacido por segunda vez.

Y ya con la perspectiva que da el tiempo y con los ánimos tranquilizados, me pregunto: ¿Cómo es que se pueda jugar impunemente con la vida de un pasaje? ¿Cómo es que se pueda hacer depender la seguridad de un vuelo de las instrucciones que emitan a más de 1500 kms. de distancia? ¿Cómo se nos puede someter al riesgo innecesario, en condiciones límites, de un despegue y de un aterrizaje en cuestión de minutos, por la incompetencia, por la imprudencia temeraria de quien sea? Porque resulta que, ya en tierra, se nos informó cumplidamente de que la avería técnica en cuestión consistía en la fisura o quiebra de una de las capas del parabrisas de la cabina de tripulación; y que nada más emprender el despegue se rompieron las otras capas del parabrisas, amenazando con una despresurización inmediata de la aeronave y la catástrofe consiguiente. *¿Qué hubiera ocurrido de haberse terminado de romper el parabrisas en pleno vuelo?*

Repito: Humana y jurídicamente creo que ha lugar a una indemnización por varios órdenes de conceptos: tanto por someter a un riesgo certísimo la vida de un pasaje, como por la pérdida de diez horas de tiempo, toda vez que nuestra llegada a Montevideo se efectuó diez horas después de lo previsto; así como por el cambio de avión: nuestro billete era para un Boeing 727 y el avión que finalmente nos transportó fue uno del tipo Viscount, de hélices, que prolongó la duración del vuelo (por la noche, además) en más de una hora; como por el hecho de haber llegado destrozados, física y psíquicamente, a Montevideo, habiendo perdido nuestras conexiones programáticas de toda índole para el día, y un montón de etcéteras que en comparación con los hechos que conforman la peripecia central, poco añadirían al asunto.

Así, creo que esto, de un lado, me da derecho a una indemnización o compensación personal, como pasajero; de otro, me permito sugerir la sanción disciplinaria reglamentaria a los responsables de que el avión despegara. Vuelvo a insistir en que este trance es insólito en la historia de la aviación civil que he vivido directamente, y estoy seguro de que una imprudencia temeraria de este calibre contempla la correspondiente sanción en el reglamento de IATA o del organismo nacional o supranacional que fuere.

En todo supuesto, el hecho merece ser difundido por agencias, compañías aéreas, organismos públicos, y en general, por todos los medios que tienen relación con el turismo internacional. Así es de razón que he tenido el ciudadano deber de expresar ante Vds.

Atentamente

Tomás Ramos



A esta carta mía nunca recibí contestación. Al año siguiente, y en vista de la callada por respuesta de los de Pluna, decidí escribir a IATA, enviándoles fotocopia de mi carta a Pluna. Su acuse de recibo, lacónico y contundente, por previo, cerraba cualquier procedimiento ulterior:

IATA  
QUALITY IN AIR TRANSPORT

**International Air Transport Association**  
26, CHEMIN DE JOINVILLE  
P.O. BOX 160. 1216 COINTRIN-GENEVA. SWITZERLAND  
TELEPHONE: (022) 98 33 66 - TELEX 23391 - CABLES:  
IATA GENEVA

Mr Tomas Ramos Orea  
C/ Paseo de la Estación, 16  
Alcala de Henares (Madrid)  
Spain

31 July, 1980

Dear Sir,

This is in reply to your letter of this month to the Director General regarding flight 704 operated by Pluna.

As this airline is not among the member carriers of IATA, I am sorry to advise that the Association is not in a position to be of assistance.

Yours faithfully,

(Mrs.) Suzanne Rollier  
Information Assistant

La verdad es que, pasados los hechos relatados, y siguiendo yo con vida, era más una pura cuestión literaria que otra cosa lo de referirse al tema. Había sido una aventura desagradable; en definitiva se había resuelto sin más implicaciones penosas; en mi caso concreto, todo ello había sido ocasión para que yo conociera a gente ilustrativa, etc., y así, el móvil más esencial que había presidido mi determinación de relatar la realidad en la forma en que lo hice..., el móvil, digo, o acicate había sido el literario. La implacable perspectiva de 20 años justos -- estoy escribiendo ahora esto a la altura del mes de mayo de 1999 -- me hace ver el tronco de los acontecimientos podado de las pequeñas excrescencias emocionales.

Efectivamente, uno de los pasajeros..., acaso el único, que pidió que le dejaran descender del avión con el parabrisas rajado, antes de que éste realizara el despegue del aeropuerto Stroessner, para volver a aterrizar a los pocos minutos, fue el antes reseñado don Emilio Duarte. Tuve la fortuna de caer junto a él al regresar a la sala de espera. Probablemente conociera muy bien la percalina, ya que -- según tendríamos ocasión larga y distendida de charlar -- solía viajar con frecuencia entre Asunción y Montevideo. El caso es que, de momento, el pasaje quedó surto y a la espera de noticias allí en el vestíbulo del aeropuerto Stroessner. Se sucedieron las conjeturas, las llamadas, las exigencias de que se nos informara al pasaje de la manera más fehaciente con el fin de saber a qué atenernos. Nos llamó nuestra atención algo inequívoco: sobre la zona de estacionamiento de las pistas se había montado un castillete de andamios y pudimos ver que unos operarios habían quitado por completo el parabrisas rajado y antiguo del avión, y se aprestaban a colocar uno nuevo. De ahí nuestro esperado estupor y nuestras cábalas: ¿Qué hubiera ocurrido de haber continuado volando? Las

especulaciones, huelga decirlo, eran libres y se hinchaban conforme al temperamento del dicente o manifestante. Yo me encontré arropado por la gratuita munificencia del señor Duarte, quien, pasados los primeros ratos de confusión y de disparos de conjeturas para todos los gustos, comenzó a dejar sentir la preeminencia de su condición de multimillonario. Me dijo que le acompañara al “down-town” y que como estaba ya en contacto con las autoridades del aeropuerto, que no había problema y que seríamos los primeros en conocer lo que fuese. De momento el vuelo quedaba cancelado hasta... la reparación del parabrisas, o hasta la reposición de un aparato distinto, supuestos todos que tardarían unas cuantas horas en el mejor de los casos.

Emilio Duarte era un hombre corpulento, bien parecido. Cuando salimos de las dependencias del aeropuerto, nos esperaba un coche Mercedes, con chófer. Emilio me permitió ir en el asiento delantero y nos encaminamos a la empresa de la familia Duarte. Se trataba de un edificio que albergaba las oficinas de Atalaya de Inmuebles, que, como su nombre indica, era un negocio inmobiliario que tenía necesariamente que mover un volumen cuantiosísimo de capital. Las oficinas estaban montadas con todo lujo, a todo trapo, y en el rostro, aun en el gesto de todos y de cada uno de los empleados a floraba una sumisión respetuosa, rayana en lo reverencial. A nuestra entrada se originó un pequeño revuelo: habían transcendido las noticias de que un vuelo de Pluna hacia Montevideo no había podido efectuarse; pero lo que no sabían era la decisión acertada que había tomado Emilio Duarte al exigir que, ante las condiciones defectuosas ya reseñadas, le permitieran desembarcar antes de que el avión acometiera las primeras maniobras preparatorias del despegue. Un equipo de azafatas de la empresa se puso solícitamente a nuestra disposición, con el ofrecimiento de

bebidas y cualquier otro tipo de refrigerios. Lo primero que hizo Emilio fue pasar a saludar a su hermano mayor que además de Presidente del negocio ejercía visiblemente como cabeza de clan. Era un hombre amable que me trató con deferencia al enterarse de mi condición de universitario y a punto, también, de conseguir mi segundo doctorado. Charlamos allí un buen rato y luego, siempre a bordo de Mercedes nuevo y grande -- creo que se trataba de un 250 SL de gasolina -- nos trasladamos a la residencia familiar de Emilio. Su mujer era una madraza que acaso no pasara de los cuarenta años pero que había adquirido la típica obesidad de la indolencia. Uno de sus hijos, el niño, intimó conmigo de inmediato, y hasta me puso en evidencia por dirigirme expresiones de cariño con toda la buena fe de su puerilidad, pero que sonaban a disparates graciosos; me decía que se quería venir conmigo a España, y que... qué pena que no fuera yo su papá! Se encaprichó de una cazadora-sahariana que llevaba yo puesta, un pingajo multi-usos que sin embargo demostró sus funciones polivalentes. De buena gana se la hubiera regalado, pero era el caso que la necesitaba más que ninguna otra prenda o que ningún otro adminículo que portara yo en mi ligerísimo equipaje. La madre reía aquellas ocurrencias inocentes, con cachaza benévola, repantingándose en el sofá donde ya estaba instalada. Creí captar la clave del ambiente. Emilio estaba casado tal vez por cumplir con una convención social; pero el poco caso que en el fondo parecía dedicar a su consorte exteriorizaba a las claras que habían constituido una situación de entendimiento y respeto, y que cada cual dejaba hacer al otro lo que le diera la real gana, guardando las formas y manteniéndose fieles a unas pautas de convivencia y urbanidad de cara a la galería. Me invitaron a comer y a todo lo que se me pudiera antojar dentro del esquema en el que necesariamente nos

teníamos que mover hasta que nos avisaran para ir de nuevo al aeropuerto. La casa de Emilio era la mansión típica del prócer adinerado, sin restricciones de espacio ni de prestaciones en países con muchos kilómetros cuadrados de territorio y con pocos habitantes. Emilio tenía servidores por todas partes. El dinero movía servicios, voluntades y adhesiones. Y todo, al menos, parecía de buen grado y acaso lo fuera.

Se nos unió un colaborador de Emilio a quien éste había encargado la pertinente conexión en Montevideo; como digo, todo en plan de gran señor. Nos sentamos a charlar y yo, sobre todo, a beber exquisitos zumos de pomelo que la servidumbre se aprestaba a servirme. Emilio pertenecía, obvio es decirlo, al partido en el poder y regidor de la política de Paraguay en los, por entonces, más de treinta últimos años. El partido *colorado* sostenía al Presidente Stroessner contra viento y marea, y para cualquier visitante como yo, aun sin esgrimir sagaces análisis, se le hacía evidente que Paraguay, en América del Sur, era lo que había sido Portugal..., o España en Europa: una autocracia paternalista, quizá como la forma intuidamente más oportuna de hacer practicable la convivencia. Emilio era un “colorado” acérrimo. A través de sus juicios se me patentizó que, una vez más, el comunismo era el monstruo innombrable del que se valía el gobierno para tener a raya a sus opositores. Yo siempre pensé que estos hispanoamericanos... un buen pedazo de razón sí que tenían; sí que les asistía: Habían visto el ejemplo de Chile en donde para extirpar la aventura allendista habían tenido que implantar al depredador militarista de Pinochet. Habían visto..., yendo un poco más lejos en el tiempo, el ejemplo de España: para evitar la desazón propagadora y despersonalizante del stalinismo nos tuvimos que hacer cargo casi durante cuatro décadas del maridaje de los sables y las cruces del franquismo;

de los uniformes y de las sotanas. Pues bien -- supongo que pensarían estos prójimos -- si ahora tenemos un sistema original y paternalista de autocracia, ¿para qué permitir un orden de cosas que irremediabilmente desencadenaría una dictadura represora, revanchista y sin miramientos? Emilio hablaba maravillas del Paraguay. A medio plazo el progreso técnico y material que él vaticinaba, según sus cálculos, rayaba en lo extraordinario. La presa de Itaipú, o sea, el estrangulamiento del río Paraná un poco arriba de Iguazú, aunque de capital consorciado, iba a permitir a Paraguay exportar energía eléctrica como para beneficiarse de cuantiosos beneficios económicos. El país estaba también construyendo un nuevo aeropuerto que, ni que decir tiene, llevaba inexcusablemente el nombre de Stroessner. Yo tímidamente arañé en el tema de si había oposición en el país; de si Stroessner era unánimemente tenido como caudillo por antonomasia... y esas cosas. Me dijo Emilio lo que se dice en estos casos: que la oposición no constituía un elemento inestabilizador para el “Oasis de Paz” con que, ya vimos, se apellidaba El Paraguay. Con todo, Emilio no descartaba un relevo presidencial en la política de la nación, si con ello se aprobaba la asignatura de maquillaje que el concierto mundial exigía al menos a los países con fuerte tradición presidencialista; relevo que en todo caso se conformase siempre a los esquemas del partido *colorado*.

Una llamada telefónica cortó nuestras disquisiciones y nos anunció que era ya hora de encaminarse hacia el aeropuerto. Me despedí de la señora; cambié expresiones de cortesía neutra delante de todos con la servidumbre, pero en un momentáneo desglose puse un billete de guaraníes, equivalente a unos cinco \$ USA, en la mano de la doméstica que me había servido los zumos a mí en particular y el resto de las cosas a los demás

comensales; hice unas cuantas cucamonas al hijo de Emilio, el cual siguió dedicándome expresiones como “papá” y cosas así que, de no estar todos en el secreto sobre el efecto magnético y exótico que mi personalidad debió de producirle, pudieran haber parecido altamente embarazosas y comprometidas. El mismo Mercedes que nos había traído del aeropuerto nos devolvió a él. Ya era casi de noche. El avión que se nos destinaba ahora era un cuatrimotor de hélices, motores Rolls-Royce, tipo Vanguard que, por ser de las LAP mereció todo el encomio de Emilio Duarte. La verdad es que en los años sesenta yo había volado más de una vez en estos aparatos, con capacidad de hasta cien plazas, y que alcanzaban una velocidad de crucero de entre 500 y 600 kms. hora. Y así fue. Como el lector habrá podido informarse en razón de mi carta de reclamación y protesta, el viaje se prolongó una hora más de lo que normalmente hubiera necesitado un Boeing 727. Ya en el aire yo me dejé llevar, más a conciencia si cabe, en todos los sentidos. En un momento dado mi espíritu decidió apercibirse de que ya habíamos rebasado el espacio aéreo del Paraguay y nos disponíamos a sobrevolar la lengüeta nororiental de la provincia argentina de Corrientes.

Desde entonces, hasta hoy que estoy escribiendo esto, han transcurrido casi veinte años y en todo este tiempo la proyección psico-física del Paraguay no volvió a interferir con el mundo de mi relación excepto por lo que respecta al verano de 1994. Resulta que dentro del amplio concierto de lazos hispanoamericanos, el gobierno de España venía sufragando la estancia, en la ciudad de que se tratase, a una serie de colectivos profesionales e intelectuales de distintas repúblicas de habla ibero-americana. Aquel verano de 1994 les tocó el turno a un estamento que, pertenecientes al campo poroso de las Humanidades, tuvieran que ver de alguna manera con el

menester de las labores de archivo; y de tal forma que por estar en Alcalá de Henares el Archivo Central de la Administración Pública, este grupo de iberoamericanos [la gran mayoría, mujeres; y que yo sepa, una de ellas de Brasil] tuvieron a mi ciudad natal como el lugar de la realización de sus cursos. Con la debida antelación mi amigo nicaragüense don José Jirón, bibliófilo de Rubén Darío, me había alertado sobre una señora, amiga suya, perteneciente a dicho grupo de elegidas, y a la que recibí en un principio en Granada, y días más tarde, ya en plena estación de verano, en Alcalá de Henares.

Los vasos comunicantes de nuestras frecuentes charlas; la dimensión espiritual, el remozamiento de mis vivencias hispánicas que supuso mi encontrarme y mi departir con este pequeño ejército de estudiosas, sobre todo alrededor de una buena mesa, quizá merezcan en el estadio oportuno de estas Memorias la correspondiente reseña. De momento, lo que me interesa recoger aquí es que mis amigas más habituales fueron, además de la señora nicaragüense, otras de Guatemala, de Perú, de El Salvador, de Honduras, y de Brasil, una por cada uno de estos países respectivos; y que por mis oficios, por la esgrima tan socorrida del principio de que “los amigos de mis amigos”..., conocí a la paraguaya Ana María Argüello. Ello ocurrió más bien al final de los cursos, pero aun así me dio tiempo a coincidir en una de las casi habituales comidas en el restaurante Oliver’s de enfrente de mi domicilio en Alcalá de Henares, con que solía yo homenajear a mis invitadas del mundo hispánico. Se trataba, quiero decir Ana María, de una señora de unos 35 a 40 años; de una morenía guaraní que se alzaba a categoría en razón de su larguísimo pelo, oscuro como una endrina y reluciente como un óleo en el que un sol tropical se hubiera incrustado. Fui a buscar yo un día a Silvia, la nicaragüense, a la puerta del edificio de los



Archivos en Alcalá de Henares, y vi a una mujer de pie en uno de los vértices, bajo el dintel del atrio, y me dije: “¡Vaya pedazo de mujer!” Días más tarde, y más que nada por los desinteresados oficios de Patricia, la hondureña, Ana María, a ruego mío, se adhirió a una de nuestras comidas y tuve ocasión, al menos, de hacerla llegar algo de la sintonía de las vibraciones que, a su presencia, convocaba en mí mi pasado y único viaje al Paraguay de 1979. Ana María se hospedaba en Madrid, y después de cada ciclo diario de clases subía al autobús que el Ministerio había puesto a disposición de ellas y del personal que quisiera trasladarse; se iba a su hospedaje y no regresaba a Alcalá hasta el día siguiente. Deseé celebrar con ella alguna velada más, pero la incompatibilidad de horas y de servicios dieron al traste con mis previsiones. Llegamos a hablar, creo, una sola vez más por teléfono, como despedida, antes de que ella se volviese a Paraguay. Yo la escribí, qué duda cabe, y ella con bastante tardanza me contestó de esta forma conmovedora, como hecha de claroscuros, de despegues emocionales y de reflexivas represiones. Me resultó muy mortificante, muy lírica. Se trata de una cartita de una hoja, en papel timbrado y con sello en relieve y redondo que dice ‘República del Paraguay’ y que circunda el orlón del escudo nacional [Copio lo más significativo].

‘Ministerio de Educación y Culto’ Archivo Nacional de Asunción. Dirección.

“Apreciado y distinguido Doctor:

Recibí su carta, la cual me llenó de emoción.

Aprovecho la oportunidad para expresarle mi agradecimiento por su atención; además quiero decirle que es Usted una persona admirable por su amabilidad, elocuencia y cultura.

Posiblemente yo, viaje nuevamente a España... haré lo posible de ponerme en contacto con Usted cuando llegue a su país. Desde Asunción y de mi persona reciba Usted un fuerte apretón de manos.

Gracias.

Ana María Argüello”.

Precioso, ¿verdad? Una rotunda mujer; una esplendorosa mujer; un “pedazo de mujer” como observé que la hondureña Patricia, por oírmelo a mí con tan irrefragable convicción, también lo decía ella misma, como entusiasmada del hallazgo expresivo. Nunca jamás he vuelto a saber de Ana María. Claro que era madre de familia, dos hijos, y que estaba más o menos enredada entre las telas mejor o peor tejidas del matrimonio, a la manera como en el entonces de 1994 y en el allí del Paraguay lo entendieran. El país había traspasado el “stroessnerismo” hacía años, pero ello no quería decir nada especial; muy al contrario, para un observador de la vieja Europa ello muy probablemente significara que el paisanaje, el personal tenían que ponerse a hacer ejercicios de democracia partiendo desde cero; y eso, en sitios con una tradición tan arraigada de lo contrario, resulta penitencial. No, no he vuelto a saber más de Ana María. No obstante, la estela de su perfil y la bellísima planta de su morenía guaraní prolongándose en la memoria mía es el patrimonio del Paraguay que obrará siempre conmigo.

En efecto, aquel vuelo de 1979 entre Asunción y Montevideo, en vez de la hora y media que hubiera durado a bordo de un reactor, duró dos horas y media. No había problemas. El cuatrimotor ni se estremeció. Había completamente oscurecido. Llegamos al aeropuerto Carrasco de Montevideo a eso de las diez y media de la noche. Estaba

lloviznando. Pero hasta allí también alcanzaba el largo brazo del poder de Emilio Duarte. Las llamadas desde su casa habían producido el estupendo efecto de que un amigo suyo, un notario o “escribano” como dicen allí, nos estuviera esperando con un espacioso coche... ¿Se podía pedir más? Como mi plan era el más poroso de todos, el más muelle y acomodaticio, pues... seguí dejándome llevar. Estoy seguro de que algo tuvimos que hablar durante el vuelo, en el sentido de que yo estaba de turista por allí, y que tres o cuatro días en Montevideo era todo lo que me proponía de estancia. El amigo de Duarte nos llevó al Hotel Victoria Plaza, uno de los más céntricos y clásicos de Montevideo, en la Plaza Independencia, más bien en la parte suroeste de la capital, en una protuberancia que constituía el espigón de cierre de la Bahía de Montevideo en su vertiente sur. Aquella nuestra noche de llegada quiero creer que no dio para más; que cada cual se fue a su habitación sin que mediara una despedida en regla, pero sin que tampoco pudiera deducirse del contenido de nuestra conversación porosa y abierta a las cualesquiera ocurrencias que la dinámica de las cosas por venir pudiera depararnos. A todo esto, del cotejo de fechas tal y como quedan consignadas en mi carta al Director de Pluna, de un lado; y de otro, en la factura que providencialmente conservo del hotel Victoria Plaza, se deja sin justificar una fecha. Efectivamente la factura del hotel indica con claridad tres noches: 18-19-20 de julio. Pero la noche del 17 también la pasé en Montevideo. ¿O es que lo que quedaba de aquella noche del 17 al 18 nos acomodamos en lugar distinto del Victoria Plaza, para ya a partir del 18 alojarnos en dicho hotel? Lo menos sinuoso, para lo que aquí se trata, es suponer que la fecha de salida de Paraguay, tal como se indica en la carta, está equivocada, y que donde dice 17 debe decir 18. Voy a operar tan sólo, y como hipótesis de

trabajo, con estas premisas de forma que la fehacencia prestada por las cifras de la factura del Victoria Plaza sea la única a tener en cuenta. Así pues:

*19 de julio.* Lo primero que hice fue conseguirme un buen plano del país y de la capital. La verdad es que los 176,000.-kms<sup>2</sup> que justificaban la superficie de Uruguay pueden considerarse como un trocito, esmerado y cuidado, del gran hermano gigante hispánico de Argentina en la que Uruguay apoya todo su lado occidental. Uruguay es culto. Ya los libros de Literatura de nuestro Bachillerato estaban llenos de nombres de poetas y de autores, en general, con notoriedad perfectamente acrisolada. Eso para mí constituía un lugar común y respecto de lo cual, por sabido, no había nada que insistir. En Uruguay, además de Montevideo, había media docena de ciudades dotadas de aeropuerto, prestando así al país una nervadura equilibrada de comunicaciones y de vertebración geopolítica. Y por otra parte, las lacras de los vecinos le alcanzaban a Uruguay en su correspondiente proporción. Por ejemplo: Las fechorías de los “montoneros” peronistas, que desencadenaron los años de las dictaduras militares argentinas, tuvieron su réplica en el movimiento “tupamaro”, una partida de piojosos terroristas uruguayos que de esa manera reivindicaban su parentesco de estilo y de formas de vida de los argentinos. Uruguay, en suma, siempre nos ha parecido a algunos europeos como un paisito, filial de Argentina, en pequeño, en fino, y en discriminante. Su población, algo más que la del Paraguay, pero sin llegar tampoco a los tres millones y medio, de los que más de uno se concentraba en Montevideo. Hay unas cuantas, más bien pocas, cosas que he querido rescatar de Uruguay como materia noble y adecuada para el menester de mis Memorias, y una de ellas fue que habiendo indagado probablemente en el mismo hotel por un

sitio clásico e indiscutiblemente bueno para comerse un churrasco a la brasa, alguien bien informado me recomendó... un lugar, un restaurante..., o acaso una zona del puerto. Con el plano ahora delante de mí, tuvo que tratarse de alguna de las calles que acababan intersectando la Rambla Franklin D. Roosevelt, que corre paralela a las Dársena I y II. Casi con toda seguridad que aquello constituyó mi comida de hora tardía acostumbrada. Estaba cerca del hotel y me encaminé andando. Llegué a una especie de restaurante o figón. Había unas rejillas de hierro abiertas en ángulo, quiero decir como en forma de tienda de campaña, de varios metros de extensión, sobre cuyas pendientes se extendían los variados trozos de carne a mayor o menor distancia del campo de brasas de debajo. Yo simplemente pedí un buen churrasco, muy pasado, y lo que me llevaron a la mesa resultó ser uno de los manjares más conseguidos que yo nunca hubiera hasta entonces, ni he hasta ahora, paladeado. ¿Cómo lo hicieron? Ahí radica la mano maestra en la actividad que fuere. El cocinero se dio maña en darme un trozo de carne pasada, pero jugosa; un pedazo de solomillo “a la brasa” de un fuego calculado, pero conservando su propio caldo, el aroma líquido de su exudación. Me pusieron un vaso de vino que parecía sangre de toro a punto de coagularse, de tan espeso y rico como estaba: le encontré sabor áspero de un Rioja entero, con un punto de acidez sentido allá, allá... al final, casi por detrás del paladeo. Lo demás, pan y postre, igualmente en su punto. Uno de los pedazos de carne más representativos de la degustación de toda mi vida. El que me informó y me dirigió a este sitio sabía lo que hacía. Aquello sí encarnaba con dignidad la nombradía del producto de res del cono sur americano; sus pastos, la sazón de sus asados bajo la denominación que en cada caso pudieran adoptar. Como en otras parcelas de la humana experiencia, en esto de los platos

característicos uno ha hallado el punto de sabor óptimo fuera de su lugar supuestamente de origen por antonomasia: si de “pizza” se trata, nada como la de Lino’s en Kingston, Ontario (Canada) dejando muy por detrás a mis intentos en la propia Italia; si hablamos de carne, el churrasco que pedí en Buenos Aires en 1978 no puede compararse, por su parquedad y por su carencia de elementos extraordinarios, al trozo opulento y sabrosísimo de Uruguay, al que me estoy refiriendo; ni tampoco a un solomillo soberano que me comí en Francia, cerca del Canal de la Mancha en 1973; ni a los que luego me comería en Santo Domingo, capital de la República Dominicana, en cualquiera de las numerosas visitas que dediqué a este lugar caribeño a partir de 1983, en un restaurante de la Avda. Independencia, que, eso sí, con el nombre “El rancho argentino” hacía honor desde el extranjero y acreditaba la bondad de la denominación de origen.

Después de comer me retiraría al hotel a lavarme y a ordenar mi curso de acción. No me quería ir de Uruguay sin follarme a alguna chavala que en la modalidad del alquiler tanto allí como en Argentina las llaman “yiras”, como tan profusa y universalmente lo exterioriza el tango. Probablemente preguntara a un taxista, el cual me condujo a unos apartamentos, por alrededor de los cuales circulaban chicas, de buen ver algunas. Abordé a una delgadita, pero con talle atractivo y con busto proporcionado. Se trataba de ocupar la habitación grande o apartamento por el tiempo que uno quisiera; creo que lo mínimo era una hora. Valoré siempre este encuentro mío como uno de los más neutros. La chica, de nombre olvidado..., acaso, acaso... Delfina, no era antipática y era bonita. Lo único que yo quería era charlar con una chavala, hacer una cala en el mundo de las putas de Uruguay y no marcharme de allí sin echar una firma. Hablamos de literatura. Era culta y..., bueno, no tuve nada que

reprocharla; no guardo hacia ella ningún pensamiento negativo. Simplemente que la cosa no dio más de sí.

Regresé al hotel y tenía un recado en Recepción para que ya, en cualquier momento, entonces mismo, subiera a contactar a Emilio Duarte a su cuarto. Bueno, ¡qué sorpresa!, pensé; a ver de lo que se trata. Llegué y estaba Emilio con el señor notario, o escribano, de la noche anterior, el cual había pensado en llevarnos al teatro, muy cerca de allí, a presenciar *El Mercader de Venecia*. ¿Shakespeare en Montevideo? ¡Wow! ¿Por qué no? Por lo demás, Emilio y él trataban de negocios, lo suficientemente distendidos y generales como para que hasta me preguntaran mi opinión en algún respecto. Emilio, sin ostentación, no podía ocultar su condición de magnate. Pidió un whisky, que se lo llevaran a la habitación, y que nosotros pidiésemos lo que quisiéramos. Yo cumplimenté con un zumo de naranja o de pomelo, y el señor escribano con un café. Emilio pagó con dinero USA, pues él no entraba en cambio de pesos a \$ o al revés, y simplemente daba dólares USA y cuando la cantidad así lo justificara recibía los pesos de vuelta. Le sorprendió lo bien que hacía yo de memoria las conversiones entre la moneda USA y los pesos y/o guaraníes uruguayos y paraguayos. Supongo que Emilio nunca había calculado ninguna operación cambiaria que incorporase ningún vehículo instrumental de pesos/guaraníes respecto de los dólares. Hablaba con una prepotencia natural, que se podía tolerar. Decía invertir en obras de arte, Pintura sobre todo, y según me pareció entender el señor escribano era su enlace comercial entre, al menos, los dos países Paraguay y Uruguay; una especie de abogado, agente comercial, y fedatario, todo en una pieza, hombre de confianza, algo así como explorador de un paraguayo mesopotámico respecto de cuestiones adelantadas hasta las líneas de costa de

Uruguay, Argentina y Brasil en todo el inabarcable sur oceánico. Con esa naturalidad tan privativa de quienes pueden permitírselo nos decía Emilio que una visita inesperada que había hecho, así como por equivocación, a no sé qué marchante en cuadros, le había costado no sé cuántos cientos de dólares, ya que no pudo negarse a adquirir una obra. Y lo grande es que lo contaba así, como queriendo y asumiendo de buena fe que el curso de los acontecimientos radica en un golpe de timón del puro azar que según apunte allí... o allá, pues eso, le podía costar mil y pico de dólares. Una joya de hombre.

El Teatro Solís estaba allí mismo, en un vértice de la Plaza Independencia. Nos acomodamos en el patio de butacas, y la versión de la obra de Shakespeare, a cargo de un tal Eduardo Schinca, me pareció buena, muy a tenor de los decorados. Shakespeare -- ya lo sabemos -- es un texto puro, y presenciar la escenificación de sus obras las más de las veces las perjudica, estropea el efecto de química intransferible que ejercen sobre el lector. No recuerdo ahora mi valoración concreta a aquella dramatización de *El Mercader de Venecia*, pero no alberga mi memoria ninguna instancia negativa. Conservo un programa del acto, y en cualquier supuesto ello dice mucho de la inquietud de un pueblo que en su repertorio cultural de un julio de 1979 incluía a Shakespeare. Al final de la representación sí que me despedí de ambos amigos. En las horas intersticiales de aquel día había yo madurado mi plan: el día 20 quería yo volar a Santiago de Chile; me había enterado de que había vuelos y lo único que tenía que hacer era reservar y confirmar billete al día siguiente por la mañana. El resto del día lo emplearía en hacer una excursión a Punta del Este. Me despedí, como digo, de Emilio y del señor notario; un par de prohombres, cada uno en su estilo. De su liberalidad se aprovechó, sin proponérselo, mi alma. Ellos



se ilustrarían, me imagino, de alguien como yo que ha estado siempre y sigue estando matriculado -- tras sufrir infinitos exámenes -- en las asignaturas de vivir y de dejar vivir.

El día *20 de julio* iba a ser definitivamente mi última jornada entera en Uruguay. Reservé mi billete para la fecha siguiente a Santiago de Chile con tan sólo una escala técnica en Buenos Aires [en la que, se dirá en su momento, ni siquiera bajé del avión] y quiero creer que con la línea estrella holandesa KLM. El resto de aquel día 20 lo tenía a mi completa disposición. Alguien del hotel ya me había sugerido: “¿Por qué no va Vd. a ver Punta del Este?” Pues claro. Además, y aunque parezca que he esperado demasiado para mencionar el asunto, en mi anticipación sobre Uruguay había un tema que desde el mismo momento en que se produjo había empapado mi curiosidad y conmovido mi conciencia. Era lo del avión siniestrado en Los Andes; aquél que llevaba a Santiago de Chile a un equipo de jugadores de rugby, uruguayos, y que por una cadena lamentable de fallos humanos y de imprevisiones se estrelló contra una de las muchas crestas nevadas andinas, concretamente el pico Tinguiririca, y allí aguantaron, echando mano de los cadáveres del accidente como fuente de nutrición. La aventura dio la vuelta al mundo. Se escribió una novela, originalmente en inglés, *Alive*, por un tal Paul. Que yo sepa, se hicieron dos versiones cinematográficas: una, la primera, mejicana, algo rústica pero con materiales de mano más genuina, y creo que un buen guión. La segunda, norteamericana, con mucho mayor lujo de efectos especiales, pero que no supera, a mi leal saber y entender, el impacto primario, emocionante y novedosísimo del trabajo de los mejicanos. ¿A Punta del Este? Pues claro. Me habían dicho también que en una localidad cercana, de nombre Casapueblo..., aunque sobre ello, a fuer de

honrado, nunca conté con datos terminantes..., que cerca de Punta del Este se conservaba una, ¿cómo decirlo?, casa-museo con restos, motivos y recuerdos de aquella gesta de supervivencia de los uruguayos en Los Andes.

Me apunté para una excursión en autobús para aquel mismo día a primera hora de la tarde. Éramos tan sólo una docena de turistas y contábamos con dos guías. No es presuntuoso por mi parte, pues tampoco requirió de mis habilidades, si las tuviere, ni de artimaña alguna el monopolizar para halago e información mías a una de las guías turísticas, una chica joven, rubia, bastante bonita y proporcionada; lo que se dice un típico vástago europeo de criollismo puro sin mezcla aparente de indigenismo platense. Flotábamos a nuestro antojo en el autobús y la guía y yo ocupamos dos de los asientos delanteros. Charlamos, como puede suponer el lector más perezoso en suponer cosas, prácticamente de todo. En un momento dado, y después de haber peinado algunos temas de literatura, de turismo en general, de viajes, etc., encontré la que me pareció la ocasión justa de introducir el tema del accidente del avión que, no se olvide, databa de 1972, hallándose Chile bajo la Presidencia constitucionalmente democrática de Salvador Allende. Cuando la comenté que aquel asunto me interesaba mucho; que una de las razones por las que yo estaba en Uruguay era la de recabar personalmente algún dato que en todos los años ya transcurridos no hubiese perdido significación, ni, por otra parte, transcendido a la información convencional que en su momento tuviéramos los europeos... La guía me dejó explayarme con mis primeras rondas de razones y justificaciones sobre mi interés por aquel acontecimiento. Y en un momento dado, crítico, sin igual, cuando llevado de mi natural deseo de especificar algún detalle, de concretizar algún dato..., cuando la

pregunté si ella había conocido, también personalmente, a alguien de la expedición, o si en el grupo de jóvenes alguien, alguno..., ese tipo de cosas por las que uno quiere que su interlocutor declare el grado de protagonismo que le corresponda..., cuando algo de eso, más o menos pormenorizado, más o menos conjuntado la pregunté, la guía, suspendiendo todo discurso, mirándome un segundo, luego bajando los ojos, me dedicó por respuesta una secuencia de sollozos acompañados de los regueros del doble hontanar de sus lágrimas. Me quedé suspenso y mudo, y cuando ella se recuperó me dijo que una de las víctimas era un primo hermano suyo. Aquel nimbo de desvalida orfandad, de rediviva tristura que esmaltó el bello rostro de la guía ha permanecido en mi memoria todos estos años, y puedo vaticinar sin violencia alguna de principios que seguirá inmarcesible a lo largo de todo el porvenir.

La excursión continuó según los parámetros convenidos. Lo de Casapueblo se trataba de un complejo de edificios blancos, un poco a estilo Gaudí, junto al mar, sito en Punta Ballena, unos kilómetros antes de llegar a Punta del Este. Parece ser que por expreso deseo de algunos de los supervivientes del accidente aéreo, en algunas de las dependencias de aquel complejo se había montado un museo, ya dije, con restos, motivos y testimonios relativos a la gesta. El mapa del que yo me servía incluía un cuadrito separado, con una reproducción de semejante singularidad urbanística y rememorativa.

Punta del Este carecía de ambiente entonces. No olvidemos que nos hallábamos en pleno invierno. Se nos mostraron a efectos turísticos las infraestructuras propias para el rendimiento de unas prestaciones de centro playero con Casino. Punta del Este a Montevideo venía a ser lo que Mar del Plata a Buenos Aires; y Benidorm, y una docena más de localidades

veraniegas neurálgicas levantinas, a Madrid, sólo como ejemplo. En la misma y propiamente dicha Punta del Este, geográficamente considerada, desde la que se divisa la orla de playas que respuntan el litoral del Río de la Plata y el del Océano Atlántico, allí, digo, nos llevaron a una especie de terracita promontorio, en el que confluyen las calles 2 de febrero y Solís, y desde donde se percibe estar circundado completamente por el mar, debido a que la elevación hace invisible el trozo anterior del istmo. Para mí la tarde se llenó de conversación. Tanto en el merodeo turístico que llevamos a cabo por la ciudad-balneario, y sobre lo cual no recuerdo nada reseñable, como en el viaje de regreso, yo cargué fuerte mis bazas y prácticamente me adueñé de las guías, extrayéndolas el jugo de sus opiniones y de sus valoraciones. Uruguay, de nuevo, me pareció un paisito filial de Argentina: en sus éxitos, en sus problemas, en el diseño de su proyecto de vida en común. Los más pudientes, por eso de apuntarse un tanto de exotismo, se trasladaban por el este al vecino Brasil. La guía [no la rubia que co-protagoniza esta viñeta por las razones conocidas, sino una morena chispeante y con gracejo decidor] me hablaba de sus excursiones a Porto Alegre, un poco, me dio la impresión, por blasonar ante mí de versatilidad turística.

Eso creo que fue todo. No tengo ningún otro apunte, excepto una notilla, un apéndice al final de una de las hojitas del Copacabana Palace Hotel de Río de Janeiro en la que, un poco desglosado de cualquier contexto, cito lo que parece ser que me dijo el taxista Sousa, el que me acompañó en mi búsqueda de Sonia y de Ivette, y que más o menos rezaba que “si yo continuaba con mi buena salud, podría continuar ganando dinero y éxitos en la vida”. Una preciosa reflexión.

El día 21 de julio estaba previsto que yo volase a Santiago de Chile y así tuvo que ser.

## **Lucía: Chile, verano (en España), 1979**

El 21 de julio de 1979 despegué del aeropuerto Carrasco de Montevideo a bordo de un avión de la KLM rumbo a Santiago de Chile. Se trataba de un viaje proyectado desde el periodo navideño y de Año Nuevo inmediatamente anterior durante el que se acomodara mi segunda visita a Chile. En esta tercera, como si dijéramos “la de la vencida”, mi previsión iba enteramente lastrada con el monotema de Lucía Martín Letelier, lo más parecido -- puestos a buscarles parecidos a las realidades -- ..., a una novia, o por lo menos amiga estable, un sí es no es institucionalizada. Aquella visita a Chile quedaba presidida por un panorama monógamo, con la carga de pros y contras que dicha particularidad encerraba para mis inquietudes y para mis acrisoladas tendencias. Desde mi viaje anterior, en primer término, y a través de la correspondencia a que hubiera lugar, yo había “quedado” con Lucía en dedicarla una estancia todo lo larga que la ocasión requiriese; sin prisas; sin más compromiso que el de estar con ella; “estarnos” los dos, el uno para con el otro. Muy bonito sobre el papel y muy prometedor. A mi favor contaba el hecho de que yo quería conocer algo más del país de Chile; de eso no había duda. Y Lucía poseía un cochecito VW, todavía en uso aceptable, que nos podía llevar a cualquier rincón. Por ese lado mi viaje -- percibía yo -- repartía protagonismo entre Lucía y la realidad geográfica de Chile como tal; y ello extendía los recursos de interés que de otra forma se hubieran visto menguados. Y puesto que Chile y Lucía iban a estar allí; puesto que mi verano me permitía el disfrute sin restricciones de por lo menos dos meses enteros, seguidos, continuados..., los indiscutibles, los antonomásticos de julio y de agosto, pues... me lo tomé a lo grande y decidí templar la pieza con escalas previas

en Brasil, en Paraguay y en Uruguay antes de poner rumbo a Santiago; y todo ello conforme a la más escrupulosa de las lógicas y a la más armonizada de las logísticas, ya que alcanzaba de nuevo Suramérica por Río de Janeiro, y entre esta ciudad y Chile los dos países desinenciados en “guay” caían justo en mi camino sin ninguna violencia de principios ni distorsión geográfica. Se trataba -- como quedó explicitado plásticamente en otro lugar -- de llegar sedado y “desnatado” a Chile.

Pues bien, con ese equipaje de perspectivas y con el cúmulo de obligaciones cumplidas que uno dejaba a la espalda, me encontré volando hacia Santiago de Chile, desde Montevideo, aquel 21 de julio de 1979. La escala técnica de menos de una hora en el aeropuerto de Ezeiza de Buenos Aires la cumplimenté sin bajar del avión. Excepto por lo que se refiere a la cuestión personal del encuentro con mi primo Jorge, tan escaso era el interés que en aquellos momentos suscitaba Argentina en mí. No, no descendí del avión. Fue una satisfacción testimonial que le concedí a mi espíritu. Quería llegar a Chile “no contaminado” por las vibraciones de ámbitos poco gratos. Y así creo que llegué: con un panorama limpio de miasmas. Probablemente aquel mi tercer viaje al país araucano fue el que menos notas escritas generó. Fue como una demostración, a lo vivo, de que con la compañía estable de una mujer hay instancias que pierden vigor; disposiciones de ánimo que amainan sus ímpetus; en una palabra, se ablanda uno al compás muelle de la situación general en que se desarrollan los acaeceres diarios. No puedo estar seguro ahora de lo que sentía entonces; ni puedo acertar con la etiología, pero sin duda que la pequeña glotonería acomodaticia de contar, al menos en teoría, con una mujer para uso y consumo personales mellaría los filos de mi curiosidad respecto de situaciones que hubiesen merecido la consecuencia

de una glosa escrita. Pero dentro de la cápsula de pareja en la que, por mor de Lucía, obviamente yo me encontraba, supongo que no hallaría disposición de ánimo para escribir cosas, bien porque la tibieza muelle de la situación así me lo propiciara, bien porque pensara yo que mi memoria y los cuatro papeles, quiero decir tarjetas postales o recortes publicitarios de los parajes visitados, me serían suficientes para reconstruir el pretérito, cualquiera que fuese la época en que me dispusiera a acometer la tarea. Y es ahora, hoy, en este momento cuando me percato con toda la rotundidad simplona de los hechos irrefutables..., me percato, digo, de que no hubieran estado de más algunos pespuntos documentados. No guardo registro de hoteles y vacilo en dar por sentado que me marcharía al Foresta, el hotel de mis dos anteriores estancias, y que una vez allí...

Ya con plenitud de situación en la memoria sí tengo afincado el registro de que Lucía me llevó a su casa de la calle Campos de Deportes, 55. Se trataba de un edificio grandazo y algo antiguo, perfecto para el verano pero algo frío y desangelado para el invierno. Y no se olvide que entonces en el hemisferio sur nos hallábamos en invierno. Recuerdo con esa tozudez rebelde de las patentizaciones incómodas que alguna mañana sentí yo la desazón propia de salir de la cama con resolución y tener que lavarme mitad arrugado por el encogimiento. Lucía me colocó una estufilla pequeña que a duras penas compensaba lo inhóspito de la situación. Lucía era entonces el único miembro de todos los Martín Letelier que vivía en aquella casa: Los padres se hallaban en Constitución, con la hija mayor, Teresa, y los hijos de ésta; su hermana Chabela en su casa con su familia en Santiago; el hermano pequeño, en su propia casa también en Santiago, con su mujer y con un niño de pocos meses; Eduardo, en España pero, según me contó Lucía, a



punto de llegar a Chile. En este viaje mío y no antes tuve yo conocimiento consciente de que había otra hermana más, Carmen, casada con un italiano, Antonio, y que vivían en Madrid. Así, los hermanos Martín Letelier eran seis nada menos: Los dos varones, Eduardo y otro más pequeño, Juan Roberto, el casado con Jenny, una preciosa chica rubia y esbelta, y padre del bebé de pocos meses; y las cuatro hembras: Teresa, Carmen, Lucía, y Chabela.

Lucía estaba apercebida de que mis intenciones eran viajar por Chile lo más posible, y a ello dedicamos los siguientes días. La economía del país comenzaba a recuperarse, después de la yugulación de los recursos y de las carencias sufridas durante el “allendismo”. Lucía me llevó a un taller donde todavía recauchutaban los neumáticos: por una cantidad módica le revisaron el calzado al VW: un parche por aquí; una cubierta sustituida por otra recién recauchutada, y un cambio en equis dejaron al escarabajo listo para emprender la ruta. Decidimos bajar todo lo que pudiéramos hasta..., hacia la Tierra del Fuego, es un decir. Los viajes imponen su ley inexorable; normalmente suponen el doble del gasto inicialmente previsto, y se autolimitan a la mitad del desarrollo, en días y en espacio, también diseñado en un principio. A mí Chile mentalmente me atraía por igual, tanto por el sur como por el norte. De buena gana hubiera tirado hacia arriba de Antofagasta, hasta la región de Atacama, para que Lucía pudiera testimoniar la percepción de lo que constituiría para mí recordar el desierto de justo... diez años antes en Africa, en la travesía del Tanezrouft. Pero la ruta del norte, por lo que parece, y salvadas mis asunciones literarias gratuitas, presentaba problemas logísticos y según Lucía había que descartarla...

Bueno, me dije, ¿y a mí qué?, si todo me era desconocido y sobre el papel igualmente interesante. Desde el momento en que decidimos tirar para el sur comenzamos a esmaltar de puntos de visita nuestra posible trayectoria. Las carreteras de Chile estaban hechas, lo que se dice, una pena. La lengüeta de territorio alargado que conformaba al país sólo daba para una vía asfaltada central que prácticamente terminaba en Puerto Montt, a 1,050.- kms. de Santiago. Pero es que el estado de la superficie era lamentable: Había kilómetros y kilómetros en que los conductores, sobre todo camioneros, se cambiaban de mano porque la que les correspondía, en su sentido de marcha, tenía el piso tan deteriorado que no había manera de sostener el vehículo rodando por encima de baches y hoyos. El “estado de la cuestión” era tan conocido por todo el mundo en general que, por supuesto, no existía ninguna sanción práctica instrumentada por la autoridad competente contra los conductores. La época de Allende había dejado al país en ruinas; y lo que no habían hecho los políticos se habían encargado de ejecutarlo los terremotos y algunas de las lindezas geofísicas que azotaban a buena parte de la costa del sur de Chile, formada por un verdadero encaje de flecos entrelazados de islas. Se hablaba de no sé cuántos años aún sólo para reparar la carretera “longitudinal”. Existía, al parecer, un solo servicio bueno de ferrocarril, a lo largo de una vía y a bordo de un tren construidos por una empresa japonesa. Entiéndase esto del tren como simple referencia de comparsa, ya que quedaba fuera de nuestra incumbencia.

Así que hacia el sur; hasta donde llegáramos. La primera escala consciente fue Parral, patria chica de Pablo Neruda. Tras las oportunas indagaciones alguien nos condujo a lo que había sido en su tiempo una casa y de lo que ahora quedaba el sitio, el solar, en proceso de convertirse en el hogar de una familia de

profesores. Se nos dijo que allí había nacido Pablo Neruda. Era evidente que el régimen de Pinochet no propiciaba ensalzamiento alguno institucionalizado de la figura del poeta; antes bien, supongo que lo contrario. La gente, además, parecía “pasar” de temas así. El “allendismo” les había traído al “pinochetismo” y sospecho que con la aventura de la subsistencia del día a día tenían más que suficiente, como para enredarse en filigranas estéticas. Sí percibí que, *grosso modo*, la figura del autor del *Canto general* estaba amortiguada por una como convención tácita a nivel de Estado; cosa para mí doblemente atractiva ya que en mi calidad de turista español, quiero decir de la Madre Patria, me podía permitir todo tipo de exteriorizaciones de mis preferencias literarias.

Alguien nos habló de una anciana, mitad derelicta, mitad solitaria, que era tía de Neruda y que habitaba en una chabola..., allí, y en tal dirección. Fuimos a verla. A duras penas nos entreabrió unas maderas que servían de puerta a la covacha donde la pobre mujer se resguardaba. Los remilgos que yo esgrimí al principio dejaron paso a una vehemente voluntad de sacarle una fotografía a la vieja, y así, mientras yo empleaba mi tono más conciliador en hacer que entornara la hoja de tablas que servían de entrada al paupérrimo habitáculo, pudo disparar Lucía la cámara y alcanzar a dejar fijado la mitad de un rostro como de pajarraco ganchudo, entre asustado y amenazador. Pero lo más sobresaliente, lo que me ha quedado adherido a mi conciencia es el tremendo parecido de la tía con el sobrino: es el mismísimo perfil de leve distorsión aquilina de Neruda el que conformaba los rasgos de doña Brígida Reyes Parada. La testimonialidad de los genes celebraba respecto de la anciana una de las más portentosas mostraciones [A nuestro regreso días más tarde a Santiago, me hice con un ejemplar de la revista *Paula*, de fecha

martes 17 de julio 1979, en el que, como al unísono de mis inquietudes y como si hubiéramos estado auscultando, cada cual por nuestro sitio, el mismo tema, había salido un amplio reportaje sobre “el mundo de la infancia de Neruda”]

Un poco más abajo llegamos a Temuco. Allí también rastreamos lo que buenamente pudimos sobre Neruda, que, si mal no recuerdo, se redujo a la constatación del sitio donde se había levantado la escuela a la que asistiera el poeta en su infancia. Ahora Lucía y yo teníamos fijo y decidido viajar por la llamada región de los lagos, uno de los parajes más pintorescos de todo Chile. Saliendo de Temuco y siempre hacia el sur, la primera etapa de la que guardo un registro que se ha mantenido indemne a lo largo de los años, es la que celebramos en el Hotel Antumalal, en el distrito de Pucón, en la esquina oriental del lago acaso del mismo nombre; acaso más probablemente, como el de la ciudad de Villarrica al otro lado, justo en el extremo de poniente. Conservo una tarjeta comercial de los dueños del establecimiento, Enrique y Alicia Pollak. Aquel hotel constituía una antesala válida del ambiente recoleto, agreste, bellissimo y sosegado de aquella región. Hicimos una sola noche. No se olvide que estábamos en invierno y que la masa de turismo que normalmente justificara la existencia de sitios así, ahora no parecía acudir a lugares tan característicamente vacacionales, en el sentido más tradicional del disfrute de sol y de zambullirse en las aguas.

Luego recuerdo que llegamos a Osorno; que fuimos a visitar a un primo de Lucía: Raúl, un hombre dispuesto, activo y emprendedor que trabajaba en la Banca Nacional y le habían trasladado con un puesto de relativa importancia al sur. Disponía de un *todoterreno*, y un día nos llevó, junto con su mujer y dos de sus chavalas, a una excursión al campo. Probablemente por

aquel entonces había leído yo la parte de las “memorias” de Neruda conocida como *Confieso que he vivido*. Es cierto que hay términos del idiolecto chileno con los que yo me había familiarizado en mis dos viajes anteriores; pero nunca había disfrutado de la compañía de gente chilena culta y comunicativa con los que probar un peloteo de sentidos y de vocablos, en plan distendido y sin prisas. Raúl y su mujer me prestaron la cobertura para permitirme divagar tanto respecto de las expresiones chilenas que me resultaban especialmente simpáticas, como para comprobar en vivo la realidad de otras voces. Neruda y todos los autores chilenos hablan hasta el hartazgo de la flor del copihue, una plantita trepadora, de flores rojas o blancas [“el copihue rojo es la flor de la sangre; el copihue blanco es la flor de la nieve”, escribió Neruda]. Y fue en aquella excursión, en los campos, en las laderas de los caminos que atravesábamos en el *todoterreno* de Raúl cuando ví las florecillas aquellas. El término “huaso”, en el sentido de “campesino”, “rústico”, “hombre del campo”, en oposición al habitante de una urbe, sonaba divinamente cuando Lucía lo pronunciaba en su acepción diminutiva “huasito”. Era natural y esperable que la coincidencia de un grupo de chilenos suscitase entre ellos los giros conversacionales afines con su expresividad. La interjección “¡pucha!”, en el sentido de rotundidad asertiva o derogativa, también la sentía yo como resueltamente privativa del habla chilena: “¡Pucha con estos pelaos de argentinos!”, por ejemplo.

Y por cierto, ahora que hablo de los argentinos, el gran tema que Chile y Argentina tenían por entonces entre manos era el contencioso respecto de las aguas de soberanía de tres islitas con las que materialmente terminaba el territorio de América del Sur, bastante por debajo del Estrecho de Magallanes, en el Canal

de Beagle: Picton, Nueva, y Lenox era el nombre de dichas islas, y su existencia constituía un caso práctico elementalísimo de Derecho Internacional: La soberanía sobre la superficie insular llevaba consigo la de la porción de agua circundante que correspondiese, y esa extensión que cada una por separado significara se multiplicaba por muchos cuando consideradas como archipiélago, porque en tal supuesto el área de influjo marítimo incorporaba la soberanía sobre la totalidad de una de las entradas del citado Canal de Beagle. Como en tantos otros casos, los medios de comunicación aireaban para el gran público lo que el tema albergaba de anécdota, mientras que la carga categórica permanecía operativa tan sólo en las mentes de los responsables políticos a gran escala. El espíritu nacionalista chileno se sentía enardecido y conjuntado ante lo que entendían como agresión del vecino grande y prepotente de Argentina. Eventualmente nos enteraríamos de que la mediación del Vaticano distendió los ánimos y logró que las cosas no pasaran a mayores.

Después de Osorno, y tras las oportunas averiguaciones y ponderaciones con Raúl, decidimos acercarnos al Hotel Ralún, frente al estuario Reloncaví que a modo de pasarela del Golfo de Ancud penetraba en tierra firme al noreste de Puerto Montt. Aquélla fue, sin duda, la excursión más emocionante y la que más altura de miras turísticas compendió. De momento, llegar allí concertó alguno de mis descubrimientos más lúdicamente definitivos sobre la personalidad de Lucía. Vayamos por partes. Desde Osorno la única ruta a seguir era la “carretera panamericana” que bordeaba el lago Llanquihue hasta Puerto Varas para recorrer toda la ribera del sur de dicho lago, llegar a Ensenada y torcer ligeramente ahora hacia el sureste. Si las carreteras principales de Chile se hallaban en estado penoso, las

otras, las secundarias, las que en un programa turístico oficial recibían los graciosos nombres de, o bien “camino consolidado”, o “camino secundario”, ésas, ni existían. Me recordaban mi travesía de Islandia en 1964, seccionando el curso de los riachuelos que se cruzaban en la ruta. Pero lo más pintoresco -- y esto ya se refiere a una de las anticipadas características de Lucía -- es que, ante la ausencia de señales y la inexistencia de trazados de asfalto, el motorista se encontraba constantemente ante un tenedor de posibles direcciones, por lo menos un bivio, y ... bueno, “¿Qué hacemos, Lucía? ¿Por donde quieres que sigamos?”, solía yo preguntarla, ya que desde un principio ella prefirió que yo me hiciese cargo de la conducción. Si hay algún coche manejero, ése es el VW clásico, el escarabajo. Lo de menos es que yo hubiera viajado en modelos así en Finlandia, en Islandia, etc. En los momentos en que yo preguntaba a Lucía que... por dónde quería seguir, que a mí me daba igual porque lo tenía todo hecho y no podía materialmente perderme porque cualquier dirección contenía la misma cantidad de sentido que cualquier otra; cuando yo conscientemente le preguntaba eso a Lucía..., cuando ella decía “vayamos por aquí o por allá porque”..., cuando resultaba que habíamos errado y debíamos retornar al punto de partida, quiero decir al espacio desde el cual yo la había preguntado que... por dónde, pues entonces Lucía aseguraba muy seriecita que era culpa mía lo de nuestra equivocación, porque ella “ya me lo había dicho”. Yo me descojonaba de placer al reproducir mentalmente lo que sería tener que vivir “institucionalmente” con alguien en quien concurren tan singulares valoraciones. Pero como comprobaba que no; que yo no tenía más obligaciones que las que me dictara mi natural cortesía, pues ahí cargaba yo la baza, exacerbando una de las cotas extremas del posibilismo

imaginario, para engolfarme a continuación en el beatífico alivio que me suponía la realidad.

Conque era mi culpa el hecho de que no acertáramos con la dirección propuesta, porque “ya me lo había dicho ella”. Muy bien. Que tome nota el lector en lo referente a que algunos hemos preferido equivocarnos solos y también acertar solos. Con todo, el trayecto se fue doblegando a la progresiva competencia que también nos dimos maña en desarrollar. El cochecito, sin pedirle nada extraordinario, respondía. Fueron varias las ramblas pedregosas o lechos de río que cruzamos. Ahí pisaba yo fuerte. Mi rodaje en Islandia me servía invariablemente de pauta, y creo honradamente que arranqué del fondo de la aquiescencia de Lucía una puntuación sobresaliente. No sé si nuestro camino se plegó rigurosamente a lo que decía el folleto oficial de Ralún sobre *cómo llegar*: “Por tierra, tomar la carretera Panamericana Sur hasta Puerto Varas y de ahí, seguir 50 kilómetros hasta Ensenada. De Ensenada seguir hacia el sur a la vera del río Petrohué y, justo a los 30 kilómetros, se encontrará con las bellísimas instalaciones de Ralún”. El lugar donde se asentaba este complejo turístico y sus prestaciones, cumple reconocer que estaban a la altura de las expectativas más exigentes y exóticas. Se trataba de un hotel, pues tal era el nombre por el que se le conocía, el Hotel Ralún. Pero claro que incorporaba en su entidad una serie de peculiaridades enormemente atractivas. La montaña y el lago del estuario, a la espalda y enfrente de la edificación respectivamente, otorgaba al emplazamiento la típica y ortodoxa dimensión del ámbito bravío, de señorial desglose de las instancias urbanas del ruido y del tráfico, y le concedían el marchamo recoleto de lo que no está en el camino de nada, sino que hay que desviarse de todo si uno quiere encontrarlo. Lucía y yo vinimos a ser los receptores de un conjunto de cualidades que



concurrían en aquel momento en Ralún. Era invierno y parecía que por motivos de política nacional, de orgullo hacia el turismo, aquel establecimiento permanecía abierto aunque..., aunque fuese tan sólo para ocuparse de nosotros, los dos únicos ocupantes aquel día, según todos los indicios. A rachas, Ralún consentía un correlato con Nuestra Señora de El Paular, en la sierra madrileña: la diferencia estribaba en lo montaraz del acceso, y en el aislamiento cargado de lirismo como cómplice. Sí, creo que aquella noche fuimos Lucía y yo los dos únicos huéspedes en todo el complejo, y creo también que se nos hicieron los honores. El gerente, a poco de cambiar unas elementales rondas de saludos, debió de percatarse de la excepcionalidad de que una chilena de Santiago, y un español de Madrid, llegasen hasta aquellos parajes; y como no tenía nada mejor que hacer, supongo, nos pidió que le dejásemos acompañarnos durante la cena, cosa que me agradó sobremedida. El hombre quiso hacer de mí la antena receptora y al mismo tiempo el portavoz difusor de las excelencias del Hotel. Y acertó. Porque nadie más limpio de prejuicios o de posiciones mentales condimentadas de antemano que yo, para valorar lo objetivamente bueno. Hicimos un pequeño acto de protocolo en la elección del vino: el sumiller nos dio a probar muestras de la enoteca privada del Ralún, y nos quedamos con un tinto cuya calidad yo automáticamente establecía mediante la adecuación o no al tipo de vino español en la misma línea de características. El hotel disponía de circuito cerrado de T.V. No hicimos caso de ella porque los videos al efecto carecían de interés. Recuerdo que la chimenea de leña de la habitación que se nos asignó en primera instancia, no funcionaba. Por más que se intentó conducir el tiro por su conducto supuestamente normal, algo maléfico hacía que se revocase y nos metiera en la estancia

sabanazos de humo. Menos mal que todos nos lo tomamos en plan deportivo, y con un cambio de habitación conjuramos aquel revés tan inoportuno que, en el fondo, venía a ilustrar el nivel de tanteos y de aprendizaje en que la empresa turística chilena se desarrollaba aún. Recuerdo, como uno de esos pivotes que emergen de la superficie lisa de mucha desmemoria, recuerdo nítidamente que la estancia en Ralún, todo incluido, o sea, una cena, una noche y un desayuno, me costó \$ USA 50.-, que entonces era dinero, y que sin embargo yo consideré absolutamente congruo y representativo del valor de lo disfrutado.

Después de Ralún quise yo continuar más hacia el sur, por lo menos pasar a la isla Chiloé. No recuerdo ninguna expectativa concreta, y mucho menos por parte de Lucía que, excepto por Santiago y Constitución, desconocía por completo el resto de Chile. Debí de tratarse de un deseo mío lo de penetrar algo más hacia el sur; acaso pensara yo encontrarme con alguna manifestación geográfica extraordinaria causada por los terremotos; ¡yo qué sé! El caso es que dimos la vuelta, alcanzamos Puerto Montt, bajamos hasta Maullin y allí cogimos el ferry para Ancud. Fue una excursión anodina y carente de interés. Retengo el hotel de Ancud, de una grave adustez. El tiempo había empeorado: hacía frío y llovía. Yo tuve que usar el elemento más de invierno que me había llevado: un chubasquero, además de la chaqueta ligera pero de abrigo por debajo. Sí, recuerdo el hotel de Ancud, con un pasillo como de cristaleras a uno de los lados. Por servidumbre del horario del ferry llegamos ya tarde, y enseguida nos dimos cuenta de que allí no se nos había perdido nada. No había tema más que para pasar la noche y poder decir que habíamos estado; y marcharnos. Seguía

lloviendo y puedo decir que la visita a Ancud constituyó el pasaje más bajo de mi relación con Lucía.

Al día siguiente nos dimos prisa por coger el primer ferry disponible y así lo hicimos. Pero surgieron desajustes con las maniobras de aproximación a la zona de embarque; recuerdo vagamente que el coche no quiso arrancar en un momento dado, y que hubo que ensayar alguna solución de emergencia, como dejarlo rodar cuesta abajo... marcha atrás! El ambiente frío, plomizo, lluvioso y en extremo desapacible conformó con inusitada intensidad el diseño de horas bajas al que me he referido antes. En un instante concreto algo sucedió entre Lucía y yo, como para provocarme a mí la expresión “me carga” respecto de tal o cual cosa o realidad. ¡En qué hora se me ocurrió tal comentario! Yo, obvio es decirlo, estaba en el secreto suficiente de los términos proscritos en el español de Chile, y por ahí no había problemas. El español de Lucía era de amplio espectro porque su padre era español, de Burgos, y casi todos sus hermanos habían vivido o vivían aún en España. De forma que no había lugar para la extrañeza en lo tocante al uso del idioma y a la valencia de las palabras. Pero la malignidad impensada de ciertos retazos de significado, alentados por la proclividad hacia una perversión del ambiente y del estado de ánimo fueron causa bastante para que la expresión “¡me carga!”, inocua en otras circunstancias, se llenase de connotaciones ásperas que la pobre Lucía encontró ofensivas y aplastadoras, como muy colisionantes dentro de nuestras mutuas percepciones. ¡Qué le vamos a hacer! Una vez a una chica colombiana de alterne se me ocurrió decirle que con la ropa que llevaba tenía aspecto de cabaretera, cuando -- entendía yo -- un vestido normal le había supuesto una perfecta envoltura de señorita capaz de superar los más exigentes exámenes de civilidad. ¡Ppphhffuuu! No saben

Vds. la que me armó por lo de “cabaretera”: parece que en Colombia -- siempre según ella -- el término *puta* viene a ser un piropo comparado con el de *cabaretera*. Bueno, y a mí ¿qué? La situación con Lucía me cargaba, a pesar de todas las contemplaciones posibles, y lo único que estaba en nuestras capacidades era dejar que el asunto fuese superando el encono y limando sus bordes. Terminada la travesía del ferry, nos encontramos de nuevo en tierra, si no firme... firme, sí más soldada a la que pudiéramos entender como masa continental consistente. Yo siempre imaginé que a partir de Ancud hacia abajo, al morador de aquellas latitudes le debe de estar asaltando la duda constante de si el trozo de tierra desvertebrada sobre el que se halla flotando se desglosará y se alejará, a la deriva, de un momento a otro por el océano Pacífico. Los flecos de tierra, taladrados por incontables entradas de agua que forman la parte más meridional de Chile siempre me han invitado a pensar en la posibilidad de un desgajamiento y fuga de sus jirones, mar poniente adentro.

Habíamos alcanzado el punto más meridional de nuestro viaje, a casi 1,200.- kms. de Santiago, y se imponía regresar. El plan era ir a Constitución y pasar allí unos días antes de subir definitivamente a la capital. No sé las jornadas que emplearíamos en llegar a Constitución, o mejor dicho, Contitución, como pronunciaba Lucía, con una supresión total de la *ese*; probablemente hiciéramos una noche en Osorno para despedirnos de Raúl. Lo que sí recuerdo es que en un momento del viaje el VW cogió un bache de esos con bordes cortantes, de esos que hacen sonar los dos tiempos del paso con intensidad seca, y de los que uno se espera lo peor. Lucía dijo que conocía muy bien a su “autito” y que pensaba que aquel hoyo lo había roto. Nos oprimió un silencio amenazante, esperando en vilo y

en suspenso la demostración de la consecuencia de aquel golpe tan encanalladamente traicionero. El “autito” siguió rodando sin que percibiéramos anomalía alguna, y el asunto quedó en la retaguardia del concernimiento. En todo caso, si la cubierta se hubiera rajado o dañado sólo era cosa de cambiarla; y si se hubiera abollado la llanta, todavía más razón para tratar de llegar a Constitución por todos los medios y hacer que un mecánico la enderezase. Milagrosamente el VW aguantó aquélla que, según Lucía, presagiaba ser su última ordalía.

La jornada antes de llegar a Constitución hicimos noche en un lugar precioso, un hotel de la localidad de [Nuestra Señora de] Los Ángeles, no muy lejos de unas cataratas que forma el río Laja, tributario del más caudaloso Bío-Bío. El ruido de fondo del desplome continuo del agua, a modo de batacazo retumbante, amortiguado por el mantener cerrado en todo momento las ventanas de la habitación, sin dejar de constituir un elemento totalmente contrario a los principios del descanso, era algo que sin embargo podía dispensarse por el asentamiento caprichoso del hotel y la majestuosa hipnotización que suponía mirar la impetuosidad de las aguas formando el estruendoso doblez de la caída.

Por fin llegamos a Constitución, lugar donde se encontraban los bosques madereros de don Eduardo Martín. La casa familiar constaba de dos pisos amplios, digamos de unos 200 metros por cada nivel y terrazas superiores; la típica edificación de pueblo, robusta y espaciosa, construida sin escatimar medidas. Constitución era entonces una ciudad de unos 15,000.- habitantes, de clase media mayoritariamente o, como en el caso de los Martín Letelier, productores de madera, con su residencia primera y principal en Santiago. Los días en Constitución fueron calmos, quiero decir por ausencia de

cualquier tipo de desplazamientos como aquellos a los que nos habíamos visto sometidos Lucía y yo durante las jornadas anteriores. Pero al mismo tiempo yo no dejé de mantener mi espíritu alerta. Las charlas con don Eduardo conformaban todo un tratado de sociología. Era un hombre al que su familia reverenciaba con una mezcla de respeto y de cariño, eso con que los ingleses isabelinos tanto gustaban de dirigirse a la realeza. “Dreaded dearest”. Había sido un anti-allendista acérrimo, y allí, frente a los bosques madereros de su propiedad, bien fácil era comprobar la coherencia de sus asertos. Es muy bonito hablar sandeces teorizantes sobre tal o cual opción de gobierno y/o sobre tal o cual modalidad de convivencia; pero que de la noche a la mañana te venga una concepción política a decir que te vayas despidiendo de tu propiedad porque “el Estado” la necesita..., bueno, estoy seguro de que algunos que ahora se la cogen con un papel de fumar perderían los buenos modales si se hubiesen hallado en el pellejo de... don Eduardo Martín, por ejemplo. Allende había sido el demonio, el anticristo para la industria; y los productores, los empresarios le habían contestado tanto con una huelga salvaje del transporte como con un boicot a los servicios y a las prestaciones con que el mismo gobierno contaba para hacer frente a sus propios gastos. Allende había sido un iluminado para unos cuantos: entonces, allí en Constitución, hablando con don Eduardo recordé a aquella chica a la que había encontrado en mi primera visita a Chile de marzo de 1978, y que parecía devota de don Salvador hasta el éxtasis. Este tipo de hombres, valiosos sin discusión, suelen arrojar tan tremendo maniqueísmo de valoraciones, según que el criterio del que opina oscile hacia una banda u otra. Estaba visto que a los totalitarismos marxistoides había que arrancarlos con bulldozers; y por mi parte yo estaba viendo que Chile en aquellos

años funcionaba cada vez mejor. Por otra parte, yo era turista y lo primero de lo cual tenía que sentirme consciente era del hecho de que yo carecía de elementos de juicio para meterme en retóricas de demagogo del signo que fuere. Lucía en eso me agradaba sobremanera, porque intentaba ver las cosas con sus propios ojos y no con los de la propaganda. Recuerdo oírle referirse al cataclismo de perplejidad y de disgusto que le advino al país un día después de que se consolidara el gobierno de Allende, en que las tiendas dejaron de vender la mayor parte de los productos en cuya abundancia habían nadado... unas horas antes! Sí, me refiero a que la gente iba a comprar leche, pollo, vituallas variadas y resulta que no había; o que en el mejor de los casos estaban racionadas. Yo siempre he pensado que el mejor socialismo es el que reparte y pone a disposición del pueblo la mayor cantidad de riqueza. Ahora bien, el régimen que se dedica concienzudamente a destruir las formas de producción; a socavar las motivaciones y los incentivos del trabajo... y luego pretende apuntarse el tanto benemérito de haber intentado repartir equitativamente la mierda y la pobreza, “¡pa su puta madre!”.

En Constitución fuimos un día de visita a casa de unas amigas de la familia de Lucía que vivían todavía más en el campo, junto al río Maule. Se trataba de las hermanas Castillo, tres hermanas, agraciadas aún, señoritas polivalentes, más o menos de la misma edad que Lucía y con las que, o por lo menos, quiero decir con alguna de las cuales hubiera yo encontrado fundamento para una zona de fricción espiritual mutua, de no hallarme bajo el palio monógamo de mi incumbencia hacia Lucía. Pasamos la mayor parte del día charlando, picando cosas y sorbiendo zumos. En una incursión que hice por dentro de la casa me encontré con una zona de la servidumbre donde dos chicas, huasitas, con algo de cara de

mapuches, tímidas y como segregadas conscientemente y a sabiendas del mundo de los invitados, se dedicaban a lavar platos y a cuidar de la infraestructura de los cacharros y cosas de comer, de las que nosotros dábamos cuenta. Podrá pensar el lector -- yo, sin ir más lejos, en su caso -- que dicho detalle no parece incorporar ningún elemento reseñable o esencial para el relato. Pero yo conservo con todo el frescor sostenido de lo reciente aquella doble valencia social; aquel mundo de nosotros, los señoritos [y yo todavía más como invitado] y el estamento de las fámulas. Aquellas chicas, con rostros de araucanitas, no denotaban ni tristeza ni rigor: sólo sorpresa al verme merodear fuera del ámbito de *los míos*.

En Constitución desde el primer momento se nos asignaron a Lucía y a mí habitaciones contiguas, independientes aunque comunicadas por una simple puerta. Hay cosas que no se olvidan. En esas horas tempranas en que la conciencia descansa en cualquier cosa, de tan blando y hacedero que parece todo, la cercanía de “Lui”, allí mismo, a cuatro o cinco metros escasamente, puso a mi espíritu en un aprieto. Levantarme a iniciar yo los rezos del misterio glorioso me parecía..., bueno, me sabía un poco a incontinencia. En esto, como en todo, la intuición de las mujeres, cuando las cosas funcionan con normalidad, suele arreglar la situación. Oí que la puerta divisoria se abría y que “Lui” asomaba primero la cabeza, luego el cuerpo... y ya toda ella. La dije la verdad, eso, que no podía dejar de pensar que ella estaba allí, tan cerca, pero que había sentido yo vacilación en levantarme y en dirigirme a su lecho, a saludarla, a darla los buenos días, a... “Tienes que hacer frente a las cosas”, me dijo con un mohín muy zalamero y muy comprometedor de sus labios, al tiempo que me ponía los brazos



sobre los hombros, y luego sobre el cuello, y nos empujábamos los dos...

En Constitución alguna de aquellas noches encendíamos la chimenea y yo ejercitaba los típicos manejos de preparar el fuego, darle luego vueltas al tuero; en una palabra, alimentar la fascinación que dicho entretenimiento ha ejercido sobre mí desde siempre. Lo que me había advenido en el hotel junto al salto del Laja, en lo tocante al magnetismo producido por la sinfonía monocorde del estruendo del agua en su desplome, ahora me ocurría con el fuego, ante el que me sentía hipnotizado por las infinitas variaciones que consentían las llamas sucediéndose, lamiéndose en subidas y bajadas. Una mañana Lucía me llevó a la línea de playa frente a la así llamada “Piedra de la Iglesia” cuya fotografía ya me había hecho llegar en nuestra correspondencia previa un año antes. En un momento dado de nuestro paseo, y al transitar por una barriada de hotelitos pequeños, Lucía me dijo: “Mira, aquél que va cruzando la calle por allá... es mi antiguo marido”. El muchacho, me pareció observar, tenía una cara modélica de buena persona. No quise que Lucía me adentrara en el conocimiento de detalles. Según colegí, se había tratado de un emparejamiento en el que... fallaron las previsiones logísticas de todo tipo. Ahora él vivía con una “huasita” joven y -- según Lucía -- sumisa hasta límites de esclavitud. ¡Qué suerte! -- pensé --, sin atreverme a exteriorizar ante Lucía aquella musitación.

Otro día conocí al “tío Enrique”, caballero ejemplar, magistrado, elegante y cuidado en el decir, y con quien conversé técnicamente sobre aspectos de Derecho civil, pues no en vano estaba yo dando los penúltimos toques a mi Tesis doctoral *La esencia negocial del matrimonio*.

A todo esto, Eduardo hijo, mi amigo de Facultad, se había venido a pasar las vacaciones de verano españolas, y coincidimos un par de jornadas en Constitución. Me encantó que regresáramos juntos a Santiago. En un punto de la ruta nos paramos a comer: Se trataba de un figón o restaurante rústico de carretera, como metido junto a un puente sobre un río que en aquel momento llevaba muy poca agua. Imposible recordarlo y una verdadera pena. Acaso se tratase del río Lircay, un poco pasado Talca; o del río Tena, algo más arriba de Curicó. El sitio, rústico en extremo, como digo, disponía de la especialidad de un tipo de pescado, el peje-rrey, como se aprestó a llamarlo Eduardo, algo parecido a un lenguado, y al que hice los honores, comiéndome una doble ración. La compañía de los dos hermanos Martín Letelier, Eduardo y Lucía, me producía una de las más armónicas y placenteras sensaciones. Entre nosotros campeaba amistad y concernimiento en la proporción congrua y adecuada para que nos sintiéramos distendidos, cada cual en su papel. Con el transcurrir del tiempo y con la sucesión de situaciones, Lucía, medio en broma, medio en serio, me llegó a reprochar, como dolida, el hecho de que yo me refiriese a ella como “la hermana de mi amigo Eduardo”, anteponiendo, según sus mecanismos de valoración emocional, la incumbencia de mi amistad hacia su hermano, comenzada en 1976 en Granada, a la entidad concreta y privativa que ella, como mujer, significare para mí. Claro que yo me daba mi mejor maña a través de mis más esforzados recursos dialécticos, en contrarrestar aquella visión suya; pero era muy cierto que la realidad de Eduardo me servía de magnífica válvula de escape.

Eduardo traía de Europa la mentalidad “progre” y librepensadora o llámeselo como se quiera, pero siempre en el sentido de aquello que no está muy a favor de *las derechas* o de

régimen alguno autoritario. Traía, digo, la impresión de que el “sistema” de Pinochet era algo desafortunado; algo que “ya no se llevaba”; que no era popular entre las democracias así llamadas “occidentales”. Y acaso estuviera en lo cierto. Pero aquí el testimonio de Lucía venía a ilustrar la otra cota o plataforma de perspectiva del asunto, y que no era sino el hecho de haber vivido allí en Chile, día a día, ambas situaciones. Todo lo que de bonito, en teoría, y de progresista con arreglo al canon formal y abstracto hubiese tenido el estado de cosas en la época de Allende, quedaba matizado y menguado por la penuria real de medios con que los habitantes se encontraban en el desarrollo de sus funciones normales. Y al revés: La misma gente constataba que las cosas con Pinochet funcionaban mejor; que las tiendas estaban llenas de los productos habituales, y que no había que hacer cola para comprar un litro de leche y ordalías por el estilo. Otra cosa muy distinta es la impopularidad y el rechazo que inspiraba aquel levantamiento militar; aquella devastación llevada a cabo por las fuerzas armadas, y la prepotencia de Pinochet en el desempeño de su cometido como Jefe de Gobierno golpista.

De nuevo en Santiago, tampoco conservo ahora registro alguno sobre el hotel en que me hospedara durante los nunca más de seis o siete días últimos y definitivos de mi estancia en Chile. Mi natural querencia por el Foresta me invita a pensar que aquél fuese el sitio. Por otra parte, entre mis papeles aparece un programa de mano de publicidad del Hotel Santa Lucía, junto al cerro del mismo nombre, y también muy céntrico. Como digo, creo que se trató de seis o siete días más que, junto con los ya pasados, llegarían a un máximo de tres semanas; o sea, diez jornadas menos del mes originariamente propuesto, cumpliéndose así el fatídico... o no, tal vez glorioso principio de

que los países, los lugares turísticos suelen producir cansancio antes del término que habíamos previsto como ideal antes de ponernos en camino. Algo de eso tuvo que ocurrirme en Chile. No, no creo que mi estancia total rebasara las tres semanas, tiempo en todo caso más que considerable para saber a qué atenerse respecto del asunto que uno se trajera entre manos.

Aquellos últimos días fueron los más... ¿cómo decirlo?, familiares, sociales; los días en que prácticamente me dejé llevar por las cualesquiera sugerencias que se le ocurriesen a Lucía. Por nuestra parte, por parte de nosotros dos, cuando estábamos solos seguíamos concurriendo en nuestro restaurante favorito que ahora más que nunca, casi con toda seguridad, creo que se trataba del Venezia, en el número 200 de la calle Pío Nono, cerca del Cerro San Cristóbal. Otras veces iríamos a cualquier churrasquería acreditada. En todas estas ocasiones Lucía desplegaba la segunda de sus incomprensiblemente nefastas características, que no era otra sino la de dejarse parte de la comida que había pedido. ¿Se acuerda el lector de lo relatado tocante a equivocarse el camino cuando íbamos en coche, de excursión, y había que elegir entre un ramal u otro sin señalización alguna, y Lucía aseguraba que el error se debía a mí después de haber decidido ella? Bueno, pues a eso me refiero. Aquello tenía hasta gracia porque -- descontando el sentido incruento de su naturaleza -- ponía al descubierto una de las parcelas más innegociables, más inabordables del alma femenina en la que radicaba no poca cantidad de absurdo mágico; y más que nada, porque todo quedaba dentro de los confines subjetivos de valoración de los protagonistas que éramos nosotros y sólo nosotros, sin ningún asomo de transcendencia lesiva. Pero el asunto de la comida encerraba un núcleo axiológico de muy distinta entidad y que precisamente vulneraba de manera frontal

una de las apoyaturas más decisivas de mi cosmovisión. Pedir un plato, digamos, de dos huevos fritos con ración de jamón para dejarse sin comer uno de los dos huevos fritos y media ración de jamón, era demasiado para mis tragaderas. Sobre todo, y a más abundamiento de criterio, cuando precisamente, y acaso con toda intención, la carta o menú incluía el plato de “un huevo frito y media ración de jamón”. Toda mi potencia discursiva, presunta o supuesta; toda mi capacidad de raciocinio se estrellaban contra la impía cerrazón de Lucía: “Es que yo como menos que tú” -- repetía. Intenté por todos los medios hacerla ver que el parentesco, la relación coherente entre lo que decía y la realidad del asunto era infinitamente más endeble que la afinidad o parecido que pudiere predicarse entre mis cojones y una mata de geranios, por poner un ejemplo. Apelé a lo que yo, conforme y con arreglo a mi mejor y más leal saber y entender, consideraba como fundamentación axiomática de todo principio silogístico. Pero... ¡quién, ni por ésas! A mi cautelosa y conciliadora indagación sobre el *por qué* de que Lucía eligiera un filete de 300 gramos para dejarse en el plato, sin comer, como desperdicio para tirar, 150 gramos, o sea, la mitad del filete pedido, toda su respuesta era que ella no tenía tanto apetito como yo; que ella comía menos que yo, y que yo comía... más que ella! Muy bien. Sobre ese tipo de cosas el subconsciente iba tejiendo su cimentación de realidades, su nervadura de supuestos, y que en todo caso apuntaban una enésima vez más a la diferencia entre... predicar y dar trigo; entre la coincidencia, más o menos prolongada, de romance, y la convivencia mediante protocolo documentado ante la sociedad y con el tufo tremendo de la obligatoriedad.

Una tarde nos reunimos con Pepín, el arquitecto tripudo y culto, y Cecilia, su mujer. Formaban una pareja poco

convencional y pasaban por ser uno de los núcleos de amistad más acrisolado y más antiguo de Lucía. Eran..., bueno, habían sido y seguían siendo furibundos anti-allendistas. Vendían el pintoresquismo de decirse palabras en francés, entre ellos, sobre todo en lo referente a ilaciones expresivas momentáneas, como de cederse un adminículo de la mesa; o darse un recado; o aperibirse de cualquier detalle súbito y absolutamente intrascendente para la marcha y el contenido esencial de la situación; en suma, cuatro boberías de cortesía inmediata con las que, sin embargo, -- tal pensaba yo -- era como si no renunciaran a una reivindicación de parentesco con una cultura, la francesa, que en el cono sur de América se sentía como fundamento rancio y aristocrático del saber y de la sensibilidad. Por supuesto que a mí me parecía aquello una perfecta majadería, pero en razón de que eran buenos amigos de Lucía y también de que, honradamente, a mí me dispensaron una acogida sin reservas, bueno, pues en razón de todo ello yo no coloqué ninguna de aquellas bobadas en el capítulo de los débitos. A Neruda le tenían en entredicho y al mismo tiempo ponderaban sin reservas a Alexis St. Léger, más conocido como Saint John Perse, entre otros autores franceses. Con todo, me regalaron dedicado “cariñosamente” *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta* [Bandido chileno injusticiado en California el 23 de julio de 1853], de Pablo Neruda. Santiago: Zig-Zag 1966.

Lucía y yo solíamos visitar a su hermana Chabela [Isabel, no se olvide] y a su marido Augusto. Éste era productor de vino, dueño de viñedos, y un fervoroso pinochetista: Cuando veía al general dirigirse por T.V. al pueblo, se extasiaba y repetía acompañándose de un auto-estimulante asentimiento: “¿Tenemos o no tenemos Presidente?” Una de estas veces yo cometí la inoportuna torpeza de intercalar alguna pulla crítica o

comentario de matiz a las expresiones proferidas por Pinochet, a lo que Augusto me miró lleno de condescendencia, y no sabiendo decidirse o bien por castigar aquel atentado mío tan anti-patriótico; o bien, por sentir conmiseración por la tremenda ignorancia, pues no podía ser otra cosa, que me había impulsado a pronunciarme de aquella manera. Yo contuve como pude la risa y me prometí muy seriamente no despertar más suspicacias en tal sentido. Sí, Augusto se quedaba arrobado cuando escuchaba al otro Augusto, al poderoso. En lo referente al conflicto con Argentina por lo de las islas del ya mencionado Canal de Beagle, Augusto gustaba de repetir que en caso de confrontación bélica, los chilenos, él el primero, iban a penetrar hasta Buenos Aires y a “sacarles toda la mugre” a los prepotentes de sus vecinos, expresión que a mí me fascinaba por su rotundidad inapelable, pero que como valoración objetiva ni siquiera por parte de su familia recibía total aquiescencia, de tan sabedores como eran todos de que a pesar de las buenas intenciones, Argentina duplicaba a Chile en potencial armado, como la prensa internacional había señalado con todo lujo de detalles.

Por aquel entonces Augusto y Chabela tenían una niña de pocos meses, y otra de unos cuatro años, llamada Andreíta. Una mañana que nos llegamos allí Lucía y yo ví que Andreíta entraba al trapo de mis martingalas de juego, y armé un verdadero estropicio en la casa, persiguiéndola y diciéndola: “¡Qué mona; qué mona eres!”, con toda clase de variaciones sobre el mismo tema y que a la criatura le parecían, y con razón, inusitadas, sorprendentes, venidas como eran de un castellano viejo de España, experto en todo este sistema de cuchufleterías. Andreíta se agarraba a un cojín que llevaba consigo y se quedaba doblada de estupor, de risa y de no se sabe qué... cuando la encontraba en

el pasillo y la lanzaba lo del “¡Hhhuuyyy... qué mona, qué mona; qué mona eres, Andreíta!” La chiquilla lanzaba chillidos taladrantes, pero al mismo tiempo que se escapaba, miraba hacia atrás y me esperaba para que no la perdiera de vista. Un cuadro. Lo mismo que muchos años antes había hecho en Colmenarejo con las niñas de Pepe Sanz Honrubia, marido de la prima de los Arribas. Una jornada memorable sobre la que hacía descansar yo alguna posible explicación etiológica respecto de la noción de “pasarlo bien”; de la broma, la risa y la diversión. Lucía, en su papel de tía normal, acostumbrada a ver a su sobrina, se unía a mí con moderación, y como testimonio expresivo del arranque de cariñosa ternura que Andreíta le despertaba, solía decir con acento puntualizante, como de repiqueteo saltarín, solía decir... “Me da el nervio”..., en la línea de lo que en España entenderíamos por... “¡Es que no me puedo aguantar... Me la comería a besitos!”

Por otra parte, los hijos, niña y niño, de Teresa, la hermana mayor de los Martín Letelier, eran majos sin desperdicio. La niña era muy seriecita y parecía disfrutar jugando con sus cosas; pero el chico, Juanito Ramón, además de despejado, era muy comunicativo y gustaba de andar con los mayores. Una vez le oí decir el término “harto” en su acepción de *bastante, con holgura*, y el empleo perfecto que hizo de dicha voz en su contexto adecuado enriqueció mi conocimiento de los matices que el castellano consentía en boca de hablantes hispanoamericanos. Y por si se me escapara para no regresar el saco de las cosas que apresé y que ahora quiero rescatar, diré que el chileno se complace con la expresión “cualquier cantidad de”..., en el sentido español peninsular de “muchísimo/s”, “a montones”: Ejemplos: “Por la carretera venían cualquier



cantidad de coches”; “en el mercado había cualquier cantidad de banastas de fruta”, etc.

La hermana segunda en edad de los Martín Letelier, Carmen, se hallaba entonces en Santiago con su marido Antonio, de prosapia italiana: formaban una pareja singular. Carmen, madre de tres o cuatro chavales/as ya mayorcitos era una hembra en toda regla, cuya única asignatura parecía ser la de agradar y hacer feliz al marido. Una vez la oímos decir que ella se sometería a cualquier tipo o proceso de... mejora, galvanización o arreglo corporal si ello llevaba consigo el posible enardecimiento ilusionante que produjera en Antonio; se había comprado un aparato vibrador para el supuesto fortalecimiento de los senos. Probablemente, de las cuatro hijas que concurrían en la familia, Carmen era la más española, la más temperamental, la menos predecible. Se habían juntado tal para cual, y según pude colegir eran una pareja de manirroto que tan pronto nadaban en la abundancia como a continuación rozaban la indigencia. Pero también según todos los signos externos parecían estar enamorados el uno de la otra y viceversa, y eso era motivo de bendición.

Una noche habíamos salido Lucía y yo junto con Carmen y Antonio, y Augusto y Chabela a una especie de feria, porque recuerdo que nos acomodamos bajo una carpa enorme y allí nos sirvieron el tipo variado de refrescos y/o bebidas espirituosas que fueren. Antonio, con la mejor voluntad, de ello estoy seguro, me puso en un conato de brete al sugerirme en voz alta, así, dentro del esquema general de la conversación, que... por qué, por qué no empaquetaba mis cosas en España, vaya, bueno, no se refería al día siguiente ni a una semana después..., pero cuando fuere, más bien pronto, cuando encajara, lo antes posible..., que por qué no empaquetaba mis cosas en España y me trasladaba a Santiago

a explicar Literatura, dando por sentado que me recibirían con los brazos abiertos y que me sentarían en una buena cátedra, etc., etc. La verdad es que me dio un buen susto y a duras penas aderecé unas cuantas razones objetivas e incontestables desde mi perspectiva personal, aunque no coincidiesen necesariamente con la suya, ni acaso con la de la familia entera de Lucía. Por mi mente, igual que si se tratara de esa compactación de motivos que se convocan en la antesala de la muerte..., por mi mente cruzaron miríadas de líneas de pensamiento que, conjuntándose, vinieron a formar unas cuantas, pocas pero suficientes, trenzas de raciocinio. Yo había alcanzado hacía ya más de año y medio el *status* de funcionario en España en mi calidad de docente-investigador del Ministerio de Educación y Ciencia como profesor numerario en una Facultad Universitaria, y esos empleos de una vida no está bien que uno los tire por la borda sin haberlos hecho ni siquiera la cata. Además, Chile, sin ser chileno; o sea, sin haber nacido en Chile, siempre me ofrecía el mismo tremendo panorama: un precioso país encajonado entre el Pacífico y Los Andes. Las motivaciones para trasladarse a vivir allí deberían ser en extremo y absolutamente especiales. ¿Se afectaban a mí tales incentivos? Claro que no. Así que superé la sugerencia entusiasta de Antonio argumentando la verdad: que un hombre se debe a su trabajo; y que yo acababa de asegurar el mío, y que no estaba en condiciones de pensar en nada que no fuese perseverar en el programa en el que me disponía a adentrarme. Otra cosa sería -- supongo que dije -- la capacidad de movilización de Lucía.

Uno de los detalles intrascendentes que sin embargo recuerdo es que, asimismo, fui al cine dos veces con Lucía: Una de las películas, brasileña, giraba en torno a una “heroína”, de nombre Francisca da Silva que de esclava se había erigido en

favorita del... que mandara, fuese virrey u otra titulación ostentadora de autoridad. Era una absoluta bobada superficial y de una supuesta gracia que rayaba en lo sandio. No obstante, Carmen, la hermana de Lucía, al saber que por sugerencia suya habíamos asistido a dicha proyección, celebró mucho la decisión nuestra pues según ella se trataba de algo magnífico y con una estupenda música, que no era sino una cancioncilla volandera y necia. Bueno. Pues ya ven Vds. a lo que me refiero en lo de guiarse uno por los criterios valorativos de ciertas mujeres. La otra película, australiana, en inglés original y con subtítulos, sobre la fiesta de fin de semana en el domicilio de un chico joven: Mack's party... Raymond's party, etc [póngase el nombre que se quiera], o sea, "El guateque de Mack"..., "El guateque de Raymond"... fue una gozada para la que yo sí que me sentí especialmente preparado. Se trataba de la típica reunión de *week-end* en la que todo el mundo acaba borracho, y una vez que han medio perdido la conciencia, comienzan a despelotarse. Yo, ambientado en ese estilo de cosas durante más de once cursos académicos en Inglaterra, USA y Canada, conocía muy bien los fundamentos de todo aquel proceder y estoy seguro de que en las secuencias donde la gente reía yo no observaba nada especial; y justamente al contrario. Recuerdo que uno de los protagonistas de la película, pasado el rato protocolario del calentamiento, entre achuchones y porfías consiguió llevarse a una de las chicas a una habitación contigua y colocarla en posición encima de la cama, al tiempo que procedía a un desabrochado de sus pantalones y a un despojarse ya como podía apresurada y desordenadamente del resto de la ropa tanto suya como de su compañera. Ante los remilgos de ésta en el sentido de que se entretuviera el chico en caricias, en razones y en ringorrangos, éste con gesto decidido la montó y sin más preámbulos lo único

que ya pronunció con voz enérgica y turbada por el deseo fue: “¡First, the organ!”. No se me olvida aquella simple y cortante frase, en la que sin embargo se compendia toda una pauta de comportamiento; todo un manual de actuación en casos así. Con pocas cosas podía estar yo más de acuerdo que con aquella forma de actuar del follador de la película: y es que cuando a uno le agobia la inmediatez mareante del deseo, cualquier cosa que no sea zambullirse de lleno en el alivio es pura necedad. Sí, señor: ¡Lo primero, el órgano; lo primero, el priapo metido en su sitio, y luego,... a seguir hablando!

Otro día, ya muy al final de mi tiempo en Santiago, en un anaquel del cuarto de Lucía en su casa de la calle Campos de Deportes, ví un libro de Khalil Gibran, *El Profeta*. Conocía yo alguna cosa de aquel escritor libanés, desde mis años en MSU, en East Lansing, Michigan, USA, o sea, desde el principio de los sesenta en que un conserje de la Biblioteca de dicha Universidad donde yo profesaba, y libanés asimismo, me lo había recomendado enfervorizadamente. Luego, en Canada tendría ocasión de encontrarme con tal o cual mención, tal o cual cita circunstancial. Pero he aquí que en Santiago de Chile, en agosto de 1979 y en casa de Lucía es donde abro el libro por el capítulo que “el profeta” dedica al matrimonio: Tanto me subyugó la simplicidad radiante y original de aquellas sentencias que no llegaban a ocupar una página grande entera, que decidí incorporarlas como “Lema” a la entrada de mi Tesis doctoral *La esencia negocial del matrimonio*, y respecto de la que ya me encontraba en fase de cerrar los últimos detalles y proceder a fijarla en su redacción definitiva. El fragmento o viñeta es como sigue:

LEMA

“Luego Almitra habló de nuevo y dijo:

¿Y qué del Matrimonio, Maestro?

Y él respondió diciendo:

Habéis nacido juntos y juntos permaneceréis para siempre jamás.

Estaréis juntos cuando las blancas alas de la muerte dispersen vuestros días.

Sí; estaréis juntos aún en la callada memoria de Dios. Pero dejad que haya espacios en vuestra compacta unidad. Y dejad que los vientos de los cielos dancen entre vosotros. Amaos el uno al otro, pero no hagáis del amor una atadura; dejad más bien que haya un mar meciéndose entre las costas de vuestras almas.

Llenaos mutuamente las copas, pero no bebáis de una sola copa. Compartid vuestro pan; pero no comáis de la misma tajada. Cantad y danzad juntos y estad gozosos, pero conservad cada uno vuestra soledad.

Hasta las cuerdas del laúd están solas aunque vibren con la misma música.

Dad vuestros corazones; pero no en prenda.

Porque solamente la mano de la Vida puede contener vuestros corazones.

Y estad juntos, pero no demasiado juntos: porque las columnas del templo guardan distancias, y el roble y el ciprés no crecen el uno a la sombra del otro”.

Khalil Gibran, *El Profeta*. Traducido por Jorge Sarhan de la Oficina ‘SALUA’ de Cultura y Estudios Árabes. (Buenos Aires: Editorial y Librería Goncourt, 1972), pp. 23-24.

Ante el encuentro con este texto tan preñado de oportuna belleza para el diseño de los designios míos de estudioso yo me preguntaba maravillado por los caminos inescrutables del suceder de las cosas. Como si se hubiera tratado de un motivo gratuito de justificación de mi viaje, el bondadoso azar me regalaba aquella formidable coincidencia, para recordarme, supongo, que aun en Chile un universitario español, castellano para más señas como yo, encuentra pábulo y substancia para el trabajo que cuatro meses más tarde justificaría en Granada la obtención con *sobresaliente* de su título de Doctor en Derecho.

Por fin un día percibí con ese golpazo inapelable de la “ley de la evidencia” que mi tiempo en Chile se había terminado y que tenía que salir de allí lo antes posible. Lucía lo comprendió y me ayudó a discernir entre las variantes para mi vuelo de regreso a España. Consulté con una Agencia de Viajes de confianza y me indicaron que para la fecha en que yo quería salir, que era ya, de inmediato, al día siguiente, lo mejor era un vuelo vía Guayaquil (Ecuador) con las líneas Braniff. ¿Guayaquil, Ecuador? -- me dije. La verdad es que no había pensado nunca, quiero decir de momento, visitar Ecuador, pero dadas las circunstancias, y puesto que el regreso desde Chile a España incluía en todo caso un enorme tramo de territorio suramericano... bueno, pues Guayaquil, Ecuador. Desde allí, ya veríamos.

Salí de Santiago de Chile un día de agosto de 1979 con la seguridad, como así ha resultado, de que aquella mi tercera visita al país iba a ser la última. Me sentí congruente conmigo mismo; percibí que no había escatimado horas de vuelo para encontrarme en la tierra de la araucanía; y si la primera vez se trató de un impulso motivado por la carga exótica en lejanía e interés del destino, la segunda y la tercera habían tenido a Lucía

como fanal teleológico y romántico. No podía quejarse, nunca imaginé que se quejaría, y jamás tuve noticias de que se quejara. Pensé que muchos de los hispanos con los que hasta entonces había compartido flujo psíquico, conversación, etc. en mis viajes por el continente suramericano (argentinos, paraguayos, uruguayos, sobre todo) eran algo fantasiosos en lo tocante a las supuestas maravillas de sus países respectivos. Los más normales hasta aquel momento, los chilenos.

El intercambio de incumbencias entre Lucía y yo siguió su curso en España, a lo largo de algunos años y de variadas ocasiones, como procuraré compendiar a continuación. Tuvo que ser en la estela de ese mismo verano de 1979 cuando Lucía vino a España. No se olvide que su hermano Eduardo seguía residiendo establemente en Fuengirola (Málaga) donde trabajaba como abogado para una multinacional inmobiliaria; que Carmen y Antonio vivían en Madrid, como haciendo de España el punto cordial y armónico entre Italia y Chile. Lucía, que yo recuerde, vino a Granada, con la particularidad de que su estancia coincidió con la reforma que se estaba acometiendo en mi alojamiento habitual, el Hotel Casablanca, cuyo propietario, don Diego González de la Cruz, me había acomodado en uno de sus pisos, a una calle escasa de distancia del hotel, y hasta que se acabaran las obras. Lucía se alojó conmigo unos pocos días aunque me es imposible precisar duraciones y fechas concretas. Sí permanece viva la excursión que hicimos con Carlos Benito y la entonces su mujer, Cathy, la norteamericana, a “Los Nogales”, aquel rústico ventorro, pasado Gójar, junto al río Dílar. Probablemente se tratara de septiembre y de los días preceptivos en que yo tuviera que estar en Granada para la labor de exámenes, etc. Luego, con toda certeza Lucía se vino conmigo a Alcalá de Henares, a mi casa, hasta que comenzara el curso, y

yo, sobre todo, me embarcara en rematar mi Tesis doctoral de Derecho, circunstancia que acaso Lucía aprovecharía para bajar hasta Fuengirola y quedarse con su hermano Eduardo hasta el momento de regresar de nuevo a Chile, aprovechando casi con toda seguridad algún vuelo *chárter* que arrancara de Málaga.

Desde Alcalá hicimos salidas, más que nada por la provincia de Guadalajara, de esas que a mí me reconciliaban con el patrimonio tan cercano y tan exótico al tiempo de mi geografía familiar: por ejemplo, Lupiana y su célebre casa señorial, como de familia patricia romana, a modo de quinta o villa termal, me pareció una visita de obligado cumplimiento. Otro día nos fuimos hacia el pantano de Tamajón y conseguimos encontrarnos en medio de caminos ásperos, espesados por las capas repetidas de hojas puntiformes desglosadas de los chopos en fase preotoñal. Impulsados por el espíritu lúdico y enardeciente que nos prestaba nuestra disposición de ánimo para con el mundo y para con nosotros, recuerdo que se nos ocurrió echar un polvo a lo bucólico, con vulneración consciente de todas las reglas de la civilidad y, más que nada, de la comodidad. Quise yo reproducir alguna pirueta literaria que se me pasaría por la cabeza y ensayamos una penetración, quedándome yo sentado en un escalón de tierra, apoyándome en una especie de pared, de manera que mi torso y mis muslos formasen un ángulo de unos 100 grados, y colocando a Lucía encima de mí a horcajadas dándome la espalda, con el fin de solazarme con holgura con la magnificencia de su busto. Se deslizó las bragas; yo me había quitado previamente los pantalones por completo..., y después de algunas enojosísimas tentativas volví a la realidad de la que nunca debí haber salido, a saber: que soy hombre de prestaciones normales y civilizadas, y que hacer ciertas cosas sin cuarto de



baño al lado es engañarse y darse uno de bruces con toda la estupidez a cuestas.

Creo que fue en aquella visita suya cuando me regaló una magnífica bufanda, hecha por ella misma, de lana de color de miel, gorda, y que había traído para mí. La conservo y la uso con especial delectación. Por cierto que de aquella primera época nuestra, bueno, quiero decir prioritariamente significativa del año 1979, conservo una fotografía suya, de estudio, en blanco y negro. Los alrededor de 35 años de Lucía aparecen cuajados y esplendorosamente en sazón, y si menciono esto, que no deja de ser baladí, es porque en el apartado de fotos de amistades y de motivos del corazón que cada cual guardamos, la expresión de Lucía forma por sí sola una categoría independiente y separada de los contenidos que concurren en muchos de los gestos y de las mostraciones en los rostros de otras mujeres que esmaltan mi rosario lírico. No dejará nunca de constituir una verdad incontestable el hecho de que Lucía fue la mujer que en todo momento desempeñó el cometido de referente institucional, con un esquema decididamente entroncado en un diseño de familia, guarnicionado por la tradición y proyectado hacia módulos de previsible estabilidad. La otra única foto que me dejó y que conservo de Lucía la muestra con blusa a rayas blancas y encarnadas y pantaloncito negro como de baño, pelo corto y llameado, y metida en la playa con el agua hasta la espinilla. En esta foto Lucía, “Lui”, no parece tener más de 25 años y representa lo que me complace a mí suponer como paradigma de señorita casadera de la buena sociedad chilena, clase media alta.

La última vez que Lucía estuvo en España, que yo sepa, y que viniera a verme, data de 1993. Me llamó desde Madrid, y al día siguiente se pasó por mi casa de Alcalá de Henares. Era verano. En el momento de su visita se hallaba

circunstancialmente en mi piso Fernando Bartolomé Temprano, amigo de la infancia. Lucía, con sus 49 años según mis cálculos, todavía encarnaba a una mujer hermosa y entera; vaya, que se conservaba estupenda. Pero eso es lo malo, que el mundo está lleno de mujeres estupendas. Desde el pueblo burgalés de Caleruega, lugar de nacimiento de su padre don Eduardo, Lucía me escribió una postal fechada el 1-8-93: “Te encontré muy bien pero siempre solo con tus libros”..., me dice. Bonita y femenina contradicción. La compañía de los libros es la que precisamente cuesta procurársela uno; las demás compañías le pueden surgir al tonto más tonto aparentemente gratis de momento. Lucía me dejó su tarjeta con su última dirección. Quiero recordar que me dijo que la casa de Campos de Deportes la habían vendido. Ella se había mudado al barrio bonito y residencial de Las Condes. Desde Chile seguro que pensará en la buena suerte en que su vida se ha arropado. Por lo que a mí respecta, tuvo un marido y me tuvo a mí como admirador romántico y galante, español. ¿Qué más podría desear una mujer sensata en la vida?

Con quien sí que seguí viéndome hasta, digamos, finales de los años ochenta, fue con Eduardo. Separado de su consorte inglesa, en uno de sus viajes a Chile encontró a una compatriota, Patricia, con la que vivió varios años en España hasta su regreso definitivo a Chile. Yo alcancé a visitar a Eduardo y a Patricia en su piso de San Pedro de Alcántara. Patricia era una adorable y bella criatura, buena cocinera y enamorada de Eduardo. Un hallazgo y un éxito para ambos. En la visita que me hizo Lucía en 1993 me informó de que todos los Martín Letelier habían regresado a Chile. Las condiciones económicas habían mejorado y el país se hallaba preparado para absorber sin forcejeos ni problemas a gente cualificada como Juan Roberto y Eduardo; o como Antonio, el marido de Carmen.

Pasada la época de mis viajes, la estela de testimonialidad que ha dejado Chile en mi espíritu siempre ha sido de nota *sobresaliente*. Dondequiera que *lo chileno* haya interferido en mi vida, bien se haya tratado de personas concretas, bien de instancias referenciales, puedo decir que ha mantenido la alta estima que mi conciencia le otorgó a raíz de mi primer encuentro en marzo de 1978, y aun descontando, por abundar en la misma línea de valoración positiva, al elemento humano con el que coincidí en mis años universitarios de América del Norte. Los chilenos Gonzalo y Pilar Retamal, a quienes conocí en Bristol (Inglaterra) a principios de 1982, y a los que dos años más tarde volvería a encontrar en Honduras, mantenían el nivel de exigente excelencia del nacional chileno culto. Tengo, si acaso, pendiente un encuentro personal con el profesor Waldo Ross, durante bastantes años en Canada amigo mayor de mi dilecto y fraternal colega almeriense Emilio Barón. Waldo Ross, natural de Valparaíso, profesó, como digo, muchos años en Canada; y también en Alemania y en otros bastantes sitios. También reside temporadas esporádicas en la Costa del Sol de la Andalucía española. Hemos intercambiado noticias, alguna que otra carta, y comentarios. Con fecha 9 de julio 1993, y con matasellos de Berlín, recibo una misiva suya, de la que entresaco estos párrafos cordialísimos:

“Distinguido Profesor:

Emilio Barón ha tenido la gentileza de hacerme llegar el artículo de Vd. 'Granadinismo en el Caribe' ..., hay en él muchas cosas que me traen recuerdos inolvidables.

Conocí personalmente a J [osé] Á [ngel] Buesa cuando él era director de Publicaciones de la Universidad Nacional Pedro Enríquez Ureña en Santo Domingo... Emilio Barón me había hablado mucho de Vd. y con gran elogio... Pero la primera noticia que tuve de Vd. no fue a través de colegas, sino a través de su compatriota Petra Fuentes que era mi estudiante. Petra me facilitó un libro de Vd... Petra sentía una gran admiración por Vd...

Yo paso largas temporadas cerca de Málaga (en Torre del Mar) y espero que algún día nos podamos encontrar”.

Pues bien, hasta ese día cuya anticipación espolea a mi espíritu, a través y en la persona de este epígono de la amistad y de la esperanza solidarias, vayan mis más encendidas presunciones, mis más fervorosas instancias desiderativas hacia el país de Chile y sus gentes.

**Mónica: Puerto Áyora, Isla Santa Cruz, Galápagos;  
Azafata TAME: vuelo Baltra-Guayaquil (Ecuador)  
1979; María Isabel: Santo Domingo (República  
Dominicana), Quito (Ecuador) 1993; España 1994.**

En el espectro total de mis viajes y en las expectativas que normalmente se proyectan respecto de los países y lugares que uno se propone explorar, acaso ninguno como Ecuador en lo tocante a la descomposición entre el escaso interés que gratuita e injustificadamente me despertara de antemano y el muy considerable juego de engranajes vivenciales que desde el primer momento de mi visita inicial, y luego durante quince años 1979-1994, mantuvo con plena vigencia en el espíritu mío. Mi primera relación con algo, o en este caso alguien, que en la medida que fuere llevara consigo la realidad de Ecuador, se remonta a la época de inmediatamente después de acabar yo el Bachillerato y de hallarme en el primero o segundo curso de carrera; en todo caso antes de mis primeros veinte años. Se trataba de una chica, quiero creer -- acaso más por mi voluntad de salvaguarda de su persona -- que de nombre María, y que como invitada de aquella familia de catalanes, los Colomé, que vivían en la calle del Carmen Calzado, de Alcalá de Henares, se hallaba allí accidentalmente durante algún tiempo. Yo jugaba al ajedrez con Francisco Colomé, ingeniero que por aquel entonces trabajaba en HICESA, una de las primeras fábricas en Alcalá dedicadas a la fabricación de hilo y derivados; como si dijéramos, un transplante en pequeño de la producción textil catalana. El caso es que por esas cosas que pasan, y bien por el hecho de que yo me acercase alguna vez por casa de los Colomé con el fin de echar una partida; o de alguna de las veladas domingueras, con

baile incluido, que tenían lugar en el Casino y a las que yo solía acudir..., el caso es, como digo, que me presentaron a María; que me dijo que era ecuatoriana, y que desde entonces hasta el momento presente en que escribo esto, y salvando el vano de los aproximadamente cuarenta y cinco años, sigo creyendo que fue a través de María como Ecuador dejó de ser una página pasada por alto dentro del libro personal de mi vivencialidad geográfica.

Aquella chica, probablemente algo mayor que yo, tenía... algo; la recuerdo como... diferente, interesante, hasta donde dicho término pudiera tener sentido para un chaval de menos de veinte años sin apenas autonomía de actuación como para poner a prueba la adecuación entre el interés supuesto que alguien pudiera despertarle y la realidad de los hechos. No era bonita, eso bien lo tengo conservado en los ficheros de la memoria. María era alta, espigada, de tez como tirando discretísimamente al oscuro del mestizaje originado allá, quién sabe en qué estratos pretéritos de su prosapia. No era bonita, no, en el sentido revisteril o cinematográfico y fácil del término. Mostraba como un respingo leve en el gesto, una contrahechura armónica en su boca, si es que estas parejas aparentes de contrarios se pueden encapsular en la misma instancia. Pero era interesante, y de una educación tan esmerada y convincente que mis expectativas de estar en el mundo, de que se contara conmigo como varón núbil y en los primeros estadios de su andadura de hombrecito, todo eso con María encontraba pábulo suficiente y satisfactoria substancia. Los registros que conservo de aquella ecuatoriana, María, son ciertamente escasos pero definatorios, significativos. Una tarde fuimos al cine en Madrid. Preservo la precisión espiritual de que con tal mujer yo no podía de ninguna manera optar a ver alguna película frívola de consumo de complacencia inmediata pero volandera, y fuimos a una sala del barrio de

Chamberí o Quevedo, o por ahí, a “Los traperos de Emaús”, un film francés que cumplimentó el trámite de eso, de ir al cine. Un refresco o cualquier batido en alguna cafetería de por allí terminaría de formalizar el protocolo de nuestra cita.

Tuvo que ser por personal homenaje a María por lo que yo confeccioné un pequeño vademécum de historia natural, literaria y geográfica de Ecuador, que milagrosamente conservo, en cuatro hojillas escritas a mano, plasmado uno de los textos en el reverso de un impreso de los que usaba mi padre como ficha para asegurado al Instituto Nacional de Previsión, y cuya fecha se indica por medio de la matriz “de 194...” Ni que decir tiene que se trata de un papel ceniciento y reciclado. Pues bien, en el reverso, carente de impresión alguna, enumero nada menos que lo que parecían ser entonces los 18 Departamentos o provincias ecuatorianas con sus respectivas capitales, además de permitirme una nota de *addenda*: “A 80 kms. del Cotopaxi y 30 de Quito, obelisco [punto exacto por donde pasa la línea ecuatorial]”. El restante despliegue de erudición que anoté pacientemente incluía apartados sobre vegetación, fauna y literatura, junto con otros personajes históricos de acreditada nombradía, y detalles variados sobre algún que otro punto geográfico. Absolutamente asombroso. Una pequeña obra de romanos a la que mi entusiasmo y mis deseos de halagar a María pusieron alas. Con toda seguridad, que para la información geo-política y de ciencias de la naturaleza, en general, usé la *Geografía Universal* del Instituto Gallach. Tomo IV. Barcelona 1953; y para los detalles literarios supongo que tendría un espectro de fuentes más amplio de donde elegir, aunque por dichas épocas acaso echase yo mano de los Apéndices de A. Herrero Miguel a lo que [como versión ampliada de *Outlines of the World's History* de Edgar Sanderson] publicó Sopena en 1942 como *Historia de la*

*Civilización*; y a los cinco tomos de la propia *Nueva Enciclopedia Sopena*, de 1953, herramientas todas ellas absolutamente caseras pero que para el desempeño de mi cometido me servían de sobra. De esas características, tanto en intención de calidad como en extensión temática, son los apuntes de erudición con los que yo quise festejar a mi amiga María, creyente convencido como era yo desde siempre del principio de que “geografía es amor”, y de que la mejor embajada o vado espiritual para establecer una cabeza de playa en el santuario de la otra parte, es el de exteriorizar el interés, la incumbencia vivencial que el país de nuestro referente femenino, Ecuador en este caso, haya despertado en nuestra conciencia. María me regaló seis fotos, cinco de ellas en formato reglamentario de postal, con el soporte de la cartulina preceptiva, de otros tantos motivos sobresalientes de la geografía y el ecosistema ecuatorianos: La que reza “Yambo” mostrando lo que parece ser un embalse o sector ancho de un río no la he podido identificar bajo dicho nombre; otra, “Cascada Inés María” asimismo la he dado por ilocalizable; la que muestra el salto Agoyan, formado por el río Pastaza, sí está detalladamente documentada; luego, las dos postales restantes corresponden a los picos volcanes Pichincha y Cotopaxi, respectivamente; y la fotografía tiene en su reverso, escrito por María, la leyenda: “Nevados: Chimborazo y Carihuairazo - 5,111 metros”. Pues ya ve el lector cuál era el original regalo que me había hecho María y que yo con tan esmeradísimo cuidado y devoción guardaba.

En mi primera y única visita a Argentina, en marzo de 1978, y como ya dejé reseñado en el lugar correspondiente o viñeta de estas Memorias, coincidí con aquellas dos hermanas ecuatorianas, y con el americano guapete y borracho que andaba detrás de una de ellas, también bajo el mismo régimen de



encuentro fortuito de todos con todos en Buenos Aires, después de haber venido cada uno de nosotros de nuestro respectivo punto de origen. El caso es que en mi condición de compañero accidental y turista, y al mismo tiempo por echarle una mano al yanqui en su pretensión de quedarse solo con una de las hermanas, con la que parecía haber conectado más, tuve la ocasión volandera de hablar con la otra hermana, que igualmente me pareció... si no superdimensionadamente bella, sí lo bastante atractiva como para hacerme pensar. Según mis cálculos aquellas hermanas eran las segundas muestras absolutas de representación femenina del Ecuador con las que yo me había encontrado. Y tengo que reconocer que mi conciencia experimentó como un forcejeo de incredulidad, como de preguntarse si en dicho país, y siempre en razón de las expectativas tan poco halagüeñas que yo había desplegado respecto de él, ... si en Ecuador podían darse individualidades tan bonitas y tan invitantes. Hablamos muy poco; sólo me dijeron que eran de “la costa”, no recuerdo si de Guayaquil o de algún otro punto; y desde entonces ya se me hizo muy patente la formidable fractura, la enorme diferencia que podía establecerse sin violencia alguna de principios entre la gente de la costa, en general, como más abierta, más mundana, más progresista y emprendedora; y la de “la cordillera”, personalizada en bloque por Quito, la capital, como una forma de ser mucho más adusta, mucho menos aperturizada, mucho más tradicional en el peor y más retrógrado sentido del término. Para mis entendederas y para las instancias que a mí me parecían comportar algún valor, la diferencia que entrañaba dicha dicotomía venía a traducirse en que la mujer de Guayaquil compendiaba todos los elementos, atributos y mostraciones más solicitados por alguien que como yo se acercara al país para hacer la oportuna cala del turista.

Los últimos días de agosto y primeros de septiembre de ese mismo 1978, y después de pasarme estudiando alemán ocho semanas en el Goethe Institut de Berlín, me fui a Moscú a retomar mis vivencias soviéticas y a poner un broche de oro al cupo vacacional de aquel año portentoso. Lo que me acaeciera en Moscú, casi con exclusividad monográfica en razón de la bellísima y hechicera Tania, ha quedado cumplido en la oportuna viñeta de mis Memorias. Tan sólo recordar aquí..., recordarme acaso que en aquella estancia de una semana en Moscú conocí al diplomático Marcelo Arboleda, en cuya compañía y en la de otros comensales tuve la señalada fortuna de contactar con Tania y sentar las bases de nuestros ulteriores encuentros. Se trataba sin duda alguna de un hombre singular: Llevaba varios años trabajando en el servicio diplomático de Ecuador en Moscú; por lo visto, se había matrimoniado con una soviética y separado posteriormente; hablaba el ruso a la perfección, y cuando yo, en un pequeño aparte durante una de las sobremesas, le hablé “en hispánico”, y él allí en Moscú probablemente a muchas galaxias de pensar en español, y todavía a más distancia de suponer que alguien le hablaría de su tierra y de sus gentes,... aquel hombre corpulento, chato, cargadamente indio, con la cabeza grande y cuadrada, pelo negrísimo y como con lustre de brillantina reciente, cuando Marcelo me oyó soltar con congruencia nombres de literatos y motivos de la historia del Ecuador, como mi tarjeta de presentación..., aquel hombre replegó velas, compactó todos sus recursos, reunió toda su voluntad y todo su entendimiento para hacerse cargo de que tal vez yo, en aquel momento, en toda la ciudad de Moscú y entre sus ocho millones de habitantes, fuese yo el único o uno de los pocos, poquísimos, que le ponía un gigantesco espejo delante, con sus señas de

identidad desplegadas en toda su magnificencia. En mi cuarto y último viaje que hasta el momento he realizado a la todavía entonces URSS, el de 1983, traté de conectar con Marcelo Arboleda, pero se había ido, lo habían trasladado. Nunca olvidaré a aquel individuo, de tan singular valía, de tan original moldura.

El vuelo de Braniff de alrededor de cuatro horas, de Santiago de Chile a Guayaquil en agosto 1979, probablemente lo pasara yo, al menos un buen tramo, sopesando, intentando mediante un juego caprichosamente adivinatorio penetrar en el acierto o no de haber elegido Ecuador como el país inmediato donde acomodar mi turismo vivencial y de aventura. Y me iría asimismo aseverando el exiguo bloque de conocimientos, tan pintorescamente desigual, preguntándome si mis únicos referentes de María; de las hermanas de Buenos Aires; de Marcelo, el diplomático de Moscú..., preguntándome si aquel heterogéneo y desparramado caudal que yo había incorporado a mis vivencias en latitudes de mi tiempo y de mi espíritu tan irrepetibles, tan anecdóticas, si aquello todo junto podría formar un plinto de experiencia, un precedente orientador respecto de lo que estaba por venir en la más absoluta de las inmediateces, en cuestión del rato que faltase para tomar tierra en Guayaquil. Creo que fue más o menos así como fui entreteniendo los ocios de mi vuelo.

El aeropuerto de Guayaquil está, prácticamente, dentro del casco urbano, lo cual, exceptuando la aprehensión que produce volar a ras de los tejados, tiene la ventaja de que los traslados hasta el centro de la ciudad podrían hacerse a pie en caso de emergencia. Guayaquil en 1979 rebasaba los 800,000.-habitantes y desde luego y a todos los efectos era el primer nudo de comunicaciones del país. Desde entonces aprendí para

siempre que para los ecuatorianos “Guayaquil es *la costa*, y Quito es *la sierra*”. Me fui a hospedar al Hotel Humboldt Internacional, en el Malecón Simón Bolívar, con vistas al río Guayas. Conservo un folleto, o mejor, una octavilla a modo de programa de mano de publicidad e información sobre el Hotel Humboldt, en cuyo reverso se reproduce un plano de esa parte central de la ciudad de Guayaquil, y me causó impresión comprobar la semejanza entre la plasmación de la situación del Hotel que se hace en dicho programa, y la fotografía que en papel cuché, colores blanco y negro rigurosos, reproduce la *Geografía Universal* Gallach de 1953. Guayaquil se asienta en la ribera derecha, o sea del poniente del río Guayas que a pesar de distar ya 50 kms. de la desembocadura conserva aún la anchura y el empaque de estuario, con más de mil metros entre las márgenes. El Hotel me gustó: Incorporaba entre sus particularidades una especie de ampulosidad algo desgarbada, y una gran comodidad de acceso, junto con la relativa mengua de tráfigo que significaba tener todo un frente asomado al río, sirviendo de formidable colchón acústico. Era ya de noche cuando consideré terminado el menester de tomar posesión de la habitación, lavarme, colocar las cosas más imprescindibles y disponerme a dar una vuelta. En la Recepción del hotel me recomendaron que, si iba andando, no me alejara mucho, ya que el espacio de los malecones, en general, no era de los lugares más seguros. Con todo, decidí salir a merodear un poco. Recuerdo que aquella ciudad, efectivamente, me propició una sensación intensa de concentración humana poderosa, abigarrada, empapada en el vaho de toda la masa acuosa que la bordeaba. Los típicos signos externos de las urbes compactadas con gran movimiento de comunicaciones, con transacciones comerciales y dinámica generalizada, a saber, suciedad en forma

de montones de basura sin recoger, montículos de detritus en cangilones, contenedores, etc, pendientes de ser procesados por los servicios públicos..., todo ese tipo de impresiones me llenaron la vista y me colmaron de olores y de interpretaciones emocionales la conciencia. El ángulo que formaba el suelo de la calzada o calle y las paredes de los edificios, o las vallas de demarcación levantadas, estaba lleno de papeles, cartones, desperdicios que se transformaban en un ejército de cuerpos móviles y atropellados cuando la brisa los desperezaba de su letargo... Me fue difícil precisarlo..., pero al fin comprobé que sin duda se trataba de una rata, un enorme bicho que enredó entre la basura y que al desglosarse de un montón de broza se identificó por su correteo buscón, tirando de un rabo larguísimo, levantando su giba, arrastrando su pavorosa y proverbial repugnancia. Más elocuentemente que todos los repertorios informativos aquella rata compendió de golpe la realidad de una ciudad portuaria, dentro de la concepción de cierta incuria y desarreglo que la cosmovisión hispánica suele incorporar en sus manifestaciones. En vista de que campar solo por mis respetos no parecía, en efecto, muy recomendable quiero recordar que regresé al hotel y que di la jornada por concluida.

El día siguiente decidí emplearlo sobre todo en el diseño o montaje de una buena excursión. Bien fuese a través de la publicidad convencional para turistas que hallara yo en el hotel; bien por la información proporcionada por una obra tan excelente como la *Panam's World Guide*, cuya edición de 1978 tal vez ya la hubiera yo adquirido, el caso es que las opciones que normalmente se le parecían ofrecer al viajero animoso y sin estrecheces de economía eran, de un lado, visitar las Islas Galápagos; y de otro, acometer un viaje de alrededor de cuatro días por el río Napo y adentrarse en la selva o “Jungla

amazónica” como rezaba el anuncio del programa, todo lo prudencialmente requerido para menesteres así. Pregunté en el hotel y me recomendaron varias Agencias de viaje. Conservo la tarjeta comercial de Coltur: Ecuatoriana de Turismo; así que deduzco con plena seguridad que fueron ellos con quienes llevé a cabo mis gestiones. Recuerdo algo confusamente además algunos “tira y afloja” respecto de ciertas opciones. Lo primero de todo fue desistir del programa “Aventuras en la jungla Amazónica” al enterarme mediante consultas personalizadas y concretas que la travesía Napo arriba no carecía de interés, pero que solía resultar incómoda las más de las veces por la cantidad de mosquitos con los que tenía uno que habérselas; y que por muchos ungüentos, repelentes y palmetazos de que uno se sirviera siempre se llevaba las de perder. Bueno, deseché completamente, y no sin remordimientos, la excursión, ya que los términos con que la anunciaban en castellano y también en inglés, con todo lujo de detalles, guardaban el venenillo de lo exótico. Consistía en hacer el viaje en el “Flotel” Orellana, un Hotel flotante de tres pisos supuestamente dotado de todo el confort imaginable. Pero los mosquitos y la serie de desplazamientos, primero hasta Quito, y después y siempre en avión hasta los lugares de embarque en el río Napo, con arreglo a los días de excursión estipulados, recargaban insalvablemente la complejidad de aquella excursión y, como digo, desistí por completo.

Me quedaba la opción más atractiva y más natural al mismo tiempo, la de las Islas Galápagos, que la veía estructurada en unos tramos de acción claros, definidos y lineales. Comprendía un solo vuelo de ida y otro de vuelta, y tal fue la opción que acaparó ya monográficamente mis expectativas. Pero la cosa no era tan fácil como mentalmente se me había planteado

en un principio. Por detalles que se le irán desglosando en su momento al lector, yo pude percibir que los ecuatorianos eran bastante gitanos y chalanos en el asunto del dinero; o sea, gente de la que uno más bien no debería fiarse. Mis primeros tanteos lo único que pusieron de manifiesto fue que los de la Agencia que fuere [y creo que todavía no había entrado en contacto con Coltur] querían a toda costa colocarme una excursión en barco larguísima y costosísima que en mi caso, para mi desgracia o por mi suerte, quedaba descartada automáticamente por mi aversión a los barcos, y en el caso que nos ocupa, a una travesía completa de más de dos mil kilómetros. No, barco de ningún modo, les dije: Ni regalado. Y creo que se lo dije con tal rotundidad que a partir de ahí comenzaron a sondear el terreno en lo relativo a los pasajes de avión. Me dicen que no hay billetes, bueno, lo típico en estos casos, que todas las plazas están vendidas y que... Quiero creer que cuando conservo yo la tarjeta de Coltur es porque acabé concertando con ellos mi vuelo a Galápagos. Pero lo cual no fue sin que, de alguna forma, les pagase un precio extra por el favor. Sin tanta desfachatez sí me dijeron que había siempre unas plazas en reserva hasta última hora..., y que esa “última hora” se trataba de una expresión flexible en razón de... muchas cosas. Yo pensé que estar en Guayaquil de paso y encontrar una excursión a las Galápagos de tres noches, a mi medida, bien podía merecerse la flexibilidad de un precio extra, y no dudé en aceptar. Allí mismo, en Coltur, concerté con la señorita que me atendió un “sight-seeing trip” de Guayaquil aquella misma tarde, cuando ella terminara su trabajo. Era cosa de hacer un poco más de gasto turístico y de paso charlar con una mujer muy guapa como era Katbe Touma Abuhazar que a la hora prevista se presentó en mi hotel con un coche de su compañía. La verdad es que no recuerdo nada reseñable de

Guayaquil, porque más que mirar a las cosas que según las valoraciones establecidas pudieran resultar de relevancia para un turista como yo, fui atendiendo más a lo que me contaba la Sta. Touma. Me dijo que era palestina y cargó mucho las tintas sobre el tema de la discriminación perversa y sostenida que su pueblo, siempre según ella, había sufrido y seguía sufriendo a manos de los israelitas y de las potencias occidentales que les habían ayudado a entronizarse en un territorio que les pertenecía a ellos; a los palestinos quiero decir. Yo me hice el tonto, como correspondía a un tema que había ya oído comentar un millón de veces y lo seguiría haciendo [no digamos cuando unos cuantos años más tarde visité Israel, y luego Jordania, etc.] Aventuré tímidamente algo así como que Jordania disponía de una inmensa porción de territorio deshabitado donde unos cuantos millones de palestinos podrían instalarse. No le hizo ni pizca de gracia a la Sta. Touma mi sugerencia y opté por no insistir. Como digo, aquella excursión de noche por Guayaquil careció de interés especial; tan sólo que volví a percatarme del empaque algo sucio y destartado de la ciudad, más que nada por toda la línea de muelles de carga a orillas del río Guayas. Los 20.- \$ USA que le regalé a la Sta. Touma los consideré como una gratificación por sus oficios con el pasaje de ida y vuelta a Galápagos, y de reconfirmación de mi vuelo de Guayaquil a Caracas, de regreso a España; y al mismo tiempo, y con toda intención, tampoco quería regalarla nada por nada, en un plan que muy probablemente, tratándose de una mujer temperamental como ella, hubiera mal interpretado como soborno, o simplemente como contraprestación por un proyecto de otro tipo de servicios.

Al día siguiente, con la aquiescencia del hotel, me dejé allí parte del equipaje que no necesitaría en Galápagos. Se



trataba de que a mi regreso de las islas permanecería un solo día más en Guayaquil, hasta mi vuelo hacia Madrid, vía Caracas, de la posterior fecha. Las líneas TAME (algo así como Transportes Aéreos Militares Ecuatorianos) eran las encargadas de los vuelos a Galápagos. Usamos un cuatrimotor de hélices que hizo el trayecto con toda normalidad en alrededor de dos horas. Aunque la capital administrativa, Puerto Baquerizo, se halla en la isla San Cristóbal, la más oriental de las cuatro únicamente habitadas, es sin embargo Santa Cruz, en el centro del archipiélago, la que ofrece con mucho el espectro de intereses turísticos y científicos más desarrollado, y dentro de ella la ciudad Puerto Áyora, al sur absoluto, la que asienta el núcleo urbano y hotelero más significativo de todo el conjunto. Y allí era precisamente donde nos dirigíamos. Ahora bien, de momento el aterrizaje se efectuaba en un pedacito de islote que se encuentra al norte de Santa Cruz, a modo de lobanillo o escrófula que le hubiera salido, y separado de ella por un canalillo de mar de menos de medio kilómetro. Pues bien, era allí precisamente, en aquella islita, de nombre Baltra, donde el gobierno ecuatoriano había construido el entonces único aeropuerto de todo el archipiélago. Según mi creencia fue más tarde, en 1986, cuando Ecuador dotó a Galápagos del segundo aeropuerto, instalado en Puerto Baquerizo Moreno, capital administrativa -- como dijimos -- sita en la isla San Cristóbal. Estos datos, sin ánimo de exhaustividad rigurosa, ni de conciencia errónea, los extraigo del número January 1988, corroborado por el de April 1999, de *National Geographic Magazine*. El avión aterrizó allí, un pedrusco prácticamente, una verruga desbastada para la instalación del aeropuerto y cuatro casetas más de asistencia a los viajeros. La islita, al parecer, en régimen de base militar aloja a todos los servicios y prestaciones de las Fuerzas Armadas de las

Galápagos. Nos dispusimos todo el pasaje a esperar que estuviese operativo el ferry que nos salvara el brazo estrecho de mar y nos dejase en la tierra firme de Santa Cruz.

Al aire libre cada cual supongo que procuró hacerse con la situación que le rodeaba. Estábamos, con toda evidencia, sobre una islita que por las características del terreno había consentido la construcción del aeropuerto en su superficie. Con un americano que parecía servir de guía a un grupo de viajeros cambié impresiones. Me preguntó si había yo reservado alojamiento en Puerto Áyora, y es curioso que no recuerde si en Guayaquil me lo habían hecho o no. De todas formas, me habló de un tal Jimmy “Piris”... “Peris”, ... “Pires”..., yes, “Piires”... “Oh, you mean *Pérez*”... claro, hombre, Jimmy Pérez, a cargo del hotel Solymar, una especie de coordinador de las plazas hoteleras de la isla. El transbordador nos recogió y nos pasó a la punta más septentrional de Santa Cruz. Las cosas se iban poniendo en su sitio. El pequeño islote Baltra parecía presentar características geológicas más fiables que ningún otro punto. Toda su superficie utilizable se había empleado en la construcción del aeropuerto que con sus aproximadamente 2,500 metros de pista podía hacerse cargo de cualquier jet convencional.

Una vez en Santa Cruz se me fueron aclarando las cosas. La llegada a nuestro destino, Puerto Áyora, justo en el extremo sur, debajo verticalmente de Baltra, por supuesto que se hacía en autobús por una carretera de tierra que, bajando un poco en sesgo hacia el oeste por Santa Rosa hasta el centro de la isla, torcía de nuevo al este hasta el villorrio de Bellavista, para ya caer en plomada hasta Puerto Áyora. La pista, aunque naturalmente de tierra, estaba suficientemente cuidada y servía para su propósito; y su trazado, desde el ferry de Baltra hasta la Academy Bay,

donde se abrigaba Puerto Áyora, ya entonces con más de 3,000.-habitantes,... la ruta, digo, bordeaba un nódulo volcánico central con la elevación del Cerro Crocker de 864 metros como el principal promontorio de Santa Cruz. El viaje duraba cerca de hora y media. Alcanzamos Puerto Áyora y, como dije, bien porque lo hubiera ya concertado en Guayaquil -- que no creo --, bien por indicación directa del americano con quien conversé en Baltra; o bien porque preguntara nada más bajar del autobús -- que creo que sería lo más probable -- el caso es que caí en el Hotel Galápagos, en el extremo de una especie como de ensenadita, muy cerca del agua.

Nada más llegar, una sucesión de aspectos inusuales me pusieron en la pista de que más allá de la literatura archiconocida sobre las Islas Galápagos; de todos los datos y detalles de erudición accesibles mediante la consulta de cualquier repertorio de geografía o de periodismo de investigación turística..., más allá, digo, de toda la teoría con la que uno pudiera haber entrado en contacto por métodos convencionales, el hallarme allí, en Puerto Áyora, en el Hotel Galápagos [y acaso podría haberse tratado de cualquier otro, pero para mayor abundamiento de vivencias éste añadió particularidad a mi estancia] sustituyó con novedad y con la frescura de una fuerza desconocida, a todo prejuicio, a todo conocimiento más o menos fundado con que yo me hubiera acompañado previamente. El propietario se presentó a mí, bueno, nos presentamos. Se trata de un norteamericano, . Forrest Nelson, supongo que uno de los muchísimos yanquis que eligieron en su momento buscarse otra forma de vivir fuera de los USA [Este hombre, según fui entendiendo paso a paso, se había establecido allí, en Puerto Áyora, y había tomado como compañera -- él no mencionaría nunca “su mujer”, que yo recuerde -- a una nativa, con seguridad que trasplantada desde el

continente. Pero de todo ello se hablará a su tiempo] Mr Nelson me dio la bienvenida y acaso me extendió una acogida algo más detallista y alejada de lo convencional al comprobar que yo era español, es decir... ecuatoriano también, en régimen subsidiario del alma hispánica, de lo que de español encierra lo ecuatoriano, y viceversa, por eso de que la lengua es la sangre del espíritu; y al mismo tiempo el lustre que mis años de anglista habían dejado y seguían dejando, de momento para dirigirme a Mr Nelson en inglés polivalente y holgado, digo que todo ello quizás animara al dueño del Hotel Galápagos a dispensarme una cordial acogida, aunque con algo de cautela y vigilancia por lo que en los dos días sucesivos ocurriría. El hotel se componía de bungalows separados, además del edificio principal donde tenían lugar todas las comidas y menesteres de sociabilidad. Recuerdo que el propio Mr Nelson cogió una carretilla de esas de la construcción, convencionales, y transportó en ella mi equipaje, un bolso, hasta mi caseta. No había llaves; quiero decir que el hotel no disponía de llaves para los respectivos apartamentos o bungalows. Cuando a mi requerimiento de que se me entregara mi llave, Mr Nelson me dijo que allí no había llaves; que el hotel no disponía de llaves; que las puertas podían quedarse abiertas y que “keys are the only things that get lost” (“lo único que se pierde son las llaves”); cuando el hombre acompañaba lo que decía con lo que hacía, es decir, llevarme en carretilla el equipaje, mostrarme mi habitación y darse la vuelta, percibí que una dimensión de convivencia, o bien desconocida, o bien olvidada, me estaba invitando a dejarme conducir con arreglo a sus pautas. Me quedé solo y saboreé aquella cuota personalísima de vivencialidad. La habitación era rústica pero con todo lo necesario. No hay cortinas. Mr Nelson me había indicado ya algo sobre el particular, que junto con mi diligencia por ambientarme lo antes

posible, me hizo poseedor de prácticamente todo lo que era necesario saber. Las luces, una hilera de bombillas a lo largo de las pasarelas intercomunicantes de los bungalows y el edificio principal, parecen estar siempre encendidas. Hay plena luz del día y los bulbos lucen. En cada habitación el hotel deja una palmeta con la que abatir algún animalejo intruso. Ya he visto arañas. Pero hay realidades que si enunciadas sin más invitan a representarse un cuadro de valores resueltamente distinto a como efectivamente son cuando experimentadas por derecho. Las arañas que vi en mi habitación ni siquiera me infundieron la dosis congrua de repulsión o de temor como para que las machacara a golpes de palmeta.

Me arreglé un poco y me dirigí al edificio central. Comencé a ver la mayor cantidad de lagartijas y lagartos que nunca jamás hubiera visto ni viera con posterioridad. Salían de todas partes y se paseaban con plena tranquilidad por las piedras que formaban las pasarelas o paseos elevados. Uno fijaba la vista en una figura quieta, como impresa en la superficie de una roca, y de pronto ésta se movía a otro lugar, y quedaba sustituida por otra u otras largartijas, de la familia, supongo que con el número de nombres exacto previsto por los naturalistas. Mr Nelson me informó de que en las islas Galápagos se hacía la vida con arreglo básicamente al sol; de momento, las comidas se sirven a las 07:00; 12:00 y 19:00 respectivamente, concediéndose unos minutos de cortesía de retraso, cosa que me pareció muy bien. El hotel rogaba que los comensales expresasen su voluntad de asistir o en su caso de faltar a cualquiera de las pitanzas con el fin de no desperdiciar productos alimenticios, caros de disfrutar allí; además de evitar el gasto por una consumición no realizada, ya que la Administración del hotel separaba el coste del alojamiento y el de las comidas, cosa que también me siguió

pareciendo bien. Mediante un toque de campana desde el centro del espacio, equidistante de todas las cabinas, se convocaba al refectorio. Aquel ambiente era lo más parecido a lo que imaginativamente yo entendía como Edad de Oro, en que no se distinguía lo privativo de cada cual de lo de los otros. Y también, como he dejado dicho más atrás, era una realidad que se posaba en todo el volumen que mi persona desplazase; se sentía en peso, en dimensión; era una evidencia de tenor incontestable; se daba por sabido. Salir uno de su cuarto y comulgar con la irrefragable seguridad de que nadie iba a interferir con la propiedad privada era algo señaladamente original y revelador.

Tuve la afortunada ocurrencia de escribir una serie de notas en el reverso de dos cartulinas turísticas, “The Exciting Galapagos”, proporcionadas por el hotel y que, aunque escuetas e insuficientes, me están ayudando a reconstruir la secuencia de sucesos que tuvieron que ver conmigo. Guardo por suerte el billete o boleto de fecha 14-8-79 que al precio de \$ USA 6.- permitía la entrada a “las reservas y parques nacionales”. Probablemente mi segundo día de estancia, y que dedicaría íntegramente a andar por allí y a familiarizarme directamente con las cosas, correspondería a dicha fecha señalada en el salvoconducto. Recuerdo con toda precisión que me acerqué hasta la “Estación Científica Charles Darwin”. Todo el camino estaba plagado de lagartos, lagartijas, y de esas familias de reptiles allegados. Asimismo las iguanas, como lagartos grandazos o caimanes pequeñitos, ya se dejaban ver por todas partes, pero con aire absolutamente inofensivo; animalitos feos como ellos solos pero pacíficos increíblemente: Uno los miraba y no se sabía nunca si estaban durmiendo o estaban devolviendo la observación. Por las laderas de los malecones subían y bajaban cangrejos, en un interminable desfile placentero. Parecía

como si allí un segmento del Arca de Noé hubiera encontrado el paraíso, de acuerdo con el hombre; nadie les perseguía, nadie les intimidaba. A los durmientes, turistas o no, nos despertaban los pájaros y la luz. En la Estación vi a dos tortugas gigantes, completamente, desmesuradamente grandes. Un animal que daba la impresión de poder estarse así, quieto, dentro del caparazón, durante una larga serie de años. Era curioso: Yo allí, a un metro escaso de aquellas criaturas, separado por una valla de señalización de espacio más que de limitación de movimientos, o mucho menos de obstáculo a que nadie o nada se trasladase de lugar. La pajarería es impresionante: algunos protagonistas se posan y se cagan encima de las tortugas gigantes, ante la parsimoniosa indiferencia de éstas.

Regresé al pueblo, y al pasar frente a una casa a cuya puerta se hallaba una señora isleña, escuché por la radio la canción de Camilo Sesto “El amor de mi vida... has sido tú”, a lo que con todo el entusiasmo que permitía la ocasión entoné yo una réplica superpuesta, como en busca esperanzada de una aquiescencia, de un acuse de recibo de mi exhibición. La señora se sonrió, asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Supongo que no tendría elementos de juicio que exteriorizar para hacerse cargo de mi persona. Por todas partes se veían iguanas, iguanitas campando con la más envidiable de las tranquilidades: cantidad de iguanas en el paseo de cemento hacia el muelle, en la Bahía de la Academia. Seguí andando hasta detenerme frente a un hombre que se ocupaba en fabricar módulos rectangulares, de cemento y arena, para la construcción. Empleaba una máquina matricera, de mano, que sacaba el molde húmedo y que a continuación él colocaba a secar en un apilamiento allí al lado. Me interesó comprobar el enorme valor que tenía necesariamente que adquirir en aquellas islas el cemento por la cantidad...

medida y aquilatada, exigua según mi corto y leal entender en materias tales, que el hombre mezclaba con la arena y con el agua. Cada saco de cemento, según me contó, tenía que justificar cierto número de módulos, y ello era a base de conjuntar la mayor cantidad posible de arena con la cantidad mínima e imprescindible de cemento para que la pieza, una vez seca, no se desmoronase. Charlé gustosamente con él y me explicó, muy comunicativo, que el cemento allí era un artículo de lujo carísimo; y que todos los materiales de construcción tenían que llevarse del continente; de ahí el tremendo cuidado con su utilización y lo parco de la proporción de cemento en la producción de la argamasa para piezas de albañilería. Por el contrario, quedé sorprendido del precio más que razonable, tirando a barato, de cierta fruta, y encuentro en mis notas: “4 sures (=10.- pts.) un kilo de plátanos y naranjas”. Pregunté por el señor conocido como Jimmy Pérez y me dirigieron a su Hotel Solymar. Se correspondía con un hombre enormemente cordial y de gran predicamento en la isla; un promotor turístico establecido y respetado. Me invitó a sentarme en su terraza y me festejó con un postre abundantísimo y riquísimo de helado. De pronto vi que una iguana negra y grande, de unos 60 cms. de larga, se arrastraba hasta él. Me dijo que no me inquietara; que tenía algunos animalitos a los que cuidaba con especial atención; a ésta se aprestó a darla un succulento plátano que la iguana comió diligentemente, aunque con gesto abúlico, de su mano. Me dijo el Sr. Pérez que las islas abundaban en ratas y pensé en un tipo de roedores como aquella muestra grande que había visto en la Isla de Pascua la Navidad anterior. Conversamos sobre bastantes cosas. Me informo de que el turismo estaba controlado por ingleses y norteamericanos mayormente; que las islas incorporaban como una de sus características más chocantes la



del cambio de temperatura en el curso de unas cuantas horas, como si la corriente de Humboldt que las afecta se cargara caprichosamente de alternancias térmicas. A pesar de lo que le conté de mi aversión a subirme en un barco, el Sr. Pérez me recomendó que hiciese la excursión a... [aquí carezco de recibos, registros o información] creo que a unos islotes llamados Plaza..., que el barco era muy cómodo; que sólo eran dos horas de travesía de ida y otras dos de vuelta, y que al ser prácticamente navegación de cabotaje..., que la embarcación no se movía, y que iba a constituir una experiencia única en mi vida. Aun a costa de vencer una gran renuencia, acepté, en parte por cumplimentar aquella dosis de crédito que el Sr. Pérez me endosaba; y también porque era a través de sus oficios como adquiriría yo el boleto de la excursión, con todas las prioridades del mundo.

Aquella noche durante la cena en el hotel pude cerciorarme con más parsimonia del diseño familiar de Mr Nelson. Él se encontraría sobre los sesenta años, de complexión recia, pelo completamente blanco, apostura “easy going” aunque con traza como de cierto señorío, como sabedor de la ventaja del cambio de la divisa social USA en un país subdesarrollado de Iberoamérica como Ecuador. Y eso está por encima de cualquier acto de voluntad. Hay realidades que se sienten impuestas, marcadas a fuego natural, con las que uno convive en la más entrañable de las comuniones. Y supongo que para . Forrest Nelson ser norteamericano USA y residir en un corpusculito de territorio ecuatoriano como las Galápagos le prestaba todas las premisas válidas para que su conciencia de superioridad se explayase hasta las cotas impuestas únicamente por la proporción y el buen sentido. La ecuación vendría a ser: materia prima USA en decadencia más aditivo ecuatoriano perteneciente

al 25% de la valoración superior, igual a producto razonablemente satisfactorio. La mujer de Mr Nelson tendría entre 30 y 35 años y desde un principio la encontré callada, discreta y atractiva. En una sola ocasión oí a Mr Nelson referirse a ella por el nombre de... Una verdadera pena no recordarlo. Por ese tipo de envoltura fónica que con tozudez cordial se resiste a desglosarse definitivamente de nuestra retentiva, sí tengo grabado que se trataba de un nombre de dos sílabas, muy español, muy establecido, muy normal..., como, ... dejémoslo en Rosa como hipótesis de trabajo, porque creo que era Rosa, y en caso de que durante la redacción de esta viñeta no me sacuda un resplandor más exacto del recuerdo y me traiga recuperado el nombre indiscutible de aquella mujer..., quédese con Rosa. Rosa iba y venía por el hotel, ocupada en las labores propias del cuidado de la comensalía. Era evidente que a ella correspondían las tareas de la intendencia, sin que su ademán exteriorizase ningún signo de autoridad gratuita o caprichosa, sino una ajustada conciencia de su condición de consorte de un buen amo, junto al cual ningún temor de presente ni de futuro podría prevalecer en su contra. Desde el momento de mi llegada noté que me miró con algo de curiosidad. Claro que me informé del hecho de que viajeros españoles a las Galápagos no abundaban. Pero lo que sí era cierto del todo es que en aquel hotel pequeño y familiar no solían tener cabida grupos numerosos, sino que más bien se dedicaban al turismo individualizado.

En ese mi segundo día tuve ocasión de saludar a un hijo del Sr. Nelson, un joven característico americano, con todos los “tics”, gestos, probablemente involuntarios y endémicos, de prepotencia y de solvente determinación, quiero decir, como dando por hecho que todo tendría que producirse con arreglo a las expectativas que su cultura y sus esquemas hubieran previsto.

Es curioso: Dentro de los planos de situación absolutamente distintos e incontestables, este muchacho, Mr Nelson junior, llamémosle así, me recordaba al otro norteamericano anterior con el que coincidí en Buenos Aires haría entonces algo menos de año y medio, con motivo de la compañía compartida con las hermanas ecuatorianas “de la costa”. Sí, muy curioso lo de los ramales de afinidad soterrada que pertinazmente taladran y taladran instancias de ámbitos heterogéneos para venir a encontrarse en una especie de convocatoria espiritual de reconocimiento y afirmación de sus parentescos solapados. Aquellos dos jóvenes yanquis me inspiraron toda una teoría de claves afines. Éste de ahora, Nelson junior, se había traído a su novia, una chica... típica norteamericana, desenvuelta en todo aquello cercano a su incumbencia e interés, y totalmente fuera de juego en el resto de manifestaciones en el que todos en un momento u otro nos encontramos inmersos. Por aquella época una chavala USA que no fuese..., bueno, eso que con término insolidario y poco piadoso entenderíamos como fea, pues resultaba graciosa, “good-looking”, bien parecida, y tales evidencias atributivas mi espíritu no tenía el menor empacho en reconocer en la novia de Nelson Jr. Pero dentro del régimen de curiosidades que me he puesto a declarar, también interpreto como “curioso” el hecho de que nada más tener ocasión de cambiar unas cuantas palabras con todos los de allí, con Forrest, con su mujer, y con la pareja de jóvenes, tuve la impresión fundamentada de que veían en mí a alguien no clasificable; no manejable. Probablemente me oyeran hablar con Mr Nelson de mis años en el continente norteamericano, y de que no tenía intenciones de regresar nunca más; o sea, alguien que habiendo estado en posesión del privilegio mirífico de vivir en los USA había renunciado libremente a dicha bendición por encontrar a

todo ese sistema de cosas “not good enough”, como decimos en inglés; y al mismo tiempo era español, culto, pudiente, con mi filosofía de valores totalmente establecida y sin necesidad de que nadie, sobre todo en territorio ecuatoriano, me mostrase ninguna pauta, porque allí en Galápagos yo era muy superior a todos ellos; porque concurrían en mí los resortes norteamericanos, y los estilos de vida hispanos más que nada incorporados a través del manejo de la lengua y de los incontables recursos que la “sangre de mi espíritu” hispana me ofrecía en tierras de Ecuador.

Aquella noche ocurrió que buena parte de esa fundamentación espiritual de que mi alma podía hacer gala se vio cumplimentada con la presencia de un joven italiano que también vacacionaba allí y se hospedaba en el Hotel Galápagos. Este chico, creo que de nombre Antonio, se había llevado una guitarra y rasgueaba algún retazo de melodía de consumo habitual. ¿Se imagina el lector? Conecté con él inmediatamente en el tema del canturreo, y aquello fue otro motivo más para que los señores Nelson, la mujer ecuatoriana del mayor, y la novia americana del hijo me mirasen con redoblado concernimiento. Mi despliegue de facetas, que no era sino la inevitable y gloriosa simplicidad de pertenecer a una misma tradición clásica, mi herramienta en registros líricos, en ritmos, en letras de las canciones [recuerdo que me detalló Antonio alguna palabra de Nicola di Bari] en lenguaje y en tiradas de versos del “dolce stil nuovo”..., todo ello propagó un aura de alarma en aquella buena gente: en el elemento ecuatoriano porque, de momento, Rosa se percataba de que alguien como yo, independientemente de valoraciones positivas o negativas, no caía frecuentemente por allí; y en el elemento USA porque constataron que no había nada que me pudieran enseñar.

A todo esto, durante la cena había yo reparado en una jovencita, con carita de niña, que lógicamente tenía que estar relacionada con la empresa del hotel. Ayudaba a Rosa en los menesteres domésticos, pero más de una vez, sobre todo al final de la cena, y cuando se imponía la recogida completa de los cacharros, etc., era entonces cuando se detenía a escuchar las letras de las canciones en español que a fuer de archiconocidas y transitadas, Antonio mejor o peor acompañaba con su guitarra. No conservo detalles pero tuvo necesariamente que tratarse de algún inefable bolero universal, tal vez alguna cosa de Frank Sinatra..., y en lo privativamente iberoamericano, pues acaso lo más contiguo, lo más cercano a Ecuador lo constituyera alguna cosa de Perú, y como ya se sabe que en esto de la música se pueden pasar por alto las diferencias sobre cuestiones geopolíticas, sospecho que melodías como “La flor de la canela”, por decir lo más aséptico, no empeorarían los sentimientos nacionales hacia el país de los incas, por la inveterada disputa sobre límites. No, aquella chavalilla, cuyo nombre no sé si ya aquella noche le pregunté, no creo que pensara en términos que no fuesen de exclusiva complacencia venida de mis canturreos, generada por mi infatigable despliegue de facetas del “latin lover” sólo que de España, y debido a mi edad ya de 43 años, barnizada con un toque de “carroza” o clásico sin tiempo.

Al día siguiente, en el muellecito de la Academy Bay de Puerto Áyora nos embarcamos para la excursión, quiero creer que a las Islas Plaza, promontorios muy cerca de la costa de Santa Cruz de la parte este. Si, como creo, se trataba de las así llamadas Islas Plaza, según el texto de un bonito folleto turístico están a dos horas de travesía, “siendo éste uno de los lugares más interesantes del Archipiélago, por las numerosas colonias de lobos marinos, los que nadan al encuentro de las embarcaciones.

También podrán admirarse mansas iguanas de tierra que acuden a dar la bienvenida al viajero, pinzones de Darwin, gaviotas, piqueros, pájaro del trópico de rojo pico con elegante y larga cola”..., etc., etc. Esto y muchas cosas más es lo que dice el programa, que no hace al caso ya que tengo bastante con preservar lo más saliente de aquella excursión. Navegábamos en un barco pequeño, suficiente sin embargo para acomodar en régimen de desplazamiento diurno, a unos cuarenta pasajeros. El efecto no tardó en producirse, quiero decir, de mi propensión al mareo. El mar estaba normal para aquellos acostumbrados a moverse en él, pero horriblemente inquieto para mí, aunque creo que no hubiera significado gran diferencia, porque una vez que una percepción se aloja en la conciencia con carácter indefinido, cualquier dosis de recuerdo, por mínima que sea, desencadena el proceso de repulsa con toda la virulencia posible. Si bien la navegación era de cabotaje, quiero decir que nunca estaríamos alejados de la línea de costa de Santa Cruz más de dos o tres kilómetros, los movimientos de oscilación, cabeceo, mecimiento, tumbos y la secuencia proverbial de particularidades locomotrices que las cosas experimentan sobre el agua se fue cumpliendo de acuerdo con la más temida de las anticipaciones. Me tomé dos biodraminas con el fin de atontarme un poco y hacer que mi organismo fuese lo menos vulnerable a las acometidas patológicas que siempre buscan los vados sanos y al mismo tiempo más desarbolados de nuestro organismo. Además, mientras que duraba la travesía conseguí sentarme en lo que creí centro geométrico de la zona de pasajeros, donde con todo el rigor matemático debería experimentar el menor recorrido de movimiento oscilatorio de la nave. No faltó la nota desenfadada, y esta vez a cargo de uno de los muchachos de la tripulación, quien al verme los síntomas de cara cérea, me sugirió que me

pusiera a pensar en la compañía... no sé cómo lo dijo, pero muy expresivamente, sí, eso, que me imaginase que me hallaba con la mujer de mis sueños y que... entonces no habría lugar para el mareo. Recuerdo distintamente que la comida la sirvieron en el barco, en uno de los atraques. Y también que desembarcamos en algún lugar de aquellas Islas Plaza. Pero el espectáculo esencial se divisaba desde el barco. En efecto, iguanas, cangrejos, lobos marinos [difícil para un lego distinguirlos de las focas], gaviotas, pájaros grandes, pelicanos, etc. Todo aquello en cantidades abrumadoras, variadísimo, un trozo de planeta convertido en una especie de zoo particular. Ahora bien, aquella portentosa mostración de bichos tanto de tierra, como de agua, como anfibios me puso una vez más en la senda de ciertas evidencias, la más abultada de ellas: la de que hay cosas, realidades, criaturas que están mejor como normalmente están, y que no resulta oportuno el hecho de que queramos cambiar esa disposición ordenada. Cuantas veces hemos visto en fotografía o en película a estos animalitos de las focas, de las morsas, de los lobos marinos y demás parentela, nos ha agradado la congruencia de su hábitat, sus proporciones, sus enormes familias, lo bien que llevan su condición de... animales grandes, de lo que son; lo bien que contribuyen al equilibrio ecológico, a la sopesación ambiental..., y no hemos abrigado ningún sentimiento o deseo de que las cosas dejaran de ser lo que son y de la manera como nos han resultado familiares. Pero de cerca, y sólo como ejemplo, el olor de los leones marinos [o lobos, que ya no estoy seguro, aunque me da exactamente igual] es apestoso, horrible; son una masa de varios cientos de kilos impregnados como de brea, excremento y cualquier cosa que hieda; huelen fatal y eructan muy cómicamente, haciendo de su existencia una de las realidades más disparatadamente

incompatibles con las nuestras. Sin embargo, y por lo menos en aquellas colonias que visitamos, son pacíficos. Una norteamericana gorda y fea para más señas se arrojó en traje de baño entre unos cuantos de estos bichos, siguiéndoles en sus evoluciones juguetonas junto al barco, en una pequeña hondonada de agua no del todo sucia. La verdad es que la virago yanqui hizo la mar de bien su numerito en medio de aquellos bichos bigotudos, regoldantes, apestosos, y en una cala o poza de agua fría.

Las otras dos horas de regreso a Puerto Áyora no arrojaron ninguna novedad. Yo me marchaba a Guayaquil al día siguiente por la mañana. Iban a ser, pues, tres noches y tuve el convencimiento de que aquí en Galápagos había sido yo más afortunado con el cálculo del tiempo que en la Isla de Pascua (Chile) donde, en parte y subjetivamente por mi desconocimiento, y por razones objetivas de que a causa de la frecuencia de los vuelos no era posible una estancia en Rapa Nui de menos de cuatro noches, comprobé que un par de días bien aprovechados se podían haber hecho cargo de la oferta turística. En Galápagos tuve la satisfactoria impresión de que había acertado con la ecuación correcta entre tiempo y menester viajero.

Llegué al hotel un poco antes de la hora de cenar. Mr Nelson estaba acabando una partida de ajedrez con Antonio, el chico italiano. No parecía pasar ninguno de un nivel muy discreto de aficionado. No obstante, no dije nada ni me permití hacer análisis sobre la posición ni alusiones a la, por otra parte y como digo, calidad elemental de juego que esgrimían los adversarios. Hice tiempo mirando detalles en el salón. Hay acaeceres sorprendentes. Acaso recuerden mis lectores que en Chile, en casa de Lucía, me había topado con un texto de Khalil



Gibrán sobre el matrimonio de su obra *El Profeta*, que incorporaría yo como “Lema” para mi Tesis doctoral jurídica. Pues bien he aquí que entre los libros de una bibliotecita muy simpática que tenía allí el Sr. Nelson, encuentro *Alive*, de un tal Paul, sobre el accidente del avión uruguayo cargado con un equipo de rugby que iban a disputar un partido en Santiago de Chile, y que se estrelló contra el pico Tinguiririca de Los Andes; y los sorprendentes sucesos que tuvieron lugar. Pues bien, yo conocía al dedillo la aventura por la prensa y por una película mejicana que había visto en Granada precisamente, pero no había tenido oportunidad de asomarme a lo que parecía ser la primera y fundamental versión literaria, en novela, a cargo de un periodista anglo-parlante, como digo, de apellido Paul. En aquel rato sorbí, absorbí el texto; me percaté de la oportunidad de aquel autor que, con la guía de los testimonios de los supervivientes y su propio oficio había conseguido un texto de lectura fácil, bien documentado, y que se había vendido satisfactoriamente. [Por cierto que tiempo más tarde me encontraría en España con la traducción ¡*Viven!* de dicha obra]

Nos llamaron a la mesa. Cambiamos algunas palabras, pocas, durante la cena. Les informé de que por la mañana tenía que hallarme en la parada de autobuses que me llevara hasta el canal de Baltra para de allí, ya en la islita, coger el vuelo de regreso a Guayaquil. El Sr. Nelson padre instruyó a su hijo respecto de trasladarme en un botecito de remos, atravesando un trozo de la bahía y ahorrando un buen tramo de camino por tierra. En eso quedamos. Terminada la cena, el Sr. Nelson, que debió de verme interesado mirando el tablero cuando estaba jugando con Antonio, me pidió que disputase con él una partida de ajedrez. Por muy lego que pueda ser algún lector, es sabido que por tratarse de un juego-ciencia de reflexión, el ajedrez ha de

jugarse con un reloj que limite el tiempo que cada contendiente se administra como mejor convenga a sus capacidades. Nada de ello era factible allí, y simplemente nos pusimos a mover las piezas concediéndonos el presumible lapso proporcional y equiparable de tiempo entre uno y otro. Yo hacía montones de años que no practicaba, pero eso no le hacía al caso. Advertí desde un principio que aquella partida rústica, espontánea y amistosa como era, serviría al Sr. Nelson en caso de ganar él, para desmontar un poco así, con método tan simple como elocuentemente objetivo y desinteresado, mi aureola de cliente inusual; o de personaje fuera de lo común, siempre en el supuesto de que alguno de los allí presentes me hubiera concedido en su fuero interno alguna valoración positiva. Lo percibí claramente en la intención de Mr Nelson. Quiero recordar que la partida fue birriosa, elemental y desprovista de concepciones y realizaciones combinativas y de buen juego. En un momento dado mi contrincante hizo una tontería... más, pero probablemente tan palmaria como para que yo me apercibiera, y mediante el movimiento consecutivo de dos peones centrales le ejecutara una horquilla o “pantalones” ganándole una pieza. A partir de ahí todo lo que se suele hacer en estos casos es cambiar material y llegar a un final resuelto. Y así fue. El hombre, cordial, aunque con viva cara de disgusto, acusó recibo de su derrota, me dijo que yo había jugado muy bien [imagínesse el lector su nivel de juego!] y que tal vez en el futuro nos encontráramos de nuevo para seguir midiendo nuestras fuerzas. Mi paupérrima victoria hizo subir los enteros de mi cotización personal. Antonio se aprestó a rasguear la guitarra y yo le acompañé con mi voz por las cualesquiera latitudes musicales que él decidiera llevar sus... conatos de música. Recuerdo que me dediqué con intención monográfica a una serie de canciones

españolas, bullangueras y pachangueras algunas; otras, más clásicas. Sólo con Camilo Sesto y con Julio Iglesias, y “El Puma”, y alguno más me sobraba repertorio. La chavalilla de la noche anterior volvió a aparecer y ya resueltamente se quedaba allí de pie frente a nosotros, escuchando y asintiendo, como asombrada. Estaba ayudando en la cocina, posiblemente con la preparación de las vituallas del día siguiente. Una de aquellas veces en que pasó por allí la pregunté su nombre y me dijo que se llamaba Mónica. Desde luego y por lo que se ve yo la había hecho la mar de gracia, y la empatía que según pude colegir se había gestado en ella en los dos días anteriores ahora se estaba exteriorizando sin recato alguno. Hubo un momento en que la sala quedó desocupada de comensales: Tan sólo permanecía yo que había retomado el hojeo anhelante de *Alive*, y las pasadas de Mónica hacia la cocina y regreso al comedor a traer algo, o a hacer que traía algo, que para el caso es igual. En uno de aquellos regresos de la cocina le dije a Mónica que yo me marchaba de Galápagos al día siguiente, y que me iba a retirar a mi cabina o caseta, y que... ¿por qué no iba a verme cuando acabara con sus menesteres domésticos? Se quedó mirándome, fijó un segundo después la vista en el suelo, se sonrió y me dijo que... ¡bueno!, que iría a verme cuando acabara su trabajo, y antes de volver a su casa...

La estoy viendo, y eso que han pasado veinte años justos. Vestía una blusa blanca y pantalones como de lona fina, y sandalias, todo muy “casual”, muy de todo tiempo y para toda estación. Me fui a mi bungalow y esperé. Esperé más de treinta minutos, y acaso más de tres cuartos de hora. La interpretación de todos y de cada uno de los ruidos que llegaban a mí me producía un desgaste emocional tremendo, una devastación de mi sistema neurovegetativo. Conforme me pareció que

disminuían los sonidos del ámbito circundante, fuese como algún silbido venido del mar, por lo menos del otro lado de la bahía; fuese algún cerrar de puertas..., o lo que pudiese interpretarse como funcionamiento de un motor, de súbito comenzó a señalarse cada vez con más nitidez el chancleteo, o simplemente el paso, de alguien que se acercaba por la pasarela de cemento hacia mi “bungalow”. Se hizo el silencio. Yo dejé de respirar con el fin de no distraer ni la más mínima capacidad de escuchar. Golpearon quedamente la puerta y como un autómatas me erguí y acudí... Era Mónica...

“Pasa, Mónica -- dije --, ya sabes que según el señor Nelson aquí nadie cierra las puertas porque las únicas cosas que se pierden son las llaves”... La dimensión de Mónica se había agigantado resueltamente mediante aquella decisión tan libre y consecuentemente tomada de ir a mi habitación. Su desenvoltura me cautivó, sin que por ello perdiese yo por un momento el norte de la situación, a saber: que entre ella y yo se había formado como una bonita burbuja de encantamiento imantado, cuya única consistencia era por mi parte una disposición de curiosidad lírica sin límites, y por parte de Mónica, supongo, yo qué sé, la oportunidad que se le presentaba de poder hablar con alguien inusual; escuchar de mí noticias de lejos, de España, de América del Norte, y prestarle a ella las alas virtuales para trasladarse a otros ámbitos de convivencia, a otras dimensiones de mayor entidad que las proporcionadas por aquel enclave pequeñito de Puerto Áyora, dentro de una isla del Océano Pacífico, desde la cual, de momento, para trasladarse al territorio continental de Ecuador necesitaba una serie compleja y sostenida de trámites y de gastos intermedios. Yo debí de representar para Mónica una pieza inédita de hispanismo redentor, de alguien que le llevase información de allende los Andes y por el lado de las tierras, de

los países y de las masas de cosas que formaban los modelos sociales producidos y mantenidos por los más prósperos. Mónica había tardado más de lo que yo calculara porque había ido a su casa a cambiarse. Ahora vestía falda, y en vez de blusa, dos tirantas en equis que se anudaban por detrás, por la espalda, la cubrían el torso. Lo único que no había cambiado era el calzado: seguía llevando las graciosas sandalias con que la había visto en el comedor. Yo no pude esbozar ningún plan, ni tampoco lo tenía de antemano, pero era el caso que me marchaba al día siguiente y que una preciosa chavala estaba allí, conmigo, sentada ahora con las piernas cruzadas, en postura de loto, encima de mi cama. Me contó que Rosa era su tía, y que “el señor Forrest” era muy bueno; que su madre, la de ella, vivía allí en la isla, pero que el tiempo que pasaba en Santa Cruz, que lo hacía coincidir con sus vacaciones del colegio, a veces en Guayaquil, a veces en Quito, o tal me pareció entender..., que todo aquel tiempo ayudaba a su tía Rosa..., que el señor Forrest era muy bueno. Una retahíla más o menos rigurosa, más o menos aproximada, de cosas me pareció entender, sí, de la pequeña y vivaracha Mónica. Capté sin duda que Mr Nelson era el protector de todos, y que su negocio, el hotel Galápagos, daba cobertura empresarial y laboral a la familia de Mónica; al tiempo que él, en la mejor y más inveterada línea de jubilaciones de los ciudadanos yanquis, recordemos, se había retirado a esta parte de Ecuador, había tomado a Rosa como compañera, al parecer con todos los predicamentos y bendiciones legales, y que..., bueno, ahí estaba todo funcionando... Me acerqué a ella y al tiempo que la besaba, suave, como queriendo tan sólo señalar con mi acción la latitud exacta de nuestras bocas, nada más; como queriendo hacerla saber que yo besaba y que su boca entonces, o cuando fuese, con respecto de mí, y por su parte cuando hubiese sido,... que su boca

era el repertorio de mi principal norte lírico..., pues, al tiempo que jugaba con su boca en una pasada templada y conciliadora de mis labios medio silbadores, medio quedos, siempre lúdicos, la desabroché el lazo de su corpiño que se hallaba, como dije, a su espalda. Se quedó con el torso al descubierto y pude apreciar en el espacio semi oscuro de la estancia que se trataba de dos volcancitos que apenas emergían de la tabla de su pecho, y acompañé a tal constatación de una caricia exploradora. Mónica se dejaba acariciar tan curiosa seguramente como yo de saber hasta qué cota de intimidad llegaríamos los dos. Pero todo sin la menor crispación, porque por mi parte la dialéctica estética que primaba en mi conciencia era de deportividad, de aventura poética; y por parte de Mónica, también, supongo, porque bien hubiera estado así ya anteriormente con algún varón; o bien, más improbablemente, estrenase conmigo ese tipo de incursiones hacia los parajes exóticos y tantalizantes de la condición humana, en cualquiera de los dos casos, digo, porque dejaría que yo descubriese mis intenciones... que tiempo tendría ella para propiciarme o para desaconsejarme...

Unos golpes pausados en la puerta y una voz comedida pero llena de decisión, la de Rosa, nos sacó de nuestros menesteres, y a mí, al menos, me dio un buen susto. La tía, a través de los conductos que hubieren sido, pareció haberse dado cuenta del impacto emocional que mi presencia significó en Mónica, y bien porque la hubiera visto, o porque se lo hubiera imaginado, el caso es que se acercó hasta mi caseta, requiriendo a su sobrina a que volviese a casa. Es reseñable que en el tono de Rosa percibí yo un combinado de autoridad, porque en definitivas cuentas se trataba de su sobrina, pero al mismo tiempo una deferente compostura por tener muy presente que Mónica estaba conmigo, con un caballero turista español, y que

nada en el mundo le daba a ella ni a nadie pie para inferir gratuitamente que yo hubiera vulnerado ni en un adarme el código de la cortesía, de la leal convivencia. “Voy ahorita mismo” -- contestó por toda respuesta Mónica, al tiempo que se ajustaba las dos bandas de su justillo y se las volvía a atar mediante lazo a su espalda. Ya con cierta prisa nos intercambiamos recados y datos: ella me dio una foto que llevaba preparada, tamaño carnet, blanco y negro, con su nombre: Mónica. Me pidió que la escribiera a aquella dirección, que allí siempre sabrían de ella. Ya no recuerdo si yo llegué a entregarle alguna tarjeta mía. Más bien creo que no, de tan natural como los dos entendíamos que fuese yo el que tomase la iniciativa desde España, ya que ella carecía de medios para moverse de donde en cada momento estuviera, y se hallaba a expensas de su familia. Nos despedimos. Se acercó a mí, se apretó contra mí, poniendo su preciosa cabeza de melena larga y ligeramente ondulada sobre mi pecho y abrazándome. Luego salió ligera de la caseta. Oí su secuencia de pasos; inmediatamente después, una voz distinta: Su tía se había quedado esperándola, pero no percibí tonos agrios ni destemplados. Rosa debió de comprender que su sobrina y yo no habíamos transgredido ningún principio “social”, pues que su petición de que Mónica se reintegrara con ella había sido cumplimentada por los dos, por mí sobre todo, con la más deportiva de las puntualidades.

Amaneció la jornada siguiente con la sobrecarga de motivos que le asaltan a uno en el momento de dejar una situación recién estrenada y en la que sin embargo ya no nos es dable intervenir con ninguna otra actuación. Recogí el exiguo equipaje que me había llevado de Guayaquil y me encaminé al comedor del edificio principal. No sé si había concertado el desayuno a esa hora anticipada. Desde luego, mi cuenta ya había

quedado saldada la noche anterior, pagada directamente en dólares USA, pues que así convenía al Sr. Nelson y a mí no me importaba. El hijo apareció a los pocos minutos, emitió un gruñido por todo saludo y salimos del hotel hasta un embarcadero pequeño. Allí había una barquita de remos: subimos y ante mi vacilación aprensiva a sentarme sobre la tabla llena de salpicaduras de agua, el joven, que todavía ofrecía una cara como de disgusto por haber tenido que interrumpir su rato de cama, o simplemente modificar su horario con el fin de atender a un cliente del hotel de su padre, el joven, digo, muy a la americana, con un gesto práctico y muy válido de hacer lo que sea con tal de obviar el problema, se quitó el pingajo de camisa “T-shirt” que llevaba encima y me secó el asiento de mi parte del botecito. Ni siquiera me ofrecí a remar. Dejé que lo hiciera él. Estaba claro que me había tomado un punto de ojeriza. Muy probablemente no había entrado en su panorámica el hecho de encontrarse con un español a quien le importaban tres pollas todas las consideraciones altisonantes sobre la democracia y sobre la bondad prepotentes y bienhechoras del pueblo de los Estados Unidos de América, por ejemplo; porque yo todo eso me lo sabía, lo había celebrado y sufrido; lo había pagado a satisfacción de ellos, y ahora, quiero decir entonces, allí en Galápagos también por ejemplo y sin ir más lejos, yo había estado atendiendo tan sólo a los dictados de mi estética. Probablemente Mr Nelson junior había sospechado algo sobre la connivencia emocional entre Mónica y yo, y estoy seguro de que su fuero interno lo desaprobaba. Hasta sospeché que él había intuido que, de haberme quedado más días, a través y por medio de mis canciones a varias bandas, en varias lenguas..., de mi despreocupación por la suerte que pudieran correr las iguanas pasados un billón de años, y de las palizas que sin duda hubiera



propinado al ajedrez al bueno de su padre, ... estoy seguro, digo, de que hubiera temido que yo hubiese iniciado un abordamiento hacia su novia, cosas todas ellas empecatadamente falsas, irreales, quiméricas y gratuitas, pero que yo, desde mi plataforma de conocedor de lo que piensan algunos yanquis, podía leer en el trasunto de la expresión de mi ahora marinero remador. Por suerte la travesía duró tan sólo unos minutos. Fue acercando la barquita hacia la tarima de maderas elevadas que servía de pasarela, y antes de que tocara con la quilla me di el gusto de demostrarle que estaba vivo y operante, pegando un salto y salvando el vano con plena agilidad y con ademán de soltura y suficiencia. Volvió a dar un gruñido, un “bye” escueto, se puso a remar de nuevo hacia el hotel y yo eché a andar hacia el lugar de encuentro con el autobús donde ya se encontraban un buen número de turistas, de éstos que se lo toman todo con mucho tiempo de anticipación. El viaje hasta el ferry, sin ningún detalle reseñable. Una vez en Baltra, la mayoría de nosotros, mientras esperábamos a que nos llamasen para ocupar el avión, nos quedamos allí, al borde del canal. De pronto varias miradas, varios ademanes y brazos apuntando hacia el agua..., señalaron algo. Yo vi como una aleta que asomaba por encima del color más que verde, marrón, de la superficie, y que se deslizaba con la autonomía y seguridad de todo aquello que se desenvuelve en su medio. Nada más ver la aleta, y desde mi desconocimiento, pensé que se trataba de...

--“That’s a manta” [Es una manta] -- dijo un americano con esa seguridad inconfundible y desinteresada tan típica de estas gentes, y que tanto agradezco, porque ahí sí, ahí reconozco yo que la cultura pragmática yanqui habla con propiedad cuando tiene que hablar.

El avión de regreso a Guayaquil, también de TAME, se llenó absolutamente. Acaso se tratara del mismo cuatrimotor de hélices, con capacidad para unas cien personas, tipo Vanguard, dotado de estupenda estabilidad, y que nos había traído hasta Baltra. Tan repleto iba que por quedarme para el embarque al final, como suelo hacer, los únicos asientos disponibles estaban situados en la cola del avión, en una especie de *chesterfield* redondo, donde también se acomodaban las... me parece, dos únicas azafatas de vuelo. Hay detalles que marcan, que ganan adeptos, que le hacen a uno tomar partido, superar neutralidades, militar bajo unas siglas espirituales. Pues bien, según nos íbamos acercando a Guayaquil la cabina de tripulantes pasó el aviso de dejar de moverse por el avión, ocupar cada cual su sitio y abrocharse el cinturón. Las dos azafatas se trasladaron al pequeño “hall” de la cola y se sentaron. La que cayó a mi lado era extraordinariamente bonita: con una morenía desenfadada y espontánea; con el toque leve, levisimo de un mestizaje bien asumido, formas de proporcionada abundancia dentro de un educadísimo encofrado... como digo, se sentó a mi lado, y en un momento cualquiera, al pegar el avión un bajonazo y sufrir la ley del péndulo con más impío rigor allí en la cola, la tomé la mano firmemente a la azafata, la cual, sin retirarla, me miró, se rió y me devolvió mi iniciativa con un mantenimiento de la situación, continuando su sonrisa de comprensión, pero sin soltarse de mí ni aun cuando yo, como excusa, y por si mi arranque pudiera haberse tomado como atrevimiento extemporáneo, la dije que había sido un acto mecánico que nada tenía que ver con la reflexión. Ella, por toda contestación se aseguró más su mano dentro del asiento de la mía, y así seguimos. Dio tiempo a que me contara que quería estudiar Derecho y especializarse en Internacional. No llegamos a decirnos nuestros nombres. Era

absolutamente preciosa, desenvuelta, joven, preparada, insobornable a las melindrosidades como lo hubiera sido rechazar el apresamiento de su tierna y templada mano por un pasajero medroso de los aviones, como yo. Una bella chica. Una gran mujer. Aterrizamos. Nos despedimos. Nos fuimos cada uno por nuestro lado. Y hoy, veinte años justos después de habernos encontrado la dedico este voluntarioso homenaje, con la esperanza, esa tropía gratuita, optimista e irrenunciable de la condición humana, de que en alguna constelación de eones se encarnen los plasmas de nuestros espíritus.

Llegué al hotel Humboldt. Habían custodiado celosamente mis cosas y hasta me habían reservado “mi” habitación de días atrás. Buena gente. Sin problemas. En realidad se trataba de pasar un día más tan sólo en Guayaquil. Subí a mi cuarto y procuré tranquilizarme, de forma que el agolpamiento de presagios, de instancias desiderativas y de criaturas de la conciencia no me produjeran un trauma insalvable. El peso responsable de lo que dejaba atrás y la parábola proyectiva y potenciada de eso mismo, junto con componentes más o menos realizables, más o menos ilusorios, me hacían sentir cargado de incumbencia, de ganas de vivir y de hacer cosas; me señalaba el único camino para zafarme de la insatisfacción. Me puse a mirar la fotillo de Mónica: conjuntaba un aire de colegiala reflexivamente coqueta, por un lado; y de gesto que no hubiera madurado la intención exacta de su pose, por otro. Más allá del dintorno de esmerada corrección de sus facciones el buen observador podía detectar un punto de encuentro anterior en que lo europeo y lo aborígen indio habían concertado sus componentes, sus proporciones y sus resultados. En aquella primera foto lucía pelo que descansaba en sus hombros, con un adornito -- broche u horquilla -- en el lado derecho. También,

por el cuello un collar de algo que casi seguía exactamente la línea de abertura de su camisa o blusa, y del que pende un dije o medalla. Imposible de precisar. Los 3'5 x 3 cms. de la cartulina no dan para más. Hasta ahí mi cándida y espontánea valoración de aquella primera fotografía de Mónica.

He dicho en algún otro lugar que básicamente hasta los viajes que acometí a partir de 1980, por una laxitud mal entendida, por un cálculo de futuro poco riguroso, o por lo que fuere, pero siempre escorando del lado del descuido o de la excesiva confianza en la memoria, es el caso que dejé de tomar las notas pertinentes que me permitieran apuntalar el curso de mis ocurrencias. Así con Guayaquil. Era sólo cuestión de pasar un solo día más, y sospecho que, aun tocado del fervor de confeccionar un diario minucioso, aquel día no hubiera arrojado más datos de interés que lo que ahora restituyo en bloque. Guardo el recorte de un periódico, acaso *El Comercio* de Quito, o más probablemente alguno directamente editado en Guayaquil, con un anuncio turístico publicitario muy prometedor y muy garbosamente explicitado. Transcribo lo más reseñable: “*A bailar en el barco*. Sensacional espectáculoailable a bordo de la motonave Abdón Calderón. Navegue durante cuatro horas a través del Río Guayas y el Estero Salado, disfrute del espectáculo de Guayaquil nocturno y de la iluminación de los barcos en Puerto Marítimo. Deliciosos platos. Entrada S/150.- ... Sábado 25: Gran Excursiónailable a Puná”. Hasta aquí el anuncio que celosamente conservo en un trozo recortado de periódico, de papel de baja calidad, en vías de adquirir un color progresivamente pardusco, aún más si cabe por la erosión de estos veinte años. Desde luego, tuve que encontrar sugestiva la redacción publicitaria de dicha oferta turística, aun cuando, como me atrevo a asegurar ahora, no estuviera yo en disposición de

acometer ningún recorrido en barco ni tampoco mi ánimo para asumir un proyecto de aventura improbableísima a base de “bailables”, etc. Con todo, cada vez que vuelvo a leer esta oferta turística destaco el interés y la originalidad que deja trascender, permitiéndome aclarar que la localidad Puná se halla en el extremo nororiental de la isla del mismo nombre, en mitad del Golfo de Guayaquil. Decididamente, y con independencia del inviable encarte de fechas, renuncié a excursión alguna. Supongo que descansaría del tremendo madrugón de Puerto Áyora de aquella mañana; que leería algún periódico; que echaría cuentas mentales del fabuloso recorrido que había dejado detrás de mí..., de la sucesión de mujeres, de lugares y de fechas con los que había henchido un poco más la nómina de mi alma. Probablemente haría un recuento de todas las chavalas a las que me había tirado, y estoy seguro de que me trabucaría, y de que en esos retrocesos y continuaciones de marcha hacia delante encontraría mi conciencia pábulo y motivos tanto de satisfacción como de crítica mortificante..., porque la verdad es que había sido un gran viaje: Brasil, Paraguay, Uruguay, Chile, y ahora ya a punto de concluir,... Ecuador. La catarata de nombres y de convocatorias de los bultos animados de sus personas me asaltaban: Beatriz, Fernanda, Andrea..., bueno, Andrea, no; sí y no, porque fue una musa de visión y de pensamiento, inasible en la coyuntura en que me tocó cruzarme con ella. Y no digamos de la argentina que hizo aquel surco tan espontáneo, tan violentamente lírico sólo con pasar por delante de mí en la playa de Copacabana. Claro que se trataba siempre de dimensiones distintas: la imperturbable imagen aristotélica de materia y forma, conjuntándose mutuamente. Todo ello en Brasil. Luego, Melania; Mechi..., estas dos en Paraguay; la bella guía, rubia y llorosa, entre Montevideo y Punta del Este, ésta, claro, como

referencia ideal de otros temas. Más tarde Lucía en Chile. Bueno, Lucía aquí no contaba; quiero decir que contaba tan por encima de todo, que no había que hacer actos de memoria para que su realidad se propiciase. Lucía estaba ahí, ¿no es eso más o menos lo que se desprende de la institución; de los usos y las costumbres? Y en Galápagos, Mónica, el último y sorprendente interrogante que desplazaba masas y masas de pensamiento mío y que probablemente ocupara aquel rato que pasé en mi habitación del Hotel Humboldt de Guayaquil la tarde de mi última jornada en Ecuador, antes de emprender el regreso definitivo a España, vía Caracas, al día siguiente.

Más por un guiño de coherencia estética que por otra cosa, y sin gran convicción, hice un intento de procurarme compañía femenina. Bajé al Hall del hotel y justo en un pasillo o galería contigua de la calle se hallaba la entrada a lo que parecía una discoteca o antro por el estilo. Me percaté de que merodeaban desde y hasta allí la típica clientela de chicos y chicas adolescentes. Algunas de las chavalas, francamente atractivas. Por ese juego de conjunciones tan acomodaticias y tan de circunstancias, me vi hablando con el que parecía ser portero de la discoteca, o al menos ejercía control de la admisión del público. Algo tuve que decirle. Recuerdo que el hombre, muy en plan del que quiere vender un producto malo, aun a costa de desacreditar otros evidentemente mejores que están ahí delante, el hombre, digo, -- parece que le estoy viendo -- me encareció que dejara de mirar a aquellas chavalas jóvenes que pululaban por allí [repito, algunas de ellas preciosas y por las que hubiera contraprestado yo un Potosí], porque él me podía proporcionar una, bueno, varias, pero sobre todo una mujer, una chica estupenda. ¿Probabilidades de que esto fuera razonablemente real? Casi con toda seguridad que ninguna -- pensé. Pero no tenía

nada que perder y le pregunté que cuál era su plan. Me dijo que me esperase en mi habitación, y que todo lo más dentro de media hora la chica llegaría allí directamente. Yo había hecho todo ya por aquel día, y retirarme al hotel significaba que no saldría de allí hasta la jornada siguiente, para dirigirme al aeropuerto. Así que me subí y me articulé de nuevo la composición de lugar de que no tenía nada que perder y que igual que una sola opción entre infinitas a veces parece sobrepujar a todas las demás para hacernos una mala pasada, también puede darse una circunstancia en que la misma opción aislada y excepcional nos arregle la vida. Pasó media hora; pasaron tres cuartos de hora; una hora; una hora y cuarto..., y media, y ya algo así como dos horas después de que mi cambio de impresiones se celebrase con el “janitor” de la discoteca fue cuando oí que alguien llamaba en la puerta de mi habitación. En todo aquel tiempo de espera mi mente había pasado de la iracundia más encrespada a la constatación de la realidad, con su semblante hosco, y si por un buen rato especulé con el más desabrido de los recibimientos, y la más categórica y energuménica de las expulsiones, cuando llegó la chica, por cierto ni guapa ni fea, ni muy joven ni muy mayor, ni con pinta de portar dulzuras de vestal, ni tampoco gestos o ademanes de mercenaria antipática, yo, que estaba medio dormido y ya sin ganas de nada, la recibí con toda la amabilidad de la que disponía, y la vine a contar una piadosa mentira, a saber: que en el intervalo de las dos horas transcurridas habían pasado cosas y que yo era una persona muy distinta de la que estoy seguro que comportaba dos horas antes. Creo que habíamos hablado de unos 30.- dólares USA por el servicio. Hice un esfuerzo porque me entendiera. Creo que acerté en las razones que aduje: la di dos o tres dólares que tenía sueltos, más que suficientes para dos carreras de taxi, y que en

todo caso constituían un diez por ciento de penalización por no haber hecho uso de la prestación anticipada, como justo castigo o multa por haber arriesgado mi atención y mi tiempo con cosas así y haber perdido. La chica se fue, si no contenta al menos libre de frustración; y yo me quedé. Seguí metido en la cama y esperé el nuevo día...

Blanco absoluto de sucesos hasta mi traslado al aeropuerto de Guayaquil. Recuerdo la sala de espera como de una pieza, muy despejada, no muy amplia pero manejable, con uno o dos *stands* para venta de prensa y chucherías. Me acerqué al primero de estos kioscos o tiendecitas, y al comprobar que en las cristaleras se exhibían folletos, postales y cosas así, pregunté por un mapa de Ecuador, lo mejor que tuvieran. No disponían de nada de eso en aquel momento. Le dije a la señora que iba a ver si en algún otro punto del aeropuerto podía encontrarlo, y que si no, que volvería a hablar con ella. Nada: Curioso y decepcionante, pero no lo tenía nadie. Volví a la señora del primer quiosco, que se destapó como una mujer expresiva y enterada. Me dijo que fechas más tarde venían artículos de venta y que entre los respuestos se encontrarían sin duda mapas, planos y más libros turísticos. No sé cómo llegué al estado de ánimo que me propiciara hacer lo que hice, y que no fue otra cosa sino que le dejé pagado a la señora un mapa de Ecuador al precio que según ella los vendía normalmente, más el franqueo. Por supuesto que si cuento esta minucia es porque bien puede imaginarse el lector que el monto total de aquel servicio no llegaría a más de 500 ó 600 pts. actuales, de 1999, y que accedí a seguir la sugerencia que me dio la buena señora. Nunca llegué a recibir tal envío. Este detalle de mezquindad gitana se incardina -- bien lo comprobaría yo años más tarde -- con otra serie de sucesos a expensas de gentes ecuatorianas muy



distintas, muy separadas entre sí, y en latitudes temporales ampliamente escalonadas y con independencia inencontrable de personalidades. En su momento, y al tenor de lo que se vaya relatando, espero dar cuenta de todo. Sólo apuntar ahora, y como anticipo, que en el temperamento del ecuatoriano parece haber tomado carta de naturaleza cierta propensión a la chalanería, a la gitanería fullera y despreocupada de cumplimientos y de observancias de pactos y convenios.

A falta de otra ocupación más exigente me senté en uno de los espacios, decidido a esperar mi vuelo, para el que aún debía de faltar casi una hora. En un momento dado reparé en que -- ahora lo veo más claro -- junto a un bulto de equipaje que había permanecido allí, a dos o tres lugares de donde yo me encontraba, se había acomodado una mujer; no, una chica, vestida más bien con tonos oscuros, quiero rescatar de la memoria. Éramos las dos únicas personas en una fila de cuatro o seis asientos, y... No podría decir quién de los dos vulneró esa delgada lámina de seclusión consigo mismo y avanzó hacia el otro un proyecto comunicativo de charla, de intercambio de comentarios. Se trataba de Yvonne Barona, una joven de Guayaquil, que estaba esperando asimismo el vuelo a Los Angeles (California). Dispusimos de más de media hora para conversar, tiempo más que suficiente para que yo al menos me fijara en muchas cosas. La primera fue que Yvonne, sin ser absolutamente bonita en esa línea inequívoca de percepción inmediata e indiscriminada, poseía una moldura atractiva, tirando hacia lo abundoso, pero sin por ello vulnerar las proporciones acompasadas y armónicas. Y lo más decisivo desde mi plataforma calificativa lo fui encontrando en gradación paulatina pero siempre creciente, en lo adecuado de su expresión. Yvonne se expresaba con envidiable justeza y hasta

con elegancia. Nunca, a menos que faltara libre y conscientemente a la verdad, podría decir que aquella chica era indiscutiblemente bonita, pero lo que sí aseguro es que nuestra conversación constituyó un elemento concluyente para el entusiasmo decisivo que mi alma entera se sorprendió dedicando a Yvonne. Sí, la recuerdo muy vivamente en la captación en bloque de todo su perfil: Vestía algo de oscuro, casi negro, por arriba; y su falda era también de tono gris claro. Llevaba zapatos abiertos, tipo sandalia, cómodos y recios. No recuerdo cuál de nuestros vuelos se efectuó primero, probablemente el mío. Nos hicimos el consabido intercambio de direcciones y una vez más me quedé acompañado tan sólo de mi más inmediata incumbencia. A lo largo de todo mi viaje de regreso a España sospecho que dediqué bastantes pleamares de pensamiento a Yvonne. Hasta entonces Ecuador me había proporcionado atisbos, conatos de romance, pero seguía siendo un país elusivo en lo que yo entendía por certificar mi alianza con un encuentro total con alguna de sus mujeres. Recorrí mentalmente la singularidad de mis merodeos líricos, tan distantes entre sí, tan variados y tan imposibles de reducir a un solo módulo identificativo. Lo de María de mis años universitarios novicios fue lo que únicamente pudo ser: un hueco por donde mi curiosidad pudo asomarse, breve y sucintamente, a un capítulo de exotismo geográfico. Mi encuentro en Buenos Aires con las dos hermanas ecuatorianas “de la Costa”, tan sólo año y medio atrás, fue como un aviso, el anticipo de una premonición. Lo de Mónica, bueno, no acertaría a esbozar ni siquiera una semblanza, tan acusada era su carga de surrealismo inopinado; tan frágil parecía la posibilidad de comunicarme con ella, mediando un continente y un océano y parte de otro. Pero Yvonne era lo más real y lo más presumiblemente verificable. Y además, en nuestro

rato de conversación distendida pero interesadamente exploratoria a la vez, me había ido mostrando una talla más y más persuasiva de mujer interesante. En las líneas, acaso páginas, que siguen pretendo hacer el seguimiento, hasta el final, de este carril de vivencias ecuatorianas que arrancó del encuentro con Yvonne Barona un día de agosto de 1979 en el aeropuerto de Guayaquil (Ecuador)

Tengo aquí delante de mí una carta de Yvonne, del 28 de junio de 1983, fechada en Los Angeles, Calif. USA. Está muy bien trazada, con letra elegante y entera y redacción pasablemente correcta. Entresaco lo más ilustrativo:

“Estimado Tomás:

Aunque un poco tarde, porque he recibido tu libro hace un año, quiero agradecerte por el gesto que has tenido en enviármelo y haberte acordado de mí, después de tan largo tiempo.

Como recordarás hace casi cuatro años (en agosto harán cuatro) que nos conocimos en el aeropuerto de Guayaquil y yo te conté que venía a los Estados Unidos por asuntos médicos que ya los solucioné, pues bien desde aquellas fechas, me encuentro aún en Los Angeles, ya que luego de resueltos mis asuntos con el hospital decidí quedarme un tiempo para aprender algo de inglés y saber si me podía acostumbrar y pues algo he aprendido de inglés y me he adaptado bastante bien... Tu libro me lo mandó mi padre por correo.

En fin, te he conversado algo de mí y espero tener la satisfacción de saber algo más de ti también y de todo lo que me quieras conversar.

Estoy a la orden acá en Los Angeles y mi dirección va en el sobre. Contéstame.

Tu amiga ecuatoriana Yvonne”.

Así pues, yo, con toda naturalidad habría escrito a Yvonne previamente, como no podía haber sido de otra forma, y además le había enviado un libro de poemas, supongo que tendría que tratarse de mi *Penúltimas palabras*; todo ello a Guayaquil, en la suposición de que ella habría regresado a casa. Por esas mismas fechas de la carta recibí de Yvonne una postal, también desde Los Angeles, que por los términos del texto tuvo que cruzarse con mi respuesta a su ya citada carta de 28 de junio, y respecto de lo cual, es decir, respecto del hecho de que no la contestara inmediatamente y ella, alarmada, curiosa, egoísta o simplemente femenina me instara a hacerlo mediante esta tarjeta, no encuentro más explicación sino que tuvo que tratarse de que yo me hallara de viaje por aquellas latitudes de verano. En fin, su postal resumida dice así:

“Recordado Tomás:

Acabo de recibir tu libro de poesías... Pero si puedes, por favor, contéstame la carta que te envié. Y si es posible mándame una foto que yo gustosa lo haré también. Gracias por el libro.

Yvonne”.

Ya digo que para tranquilidad y descargo míos, la respuesta que esperaba Yvonne acaso hiciese días que estuviera en su poder. Lo que sigue ya es puramente literatura, si es que todo este pasaje desde el principio absoluto contuvo alguna vez

componente alguno que no fuese literatura. El caso es que allá por septiembre de 1985 recibo una carta de Guayaquil con fecha 30 de agosto. Es larga y explicativa, difícilmente resumible, y toda ella de un enorme interés:

“Amigo Tomás:

Doy contestación a tu carta recibida en julio del presente, tuve el atrevimiento de abrir esta carta con dirección en Ecuador, para que sea enviada a Yvonne a Los Angeles ya que no has recibido contestación de ella parece que por algún tiempo. Bueno, lamento decirte que ella se casó en Los Angeles, cambió de dirección, y vive allí con su esposo [un hispano]... tus cartas no le llegaron. Soy Patricia hermana menor de Yvón, soltera, vivo con mis padres, trabajo como secretaria en una oficina de un abogado. Yvón, como nosotros llamamos a mi hermana no sabe de esto, pero no te preocupes, que ya le notificaré... Me gustaría saber de ti, cuántos años tienes, *estado civil*... [siguen muchas cosas más] Siempre me ha interesado Europa y algún día que tenga dinero me gustaría recorrerla, más aún si tengo un amigo donde llegar que no me cueste estadía mejor, como en tu casa yo tendría en España, dirás para tus adentros “pero que conchuda o atrevida es, ni siquiera la conozco y ya se quiere invitar a mi casa”. Repito tengo curiosidad por saber de ti... mejor serías me enviaras *una foto*, la próxima semana me entregan unas mías, luego te la enviaré.

Cómo fue tu amistad con Yvón, sólo por carta? Cómo así le escribiste tanto tiempo? Nunca me habló de ti. Es halagador tener un amigo que le escriba a una por

tanto tiempo, pero una lástima que sólo sea por cartas. Deseándote lo mejor se despide con un ‘hasta pronto’ tu nueva amiga

Patricia”.

La carta es muy de compendio, muy de no dejar un solo cabo suelto y de pretender por todos los medios saber a qué atenerse. A mí me agradó sobremanera. Yo no estaba en disposición de decirle a Patricia que hay muchos hombres, de profesión estudiosos humanistas, entre ellos yo, para quienes la literatura es una versión aumentada, intensificada y ennoblecida de la realidad. No, no se lo dije; probablemente no lo hubiera entendido. De ahí, que yo disfrutara íntima e intensamente con su frase... “Lamento decirte que ella se casó”... ¡Qué va, hombre; nada de lamentos! Muy bien hecho por parte de Yvonne, y mejor hecho aún por parte de todos nosotros. Así todo se queda en familia. Yvonne, virtualmente real, ha dejado paso a Patricia, realmente virtual. Magnífico juego de regates y de driblajes emocionales. Y antes de ninguna otra reflexión lo que sí está claro es que una chica de Quito no escribiría una carta así, tan suelta, tan invitante, tan desinhibida. Esta vez mi respuesta se produjo a vuelta de correo. Guardo una copia al carbón del texto a máquina, lo que prueba que puse mi voluntad de fijación de los términos, con el fin de poder referirme a ellos en caso de gusto o necesidad. La incorporo íntegra:

Paseo de la Estación, 16  
ALCALÁ DE HENARES (Madrid)

Tel: 91-889 07 33  
91-88914 59

Alcalá de Henares, 12 de sept. 1985

Querida amiga Patricia:

Tu carta, que recibí ayer mismo, fue una fragante y maravillosa sorpresa de esas que a uno le regala la providencia por algo bueno que hemos tenido que hacer sin acaso habernos dado cuenta de ello. Voy a procurar satisfacer la curiosidad de tus preguntas, no sin antes agradecerte la espontánea y acertadísima iniciativa de contestar mi última carta dirigida a tu hermana Ivón, Ivonne.

IVONNE: nos conocimos, por puro azar, sólo durante una media hora, en el aeropuerto de Guayaquil. Yo venía de un viaje de turismo por parte de Suramérica y, después de visitar Galápagos, tomaba el avión en Guayaquil hacia Europa, etc. Tu hermana volaba a Los Angeles y, como te digo, de manera espontánea, comenzamos a hablar en la sala de espera del aeropuerto, hasta que la salida del vuelo de uno de los dos interrumpió nuestro reciente y frágil encuentro. Todo esto ocurría en el verano de 1979. Nos escribimos mutuamente un par de veces, hasta que, como tú muy bien sabes, mis últimas tres o cuatro cartas en estos pasados años quedaron sin respuesta. Su matrimonio explica, al menos, la razón de ese continuado silencio. Deseo a Ivonne suerte, salud y felicidad. Me pareció una mujer interesante. No podría decir ni menos ni más.

En cuanto a tus preguntas sobre mí, paso a contestarte lo mejor que pueda, sin hacer de ello un curriculum vitae completo. Por supuesto, soy español, nacido aquí en Alcalá de Henares el mismo día - 29 de septiembre - y a unos cien metros del lugar donde nació Miguel de Cervantes. Te cito a nuestro primer escritor español sólo porque en una de sus obras de teatro, cuando un personaje pregunta a otro: “¿Qué edad tiene vuesa merced?”, este último le contesta: “La que conviene”. Permíteme que no sea más explícito en cuanto a mi edad; si algún día hay

razón suficiente para ello, es mejor que lo descubras tú misma. Es el único privilegio que te suplico que me concedas de todas tus preguntas. Estoy soltero y, como verás por mi carta, pertenezco al mundo de las Humanidades. Pasé diez cursos académicos en U.S.A. y en Canada explicando literatura española en Universidades. Cuando regresé a España me ofrecieron un trabajo en la Univ. de Granada (Sur de España, Andalucía) donde explico Literatura inglesa (especialidad de mi primer doctorado en Filología inglesa en Madrid) También soy jurista (doctor en Derecho por la Univ. de Granada) y en un momento quise trabajar en la práctica de la abogacía -- Derecho matrimonial civil, campo en el que tengo publicadas varias monografías --, pero no me dejaba ningún tiempo libre y desistí por completo de ello. Comprenderás ahora que las épocas en que no hay clases en la Universidad (verano, Navidad, Semana Santa) las suelo pasar aquí en mi casa de Alcalá de Henares, donde tengo la dirección más segura. He visitado algo así como unos cincuenta países.

Pero yo creo, sin embargo, que lo que te he dicho no es lo más importante de mi personalidad, ni mucho menos. Lo que a mí me emociona es, como en tu caso, intentar jugar (deporte cósmico, magnífico) a imaginarme cómo eres, criatura a la que el imparable destino ha puesto en la órbita mía de tan elegante y espontánea forma.

Por ello, y en razón de la cordura y de la ecuanimidad, creo que son suficientes explicaciones por ahora. Te envió una fotografía mía y espero la tuya con toda rapidez, inmediatísimamente. Yo no te pregunto nada, de momento; lo que quieras contarme es suficiente para empezar. Cuando reciba



tu respuesta a esta carta mía de ahora, inauguraremos una nueva andadura en la aventura del espíritu.

### Recuerdos afectuosos

P.S. Tu hermana me escribió el teléfono de vuestra casa 38 74 12. Si no recibo indicación tuya en contrario, infiero que sigue siendo el mismo. - -

A la vista está que yo cargué la baza fuerte en literatura, para que Patricia tuviese la seguridad de que yo disponía de recursos de todo tipo para llegar a donde ella quisiera y para jugar a lo que ella también prefiriese. Un precioso aerograma, con todo el formato exterior plasmando en color detalles y perspectivas de la ciudad de Guayaquil, me llegó a mí de Patricia, fechado el 20 de octubre /85:

“Querido Tomás:

Me he demorado en contestar tus cartas (Sept. 12) y la otra de este mes [así pues, la escribí una vez más, acaso incluyendo alguna foto o papel pendiente]... explico que no son los correos de fiar [¿?] entre Ecuador y España. En estos días estoy en vísperas de mi cumpleaños octubre 28/1955... Por el momento me despido con un abrazo, Patricia”.

Bueno. Ya intervienen como substancia epistolar el “querido” del encabezamiento y el “abrazo” del cierre. Patricia era 19 años más joven que yo, y algo más joven también que su hermana Yvonne [Yo hoy, con cerca de 63, me represento a una y otra hermana bogando en mitad de los cuarenta, y simplemente, a falta de disponer de una fórmula mágica de la

que obviamente no dispongo..., en razón de que mis legítimas propensiones me orientan hacia la carne animada de muchas menos lunas, de muchas menos muescas de estaciones dejadas por sus pieles..., bueno, lo que digo es que si el mundo no es del todo bueno, desde luego que se puede empeorar, y en tal caso lo menos malo es dejarlo como está]

El 26 de sept. de 1986 Patricia fecha otra carta suya acompañada de dos fotografías:

“Querido Tomás:

Recibí tus cartas Agosto 26 y Septiembre 2, gracias por los intentos que hicistes (*sic*) por llamarme, la mejor hora que me puedes encontrar en casa es a partir de las 6 pm. que regreso de la oficina... Estoy enviando dos fotografías para que tengas una idea como soy... Espero la tuya inmediatamente ACTUAL no 3 años ni 1 año atrás, de *cuerpo entero* y a *colores*... Saludos y abrazos hasta pronto,

Patricia”.

Venga. Aquí ya se aclaran las cosas casi definitivamente. De momento, por los términos literales que me pone, yo debí de enviarla alguna foto, de entre los variados modelos tipo carnet, ninguno por lo visto reciente; y de ahí su petición. Las dos fotos de color en que aparece Patricia, en ambas con amigos, y en una de ellas hasta también con su mamá, me muestran a una chica..., mejor dicho, a una mujer hecha y derecha, de treinta años. ¿Atractiva? Sí. ¿Deseable? Pues también. Pero en mi opinión y apelando a los tribunales más insobornables de mi estética, con encantos de menores quilates que los de su hermana Yvonne. Ni siquiera descarto que este juicio valorativo estuviera propiciado

por el magnífico e irrevocable hecho de saber a Yvonne por encima ya del bien y del mal, en su cápsula de matrimoniada y no computable a ningún efecto práctico. Ahora bien, lo que sí que me alarmó decididamente fue ver en una de las fotos que Patricia está fumando; sí, fumando, con un cigarrillo en la mano, y con una cara -- y esto ya son figuraciones mías --, con una cara como de haber estado sujeta a dicha actividad el tiempo suficiente como para no tener intenciones de dejarlo; no sé, se nota, se percibe una desenvoltura en ciertos ademanes, en ciertas y concretas ejecuciones. Ya. Así que Patricia tiene toda la pinta de ser una fumadora empedernida. ¡Pues qué bendición de fotos que me han permitido entrar en conocimiento de tal realidad!

El 28 de octubre de ese mismo 1986, cumpleaños número 31 de Patricia, le envié un telegrama con “Felicidades”, y según unos papeles que no encuentro..., y un pique de memoria que obstinadamente se empeña en dar crédito a lo indemostrable, puedo, quiero asegurar que telefoneé a Patricia, muy probablemente desde Alcalá de Henares durante alguno de los tramos no lectivos de mis obligaciones con la Universidad de Granada. Hay un detalle que terca y distintamente sigue salvaguardado en mi memoria y es el de que yo mencioné el tema del tabaco y lo innegociablemente incompatible que devendría cualquier conato de convivencia y al nivel de intensidad que fuere, mediando el hábito de fumar por parte de mi pareja. Recuerdo que Patricia se percató de la decisiva relevancia que tenían en mi vida detalles así, y hasta me hizo gracia que la chica se disculpara... de no disculparse! Me dijo algo así como que no lo sentiría como algo leal el decirme entonces que iba a modificar su hábito arraigado de fumadora por hacerme creer que pretendiese ganar méritos ante mi criterio. Eso lo recuerdo muy bien. Ahora ya en mi carpeta de

correspondencia salto a una carta de Patricia, aún en Guayaquil, de 16 de mayo de 1990:

“Querido Tomás:

Aprovecho que una amiga mía muy querida viaja a Alemania, donde su hermana casada con alemán, para enviarte estas pocas líneas... te sorprenderá que te escriba después de casi dos años... Me gustaría saber si te has casado o no, si no lo has hecho aún, me gustaría decirte que estoy pensando viajar a Europa por junio o julio... y me agradaría visitarte 10 ó 15 días... pero luego te confirmaré cuando voy... Me gustaría saber si aún está pendiente tu invitación. Bueno, querido Tomás, me despido por el momento deseándote muchos éxitos como siempre, y que Dios te bendiga. Tu amiga aunque lejos, te envía un fuerte abrazo” [A continuación, de nuevo su dirección postal específica y su número de teléfono]

Bien. Para empezar, esta carta llegó a mi poder el 11-2-91, y en sus márgenes tengo hecho un apunte sobre la diferencia de siete horas con Guayaquil y los prefijos internacionales. Lo cual, bien pensado, me da pie para conjeturar razonablemente que debió de ser entonces, en el periodo no lectivo debido a exámenes en la Facultad y que yo pasara por Alcalá de Henares, cuando yo celebré la conferencia de que antes he hablado. Ahora lo veo con claridad. [Por aquella época yo tenía en mi conciencia ya toda una historia de comunicación fallida con Mónica, como veremos en su momento; como asimismo veremos, al cierre definitivo de las vivencias que justifican esta viñeta mía de Memorias sobre Ecuador, que el funcionamiento telecomunicativo de Ecuador y de los ecuatorianos significó

buena parte de mis frustraciones] Nuestra conversación telefónica así, y casi con toda seguridad, se produjo en febrero de 1991 como contestación oral a su, por el momento, última carta reseñada... y... con fecha 1 de octubre de ese mismo 1991, y a los servicios de Correos de Alcalá de Henares, recibo un Fax de don Luis E. Barona r., padre de Patricia:

“Estimado señor Ramos: Su dirección se me había traspapelado. Hoy la he encontrado y esta es la dirección de Patricia Barona Jurado [a continuación, unas señas en Milán, Italia, y teléfono]. Atentos saludos”.

De verdad que este fax fue un documento a través del cual pude configurar la hombría de bien de aquel señor, a quien imaginaba yo guardando la retaguardia y cuidando de los menesteres de sus niñas... Este señor se había encargado de enviar a Yvonne, a Los Angeles, mi libro de poemas. Este señor ahora, en razón del conocimiento que tuviere -- y que yo desde siempre celebré -- de la correspondencia y andanzas de Patricia, se encargaba amablemente de facilitarme su dirección en Italia. Desde aquí mis respetos renovados por tan señalado caballero. Yo, un poco abrumado por este baile de direcciones y conatos de direcciones; de viajes proyectados y abortados; de fechas trabucadas, enderezadas y vueltas a tergiversar, me quedé surto, a la espera de lo que pudiese acontecer. Si Patricia estaba en Europa, el hecho de contactarme adquiriría rango de simple bagatela. Así que esperé y prácticamente me desentendí del asunto. Transcurrió la friolera de casi dos años antes de que recibiera, fechada en Milán 23 de agosto 1993, pero franqueada y echada en España:

“Recibe un cariñoso saludo desde Italia de tu amiga ingrata ecuatoriana pero que siempre te recuerda a través de tus gentiles/cordiales cartas. Me gustaría verte algún momento que estés libre de tus clases [A continuación, dirección completa y teléfono]. Un abrazo. Patrizia”.

La postal, como digo, está echada en España, igual que la varias veces citada carta de 11-2-91. Se nota que Patricia se servía de alguien que viajase, de paso o no, por España con el fin de franquear la correspondencia, echarla y ganar alguna fecha. La dirección que me da ahora, así como el teléfono, son distintos de los facilitados por su padre casi dos años antes, lo cual no tiene nada de extraño. Esta postal de Patricia desde Milán [observe el lector que se firma Patrizia, con *zeta*, a la italiana, de tan fuerte como debió de calarla el ambiente] fue con toda probabilidad la pequeña pieza epistolar que más me tranquilizó. No pude por menos de soltar un típico... “hhuuffhh” de complacencia y alivio. No tiene desperdicio. El tono, el contenido y otra vez el tono evidencian que está “in full swing”; o sea, en plena ambientación. Se permite auto-inculparse de “ingrata” cuando nada más grato para mí que constatar que estaba haciendo lo que estaba haciendo. Luego, además, el acorde tan femenino, como de condescendencia auto-concedida, “me gustaría verte algún momento que estés libre”, cuando a ella le constaba que nadie más fácil ni más abordable que yo... ¡Hhuuffhh..., qué bien! ¡Qué tranquilidad! Seguro que Patricia encontró un haz frondoso de realidades, y sólo con que se entretuviera percatándose de las posibilidades, reales o presuntas de cada cosa, estoy convencido de que tendría entretenimiento para largo. Con sus casi 38 años en 1993 Patricia quedaba rotunda y plenamente muy fuera de la franja de edad que con

arreglo a los principios de Confucio entiendo como razonable, deseable y conseguible en toda aquella mujer respecto de la que yo aspire a celebrar cualquier instancia de compañía y/o de intimidad. Y, ¿por qué no también? Yo, en su lugar, aspiraría a un, si no colegial, por lo menos a alguien que no la sacara 19 años como yo. Y todos tan contentos. En el momento en que esto escribo Patricia sale al encuentro de los 44 años. Una preciosa edad.

¿Colofón? No he vuelto a saber nunca nada más de esta mujer. A raíz de su tarjeta del año 1993 sí recibí, sin esperármelo en absoluto, y en España, creo que desde Valladolid, una llamada telefónica de una chica que decía estudiar Derecho y que por lo visto había conocido en Italia a Patricia, y ésta le había dado mi número. La facilité unos datos que me preguntó sobre Derecho civil, bueno, concretamente sobre mis propios trabajos, pues según parece, eso sí, Patricia la había hablado encomiásticamente sobre mí. Pero al decirla yo que se trataba de artículos en tales y cuales revistas, esta chica -- cuyo nombre no llegué siquiera a conocer -- ..., esta chica pareció decaer en su entusiasmo. Entiendo que se había figurado que yo era Presidente de alguna Audiencia Nacional, o temas parecidos. Con todo, y como intercambio convencional y hasta mecánico, de cortesía, me dejó un número de teléfono de Valladolid. Unas semanas más tarde, y supongo que con la excusa cumplida de preguntar por algo que tuviera que ver con Patricia, llamé al dicho número de Valladolid. Me dijeron que allí nunca había vivido ninguna persona en quien concurriese, ni de lejos, ni una cualquiera de las características que yo mencionaba. Hasta hoy.

El siguiente ramal ecuatoriano con marchamo lírico corresponde a Mónica, la chavalilla de Puerto Áyora, de las Islas Galápagos. Y debo confesar que buena parte de la avidez con

que me apresto a escribir sobre ella la encuentro justificada en el portentoso rosario de trompicones epistolares, ensayos de comunicación frustrados, engarces de espacio y de tiempo rotos, desalientos y repuntes de esperanza que han acompañado los más de 16 años en que, con luces y con claros, con desapariciones y epifanías siquiera espiritualmente ilusorias, con renunciaciones que me parecían definitivas y con renovados espoleos de suscitación..., los más de 16 años, digo, en los que Mónica constituyó un bulto de realidad dentro de las dimensiones contenedoras de mi alma. Cuándo exactamente se produjo mi primera iniciativa hacia Mónica, no lo sé. Supongo que sería, más bien, inmediatamente después de mi visita a Galápagos y subsiguiente regreso a España. Una vez más carezco de detalles documentales, al menos en la medida en que todo el tiempo que fuere después de producirse los hechos, ahora mismo en que esto escribo, echo en falta los descansillos en las largas escaleras de acontecimientos. Me he referido a ello en muchas ocasiones pero sin que el fenómeno haya disminuido un punto de su portento, de su desquiciante realidad; y ello es la fragilísima virtualidad de la que pendían mis relaciones epistolares y conectivas con gentes de ciertas latitudes y de ciertos países. Ese concepto sólidamente asentado de una dirección fija, real, estable a la que llegan, antes o después, todas las bandadas de instancias comunicativas, como palomas mensajeras al mejor y más seguro refugio de la atalaya original..., ese dar por sentado que un principio general y solidario en competencia y responsabilidad se hace cargo de actividades tales como el correo, etc., etc... todo ello quiebra pasmosa y calamitosamente cuando uno de los términos de la relación resulta ser..., en este caso concreto, Ecuador. Uno llega a percibir en ese sistema no plasmado de signos que pueblan el éter, que conforman la textura de las almas,... uno llega a



sospechar que las fuerzas de la perversión están dedicadas “full time”, o sea, a pleno rendimiento, a jornada completa, a trastornar los designios y los programas de los espíritus buenos; porque de otra manera no se entiende la fabulosa orquestación de instancias equívocas, de proyectos malversados que tienen lugar en algo tan... teóricamente simple como es el correo entre dos personas.

Supongo que tendría que ser durante lo que quedara de 1979, o acaso ya, con una dimensión estrenada, la de haber superado mi Tesis doctoral de Derecho a primeros de febrero de 1980, a partir de estas fechas cuando le escribiese yo a Mónica. Lo más fácil del mundo: Un nombre y unas señas, siempre en opinión personal suficientemente especificada. Mónica -- eso sí que lo recuerdo bien -- no me había dado su apellido, mejor dicho, a mí no se me había ocurrido preguntárselo, porque era tan inequívoca la dirección, tan palmario el hecho de que en el Hotel Galápagos de Puerto Áyora, Islas Galápagos, Ecuador, sólo había una Mónica que... Pues bien, aquel detalle mínimo y previo constituyó el primero de una larga serie de encallamientos. El caso es que ya en el trimestre inicial de 1983 recibo una carta franqueada en Alemania y que por su lúcida y amable concisión la traslado íntegramente:

“Sr. Ramos: Por equivocación me ha llegado esta carta dirigida a una Sta. Mónica. Yo también me llamo Mónica y mi amigo Jack Nelson de Galápagos ha creído que era para mí y me la ha enviado inmediatamente. Como se dará cuenta la he abierto y leído, y al darme cuenta de la equivocación no me queda más que enviársela a Vd. de regreso pidiéndole disculpas por la indiscreción.

Si le ayuda en algo a encontrar a la Sta., en Santa Cruz vive una jovencita con el mismo nombre. Es la hija de la Sra. Angermayer que dirige el pequeño hotelito del mismo nombre en Puerto Áyora.

En un principio pensé enviársela a ella, pero podría haber traído más confusiones al no dirigirse la carta a Mónica Angermayer. Espero que esta información le sirva de ayuda en alguna forma. Sinceramente. Mónica Coronel S.”

Como digo, una amable y lúcida carta, enviada con remite de Freiburg, y a la que inmediatamente contesté con mi agradecimiento por su diligencia solidaria, y sin que, y por otra parte, supongo, dejara yo de traslucir un deje de lírica contrariedad por no haber tenido oportunidad de conocer a esta segunda Mónica durante mi corta estancia en Ecuador.

Las conjeturas se me agolpaban. Desde luego, y para empezar, el hecho de que mi carta se dirigiera a una Mónica, sin más, por muy inequívoco que a mí me pareciese el nombre, no debió de constituir evidencia suficiente para los circunspectos de los señores Nelson, senior y junior, que por lo visto no llegaron a imaginarse, no pudieron imaginarse que entre la Mónica del Hotel Galápagos y yo pudiera haberse constituido una soldadura de incumbencia emocional. De nuevo, la chatedad uniformista de ciertas culturas, si estupenda para resultados generales, fulmina inmisericordemente cualquier supuesto de excepcionalidad. También, y siempre según la carta, la Mónica hispano alemana era según parece amiga del hijo de Forrest Nelson, de nombre Jack, el cual no estaría en disposición de dispensarme ninguna flexibilidad de juicio como para relacionarme con la Mónica... mía. Pero, ¿era, podía ser correcta la fecha de 1983? Ahora, a

pitón pasado, me parece una enormidad que tan sólo para enterarme de que Mónica se llamaba Angermayer, y de que no había recibido mi carta, eso, hubiera costado más de tres años. Yo saqué la conclusión de que “mi” Mónica tenía un padre de prosapia alemana, pero que no parecía ejercer ningún protagonismo en aquella época [bien por deceso, bien por simple separación o desaparición]; y que Mónica vivía con su madre que, a su vez y asimismo se dedicaba a labores turísticas, regentando el hotelito de que me hablaba la señora o señorita Coronel. ¡Qué bonita complicidad de cruces de nacionalidades, de encuentros de intereses multi-étnicos convocados en aquella ciudad de Puerto Áyora!

Con toda necesidad, y ya con su apellido Angermayer, yo tuve que enviar a Mónica la carta devuelta y supongo que con otra nueva carta explicitando la peregrinación a que la escasa entidad imaginativa de los “americanos” del hotel Galápagos había sometido a mi misiva original. La primera y memorable carta que recibí de Mónica trae fecha, en Quito, de 4 de febrero 1985. Ocupa dos hojas, por una sola cara, de 28 x 15 cms., de papel comprado expresamente para menesteres de correspondencia femenina, con un borde color crema y otro ribete interior de tono marrón más oscuro; un perrito como persiguiendo a una mariposa, y florecitas a lo largo de todo el pie de la página. Está escrita a mano y tengo que apelar a una muy buena porción de la entereza de mi ánimo para releerla e incorporarla una vez más, siempre una eternamente penúltima vez más a la linfa de mis emociones. Mena sin desperdicio, veta diamantina, carbón puro sin escorias. Traigo la carta entera a estas páginas, con la esperanza técnica de que una fotocopia y posterior escaneo puedan hacerse cargo satisfactoriamente de la reproducción:

Quito 4 de febrero de 1925.

Tomas: Te escribo esta carta porque estoy  
alegre de escribirte.

Quiero decirte que estoy muy operada  
porque cuando yo me fui a  
Galapagos me entregaron la carta  
tuya, pero muy tarde yo estuve  
en Quito estudiando, ya me lo  
porque te estoy escribiendo sera  
porque siento algo por ti. Tu  
nombre ya habia aceptado tu  
invitacion a Siquima como me  
entregaron la carta tarde me puse  
muy operada porque tu  
me dices de escribirme pero habia  
tu vez que te escribo a escribir  
me pensabas que yo tenia 18 años

~~pero yo tengo 15 años para en~~

~~lecturas de aceptar 14 años~~

por eso espero que te mande una  
letra de escribir.

Buenas: si tu quieres verme ven  
a Quito que yo estoy en Quito si  
tu realmente estas interesado por  
mi pues yo en realidad quisiera  
verte de nuevo.

Ya me recuerda cuando tu estabas  
forzando la guitarra en Quito  
Hotel Galapagos yo estuve  
queda cuando yo estuve  
estuve en Quito que te sera porque  
da de ti



Tomas: ya quisiera saber si tu  
me me olvidaste. Yo quiero que  
tu venga a Puerto Estare muy  
contenta de verte de nuevo.

Tomas si tu vienes a Puerto me  
tendrás que abrazar yo quiero  
ser tu amiga espero que tu  
no estes casado sino me  
pondre muy apenada Tomas  
espero tu contestación pronto.

Espero que este bien en España  
que estes bien de Salud y que  
te encuentres alla, hasi mejala  
que no me olvides, asi se  
despide tu recordada amiga  
Abénica Amyermayer.

Hasta Pronto Tomas.

Tomas como ya me tenía tu  
numero de telefonos y or no podía  
hacer una llamada alla.  
Nondame en la contestación tu  
numero de telefonos



Bien. Hasta aquí, la carta; y a partir de aquí la locura, la cargazón de concernimientos y de incumbencias. No hay una sola frase de Mónica que no levante un sobresalto emocional en el ánimo mío. Lo primero de todo, bueno, lo primero no, lo primero y lo segundo y el resto de la secuencia ordenativa es que. ... Pero vamos a ver..., si me está diciendo que ahora tiene 16 años, ahora, quiero decir en febrero de 1985, pero que en octubre de ese mismo 1985 cumple 17 años. Luego en Agosto de 1979... ¡no puede ser..., no puede ser, pero sí tiene que poder ser, por mucho que a mí me brinquen y chirríen los mecanismos de la lógica! ¡En agosto de 1979 Mónica no tenía aún 11 años, y estuvo conmigo, sentada en mi cama, con el corpiño quitado! Ya me parecía a mí que sus dos exaltaciones de..., sus dos conos rematados de pezón testimonial no alcanzaban el marchamo de la plena pubertad. Pero de ello hacía la friolera tremenda de casi seis años... seis años que se nos habían metido por entre los intersticios de nuestra eternidad tan sólo en este primer lance de una carta, de una inicial comunicación, de un santo y seña por parte de Mónica... ¡Asombroso revulsivo que vino a reforzar el trasfondo, la placenta metafórica del tiempo! Seis años como un chascar de los dedos, como si nada... “que pasados los siglos, horas fueron”. Me adjunta una segunda foto, también como de carnet y en blanco y negro. No parece la misma; no se parece en nada a la anterior. Ahora, con el pelo tan sólo hasta la línea de arranque del cuello, y con un gesto reflexivo y como taladrador de estancias ulteriores, Mónica da la impresión de mostrar un fecundo panorama de pubertad; como si sus servidumbres mensuales hubieran irrigado su mirada, su semblante entero, de fecundidad virtual, de ovulación responsable. Las particularidades expresivas de la carta exacerbaban el arranque de ternura solidario que su lectura comporta. Desde aquí mismo y

desde este momento me comprometo a intentar por todos los medios al alcance de la técnica, reproducir en forma final gráfica los entrañables dibujos, con aires de garabatos, que adquieren muchas de las palabras que me escribe Mónica.

Sin embargo, todo lo que de concierto congruente pudiera esperarse de una relación como la que se estableció entre Mónica y yo, quebró, se partió en pedazos. Empecé a ver claro. La niña Mónica parecía provenir con toda seguridad del cruce de un alemán con mujer ecuatoriana; y además, según cuenta, está por turno tanto en Quito como en Galápagos, supongo que en la temporada vacacional por lo que se refiere a Puerto Áyora. Como digo, aquí las secuencias temporales, los conceptos del antes y del después pierden su sentido. Mónica confunde mi actividad de cantarín con la de guitarrista, que pertenecía al chico italiano que también se hospedaba en el Hotel Galápagos en agosto de 1979. Absurdo o no, desmedido o no, fundado o no, ... confieso que una estocada de celos me taladró toda mi realidad viva al brotarme la devastadora sospecha de que Mónica, al confundir lo que yo hacía, estaba dedicando todos los términos de su carta al muchacho Antonio.

Llamé a capítulo a mi sentido común y conseguí tranquilizarme mediante el planteamiento de que Mónica tenía fotos mías, y que lo visual siempre se imponía a los planos tal vez amontonados de la memoria. Ahora está en Quito, por lo que parece, durante el curso académico, y me tantaliza con la proverbial prueba femenina del típico “si tú realmente estás interesado por mí”... Pues sí, vida mía, alma mía, mi pequeña gran locura de geografía y exotismo más allá de lo telúrico, Mónica en una palabra: Yo estoy más que interesado por ti; estoy subyugado, sucumbido al magnetismo hechicero de tu personalidad..., pero por desgracia todo eso, quiero decir todo

eso sin más, por sí mismo, sin otras alianzas, no funciona. Yo tenía entonces 48 años, triple justo que la edad de Mónica; y en modo alguno mi visión cósmica rechazaba dicho algoritmo de proporciones. Pero de eso a plantarme en Quito, así por las buenas, ante el “personal ecuatoriano”, como el caballero andante que viene a cortejar a la niña Mónica de 16 años..., pues hay una pavorosa diferencia. “Si tú vienes a Quito me tendrías que *habisar* (sic)”. Bueno, obviando el acaso sorprendente menester que se encofra en el enunciado verbal que tan graciosamente me espeta Mónica, precisamente la actividad de comunicación entre España y Ecuador es una de las fabulaciones más quiméricas que le puedan acechar a uno.

El lector no guardará pereza en imaginarse el intenso y decidido despliegue que tuve que hacer yo respecto de mandarle a Mónica toda suerte de teléfonos, tanto de Alcalá como de Granada, tanto míos como de mi hermana; tanto los de la Facultad en Granada como el del Hotel Casablanca; y también el telex de Correos, con instrucciones de cobro revertido en cada caso. Porque lo penitencial del asunto es que Mónica, en la dirección que me da en Quito, no tiene teléfono, o por lo menos no me lo menciona; parece que vive en casa de una familia o lo que sea, más bien... lo que sea. Con todo, yo necesariamente tuve que conseguir que alguna carta mía le llegase, y con fecha ahora de 20 de junio de 1985 recibo la siguiente de Mónica:

Quito 20 de junio de 1985

Recordado Tomás.

Como estas?

Recien recibo tu linda carta que tanto esperaba realmente - fue una sorpresa muy grande para mí, al tener otra respuesta- tuya otra vez, realmente ya no esperaba tener noticias tuyas pero así es la vida y en alguna forma te recibistes mi carta- y llegó tu contestación a mis manos; pues me alegra oír algo más de tí, el tiempo a corrido valdrá y ya no soy una chiquita como antes ya cumplo 16 años y el 3 de octubre cumplo 17 años aun que tú no lo creas pero es la verdad, yo pienso que tu crees que tengo más años. No sé porque tú piensas así pero - algún día nos vamos a encontrar entonces tú te vas ha dar cu- enta sobre la edad que tengo.



Tomás dime que piensas de mí? cuales son tus planes conmigo? todavía piensas como antes?

Bueno lo que yo más quiero es que tu vengas al Ecuador, verte nuevamente aunque sea por un corto tiempo, entonces nos podríamos conocer un poco más; entonces supieramos mejor que hacer. En la primera carta que me enviastes a Galápagos que todavía la conservo y también en tu última carta tu me dices lo mismo tu piensas que yo debo ir a España tu me lo propones, Pues eso yo creo que no va ha ser tan fácil para mí ya que yo todavía soy menor de edad, mis padres tuvieron que saberlo porque yo no sé que tu piensas sobre mí; tengo entendido que tu vas a pagar todos los gastos, como son los pasajes de ida y vuelta la estadía allá, como tu debes imaginarte yo estoy ilusionada con viajar donde tí, y conocer otro país. Bueno escíbeme lo más pronto posible y con mucho sentido - ojalá me comprendas sí?

Esto es todo por ahora y quedo ansiosa de recibir tu pronta carta. Porque verdaderamente estoy pensando en tí no sé por que

Respecto a la foto ahora no he podido pero en la próxima te la envío y muchas gracias por tu fotografía creeme que te en la foto estás casi igual a lo que te conocí, talvez un poquito te has cambiado.

Dime que edad tienes estoy muy curiosa en saberlo.

Tu amiga que te recuerda mucho.

Mónica Angermeyer

Chao      bye

Nota. Tomás como todavía no puedo arreglar mis papeles yo sola, ayudame tu como abogado ha realizar mis papeles porque yo no sé nunca he salido del país.

MI DIRECCION ES ESTA: ahora estoy en Guayaquil.

Balsamos 211 y todos los santos

sur.

URDESA

Hay detalles argumentales nuevos, como la mención de “mis padres”, y también lo de que ahora me da una dirección de Guayaquil pero asimismo sin teléfono, lo cual echa por tierra cualquier pretensión comunicativa. Por lo que parece, mis razones seguían centrándose en lo único que estaba plenamente en mi mano: invitarla a venir a España con todos los gastos más que pagados, en plan princesa, etc., etc., a lo que Mónica correspondía con lo que ya me había participado respecto de que hasta que no cumpliera los 18 años de mayoría de edad seguiría dependiendo de la autoridad paternomaternal, o de la instancia superior que fuese. Bueno, pues un capítulo más de mareo de la perdiz, me dije. Lo único que conservo es el resguardo de una carta mía certificada, a Galápagos, de fecha 25 de septiembre 1985. Y ya con fecha de 12 de mayo 86 me escribe Mónica desde Quito:

Quito, 12 de Mayo de 1.986

Señor  
Tomás Ramos  
Presente:

Hola Tomás, como estás, espero que te encuentres bien seguramente cuando resivas esta carta va a ser una grande sorpresa para tí, pues me disculpas por no escribirte antes, están de acuerdo que yo me vaya sola a España por eso no me he podido decidirme que tu me propusistes, pero al fin como ya pronto voy a tener mis 18 años entonces pa podre hacer mi propia desición. Por eso he pensado ahora en escribirte para que sepas que yo siempre me acuerde de tí, todos los momentos estabas en mi pensamiento, sin embargo no te escribí ya que era muy pequeña.

Espero tu pronta contestación, saber como estas en todo el tiempo que hemos dejado de escribirnos, por mi parte estoy muy bien ya sabes extrañándote.

Bueno yo te diré que me encuentro bien he pasado algunos meses en Quito por eso te escribo ya que me voy mañana a Galápagos a pasar una penqueña temporada, me envias tu carta a la Isla Santa Cruz; dime tú recibiste mis dos fotos la una era pequeña de mi cédula y la otra te mande después de un poco tiempo en es f0 to tenía 17 años y meses, comunicame si recibiste ya que no recibí contestación alguna.

Será difícil para tí si me llamas a Gdlapagos por Ietel porque espero escuchar de tí tu respuesta.

Me despido con mucho afecto.

Atentamente,

Mónica Angermeyer.

PD: te envío una foto

Tengo la copia-resguardo de un telegrama mío en el que por desgracia no se ve la fecha, a la dirección de Quito y con el texto:

“Teléfono tuyo imposible llámame cobro revertido”...

Pero, nada, ni caso. Continuaba el apabullante diálogo para besugos o de sordos en el que yo tomaba parte por inercia estética, en plan zombie. El asunto me recordaba el juego de los prestidigitadores en razón de las tres variantes, sean cartas, unidades de alubia, chapas o cualquier adminículo. Quito, Guayaquil y Galápagos, las tres localidades combinadas, encontradas, neutralizadas producían una perfecta inaccesibilidad de resultados.

Pero había que seguir. Yo estaba dispuesto a todo. No era momento de abandonar. Otra carta sin fecha de Mónica infiero, en razón de su contenido y por lo que me dice, que debe de tratarse de septiembre de 1986, ya que me dice ser “*todavía* (sic) menor de edad” y que yo tengo que “esperar por lo menos un mes”. Ahora me sugiere comunicarme con ella nada menos que a través de la Agencia de Viajes Coltur [la misma con la que tuve yo que ver en Guayaquil] en Quito:



Querido Tomas  
Te deseo que te encuentres bien de salud  
Después de haberme lo dije a tu carta lo siguiente. En este  
momento yo me encuentro en Galapagos ya he de haber  
sido de Guayaquil pero ya que aquí ya en poca tiempo  
para hallar con mi mamá al respecto.  
Te diré que ya recibí tu carta ya he recibido  
seguramente llega esta carta después que yo salí de  
Guayaquil entonces creo que mi amiga te a descubierto  
entonces envíale tu carta ya quiero ir a Quito  
pero primero espero tu contestación para tener  
que haber sido muy rápida para ya poder saber  
pero que me ayudes mis amigos a ir a  
Quitar al Parapara, pero ya creo que te

especialmente tus cartas que ayudarme también  
para arreglar mis papeles ya que todavía soy men-  
de edad. Entonces me parece que tu tener que orgu-  
te por las cosas por la menos un mes hasta que todo este  
triste que yo pueda salir a España así te das  
cuenta que difícil es poder ponerse contacto contigo  
por eso es que todo los curas han estado tan  
largo la foto que me pides en tu última carta pues  
que mala suerte tengo que ser perdiendo todo en mi  
vida sola y me salieron muy límites todas las fotos  
que me tino en quite ultimamente así como dices que  
estas impaciente porque no recibes mi foto así por lo  
menos te mando una foto que es de mi cédula  
que me me tomaron hace un año, pero  
todas maneras me das a ver pronto personalmente  
pero si tu quieres para que sea más rápida puedes  
hacer una llamada con este teléfono que 548-219  
que es una compañía que llama Cultus antes  
que me llegue la carta entonces tu me puedes  
decir saber cualquier cura por que ellos me van  
a pagar este mesaje aquí a gabogas.

Esperando tu carta  
y tu llamada a Quito por Cultus  
me despido hasta que sea pronto volver  
a vernos pronto.

Dentro de la más absoluta de las confusiones, algo me iba quedando claro, y es que Mónica iba a cumplir 18 años en octubre de 1986, y que cuando la había conocido en Puerto Áyora en 1979 tenía diez para cumplir once dos meses más tarde. Bueno: otra carta más y nueva pérdida de cuenta de la nomenclatura de direcciones huidizas y teléfonos volátiles. Me entero por una tarjeta de visita/comercial que me adjunta Mónica, que su dirección en Quito corresponde a la de un matrimonio que parecen regentar una residencia, "Casa Paxi". Fabuloso, inconcebible, fantasmagórico. Sigamos. Fechada en Quito, 28-05-87, recibo de Mónica (pero escrita por una amiga, por las razones que se explicitan en el texto) la siguiente carta:

Quito - 28-05-87

Querida y Recordada Tomas

Como estas?

Fue para mi una alegría recibir algunas cartas, estoy muy contenta de recordar de mi. Hace una semana recibí la carta, ha demorado mis meses, es por esto que te lo escribí antes.

Me ha dado cuenta de que había que decir gracias por llamarme, lo que sucede es que ya no vivo en sus teléfonos y mi amiga Lily está en Galápagos, entonces espero me disculpas.

Te contare que he cumplido el año y ahora si estoy dispuesta a viajar a Madrid y estar junto a ti como antes es un poco difícil para mi tomar esta decisión, te doy cuenta que tu me quieres a pesar de que no me has visto desde hace mucho tiempo, pero ahora ya soy toda una mujer ya no soy una niña ya si como voy a realizar estados etc.

Pero vale la pena realizarlos los dos de lo que queremos,

Quiero si me.

Ahora lavera que esperar primero la contestación para saber si por parte

mi pasaporte y otros papeles que necesito.  
El ticket de avío y la visa espero que tu me  
vas ayudar en todo. Enviame una carta para  
yo llevar a la embajada y de tener la visa  
que certifique voy donde t' en calidad de  
familia. Para el pasaje tuvieras que mandarme  
como tu me ofreciste porque yo no tengo  
suficiente dinero como para hacer ese viaje a  
España. Así escribeme pronto pero antes de eso  
me llamas pa teléfono a este número 237-195  
es mas seguro, pero lo haces inmediatamente  
apenas recibas mi carta. Y si puedes enviarme  
el ticket, azlo pero abierto, caso que me  
llegue y yo lo haga confirmar acá ya  
que tal vez en España puede ser mas barato.

Ojala que tenga suerte esta vez que no  
llegue a pasar como en esta ultima vez esta que  
tu carta me llego despues de medio año, pues  
que mal servicio de correo tenemos en este país.

Mi amiga Liby te envia saludos ya que  
siempre le he hablado de ti.

Espero tu llamado entre 7 à 8 por la noche  
y la carta.

Muchos cariños y besos

Te recuerda

Monica

P.S. Una amiga mia me a escrito porque yo me  
hice un poco daño en mi mano derecha.

El teléfono que me sugiere compruebo que corresponde a la “Casa familiar” del matrimonio de Quito anteriormente citado, y... Me adjunta una nueva foto, la tercera y última que recibiría de ella. Se trata de una cartulina en blanco y negro de 13 x 9 cms. ¡Tremenda chiquilla! En ninguna de las tres fotos por separado se parece a las otras dos. Lo mismo que la edad de Mónica fue una realidad que se me iba desvelando mediante sus cartas sucesivas y mis cándidas conjeturas, su rostro, tal y como se justifica en las fotos constituye otro sin igual proceso de misteriosos interrogantes. ¡No parece la misma! -- me repito. En esta tercera es donde, con excepción de la primera, refleja una cara más niña, más primorosamente juvenil, con una preciosísima sonrisa, asomante de la hilera, algo sin pulir pero igualada, de los dientes de arriba, con un atisbo de gracioso hiato entre las palitas centrales y los contiguos de uno y otro lado. La foto que me envió en segundo lugar, y que según las cuentas correspondía a sus 16 años, es la más cuajada de gesto, la más adensada, la menos infantil. Sí, cada una de las fotos parecía contener a una persona distinta; a alguien que tuviera muy poco que ver, o nada, con la pretendida identidad anterior.

La carta de 28 de mayo citada, con todo, o mejor dicho, a pesar de todo, contiene alguna clave dilucidadora. Mónica con los 18 años cumplidos parece estar en disposición de tomar decisiones, de declarar preferencias que, sin embargo, parecen albergar un tufillo de información mal digerida; como si alguien, algún elemento extraño la hubiese estado dictando parte de los contenidos de su proceder libre. Lo del billete abierto, aparte y además de lo que cada cual quiera creer, es tan sólo una instancia desiderativa y gratuita. Los billetes pre-pagados se envían con una fecha concreta de utilización, en principio. Independientemente de que ninguna Agencia expide



normalmente billetes así [no parece factible prepagar algo cuyo valor reside en la fecha de su utilización, sin fijar precisamente esta fecha], mucho menos se podría haber visualizado tal supuesto con Ecuador. Enviar un billete válido para “fecha abierta” era tanto como pagar un billete y no poder saber si éste llegaría a ser utilizado jamás por la persona correspondiente, y para el vuelo correspondiente Quito-Madrid, además de consentir otras negociaciones irregulares y fraudulentas. Mónica había oído campanas pero no sabía de qué sitio golpeaba el badajo. Otro punto que me hizo cavilar fue el hecho de que la carta traía franqueo de Perú. Por supuesto que podía tratarse de que la amiga de Mónica hubiese viajado a Perú y desde allí hubiese echado la carta, lo cual, y siempre en razón de la malísima fama de las comunicaciones postales del Ecuador, habría significado, acaso, cierta mejora en las expectativas. Pero yo más bien pensaba que una cosa así podría asimilarse a lo de “salir de Málaga y entrar en Malagón”, y otros aforismos por el estilo, tan poco alentadores. Y en resumen constituía un motivo más de recelo.

Aquel verano de 1987 fue la traca final de todo el asunto. Elaboré una carta de invitación con membrete en los términos convencionales y completos: “Que invito a la Sta. Mónica Angermayer a venir a España con todos los gastos por mi cuenta, y por el periodo indicado, en principio, por las fechas de validez del billete aéreo que asimismo corre por mi cuenta”, etc., etc. Envié la carta por correo certificado a las tres direcciones de Galápagos, Guayaquil y Quito, un ejemplar a cada una, con fecha 19 de junio. Miguel Ballesteros, de Meliá, reservó un billete cuya fecha de utilización para volar desde Ecuador a España podíamos ir manteniendo y flexibilizando desde aquí, aunque nada más alejado todo ello del impracticable lance de

enviar un “billete abierto”. Recuerdo que en una guía universal de hoteles que obraba en el hotel Casablanca de Granada, descubrí que el Solymar de Jimmy Pérez, en Puerto Áyora, disponía teóricamente de un número de *telex*. Además del telegrama convencional que envié a Mónica a su dirección de Quito, “Billete Iberia dispuesto”..., etc., y al observar que desde Alcalá de Henares no se podía cursar ningún telex -- cosa que me llenó de frustración --, ni siquiera un telegrama a Galápagos, con el fin de que la dirección de Puerto Áyora quedase cumplimentada igualmente, me acerqué a la Oficina Central de Correos de Guadalajara, donde sí que había servicio de telex, para siempre una vez más comprobar que el número susodicho, perteneciente al hotel Solymar, no funcionaba; era eso, un número; una ficción; algo que la distancia se encargaba de reducir a la no existencia, a la no operatividad. Porque, a todo esto, yo nunca supe en ningún momento concreto dónde se hallaba Mónica ni a través de qué número de teléfono específico y real podía yo comunicarme directamente, por medio de nuestras voces, simultáneamente. Todo inútil. Aquí, de casualidad, en mis carpetas amontono los textos de los telegramas que cursé a Mónica a todas las direcciones teóricamente cubiertas por los servicios de telecomunicación; con los mensajes definitivos y concluyentes. Cifra y compendio ya de todo lo anterior y de todo lo posiblemente venidero, le envié a Mónica la siguiente carta:

“Alcalá de Henares 29 de julio, 1987

Querida y añorada Mónica:

Desde que recibí tu carta de 28 de mayo pasado (con sellos de Perú, me parece. ¿Estabas en Perú?) he sufrido mucho por no poder comunicarme contigo normalmente. Hasta

entonces, como sabes, había usado varios teléfonos y varias direcciones: Galápagos, Guayaquil, Quito... Nunca estabas en el sitio pensado, y los números de teléfono que me ibas dando resultaban fantasmales, inexistentes. Nada descorazona tanto, nada entristece tanto como ver que la conexión con la persona querida, recordada y deseada... es imposible. Conseguí, por fin, hablar contigo, sólo cuando tú me llamaste. Después, he querido decirte que tu billete estaba ya preparado. La compañía Iberia me informa que te ha estado telefoneando al no. 237-195 de Quito, para decirte lo mismo: que tienes ya el billete.

Pero resulta que llamo hace unos días a dicho no. 237-195, y me dicen que hace tiempo que ya no estás allí y que no saben nada de ti; que creen que estás en Galápagos... Desesperación !!! Intento telegrafiar a Galápagos, pero no es posible por no ser estación telegráfica. (Y el billete de avión te espera) Intento mandar un télex y encuentro en una guía mundial de hoteles el no. 2303. Intento poner el telex y me dicen que no funciona, que deberían ser cinco cifras en vez de cuatro, y... que no funciona (Y el billete de avión te espera). Ayer te mandé el tercer telegrama a tu dirección de Quito -- donde me dicen que no estás ya !! -- de todos modos con la esperanza de que "alguien" caritativo te informe...

Mónica, niña mía, amor mío..., ¿no tienes una dirección fija; una dirección que, aunque no vivas en ella, puedas, sin embargo, de vez en cuando preguntar si hay algún recado (mensaje) para tí? Me siento muy desgraciado, luchando contra la fatalidad, contra fuerzas superiores a mí, como invisibles, como del destino negro.

Cuando tú llegues yo debo ir a recibirte y a recogerte al aeropuerto, y necesito saber con cierta anticipación cuándo llegas exactamente, porque de otra manera puedo estar fuera de

Alcalá algunos días y puedes tú llegar precisamente en esos días y no tener a nadie que te reciba. Por supuesto, la compañía Iberia tiene la recomendación de comunicarnos (a la agencia de Alcalá y a mí) el vuelo que eliges, pero tú se lo debes recordar, porque para ellos es muy barato y muy fácil hacer uso del télex.

Te ruego otra vez que me llames a cobro revertido a mi teléfono 889 07 33 (no olvides que hay siete horas de diferencia). Precisamente este fin de semana, 1 de agosto- 3 de agosto voy a estar fuera de casa. Acaso sepas que los vuelos de Iberia Quito-Madrid son los jueves (llegada el viernes a Madrid y dos escalas) y los domingos (llegada el lunes a Madrid y una escala). Lo que debes hacer lo primero es contactar con Iberia en Quito, ya que ellos se han informado de que se han puesto, o sea, se han intentado poner, en contacto contigo en los nos. 237-195 y 542-663, y si nadie contesta, o si nadie da razón de ti, van a creer que no somos de fiar: Pueden hacer que perdamos el billete: y fijate cuántas cosas se pueden hacer con dos mil trescientos dólares U.S.A. que ha costado!!

Amor mío: espero verte pronto. Tengo muchos deseos y mucha impaciencia por verte y por estar contigo”

Se acabaron las notas de mis carpetas. Se acabaron los papeles de Mónica. ¿Para qué más conjeturas? Siempre me temí lo peor: que a Mónica la hubiesen “aconsejado” todo este batiburrillo de proceder tan laxos y tan fuera de la responsabilidad de las gestiones ortodoxas. Como carezco de pruebas a favor o en contra de estas presunciones o sospechas indiciarias no es de recibo cargar la baza en la presunta realidad que soporten. Para 1987 ya habían venido invitadas por mí a España diversas amigas de la República Dominicana y de Brasil; y más tarde lo haría alguien de Nicaragua, y alguien aún más de Brasil. Así que el tema de los billetes pre-pagados y las demás

gestiones eran cosa de rutina por lo que a mí respecta. Mónica debió de enredarse en la pequeña maraña de opciones que se desplegaban ante su voluntad. No pudo ser y además no fue. La comunicación con Ecuador -- fuera de la virtualidad clara de haberme transportado de nuevo hasta allí --, una quimera tantalizante. Las distancias, letales. Los mundos, divididos. “Todo te lo tragaste, como la lejanía./ Como el mar, como el tiempo. Todo en ti fue naufragio!”

Pues no. Quiero decir que la bellísima cita de Neruda, sí; pero que en “mi” historia con Mónica todo no fue naufragio ni mucho menos. El increíble botín literario que me ha impulsado, que me impulsa en este instante a escribir y a mover, a transvasar y remodelar ingentes cantidades de alma, ¿qué es sino la más hermosa de las recompensas; la más generosa de las contraprestaciones? Dentro del juego de mis adivinanzas Mónica constituyó una personalidad proteicamente intuida, hechiceramente anticipada, siempre en magníficos parámetros de potencialidad para encofrarse en categorías de actos. Mónica comportó una enardeciente desgarradura para mi ego; una insania lírica, un bello reclamo de eternidad. Me conformo con que alguna pluma del vuelo de la aventura de su vida lleve mi nombre.

Una fecha de enero de 1993, terminada ya mi vacación en la República Dominicana, acaparadora de las fiestas navideñas y del Año Viejo, a punto de salir ya del aeropuerto de Las Américas de Santo Domingo hacia Madrid, y en espera de la llamada del vuelo de Iberia, reparé en dos chicas que estaban sentadas cerca de donde me encontraba yo, de pie ya probablemente, en proceso de dirigirme hacia donde se iba formando un buen trozo de cola. Por supuesto que desde que se produce el primer anuncio sobre la salida de un vuelo hasta que

todos los pasajeros han recibido su tarjeta de embarque en el punto de control de acceso al pasillo elevado..., puede transcurrir una media hora, casi siempre más. En cualquier caso, y entonces, suficiente para que yo me quedara mirando a las dos chicas, a una de ellas sobre todo, que me había devuelto y sostenido la mirada y me esbozaba un... proyecto, un orto de sonrisa. Me acerqué, con mi bolso de mano como único equipaje. La que me sostuvo la mirada fue quien propició que esa finísima y espiritual membrana que distingue la seclusión, de la comparsa; el mutismo, de la conversación..., dejara de interponerse entre todos nosotros.

Se trataba de dos ecuatorianas, empleadas de Iberia en Quito y que ahora esperaban una conexión también con Madrid, acaso en el mismo avión en el que yo iba a subir; acaso tendrían que permanecer en Santo Domingo hasta el día siguiente si las plazas de mi vuelo estuvieran cubiertas. Ellas, como “de la casa”, tendrían que aguardar hasta el último momento. Servidumbres del trabajo que, naturalmente, recibía la justa contraprestación de que sus billetes... ya no sé si les salían absolutamente gratis o suponían unas pequeñas y simbólicas tasas. ¡Ecuatorianas! -- dije yo. En aquellos pocos minutos que estuvimos charlando supongo que me daría yo mañana en exteriorizarles mi beneplácito por conocer a las terceras o cuartas personas, me refiero como de mi incumbencia privativa, de Ecuador. A ver, a ver..., parecía querer yo compendiar los datos de la lección que mentalmente me estaba tomando: María; las chicas de Buenos Aires; [Marcelo Arboleda, el diplomático de Moscú... no; aquí se trata tan sólo de mujeres] Mónica; las hermanas Yvonne y Patricia Barona, de Guayaquil, ... bueno, si es que algunas de las cuales marcó un surco perceptible, siquiera mínimamente homologado, en el panorama de mis relaciones

con los demás. Creo que fue mejor que no hubiera entonces tiempo más que para intercambiarnos unas cuantas frases impresionistas, aprovechando la bonanza compartida de nuestra primera percepción.

Aquella, hacia la que con carácter monográfico vertía yo mi conversación, me pareció agraciada. Sentadas como estaban, con gesto algo doblegado por el cansancio, no fue materialmente posible incorporar a mi conciencia ninguna otra inspección pormenorizada. La ropa de entretiempos que llevaba encima, tipo de blusa o cazadora holgada, amplia, de esas que recubren la camisa o prenda más ajustada al cuerpo, tampoco me permitió mensurar el volumen de su torso. La impresión, en general, fue razonablemente agradable; la voz y los recursos expresivos de esta chica denotaban a alguien educado y de esmerada sensibilidad... La fila de viajeros de mi vuelo había sido engullida ya en sus dos terceras partes por el control que conducía al túnel elevado, así que consideré oportuno ponerme en cola. La ecuatoriana me apuntó su nombre y señas en un trocito de cartón y yo le dí una tarjeta mía con todas mis variadas direcciones y demás detalles...

Se llamaba María Isabel y lo que sí recuerdo con caracteres distintos y bien dibujados es que la escribí un aerograma: pensado, rezumando ambigüedades líricas por donde se lo cogiera, y al mismo tiempo -- y ahí está lo que cuenta -- sin poder restañar un hecho envolvente de emocionada autenticidad, de transcendido interés. Fechada en Quito el 13 de marzo de ese mismo 1993 recibo una carta de María Isabel, que paso a reseñar, citar y transcribir en parte, no sin antes declarar que entre esta misiva de María Isabel de marzo de 1993 y la que, según mis papeles, con fecha 14 de septiembre de 1994 justifica su postrer contacto epistolar conmigo, esta chica en dicho

aproximado año y medio hizo gala de una primorosa voluntad expresiva; acaso, la más lúcida y sostenida correspondencia que haya tenido yo en mi entera vida. De todo ello, y con las vicisitudes de aciertos y de decaimientos que me depare mi pluma, quiero dar cuenta a continuación. Pero de momento, y para comenzar por el principio, vayamos con la carta de 13 de marzo de 1993:

“Recordado Tomás:

Para qué voy a mentir que me encantó recibir tu carta, que aunque tú dices “cartita”, para mí fue una sorpresa inmensa...

... empezaré nuevamente mis clases de francés y de órgano. Me compré hace poco este teclado y estoy fascinada con él. Adoro la música. Yo toqué en la Orquesta Sinfónica Juvenil de Quito durante cinco años y estudié doce de violín...

Es posible que en Semana Santa vaya por allá pues me voy a Grecia y tendré que parar de ida y vuelta en Madrid así que te telefonaré y me encantaría verte”...

Esta primera carta de María Isabel Holguín, pues tal es su nombre, iniciaría una de las secuencias epistolares -- ya lo dije -- más frondosas y de más entidad que yo hubiera nunca protagonizado en toda mi vida. No aspiro a que esta declaración se incardine en las rampas superiores de las medidas de valor de quienes me lean, sino que más bien sirva para reiterar mi vocación de recuerdo, mi voluntad de aquiescencia con aquella aventura comunicativa que se prolongó terca e ilusionadamente durante más de un año y medio. Huelga decir que a cada carta de María Isabel seguían las respuestas mías, diligentes, puntualísimas, en las que, junto con las cualesquiera cuestiones



inevitables de halago y cortejo intimistas, sospecho que haría yo pivotar mis argumentos más centrados en el tema de que María Isabel, con el fin de podernos encontrar, viajara de momento a España en su condición de empleada de Iberia, y al abrigo de tarifas y costes decididamente reducidos, y de los que, en todo caso, me haría yo cargo.

En una siguiente carta fechada en Washington DC, USA el 11 de abril -- siempre y hasta que no se explicita otra cosa, de 1993 -- me dice:

“Estimado Tomás:

En primer lugar quiero disculparme por no haber ido pero, una amiga que iba a acompañarme, me falló y me dio un poco de flojera de viajar sola [a Grecia]

Te cuento que vine por el feriado a Washington en vista de que mi hermano trabaja acá. Él es diplomático de carrera y está asignado en la Misión del Ecuador ante la OEA...

Espero y tengo confianza en que seguiremos escribiéndonos y manteniendo contacto. Me encantaría que me visites en Ecuador. Yo vivo como te dije, en un piso con una amiga y mi hermano menor pero siempre habría un espacio para ti si te apetece”.

Como podrá observar el lector, esta carta contiene gran cantidad de material logístico; parte, tácito; parte, expreso. Me anuncia la posibilidad de un viaje para informarme más tarde de que no lo ha hecho porque una amiga la ha fallado. ¡Pues qué bien! He ahí un tipo de cosas que no es ni lejanamente probable que me ocurran a mí porque lo que, en principio, ni siquiera me planteo es lo de viajar acompañado. Me informa de que tiene un

hermano diplomático en USA y de paso aprovecha para enviarme desde allí dos comunicaciones: la carta que estoy reseñando y una bonita tarjeta postal de Annapolis, la capital de Maryland. Y ya, como cifra y compendio de lo que a cualquier mujer en su tesitura puede ocurrírsele, pues me hace saber el consabido y esperado “me encantaría que me visites en Ecuador”. No está nada mal. Y yo por mi parte confieso que me lo estaba tomando en serio. Mi correspondencia con María Isabel se desarrollaba con arreglo a pautas precisas, de compartida incumbencia, de creciente concernimiento; y la diligencia e intensidad que yo desplegaba en mi función de corresponsal podía considerarse como para nota. Por ejemplo, dichas carta y postal de María Isabel desde USA desencadenaron nada menos que tres respuestas mías espaciadas convenientemente en los días 20, 22, y 27 de abril, con la pretensión táctica de que le fueran llenando prácticamente todo su tiempo. Su carta siguiente está escrita el 18 de mayo, echada en Barajas (Madrid) el 24 y recibida por mí el 27. Se le habrá evidenciado al lector el hecho de que alguien como María Isabel tenía el pequeño privilegio de servirse de los vuelos de Iberia para encargar a quien fuere que le franquease y echase el correo en el mismo aeropuerto de Barajas, con un ahorro probablemente de más de una semana, amén del nunca improbable extravío de la carta. En fin, en ésta última suya me habla de las “cosas tan lindas” que la escribo... “Un compañero mío que va para Madrid es quien ha depositado esta carta en el correo. Así que como verás mi correo viene a ser más expreso que el tuyo, je, je. Casi, casi, de puerta a puerta”. Se trata de una carta de cuatro hojas, en papel amarillo de cuadraditos azules, con membrete de Cogecomsa, S.A. [Compañía General de Comercio] y en la que me dice muchas cosas, en tono suelto, discursivo, navegador por latitudes de

confianza conversacional y de participación y transvase de vivencias. Me vuelve a decir: “Ojala tú vinieras a saborear muchas bellezas que este país [Ecuador] ofrece”. Supongo que en mis respuestas anteriores forzaría mi dialéctica para hacerla ver que un viaje para encontrarme con ella en su país, cuando era ella quien, en su capacidad de empleada de Iberia, disponía de esa flexibilidad, acaso adoleciera de inmadurez, de falta de sazón. Me dice que tiene 25 años y que “como una curiosidad verdadera que siento por conocerte, también me gustaría saber tu edad”... “Sigo pensando que eres un tipo encantador... con lo lindo que escribes puedo ver que eres un hombre culto y de buenos valores”... Esta carta la contesté el 1 de junio, y hasta el 22 del mismo mes recibo otras dos cartas de María Isabel desde Quito, y una postal desde Bávaro Beach, en la República Dominicana; cosas todas a las que respondo inmediatamente.

En las cartas, razonablemente extensas para una mujer, insiste en el tono de complicidad persuasiva, y me cuenta muchas, muchas cosas... “Estuve en Playa Bávaro, en República Dominicana, el fin de semana pasado. Te envié una postal [a Granada], pero me temo que quizá no llegue a tus manos pues, en tu última carta, me dices que para el día 15 de este mes regresas a Alcalá de Henares”... Sí, la tarjeta llegó a mi poder cuando fuere, y de esta noticia lo reseñable es la intención, acaso inconscientemente tácita, de hacerme saber que su oficina de Iberia en Quito de vez en cuando aprovecha algún vuelo conveniente para pasar un par de días en la República Dominicana. Luego me habla de cuando nos conocimos en Santo Domingo; de lo que ella pensó de mí; lo que yo, al parecer, la dije de mi visita anterior a Galápagos y Guayaquil... “que habías estado en Guayaquil y Galápagos, que conociste una chica de Guayaquil que te gustó o algo como que te habían gustado las

chicas de allá (un poco bandidito)”... Andando el tiempo yo celebraría dicha expresión de “bandidito” recordándosela a María Isabel, y la fascinación idioléctica que su expresividad me producía. Sí, me sigue hablando de cantidad de cosas; de que aunque le dije que mi edad era “la que convenía”, como leyerá yo en Cervantes, que ella, especulando con que ya en 1961-1962 había sido profesor de Universidad en USA, pues que calculaba que tendría unos 57... Exactamente. “Esto no quiere decir que luzcas de esa edad, no, no, estás muy bien, al revés luces de 40 a 45”... ¡Toma piropo!

En la de 17 de junio arrecia el acorde intimista, esperable, amablemente femenino... “no sabes cuántas ganas tengo de verte”... “Ójala pudieras venir... Anímate”... “Cuento los días y las horas para volverte a ver o simplemente recibir noticias tuyas... Estoy tan feliz de escribirme contigo que ya no me dan ganas de salir con amigos que me invitan. De una forma u otra me has ilusionado mucho”... Bueno, verá el lector que la temperatura iba subiendo con cada entrega epistolar. Y la verdad es que yo encontraba congrua y justificada la línea de emocionalidad que María Isabel propiciaba. Tengo la seguridad de que yo, al comprobar que se trataba de alguien receptivo que sabía apreciar cualquier manifestación voluntariosa de la estética, me esmeraba con mi literatura. Vivía la literatura epistolar; proporcionaba la suficiente llamarada para que la materia combustible del ánimo de María Isabel se pusiera a arder.

Aquel verano de 1993 había diseñado yo actividades viajeras por Extremo Oriente y que comencé a materializar tan pronto como liquidé el último trimestre lectivo de Granada, y dejara salvaguardados mis intereses en Alcalá de Henares. Para

nuestro cometido de ahora baste reseñar algunos párrafos de cartas de María Isabel en las que acusa recibo de mis escritos:

“Quito, 19 de julio 1993

Querido Tomás: Recibí tus cartas desde Tailandia y Filipinas...

Qué lástima saber que se te complicaron las cosas para venir acá. Yo por mi parte me ilusioné con la idea de tu venida”

“Quito, julio 28 de 1993

Querido Tomás:

Hoy recibí tu carta desde Corea... Me encantó charlar el jueves anterior contigo...

A veces me pregunto, por qué un hombre tan encantador no se ha encontrado con una pareja aún... ...recuerda que yo siempre te tengo en mi mente y mi corazón”

Bueno. Estas pequeñas citas de las cartas de María Isabel ilustran con creces el estado de la cuestión. Yo, efectivamente, llevé a cabo un viaje ambicioso colmado, por si fuera poco, de encomiendas profesionales en el campo de los Estudios Hispánicos, conectando intereses de gentes en Filipinas, Korea y Tailandia. De todo ello, si llegare el caso, se dará oportuna cuenta en las viñetas correspondientes a dicha latitud cronológica. Aquí, tan sólo destacar que tuve la conciencia y la disposición logística de ir escribiendo a María Isabel desde cada uno de mis tres destinos en Extremo Oriente. La charla a la que se refiere María Isabel en su carta de 28 de julio la tuvimos que celebrar después de mi regreso por el Far East, y hallándome ya

en mi casa de Alcalá de Henares. Es obvio que no distingo ninguna línea temática específica; ahora bien, las más de 25,000.- (VEINTICINCO MIL) pts. que reflejan el recibo de Telefónica, que conservo, sí tuvieron que permitirnos hablar un ratito. En sus anteriores entregas epistolares María Isabel me había estado “amenizando” con una formidable y penitencial salmodia de viajes a Europa que nunca llegaba a materializar; de posibles, virtuales, inminentes traslados de su división de trabajo con Iberia a otras localidades, hasta otros países (Venezuela, por ejemplo) que tampoco acababan por cuajar; de planes que se enredaban tanto en la problemática personal de ella como de los imponderables de Iberia, etc., y que no la permitían disponer de su tiempo ni de una autonomía de un par de semanas seguidas para hacer con su persona lo que le diera la real gana. En fin, lo normal en estos casos; unos por otros, la casa sin barrer. Lo portentoso de mi cuota de independencia se agigantaba aún más cuando la enfrentaba a la cantidad de variables en danza con las que los demás tenían que lidiar; y lo que es peor -- y tal me parecía ser el supuesto de María Isabel -- ... cuando los problemas externos dejaban de serlo, era tanta la inseguridad y la vacilación que había ella acumulado en su conciencia, que por propia inercia se sentía incapaz de hacer lo que fuere. Porque entre otros detalles, a María Isabel no le hubiera costado ni le costaría un céntimo ninguna actividad que hubiese tenido que ver con el hecho de encontrarnos.

Decidí meter el bisturí en aquel forúnculo y dejarme de paños calientes. Si en nuestra conversación telefónica le participé a María Isabel mi deseo de ir a Quito, o hasta de los detalles de mi fecha de llegada y horarios, no lo tengo rescatado en mis registros. Tampoco le hace al asunto. El caso es que decidí ir a Quito a ver a María Isabel; a demostrarla y

demostrarme a mí mismo que cuando las cosas alcanzan una máxima dimensión, un recorrido límite, hay que encararse con ellas, “and by opposing, end them”. Conecté con Miguel Ballesteros de, entonces, “Viajes El Corte Inglés” de Alcalá de Henares, el cual me agenció un billete con fecha de salida el 20 de agosto con destino a Quito, y escala técnica y única intermedia en Santo Domingo. Podría obviar detalles de mi vuelo si no fuera porque en cada traslado; en cada perforación que hacemos en las longitudes ulteriores de nuestros afanes no es posible que no nos ocurra algo; que algo del trasiego espiritual en el que hacemos desenvolverse a nuestra voluntad no acreciente el limo de nuestra experiencia.

Llegué al aeropuerto de Las Américas en Santo Domingo y me sentí raro al no salir de él; al tomarlo en esta ocasión como escala técnica para limpieza, repuesto de combustible del DC-10, desembarco y recogida de nuevos pasajeros para Quito. Merodeé por las galerías comerciales y me gasté un puñado de \$ USA en la compra de un perfume y de un cachivache de orfebrería y decoración para María Isabel. Ahora, mi compañero de asiento hasta Quito llevaba el *Hola* entre otras lecturas y me la prestó. Se trataba de un misionero, de paisano, amenísimo y lúcido, el cual me recordó que Quito se hallaba a 2,800.- metros de altitud, cosa que me sobresaltó, al yo haber dado por hecho, y sin molestarme en comprobarlo, que eran justamente mil metros menos. Aunque no eran comparables a los 4,000- del aeropuerto de La Paz (Bolivia), aquello de la altitud no dejó de hacerme cavilar...

La llegada a Quito por aire la considero memorable. Quito está estirado a lo largo de muchos kilómetros, subiéndose también en y por entre los montes. El Pichincha es el más cercano. El avión tiene que dar varios rodeos para enfilarse a la pista justo desde el lado contrario desde el cual se la divisa. El avión

va entrando por los vados o amplitudes que las cimas de Los Andes van dejando entre sí. Impresiona, repetimos, la suerte de suaves regates que el DC-10 tiene que ejecutar hasta encontrarse en el corredor de descenso directo al aeropuerto Mariscal Sucre que se emplaza prácticamente en medio de la ciudad de Quito, y ésta en medio de los macizos, cobijada en el regazo del volcán Pichincha...

Me despedí con un fuerte y espontáneo abrazo de mi buen amigo el misionero y previos los trámites de mostración del pasaporte y cambio de algunos dólares por sucres [1.º dólar = 1,920.- sucres en aquel momento] me dirigí al hotel Chalet Suisse. Supongo que lo había seleccionado por su situación y por pertenecer al grupo IAPA, respecto del cual los socios contábamos con un trato ligeramente más ventajoso. De camino hacia allí, reparo en que los hombres dicen “mijita” a las chicas, como piropo “in itinere”, igual que el taxista que me llevaba al hotel. Me instalo, me lavo, me aseo y llamo a María Isabel. Me cita en una cafetería-restaurant donde me dice que nos reuniríamos con otras amistades. Sin duda alguna me quería presentar “en sociedad”. Era ya de noche y se había producido la fatídica realidad de siempre: que llevaba diez y seis horas de trajín desde que hubiera salido aquella mañana de mi casa de Alcalá de Henares camino de Barajas; que estaba cercano al desplome, y que cuando esto ocurriera quedaría convertido en algo inservible, inoperante; pero que al mismo tiempo, mientras que eso no se produjera, y como impelido por toda la energía concentrada que me hubiera asistido durante el día entero, parecía vivir con redoblada fuerza, me preparaba a seguir viviendo... aquellas dos... o tal vez tres horas más que tenía delante de mí para cumplimentar el menester de sociabilidad con María Isabel y el grupo de amigos suyos.



Llegué al sitio y casi de manera automática se produjo el reconocimiento. Tras una brevísima ronda de presentaciones, me quedé como inserto entre dos amigas de María Isabel; de esa forma tan suelta y tan espontánea se superaba cualquier monopolio de acaparación por parte de nadie; dispensaba yo mi presencia en proporciones equitativas y, sobre todo, me proporcionaba a mí mismo una atalaya excepcional desde la cual hacer calas psicológicas en aquel corte de sociedad quiteña. No se podían pedir gollerías: con excepción de un par de chavalas, una que se hallaba con su acompañante, y una de las amigas de María Isabel que se había sentado al lado mío..., el resto no despertaba la fruición de mi curiosidad por adentrarme en sus vivencialidades. María Isabel me había hecho ya el artículo; por lo tanto, no encontrándose materialmente junto a mí, sino más bien propiciando que yo me explayara con sus amigas, ella recibía la mejor y mayor parte del botín en razón de la aquiescencia y complacido entusiasmo que éstas me dispensaran. Yo sabía que mi tiempo de fortaleza y operatividad se estaba acabando: eran ya casi diez y siete horas las que llevaba en pie, y había que rematar dignamente. Fui afortunado al caer en aquel restaurante-pub junto a aquellas dos amigas de María Isabel, tan receptivas y tan ávidas de saber qué clase de espécimen personificaba yo. Cargué con firmeza la baza en la expresión culta de corte áulico, al tiempo que empecé a celebrar algunos de los términos idiolécticos del ecuatoriano de Quito. Al saber ellas que llevaba yo en pie tantísimas horas, aplicaron a dicha jornada mía tan trabajosa, tan penitencial y larga el vocablo “tenaz”, que me encantó: Tener un día agotador, “tenaz”.

Llegó el momento de recogerse: Hice un despliegue elegante e inofensivo de mi intención de pagar todo el gasto que

hubiéramos originado los diez o doce clientes que llenábamos la mesa grande; al tiempo que sacaba del bolsillo, con distraída indolencia, un buen fajito de papel moneda, dólares USA, sures y hasta pesetas. No quita lo cortés para lo valiente, y en aquel momento me pareció oportuno hacerles ver a aquellos chavales que si me sobraban años también me sobraban decisión y cartera para hacer un viaje de un montón de horas hasta Quito con el propósito de saludarles y regalarme el gusto de invitarles a todo lo que se hubieran tomado. No me permitieron, claro, más que correr con los gastos de las consumiciones de María Isabel, de sus dos amigas, y de lo mío, que creo que se trató de un zumo grande, doble o triple, de frutas.

El día siguiente 21 de agosto 1993, sábado, lo dedicamos por entero a actividades... institucionales dentro de un formato altamente familiar y protocolario. María Isabel me presentó a su mamá, una señora “palancosa” [según María Isabel, en el sentido de hacer o tener palanca; es decir, alguien más o menos influyente que cuenta con ciertos medios] y aproximadamente de mi edad, acaso algo más joven, educada y receptiva. Andaba en un coche Peugeot de tamaño medio, que para Ecuador representaba la mostración de un status de clase social alta. Madre e hija me acompañaron a cambiar más dinero: como era sábado, uno de los pocos lugares disponibles al efecto era la Agencia Casa Paz con oficina en la sede del Hotel Colón. En aquel momento me pagaron el \$ USA a 1,905.- sures, quince menos que el día anterior en el aeropuerto. María Isabel -- no se me olvida -- al verme sacar un billete de \$ USA 100.- me dijo que esa cantidad en Ecuador “era dinero”. Los padres de María Isabel se habían separado, y la madre se hallaba matrimoniada en aquel entonces con don Humberto Vacas Gómez, un intelectual, además de periodista y diplomático, de primera magnitud. Me

habían preparado una excursión en coche que duraría prácticamente todo el día. Me sentí honrado profundamente. Recogimos, primero, a Pancho, el hermano menor de María Isabel y también hijo de la misma mamá; y a continuación nos encontramos con el Sr. Vacas, a partir de ahora, con el fin de expeditar el relato, y porque expresamente así me lo pidió él, Humberto. Se trataba de un magnífico señor de ya ochenta años cumplidos y que, no obstante, se mantenía erguido con elegante apostura. Condujo la señora todo el camino y la excursión nos llevó hasta la ciudad de Cayambe (sin acento en la *e*, como yo incorrectamente la pronunciara hasta entonces), a unos 70 kms. al noreste de Quito. Entre Humberto y yo casi inmediatamente se creó una corriente de intelectualidad compartida, muy cálida, muy frondosa, casi cómplice. Había ejercido años atrás de... ya no sé si me dijo... de Embajador en la República Dominicana y/o asimismo de Ministro de Cultura en el propio Ecuador. Era un hombre culto, con el que fui hablando de literatura y comentando cosas que tuvieran que ver con el mundo de las letras; de giros y de expresiones: “andar mano” (Ecuador); “entrar mano” (República Dominicana); “meter mano” (España) fue uno de los ejemplos más plásticos que ilustraron la variedad idioléctica. Precisamente aquel mismo sábado 21 de agosto el periódico de mayor tirada de Quito, y supongo que del país entero de Ecuador, *El Comercio* publicaba un artículo de Humberto, “Respetabilidad por decreto”, de comentario sobre la política nacional, y de tono muy crítico, con prosa brillante, cargada de intencionalidad elástica. He aquí un párrafo:

“El actual Congreso en nombre ha funcionado prácticamente todo el año pero nada de positivo ha dejado al país. Sin embargo sus miembros se preocuparon de

aumentarse las dietas y para recibirlas son un modelo de cumplimiento. Además, algunos de ellos han demostrado una desaforada ambición para alcanzar privilegios de todo tipo y ahora quieren conseguir una ‘respetabilidad’ por decreto, que nunca la tuvieron ni la tendrán”

¡Qué lástima! -- pensaba yo -- que una pluma inteligente gaste su cálamo en tan irremediables y tan sabidas realidades. Me llevaron a comer a una especie de finca o casa de campo que hacía de restaurante. Allí aprendí la palabra “guachalá” que según Humberto correspondía a una gran propiedad rural, [en realidad una enorme hacienda o caserío o pequeña población unos kilómetros al sur de Cayambe, muy cerca de la carretera y del ferrocarril, y por donde más tarde pasaríamos de regreso a Quito], y de ahí había terminado por denotar cualquier entidad rica, costosa, opulenta; por lo que -- y esto era lo que a mí más me interesaba -- cuando alguien que solicitaba algo quería destacar lo razonable, lo menguado, o simplemente lo esperable de su solicitud y pretensión, como razón última justificativa apelaba a la expresión “Yo no te pido guachalá”, i.e. no te pido nada exagerado; no te pido un imposible. Me encantó el giro y me apresté a emplearlo en cuanto me encajara. Y hablando de giros, el diminutivo se usa por doquier: “un besito” como despedida de conversación; “todito”. El ecuatoriano suele incluir muñones epentéticos en algunas formas verbales: así, *asomaraste* por *asomaste*, *llegaste*. El influjo chileno se ve en expresiones como “cualquier cantidad”, “pucha”, etc. Ecuador se apoya en Colombia por el norte y en Chile por el sur. Sigo creyendo que Ecuador mira más hacia Chile que hacia otro cualquier país del continente. A los peruanos no les han perdonado que éstos se aprovecharan de los ecuatorianos para

sajarles toda la parte suroriental del país; algo así como compensación por la derrota que Chile les infligió a Perú y a Bolivia juntos. El término *chévere* es asimismo usual. Seguimos intercambiando información Humberto y yo: “Huambra” es chico, chaval, en quechua. “Dame trayendo” es la forma cortés de pedir algo = “Tráeme tal o cual cosa, por favor”.

Comimos muy bien, como digo; y con dignidad terminante que excluía cualquier iniciativa en contrario, Humberto no me permitió pagar; intento, cuya inutilidad no por suficientemente sabida por mí de antemano, no dejara yo de esgrimir... Pasamos por criaderos de rosas. Según me aseguraron, Ecuador es uno de los grandes exportadores de flores, por sorprendente que pueda parecer. Es curioso pero no me acuerdo de si me llevaron al “Monumento Ecuatorial en la mitad del mundo”. Acaso comenzáramos la excursión así: visitando el Monumento; siguiendo luego hasta Otavalo, y regresando a Quito por Cayambe. Más tarde María Isabel me contaría que ella y su verdadero padre, que también vivía en Quito, mantenían cordialísimas relaciones, como si nada hubiera ocurrido; y que al mismo tiempo sentía por Humberto un enorme respeto y una afectuosísima admiración.

El día siguiente, domingo, fue un día extraño, cargado de presentimientos y de diseños que no terminaban de concretar su dintorno. María Isabel me había dicho que tenía el compromiso ineludible de “un matrimonio”, pero que dos amigas suyas -- una de las cuales ya me había cumplimentado el día de mi llegada... y cuyo nombre quiero creer que era Silvia, así pues, Silvia, sí, Silvia Crámer según mis notas -- estarían encantadas de acompañarme; que cuando nos pareciera bien, que nos quedásemos en su casa, en la confluencia de la Paul Rivet con la James Orton, y por cierto a no más de unos mil doscientos

metros de mi hotel Chalet Suisse. Muy bien. Así lo acordamos. Horas más tarde descubriría yo que María Isabel no había sido requerida por ningún “matrimonio” amigo, como me habían hecho captar mis entenderas; sino que había asistido de invitada a una boda. ¡Pues qué bien: Haberlo dicho así para que yo lo hubiera entendido!

La tal Silvia estaba buenísima y su realidad, siempre una vez más, volvió a perpetuar el mito atosigante de la amiga. ...de nuestra amiga original. Silvia sintió por mí desde el primer momento una desazón, cortés y comedida, como sabiendo que se trataba de algo de María Isabel, pero desazón al fin, de que no hubiera sido ella la criatura cuya imantación hubiese justificado mi presencia en Quito. Era expresiva; tenía un chasis compacto pero de proporciones correctas; más aún, plenas de armonía. A mí me gustaba pero, ¿qué hacer? A ella y a otra amiga las llevé a comer al lugar que prefirieron, y creo que mi charla cubrió a Silvia de todo el muestrario de evidencias respecto de que yo podía ser el hombre de su vida; sólo que las cosas estaban dispuestas en un escenario concreto, y con arreglo a una pauta concreta; y el cambio de papeles, acaso, allí y en aquel momento hubiese resultado abusivo. Silvia me gustaba y en honor a la verdad desarrolló una portentosa función de “alter ego” de María Isabel. Recuerdo con cierta flaqueza de memoria que Silvia me trasladó a casa de María Isabel; que estuvimos hablando un largo rato; que llegó la amiga con la que vivía María Isabel, creo que de nombre... también Silvia, sí, Silvia Hontanera aparece en mis apuntes; que Silvia Crámer se marchó y que yo permanecí sentado plácidamente, descansando en una especie de habitación grande y fresquita de la planta baja de la vivienda de María Isabel y la Hontanera; que hablé algo con esta última, pero no mucho [Recuerdo de ella expresiones como “qué bestia” y

“definitivamente” como pleonasmos de introducción y/o terminación del juicio o turno dialogal; que vi a una señora india pura, quechua, o lo que fuere, que trabajaba allí de doméstica y tenía consigo a su hija, por nombre Albita, una chavalilla de unos 10 años: Ambas me saludaron con pudor lacónico... y desaparecieron por las dependencias interiores] Probablemente el cansancio acumulado del viaje... junto con mi aprehensión por los 2,800.- metros de altitud me seguían pasando factura. Una vez que Silvia se retiró yo me quedé supongo que solo, excepto por la señora doméstica y su niña que nunca interfirieron. Me quedé solo en una penumbra plácida, en solitud intimista, arropado por una “cobija” o colcha...

¿Hasta qué punto me gustaba María Isabel? Creo que intentando contestar a esta pregunta entré en un estado de medio amodorramiento. Llegó María Isabel, charlamos de cosas... de cosas de hombres y mujeres. Es tremendo. La mujer de apariencias de vida más pacífica, más bonancible, no deja de albergar un formidable cúmulo de frustraciones, de temores, de limitaciones, que irremediamente catapulta y activa respecto del hombre que en cada momento sea el último, el más inmediato, por reciente, en el panorama de conciencia. No recuerdo lo que dijimos. Yo había sentido una llamada en las profundidades de mis convicciones. Aquella visita mía a Quito había cumplido a la perfección su cometido con solamente lo que llevaba protagonizado. Había asestado un tremendo golpe de altruismo lírico a las conciencias de aquellas criaturas, y nunca nadie podría achacarme cicatería en el despliegue de mis recursos. María Isabel trabajaba al día siguiente ya lunes. Quedamos vagamente en que nos telefonaríamos por la tarde, ya que ella hacía jornada completa y disponía tan sólo de alrededor de una hora para comer. Por mi parte yo podía hacer

un buen número de cosas: descansar; pasear; echar un vistazo a alguna librería y ver de encontrar el libro que fuere con las traducciones del inglés, de Aurelio Espinosa Pólit, sobre todo la de “The Hound of Heaven” de Francis Thompson, citada por don Valentín García Yebra en su *Teoría y práctica de la traducción*, y que tan amablemente me sugirió en la correspondencia que celebramos a raíz de enviarle yo mi *Antología opcional de poemas emocionales ingleses*, etc., etc. ¡Oh, sí, por cosas no me faltaría entretenimiento, no! En eso quedamos, es decir, casi en nada.

*Lunes 23 de agosto.* Guardo el recibo de los tres desayunos continentales que efectué en la cafetería del Chalet Suisse. Aquella mañana no fue excepción: Debí de tomarme absolutamente lo mismo las tres veces: 4,500.- sucres del principal, más 20% de impuestos; total, 5,400.- sucres, algo así como \$ 2,75.-, unas 475 pts. del momento en que esto escribo, julio 1999, y que para 1993 en Quito [“uno de los lugares más baratos del mundo” según María Isabel me comentaba por carta] pues no estaba mal; quiero decir que nada de regalos. Creo que me levanté pronto: me hallaba incurso en un desasosiego de ideas, en uno de esos típicos ramalazos de inquietud que no podía ni siquiera sospechar qué solución final se decidiría a tomar. En la cafetería del hotel, sentadas en un nivel superior, como si se tratara de un entresuelo, había dos chicas, desayunando también; una de ellas, realmente guapa; morena, acaso chola, apretada de carnes, con un jersey encarnado, seno erguido y torneado, abundoso. Pensé cándidamente que era la mujer más atractiva que había visto en aquellos dos días y medio en Quito. Peloteé en mi cabeza con los principios generales supuestamente incontestables de que la mujer “de la Sierra” difería de la “de la Costa”. Y era verdad: Guayaquil me puso



ante los sentidos un panorama de aperturismo que en Quito no parecía posible; sencillamente, no existía. Salí del hotel. Me había echado también al bolsillo la tarjeta con aquella dirección en Quito del matrimonio presuntamente de holandés y nativa, donde Mónica se había hospedado en algún momento. Bandadas de reflexiones presagiosas me zarandeaban. De vez en cuando me recordaban que estábamos a 2,800. metros, y que ninguna emoción fuerte, por “poética” e inmaterial que pudiera parecer, me convenía. Abordé a un taxista y le dije que cuánto cobraba por una hora de trajinar de un sitio para otro. Me costó arrancarle al tío gitano una respuesta; y eso que se lo puse fácil al concederle un margen por arriba y por debajo de hasta mil sucres. El fulano engrosaba la lista de chalanos y desaprensivos que tanto parecen abundar en la sociedad de buscavidas de los ecuatorianos. Al fin me dio un precio aproximado, muy a regañadientes, y en vista de que yo estaba dispuesto a marcharme a dar el trabajo a otro taxista. Le dije que me llevara a la primera de las dos direcciones: calle Ulloa 1710 y Cuero y Calcedo: allí ya no vivía nadie: se trataba de hacía ya... seis, siete, ocho años, según se considerase todo el tiempo a partir de 1985 en que Mónica se comunicó conmigo; allí no había nadie; nadie conocía a la tal familia. Venga, vámonos a la segunda dirección, le seguí diciendo al taxista: calles Navarro 364 y La Gasca. Tampoco: el supuesto negocio de casa de huéspedes había desaparecido sin dejar rastro. Tuve el alivio, si se puede llamar así, de que alguien de una vivienda contigua me dijera que sí, que allí había existido un negocio de huéspedes que respondía al nombre de la tarjeta, pero que de eso ya hacía mucho tiempo... Bueno, no tanto, respondí yo: siete, ocho años tan sólo. Me volvieron la espalda, como dejándome por loco, por imposible. Me anegué en un raptó de orfandad espiritual, tan

típicamente concentrado; tan inconsolablemente cierto. Mónica se había interpuesto ahora, y ya mi asunto con María Isabel carecía de fundamento; se desmoronaba por segundos. Pensé en volar a Guayaquil y buscar a Mónica; y en todo caso, siempre desde Guayaquil, hasta Galápagos, si es que estuviera allí. Pero todo aquello sonaba a puro desquiciamiento; a rotura de los diques de contención del criterio... a serio disparate, rayano en la insania. Lo primero de todo, no tenía forma congruente de ponerme a averiguar si Mónica se hallaba en Quito... o yo qué sé dónde. El procedimiento apuntaba a comunicarme con Galápagos, dando por descontado lo enormemente engorroso que hubiera sido llamar a Galápagos y tratar de indagar acerca de su paradero. No en vano nuestro último contacto databa de 1987. Y si con mucha suerte allí me dicen, o me lo dice ella misma, que sí, que está en Puerto Áyora; o que está en Guayaquil... y levanto la liebre; y me identifico... ¿y qué? ... ¿qué voy a hacer? Había consumido tan sólo tres noches en Quito y sin embargo ya lo tenía todo hecho; mi conciencia había alcanzado su punto de saturación, más allá del cual era imposible el avance. Llevaba conmigo todo el pequeño conjunto de documentos y credenciales de viaje: pasaporte, billete, etc. Le indiqué al taxista que me condujera a la Avda. Amazonas, a la sede de las líneas Iberia. Había hecho un cálculo de tiempo y me percaté de que aún podía. Con un fondo de zozobra por la posibilidad, aunque improbableísima, de encontrarme con María Isabel, ya que sus oficinas eran las interiores, de administración y contabilidad según ella me había dicho..., con un punto de medroso azoramiento me dirigí a una de las mesas para el público. La cosa no pudo ser más simple: me informan de que para el vuelo del mediodía había plazas a Santo Domingo y me reservan una; me preguntaron si quería adelantar el vuelo desde Santo

Domingo a Madrid, en la misma cantidad de días, tres o cuatro, en que había adelantado mi salida de Quito. Les dije, estúpidamente, que no; que dejaran mi regreso desde Santo Domingo sin tocar [En el lugar que corresponda se informará de lo errado de aquella decisión mía, ya que al no poder conciliar mis restantes jornadas de vacaciones en Santo Domingo, anticipé desde allí mi regreso a Madrid, y fue entonces cuando me penalizaron con 13,500.- pts. que, no obstante, me parecieron un regalo en comparación a la penitencia mortificante que me hubiera significado permanecer a remolque en la República Dominicana]

Serían entonces las 10:30 am. El avión despegaba teóricamente a las 12:20. Me quedaba el tiempo justo. El taxista me devolvió al hotel. El muy “bandidito” de él, que me pedía en un principio el doble o el triple de la carrera, pretextando que el taxímetro no funcionaba, y que lo dejaba “a mi conciencia”, se avino a una cantidad generosa, creo de unos 30,000.- sucres, alrededor de \$ USA 16.- El hombre había acabado por portarse bien y la contraprestación era conveniente para él y asumible para mí. Pedí la cuenta en el hotel y los muy “bandiditos”, aun a pesar de que el día de mi llegada habían hecho el correspondiente apunte, se “olvidaban” ahora del descuento preceptivo -- simbólico, más bien, pero descuento -- que a los miembros de IAPA nos correspondía. Me lo aplicaron un poco así como dispensándome un privilegio, que ellos sabían que no era tal. Con esa dosis de recuerdo que los del hotel me regalaron tan gratuitamente sobre el carácter algo borde y gitanesco de los ecuatorianos respecto del dinero, liquidé el tema del alojamiento. Bajé el equipaje a Recepción y pregunté por una buena tienda de flores, la mejor si era posible, y que no estuviera muy lejos. Me indicaron una cerca, creo que en la confluencia de las calles

Cordero y Juan León Mera, “Orquídea”, y hacia allí me encaminé. Mientras me preparaban la cantidad más grande de rosas que se pudiera manejar en forma de ramo, probablemente noventa o cien rosas junto con la guarnición y acompañamiento de otras flores y ramaje a modo de séquito envolvente..., mientras que preparaban eso dos personas muy concernidas de la premura e importancia del asunto, yo redacté una nota y la dirección y teléfono para su entrega. Supervisé personalmente que todo el mazo floral quedara compactado, sujeto, cubierto y apto para el traslado hasta el domicilio de María Isabel. En la nota me refería a todas las mujeres de la casa: María Isabel; su amiga Silvia; la señora india y su hijita Alba. Había para todas. Era consciente de que les estaba pagando a los de la floristería bastante más de lo que hubieran cobrado a un ecuatoriano, pero la mercancía era la mejor que se podía encontrar en cantidad y calidad; ello me constaba. Yo, tras las experiencias tan poco edificantes con los ecuatorianos en cuestiones de dinero, no dejaba de albergar algún recelo de que las flores no llegasen a su destino. Así, dije enfáticamente a la Dirección de la tienda que a tal y cual hora llamaría yo a los interesados para enterarme de si el envío había alcanzado a sus destinatarios, dándoles a entender como que volvería yo a la tienda a resarcirme convenientemente de su incumplimiento si tal fuera el caso. Por supuesto que aquella gente no se figuraba que yo salía del país una hora más tarde. Me aseguraron con graves aseveraciones y reverencias que mi encargo se llevaría a cabo según mis instrucciones. Les ayudé a sujetar y a fajar todo el ramo de forma que por mucho que se zarandease, en el peor de los supuestos, no se desmembraría. Regresé al hotel, recogí mi bolso de viaje, me metí en un taxi y llegué al aeropuerto. Había ya una formidable cola para acceder al vuelo IB 6630 para Santo Domingo. Me sobraban algunos

miles de sures y decidí gastarlos en sellos para filatélicos. Compré sellos, muchos sobres de sellos. En Granada, y hasta en Alcalá de Henares, tendría ocasión de obsequiarlos. Tras el pago de \$ USA 25.- por la tasa de salida del país por aquel aeropuerto, traspasé hasta la zona internacional. Cuando ocupé mi asiento en el DC-10 de Iberia sabía que había dejado Ecuador para siempre. Tres días, algo menos, fueron los que dediqué a Quito. Creo que fue un acierto, un arranque de precisión y de decisión marcharme de la manera en que lo hice. En aquellos momentos las explicaciones hubieran sido inútiles, premiosas y embarullantes.

En Santo Domingo tracé el borrador de la carta que enviaría a María Isabel ya desde España. Esta vez habían sido menos de tres días en Ecuador. Igual que en Bolivia, tampoco me había atrevido por miedo a la altitud ni siquiera a contemplar la posibilidad de haberme ido a follar por ahí, y eso que oí comentar a alguien que el distrito rojo o “red zone” correspondía a la parte de Quito donde se hallaba el hotel Chalet Suisse. Sí, es muy curioso. Que yo sepa, hasta entonces, no me había llegado a tirar nunca a una chica ecuatoriana.

El asunto “María Isabel” siguió durando un año más; un entero y largo y frondoso año más en el que pareció compendiarse todo lo humano y lo divino; lo real y lo fingido; todo. Y sin embargo ya llevaba marcado el signo del acabamiento y del “not applicable” desde el comienzo de su gestación. María Isabel y yo nos escribimos montones de cartas, que conservo; montones de faxes, que también conservo. Me envió una preciosidad de foto, tamaño grandecito: “Para Tomás: Con todo el cariño y respeto al que se ha hecho acreedora, tu encantadora personalidad y tu bellísima forma de escribir. María Isabel”. Yo por aquel entonces, aunque por poco tiempo más, seguía dispensando visitas de relajo y de despreocupación a la

República Dominicana, y aquel punto era el ideal para comunicarme con María Isabel. Como digo, nos intercambiábamos ingente cantidad de literatura; proyectos de encontrarnos en alguna localidad de la isla caribeña, que no cuajaron por la natural complejidad del juego de coincidencias; y sobre todo porque a mí no me seducía la idea ni poco ni mucho. Yo había ido a Quito, en una visita fulgurante y heroica de tres días, y con ello había evidenciado la calidad de mi disposición y los quilates de mi responsabilidad. A lo que no me podía negar era al hecho de que María Isabel quisiera venir a España, invitación que yo le había estado haciendo por activa y por pasiva desde el principio de conocernos. Por fortuna para mí, el proceder de romántico desprendimiento que yo había enarbolado respecto de María Isabel, justificaba el hecho de que yo hubiese dimitido de tomar decisiones ejecutivas, y que las sugerencias las materializara ella como mejor le pareciera, desde su privilegiada plataforma de aprovecharse de cualquier vuelo propio de Iberia, y de contar con la inundante evidencia de que todo el tiempo que estuviera conmigo se encontraría exenta de pagar un... solo sucre.

Y así fue finalmente. Dejándonos en el camino verdaderos primores de literatura, y por mi parte todo lo que mereciera el elogio de María Isabel a mi “bellísima forma de escribir”; dejándonos innumerables tomas y dacas, tiras y aflojas respecto de la viabilidad de nuestros haces de virtualidades, el once de abril de 1994 recibo en Granada el telegrama siguiente: “Llego Granada vuelo VO 231 19 horas el 12-04-94. Saludos M Isabel”. María Isabel llegó. Yo la recogí en el aeropuerto y pasamos en Granada un par de días. En el reverso de una foto que yo la hice, con la Alhambra al fondo, escribió: “Para que no te olvides de mí. Esta es una fotografía de mi paso por la bella Granada donde

nos vimos después de tanto tiempo”. María Isabel hizo un par de noches en Granada, en el hotel Casablanca, donde yo me hospedo, y el 14, temprano, salimos para Alcalá de Henares en mi coche; y de esa manera contamos con casi doce horas para ver y comentar las realidades más reseñables, [incluyendo una diestra foto que me sacó teniendo por fondo el antiguo número 68 de la calle Mayor, donde yo viera la luz, a unos 150 metros de las casas notables de don Manuel Azaña y de don Miguel de Cervantes] antes de que la llevara al aeropuerto de Barajas en las primeras rampas de la madrugada del día 15 con el fin de que tomara su avión de Iberia de regreso a Ecuador.

Dos únicas cartas más me cursó María Isabel después de vernos en Granada y en Alcalá de Henares. La verdad es que yo había jugado muy fuerte con aquella chica, y ella había quedado desarmada, postrada, desbordada por toda mi actuación. En mi conciencia hacía mucho tiempo que se había fraguado irrevocablemente el axioma primero y principal de no tocar a María Isabel; el guiño estético que mi intuición me había dedicado pasaba porque yo hiciera lo que tenía que hacer y efectivamente hice: comenzar el asunto en plan ascético y terminarlo en plan místico. No llegué a tocar, ni a besar, ni siquiera nada de nada a María Isabel. Por esas secretas revelaciones que sólo se producen al final de un proceso de preñez reflexiva y de constataciones epifánicas, había arribado yo a la gozosa conclusión de que tal era el procedimiento con María Isabel. De esa manera no cabía posibilidad para la frustración; si acaso, para la inenarrable perplejidad; para una sempiterna cavilación; pero no para el sentimiento de fraude. La literatura no se mezclaba con la convivencia. María Isabel me había colmado como corresponsal, pero yo no estaba enamorado carnalmente de ella. Por eso yo me hallaba satisfecho de toda mi

aventura espiritual de más de año y medio con esa mujer: Había conseguido llegar a no besarla; a no tocarla siquiera. Fue una batalla de contención y de restricción sublimadas de la que salí triunfante, exultante, gozoso. Supongo que María Isabel tuvo que captar que entre nosotros ya no existía más que el recuerdo, ese vaho de la conciencia plácida o voluntariosa que de vez en cuando no se opone a que sintamos el ancla de nuestro concernimiento echada sobre algo, alguien...

En las dos últimas cartas de María Isabel a mí, de abril y septiembre de 1994, respectivamente, sus términos directos e irreductibles a nada que no sea convencional y mostrenco, adquieren la típica categoría de las cosas que, por intratables, han de respetarse a distancia. Por otra parte, yo todavía alcancé a dedicar dos visitas más, dos únicas visitas más -- las últimas hasta el momento en que esto escribo -- a la República Dominicana: la primera de ellas, irrelevante para el tenor de los hechos que aquí nos importan, a continuación de mis tres días en Quito, y antes de regresar a Madrid. La segunda, en la Navidad de ese mismo año. No cabe duda de que el demonio enreda y de que cualquier masa o curso de agua cuyas entrañas hayan permanecido habitualmente tranquilas, pueden verse súbitamente perturbadas por algún remolino atípico... Era una noche de aquel diciembre de 1994 y ocurrió que en el Hall espacioso del Hotel Lina, en la Avda. Máximo Gómez de Santo Domingo, coincido con un matrimonio de turistas, ya entrados en años, y que resultan ser de Ecuador. Él, don Rodrigo Moreno Heredia, doctor abogado en Bahía de Caráquez, probablemente después de Quito y Guayaquil la ciudad más conocida de todo el país, y la localidad de costa más natural y más frecuentada por los quiteños... ¡Cómo evitarlo! Surgió entre nosotros la más distendida de las conversaciones. A fin de cuentas se trataba de



un prohombre, cuyas noticias y cuyas reflexiones sobre Ecuador no dejaban de contener el lógico interés para mí. Pero ya he dicho que el demonio enreda, y esta vez lo hizo bajo la especie de propiciarle al bueno de don Rodrigo informarme de que... Humberto Vacas Gómez había muerto. Yo, ¡qué iba a hacer!, tomé buena nota y dejé que nuestra conversación se desarrollara por los demás cauces. Y el único punto sobre el que me permití insistir, y ya en tono libresco y profesional, fue en la tremenda ilusión que me haría obtener alguna edición, obra, libro, suelto, o lo que fuere o fuese, en donde se contuviera la traducción de Aurelio Espinosa Pólit del poema “The Hound of Heaven” de Francis Thompson... y cuyo asedio me había yo decidido a llevarlo a término con éxito de una vez por todas. Nos hicimos intercambio de direcciones y de toda esa serie convencional de parabienes e instancias desiderativas, y cada cual siguió su camino. Nada más llegar a España, de un lado, lo primero que hice fue escribir una nota de pésame a María Isabel. Supongo que ya aquello quedó marcado por una abultada carga de torpeza. A pitón pasado todo es muy lógico y muy deducible. Y como si el castigo hubiese ido pisándole los talones a mi exceso de .... ¿qué? de oficiosidad tal vez, pues también resulta que recibo esta carta del Sr. Moreno Heredia, que por no tener desperdicio transcribo íntegra:

DR. RODRIGO MORENO H.  
A. ROSADO  
BAHIA DE CARASQUEZ  
OF: 499404 - Dem. 490118

Bahía de Carásquez, 9 de Enero de 1995.

Señor Doctor  
TOMAS RAMOS,  
Madrid,  
ESPAÑA.

-  
Estimado amigo:

Tanto para mí, como para mi señora, fue muy grato conocerle a usted en Santo Domingo, aún cuando sea por breves momentos y lamentamos no haberle encontrado en los días siguientes, hasta nuestro retorno al Ecuador.-

Su encargo está ya en trámite, pues encargué a mi hija política, residente en Quito, para que vaya personalmente a la Biblioteca de los Jesuitas donde está la del Padre Espinosa Polit y me consiga una copia de la traducción de ese poema que usted desea. Creo que, en unos días más, tendré ese poema y le enviaré por correo certificado a su dirección.-

Y ahora una explicación y una petición para que me perdone si he cometido un error, al decirle que ya había fallecido el distinguido periodista señor HUMBERTO VACAS GÓMEZ. Seguramente fue un "lapsus de memoria", pues días antes había fallecido un periodista llamado Humberto VARAS y se debe a esto mi grave error y el haberle causado a usted un mal momento cuando recibí tan infausta noticia.-Otra vez más, mil perdones por tan fatídico error.-

Le envío un recorte del Diario El Comercio de Quito, del día 7 de Enero de este año, en el que aparece un artículo de Humberto Vacas Gómez con lo cual comprobé y me sorprendí tremendamente por mi error y muy mala información dada a usted, pero sin ninguna mala intención.-

Reciba un afectuoso saludo.

  
DR. RODRIGO MORENO HEREDIA

Nota: Le incluyo una tarjeta con mi dirección. Allí falta agregar sólo: ECUADOR, Sur América.

Resite de Bahía de Carásquez, Ecuador, Sur América:  
DR. RODRIGO MORENO HEREDIA  
Correo: Apartado No. 13-02-608.-  
Bahía de Carásquez,  
Rep. del Ecuador,  
Sur América.

DR. RODRIGO MORENO H.  
A. ROSADO  
BAHIA DE CARASQUEZ  
OF: 499404 - Dem. 490118

¡Cagada sobre cagada! Una vez que se rompió la amarra de la contención y del tino... ¡era tan fácil rodar por el despropósito inoportuno! Escribí de nuevo a María Isabel una nota, disculpándome por..., bueno, por haberme dejado impregnar de información errónea; y al mismo tiempo celebraba que todo hubiera sido una equivocación, un maligno malentendido, ya que, por supuesto, deseábamos todos muchos años más de vida al patricio de Humberto.

Acaso -- de esto ya no puedo porfiar con garantía --, acaso hasta le enviara yo a María Isabel fotocopia de la carta de don Rodrigo a mí, con las explicaciones que ha podido ver el lector. ¡Cagada sobre cagada! El buen criterio de María Isabel hizo que, concluido definitivamente nuestro asunto vivencial, tuviera el acierto de no continuar la comedia de errores. Además, y esto sí que creo que tuvo relevancia..., además de toda esta sarta de tergiversaciones, supongo que a María Isabel le quedó claro una realidad: y ello era que yo seguía yendo a la República Dominicana en busca de entretenimiento garantizado, establecido y fácil; y que ella había pasado al panteón de los decesos. Por otra parte, la carta transcrita de 9 de enero 1995 del Sr. Moreno la contesté dos veces: el 9 de febrero y el 13 de junio siempre de 1995. Nunca más se supo de este hombre. Muerto para la comunicación. Nada de nada, por cazurra o interesada que parezca la expresión. Los tan socorridos principios de que el

correo en Ecuador era un desastre oficialmente reconocido, no llegaban del todo a justificar aquel total silencio de desaparecido, de finiquitado. Puestos a conjeturar filigranas de diletante desocupado, hasta me figuraba que mi indiscreción en hacer saber a María Isabel y a su familia la fuente de mi desinformación habría acarreado un roce de enemistad entre todos ellos; que Humberto podría conocer de antemano a don Rodrigo y podría disponer de razones para encontrar lógico el deseo de que este último le considerase muerto. Bueno. La mente, en su menester de coneja paridora, puede generar el cúmulo de sandeces rebuscadas, de desatinos alquitarados más insalvables del mundo. Don Rodrigo, después de proporcionar la ocasión para tan desafortunado y tremendo enredo, no volvió nunca más -- como digo -- a dar señales de vida. Así cortó por lo sano y por lo directo.

Pero las pinzas a veces reservan inéditos apretones de sus tentáculos, así como las agujas pueden colocar sus puntos de sutura definitivos en las circunstancias más imprevistas. Ya en Granada, y mecido en la dinámica normal del curso académico, un día, creo que de 1996, y mientras concurríamos al Club de Ajedrez los amigos de costumbre, di con el pleno convencimiento de que José María Cabrera Bonilla era de Ecuador. En su calidad de asistente esporádico él, resulta que habíamos hablado muchas y variadas veces, pero siempre sin que nuestra temática de interés común formase una argamasa de continuidad. Yo sabía que era oriundo de un país hispanoamericano del Sur, pero -- insisto -- la generalidad de nuestras charlas esporádicas no me había empujado a que, por mi parte, encontrase de especial entidad el hecho de que José María fuese de uno o de otro sitio. Un día salió el tema de su procedencia ecuatoriana. ¿Por qué aquel día y no otro cualquiera

de los muchos en que nos poníamos a charlar? No lo sé ni le hace al caso. Sí recuerdo que después de dicho dato, y del rodaje afectivo que habían experimentado nuestras charlas a lo largo de ya bastante tiempo, me sentí impulsado sin violencia alguna de principios a contarle mis viajes a Ecuador, probablemente aprovechando de paso la circunstancia de que Nené, uno de mis dos sobrinos, había viajado allí por el puro placer de subir completamente hasta la cima del Chimborazo. Nada más entrar en conocimiento de la profunda incumbencia que tenía para mí el tema de la traducción de Aurelio Espinosa Pólit, José María tomó nota del asunto y me dijo que iba a hacer una gestión por medio de un hermano suyo que pensaba venir a España en tal y cual fecha. No había pasado un mes cuando José María me hizo entrega en el Club de un fajito de hojas de fax con la traducción completa, acompañada del texto en inglés, de “The Hound of Heaven” de Francis Thompson, por el jesuita ecuatoriano. Por lo visto, el hermano de José María sí que tenía un sentido muy directo de dónde hallar ciertas cosas: Recibió el recado de España; se encaminó a la Biblioteca correspondiente: fotocopió la parte requerida y a continuación envió por fax una a una las páginas. La traducción, pues, finalmente se hallaba en mi poder, por un golpe de buena voluntad y de diligente fortuna que terminó prevaleciendo sobre todos los entresijos anteriores, viciados de inoperancia conformista.

Hoy, cuando esto escribo, 12 de julio 1999, reparo en que Mónica Angermayer debe cumplir 31 años en este próximo octubre. Y he mandado un aerograma a su nombre y a su dirección en Galápagos: no para resucitar fantasmas ni para pretender que lo ido revoque su condición de tal. No. He escrito preguntándola y preguntándome si aún vive; y asegurándola al mismo tiempo que hay realidades para las que nunca es tarde,

como la propensión poética de permanencia transcendida. No podía ser de otra manera. La ambiciosa parábola de desvelos y de trueque de vivencialidades que durante veinte años mi alma ha venido celebrando con Ecuador merece, cuandoquiera su comba de caída se produzca, contar con un referente en el que ondea el signo poético de la excelencia.

## ÍNDICE

<b>Rokia: Dakar (Senegal); Sonia e Ivette; Carla y Jussa: Río de Janeiro (Brasil): marzo 1978 . . . . .</b>	<b>1</b>
<b>Delia: Buenos Aires (Argentina), 1978 . . . . .</b>	<b>63</b>
<b>Isabel Undurraga: Santiago de Chile, marzo 1978 . . . . .</b>	<b>107</b>
<b>Cargadoras de fardos: Frontera Zapana-Desaguadero entre Bolivia y Perú, marzo 1978 . . . . .</b>	<b>141</b>
<b>Lucía; Gabriela: Santiago de Chile. Patricia: Isla de Pascua. Niña de Bogotá. Chica suiza en el avión de Regreso. Navidad 1978-Año Nuevo 1979 . . . . .</b>	<b>176</b>
<b>Andrea; chica argentina innominada; Beatriz y Fernanda: Río de Janeiro (Brasil), verano 1979 . . . . .</b>	<b>247</b>
<b>Melania; Mechi: Asunción (Paraguay). Guía de la Excursión a Punta del Este: Montevideo (Uruguay), julio 1979. Ana María [Asunción, Paraguay]: Alcalá de Henares, verano 1994 . . . . .</b>	<b>271</b>
<b>Lucía: Chile, verano (en España), 1979 . . . . .</b>	<b>310</b>
<b>Mónica: Puerto Áyora, Isla Santa Cruz, Galápagos; Azafata TAME: vuelo Baltra-Guayaquil (Ecuador), 1979; María Isabel: Santo Domingo (República Domini- cana), Quito (Ecuador), 1993; España, 1994 . . . . .</b>	<b>349</b>